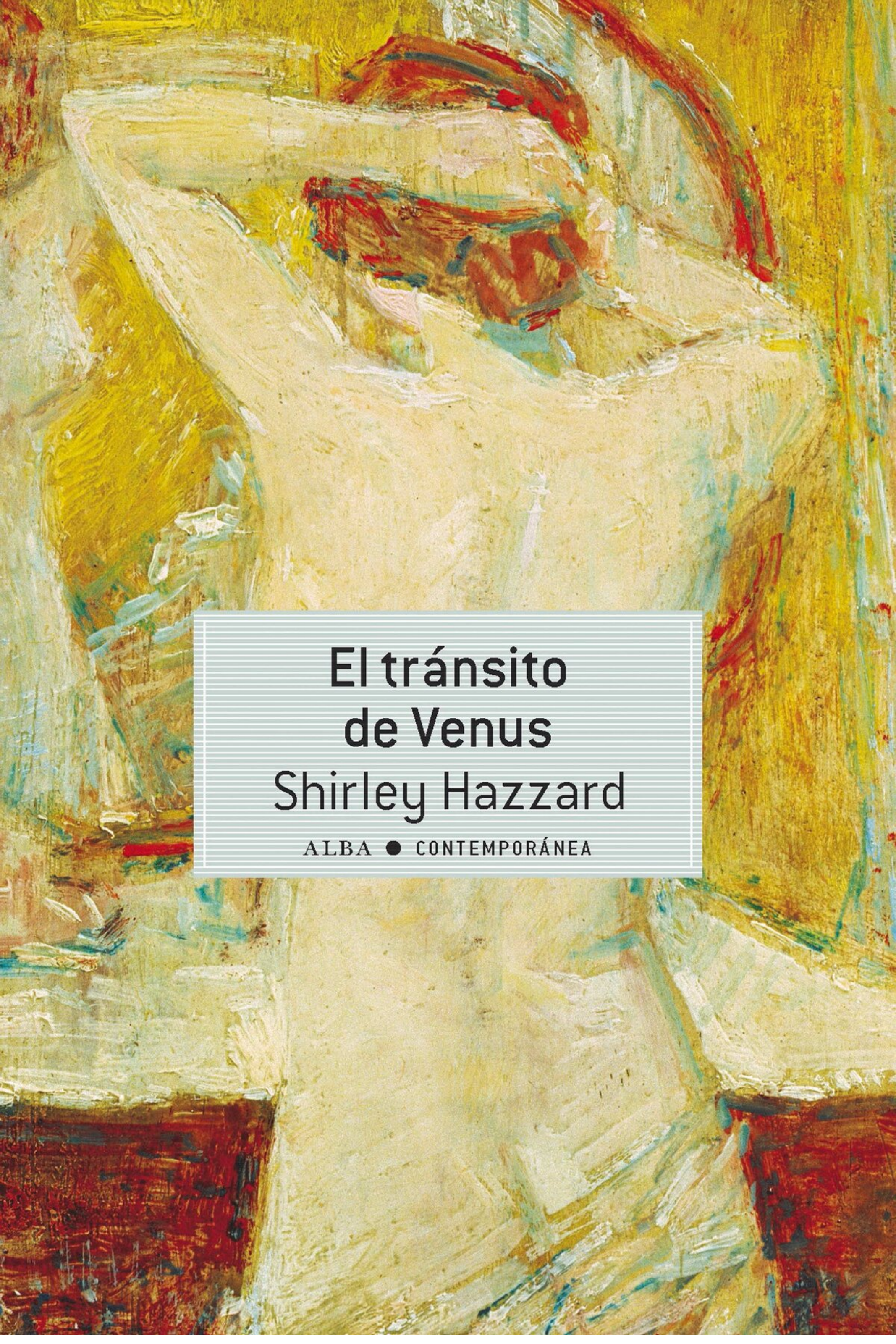

El tránsito
de Venus
Shirley Hazzard
ALBA ● CONTEMPORÁNEA

Shirley Hazzard

El tránsito de Venus

Traducción
Jesús Cuéllar Menezo

ALBA

Índice



Una vez más, para Francis

J’ai rêvé tellement fort de toi
Jái tellement marché, tellement parlé,
Tellement aimé ton ombre,
Qu’il ne me reste plus rien de toi.

Robert Desnos
Le Dernier Poème

Primera parte
El viejo mundo

1

AL CAER LA NOCHE los titulares informarían de la devastación.

En un día sin sombra, simplemente el cielo había caído de repente como un toldo. Un silencio color violeta petrificó los miembros de los árboles y en los campos las cosechas se erizaron como cabellos tiesos. La pintura blanca fresca que pudiera haber saltó a las colinas o las dunas, o mancilló un arcén con un cercado. Esto ocurrió poco después del mediodía, un lunes estival en el sur de Inglaterra.

A la mañana siguiente todavía se publicarían párrafos cortos en los periódicos, con espacio libre debido a un paréntesis en el ciclo electoral, la sucesión de crímenes diabólicos o la guerra de Corea: las casas que se habían quedado sin techo y los huertos despojados arrojarían cifras y superficies; y, por último, se mencionaría brevemente que se había registrado un muerto cuando el agua se llevó un puente por delante.

A las doce de ese día un hombre entraba lentamente en un paisaje bajo un relámpago en forma de rama. Un marco de expectación casi humana encuadraba esta escena, en la que entró desde el extremo inferior izquierdo. Todos los nervios –porque incluso los graneros, las carretillas y las cosas carentes de tejido desarrollaban nervios en esos momentos– esperaban, presa de la fatalidad. Solo él, cinético, avanzaba en contra de los elementos hacia un destino único.

Los granjeros se movían metódicamente, conduciendo a los animales o activando las máquinas hacia los refugios. Más allá del horizonte, las calles provincianas se ponían frenéticas con las primeras gotas. Los limpiaparabrisas se agitaban sobre los cristales y la gente también se movía enérgica y esquivaba, moviéndose de un lado a otro, de un lado a otro. Los paquetes se metían por dentro de los abrigos, los periódicos cubrían permanentes recién hechas. Un perro cruzaba raudo una catedral. Los niños corrían estremeciéndose desde los parques; puertas y ventanas se cerraban de golpe. Las amas de casa se apresuraban, gritando: «¡Mi colada!». Y una súbita franja de luz separó la tierra y el cielo.

Fue entonces cuando el caminante llegó al sendero y se detuvo. Por encima de él, se alzaban cuatro casas viejas bien separadas en la curva de una elevada colina: presionaban el terreno abombado como si fueran pesos inmóviles. En el pueblo le habían dado los nombres; no de los dueños, sino de las casas. Los muros de ladrillo, rojizos, estaban desgastados; uno mostraba una cara de hiedra, verde como césped recién arreglado. La casa más apartada, la mayor, se encontraba delante de un bosque, proclamando su primacía.

El hombre observó desde una curva decisiva de su propia quietud, como si ante sí viera bajar en un gran reloj la manecilla hasta dar la siguiente campanada. Se apartó de la carretera con la primera ráfaga de lluvia y de viento, dejó la maleta en el suelo, se quitó la gorra empapada, la sacudió contra un costado y se la metió en el bolsillo. El cabello se le levantó como los cultivos con las rachas de viento y, al igual que ellos, empapado, no tardó en quedarse aplastado. Subió la cuesta bajo la lluvia, a buen paso y sin muestras de abatimiento. En una ocasión se detuvo para volver la vista

hacia el valle, o la cañada, como se le podría llamar de forma más cariñosa, inofensiva. Uno tras otro, arriba y abajo, iban estallando los truenos, hasta que los acomodaticios cultivos retumbaron con ellos. En una colina de enfrente había un castillo: gris, ampuloso, con torretas y nada inapropiado para la tormenta.

Al acercarse a la casa más apartada se detuvo de nuevo, observando con un interés tan natural como si hubiera hecho buen tiempo. El agua le caía por el cuello de la camisa desde la cabeza inclinada. La casa se ensombreció, pero se mantuvo firme. Con pequeños añadidos, durante dos o tres siglos Peverel se había atenido a su magnitud y congruencia como a un principio; coherente, salvo por un alto ventanal ampliado, un defecto tan deliberado y frívolo como el de horadar una oreja para colgar un adorno.

El barro corría por la gravilla y la tierra batida. Las cornisas con alheña cortada no dejaban de vibrar. El hombre avanzó chapoteando hasta la entrada como si viniera del mar y tiró de una campanilla. Quizá los rápidos pasos fueran sus propios latidos. Pensó que la mujer que abrió la puerta era vieja. Si él hubiera sido algo más mayor, podría haberla situado en la mediana edad. La edad se enroscaba en un suave pelo cano, se apreciaba en una piel demasiado delicada para alguien joven y en una postura fruto de la altura, pero carente de marcialidad. Lo condujo por el enlosado de lo que había sido un magnífico vestíbulo. La mujer tenía los ojos dilatados y apagados de quien ha descubierto cosas que, según han acordado los seres humanos, es mejor no divulgar.

Con cuánta tranquilidad se dijeron sus nombres, sin prestar atención a la espuma que él llevaba en la espalda y en su ropa empapada. La maleta barata exudaba color naranja sobre el suelo blanquinegro mientras Ted Tice se quitaba la gabardina

y la colgaba, tal como le indicaron, en un perchero. Un acre olor a lana húmeda, calcetines y sudor se extendía en ese vacío fríamente enjabonado y bien encerado.

Todas esas acciones parsimoniosas habían consumido unos segundos, durante los cuales también se pudo apreciar que el vestíbulo era circular, que en una mesa, junto al consabido periódico, había un cuenco con rosas, debajo de un oscuro cuadro de marco dorado. Bajo la curva de una escalera, una puerta abierta daba a un pasillo con una larga alfombra persa. Y por encima, en el arco que describía la escalera, estaba de pie una joven.

Tice alzó la vista hacia ella. Habría sido ilógico no hacerlo. Alzó la vista desde sus zapatos mojados, su olor a humedad y el manchón naranja de la maleta barata. Y ella miró hacia abajo, alta y seca. El hombre captó el cuerpo de la joven en toda su extensión, como si hubiera pasado por detrás de ella y le hubiera visto la sólida espina dorsal, el pelo negro separándose en la prominente cuerda de la nuca, el delicado pliegue por detrás de la rodilla. Su rostro estaba en sombras. En cualquier caso, la situación habría sido demasiado fácil, demasiado perfecta si se hubiera podido ver que era hermosa.

–Estaba buscando a Tom –dijo, y se marchó.

Ted Tice levantó su maleta en descomposición: era un recién llegado que debía guardarse su opinión entre los iniciados. Que no tardaría también en buscar a Tom, o en saber por qué lo buscaban otros.

–Mi marido –dijo Charmian Thrale– está mucho mejor y bajará a almorzar.

Ted Tice iba a trabajar con el profesor Sefton Thrale, que estaba mucho mejor, durante los meses de julio y agosto. Entretanto, la señora Thrale iba por delante de él en la alfombra persa, pasando ante fotos antiguas, una carta

enmarcada con divisa de oro y una serie de grabados de puertos británicos. Ahora la señora Thrale diría: «Este es su cuarto». Y se quedaría solo.

La mujer permaneció en el umbral mientras él cruzaba este otro suelo para depositar la maleta donde menos daño causara.

–Tras esa puerta doble, al final del corredor, está nuestro salón. Si espera allí cuando esté listo, una de las chicas se pasará a buscarlo.

Como si le importara que lo dejaran solo, cuando siempre lo había agradecido.

La señora Thrale también mencionó el cuarto de baño. A continuación dijo que se iba a poner la mesa. Al final él también acabaría aprendiendo a hablar con seguridad y a abandonar la sala después.

Por el único ventanal bajo se veían arbustos borrosos y dispares, y se atisbaban estacas húmedas: todo ello torcido, incompleto, en el marco de la ventana, como una mala fotografía. En el cristal se apreciaban restos de la pintura utilizada para cegar los vanos durante los bombardeos. El dormitorio era insulso y puede que en su día alojara a un sirviente de rango superior. Tice pensó en esas palabras, sirviente de rango superior, sin saber lo que en su día habían significado. Lo habían enviado aquí para ayudar a un científico eminente, anciano y enfermo a redactar una valoración sobre el emplazamiento de un nuevo telescopio, y puede que él mismo fuera un sirviente de rango superior. Era joven, pobre y con excelentes informes, como la institutriz de una historia antigua que se casa con un noble.

Esparció prendas arrugadas por la habitación y buscó un peine. Hasta su pelo mojado despedía un olor rojizo. En la mesa en la que depositó sus libros había una escribanía de

metal y porcelana, y dos plumas de madera. Mientras se sentó a cambiarse de zapatos tarareaba, sustituyendo a veces el tarareo por la letra de una antigua canción:

> Que sople el viento sur, sur, sur,
> que sople el viento hacia el sur sobre el precioso mar azul.

Después se apoyó el puño en la boca, pensó y fijó la mirada como si solo pudiera creer lentamente.

En el cuarto con puerta doble hacía tanto frío como en el corredor. Sillas de fea comodidad, un sofá rígido, delicado, libros más antiguos que viejos, más flores. El viento produciendo sacudidas en una chimenea helada; la tormenta como una cascada sobre el mirador. Ted Tice se sentó en una de las mastodónticas y raídas sillas, y reposó la cabeza en el añejo trozo de felpa suplementario; embelesado con la novedad, con la inminente novedad. En su día el cuarto debió de ser un estudio, o la salita de la mañana; esa expresión, «salita de la mañana», pertenecía a la misma categoría vagamente literaria que sirviente de rango superior. En algún lugar habría otra estancia mayor, absolutamente imposible de calentar, cerrada hasta nueva orden. La expresión de época bélica surgía automáticamente, aunque ya no hubiera guerra, aunque uno se preguntara a qué orden se refería.

En la chimenea, por debajo de la rejilla vacía, había una fila de trozos, cinco o seis, de pan tostado, impregnados con una pasta oscura y espolvoreados con cenizas.

Estaba acostumbrado al frío, así que se sentó tan a gusto como si el cuarto hubiera estado caldeado. En presencia de otras personas no podría haberse mostrado tan físicamente a sus anchas, porque no estaba del todo familiarizado con la versión adulta de su propio cuerpo; pero su espíritu estaba en

calma, ligero, relajado. Todo parecía indicar que su cuerpo esperaba a algún otro habitante. Suponía que con el tiempo uno y otro acabarían reconciliándose; del mismo modo que con el tiempo comprendería que la tostada impregnada se había puesto para envenenar a ratones, y que Tom era el gato.

Junto a su silla había un libro cerrado con un lápiz dentro que servía de marcapáginas. Lo cogió y en el lomó leyó: «*Zanoni.* Una novela del Muy Honorable Lord Lytton». Era un libro que bien podía encontrarse en las estanterías de una sala como esa. Más improbable era que alguien lo hubiera sacado, abierto y leído.

Durante un momento pensó que la muchacha que ahora entraba era la misma de la escalera. La razón era que las dos eran hermanas, aunque la de ahora fuera rubia y de menor estatura.

–Soy Grace Bell –dijo.

El joven se levantó y volvió a tender su mano y dar su nombre. Ella llevaba un magnífico vestido de lana, del color de las rosas. Los dos sabían –era imposible no saberlo– que a él le había parecido hermosa. Pero los dos, por su juventud, hicieron como que no apreciaban ni esta ni ninguna otra belleza.

–Le han dejado aquí mucho tiempo.

–No me había dado cuenta.

Aunque él no tenía ninguna culpa.

–Ya ha oscurecido. Me han enviado a por usted.

Había estado allí sentado en la oscuridad, por la tormenta.

–Es por aquí.

Ella se expresaba con afirmaciones breves. La seguridad demostraba que había sido guapa desde pequeña. «Qué niña tan encantadora», y después: «Grace se está volviendo –se nos

está volviendo– toda una belleza». La belleza se había vuelto interior, exterior. También había habido clases de buen comportamiento.

A él le admiraba la capacidad que tenía la joven de caminar con él pisándole los talones. No estaba en absoluto rellenita, pero daba la impresión de pisar algo mullido, algo que cedía. El vestido –el tejido, el corte– le resultaba insólito. Era la primera vez que Ted Tice se fijaba en cómo estaba hecho un vestido, aunque con frecuencia había dado respingos ante el atrevimiento en el vestir de los pobres.

El vestido color rojo rosa había venido de Canadá por vía marítima, enviado por el hijo varón de los señores de la casa, un funcionario con el que Grace Bell estaba prometida. Al volver al Reino Unido de su conferencia en Ottawa le traería otro, y después se casarían.

Una especie de ensortijado crisantemo canino entró en éxtasis al verla acercarse.

–Grasper, Grasper.

El perro, mudo, no paraba de saltar. Alguien hacía sonar una campanilla. Grace abría una puerta. Y las luces se encendieron solas, como en un escenario.

2

Se podía apreciar que las dos hermanas habían tenido alguna experiencia rotunda que, aunque quizá no fuera de interés para los demás, las había unido de forma indisoluble. Se veía en la gravedad que mostraban al sentarse, comer, hablar, y se podía decir que prácticamente al reírse. Estaba en todos sus intercambios, cuando ni siquiera se cruzaban la mirada, sin dejar por eso de ir a la par. Estaba en sus ojos cuando posaban la mirada en alguien, en la pared o en la mesa, sopesando la situación a cierta distancia de los acontecimientos y los sentimientos: en sus ojos, que tenían la misma oscuridad, aunque no la misma distinción.

Al ser de rasgos similares, el contraste de tonalidad resultaba sorprendente. No solo es que una fuera morena y la otra rubia, sino que la llamada Caro tenía un pelo absolutamente negro, tan liso, denso y oriental, de recia textura. Esto explicaba que Grace pareciera más rubia de lo que en realidad era: del mismo modo que, por la fortaleza de Caro, se la juzgaba más ligera, más tratable. La gente exageraba lo rubia que era para facilitarse la labor: una morena; otra, rubia.

Con una rebeca que quizá hubiera sido azul, Caro servía agua de una jarra. Se confiaba en su futura belleza, dándola por segura. En su hermosura, Caro estaba aún por terminar, carecía de cierta revelación, que quizá fuera simplemente su

propia conciencia; al contrario que Grace, ya finalizada, aunque no completa. Grace sonreía y repartía fiambre de carne y patatas, ensayando inocentemente para el momento en que la carne y las hortalizas fueran realmente suyas. Ted Tice observó entonces que en la mano izquierda la muchacha llevaba un anillo engastado con diamantes. Pero ya antes de verlo era leal a Caro.

No estaba claro que este fuera el sitio de Caro: ya decidiría ella a qué mesa se sentaba. Era demasiado joven para captar esa necesidad. Su otro descubrimiento importante tampoco era original: la verdad tiene vida propia. Quizá sus energías se encaminaran en esa dirección, dejando que su hermosura fuera tras ellas como pudiera.

Era evidente que, por sus lecturas, a ella le inquietaba una discrepancia fundamental: lo que podía ser el hombre y lo que era. Sus toscas convicciones –que podía haber heroísmo, excelencia– se las impondría a sí misma y a los demás, hasta que estos, o ella, cedieran. Podría haber excepciones, infrecuentes e improbables, indicando que quizá tuviera razón. A esas excepciones se entregaría con devoción absoluta. Parecía que su humildad la estaba reservando para ellas.

Una parte de todo esto se podía deducir de su aspecto. Como aún no había comenzado a actuar, podía permitirse una teoría. Al mismo tiempo, tenía los labios abiertos, delicados, impresionables, como podría haberlos tenido en el sueño.

Ni las chicas ni el joven se habían dirigido aún la palabra en la mesa. Él, con sencillez impenetrable, escuchaba al anciano astrónomo, al científico eminente, que la presidía. Su eminencia: una protuberancia rocosa a la que se le habían colocado con precisión un cuello de camisa, una corbata y unos anteojos. Juntos, el joven y el anciano iban a interpretar

el horóscopo del mundo. Absorto en la escucha, como no podía ser de otra manera, Ted Tice, pese a todo, no tardó en enterarse de que las dos muchachas eran de Australia, que Caro estaba allí a la espera de conseguir un trabajo público en Londres y que el hijo que estaba en la conferencia de Ottawa se llamaba Christian.

A pesar de la angina de pecho, el padre se movía con rapidez y firmeza: levantó el vaso de agua, se podría decir que con eficiencia, y lo bajó para beber con un chasquidito cortante. Para no perder tiempo, presionó rápidamente una servilleta contra su boca esculpida. Chas, chas, chas. Habría podido estar ante un escritorio, no ante una mesa de comedor. También hablaba con abrupta velocidad y ya había llegado al fin del mundo.

–Vuestra generación será la que lo sienta. Hasta ahora ha existido cierta estructura social. Podéis decir lo que queráis. Pero ahora estamos al final de todo eso. Vosotros seréis los que pagaréis el pato. –Con rápida satisfacción, apuntó a Ted y las chicas la mala suerte, casi culpable, que tenían. Del mismo modo que se le diría a quienes llegan lloviendo a un centro vacacional: «Hasta hoy hacía un tiempo estupendo»–. Ha existido una especie de orden mundial. Podéis decir lo que queráis.

Algo que, evidentemente, no podían hacer.

Cuando Sefton Thrale pronunciaba la palabra «global», se tenía la sensación de que la tierra que había alrededor era una bola suave, o blanca e insulsa como un huevo. Y había que recordarse los vigorosos y terribles afloramientos que presentaba el mundo. Para tranquilizarse, había que pensar en los Alpes, el océano o un volcán activo.

Al profesor Thrale no le gustaba mucho que Grace fuera de Australia. Para mencionar Australia, que casi se merecía

procacidades, había que disculparse. Lo único que podía servirle de atenuante a Australia era la descarada suerte que tenía, fruto de sus recién «acuñados» recursos: ovejas o desinfectantes ovinos. Y Grace no iba unida a ninguna propiedad fabulosa de muchos miles de hectáreas o kilómetros cuadrados, ni a ninguna pesca milagrosa. Más bien, Grace venía cargada con una hermana, e incluso con una hermanastra, afortunadamente de vacaciones en Gibraltar. Así lo explicaba Sefton Thrale: «Christian se ha buscado un compromiso –con lo que insinuaba la existencia de un ingenuo desatino– con una chica australiana». Y con enfática buena voluntad podía añadir que Grace era una joven estupenda y que él mismo, «en realidad», estaba encantado.

La tormenta había dado un respiro. Con la luz del día el rostro de Ted Tice se veía moteado y escamoso, tan tosco como si se reflejara en el espejo salpicado de sal de un quiosco playero en verano. Su frente aparecía dividida por una ligera estría vertical. Tenía una señal en un ojo; un hermano se la había hecho cuando eran niños y jugaban en el patio con un palo: una pequeña raya, como el rasguño que produce una uña en pintura fresca.

–¿Quiere mostaza, señor Tice?

El profesor Thrale pensaba que en estos tiempos estaba descaradamente de moda ser un chico pobre de un pueblo mugriento, un chico listo que se ha buscado –esta vez la expresión apuntaba a cierta maquinación– una buena universidad, donde se las ha arreglado para causar impresión. Esas personas avanzaban con rapidez, ya que no tenían que renunciar a nada, y podían vincularse, como era el caso, con aspectos novedosos de la astronomía, desarrollados gracias al uso del radar en la última guerra. Todo encajaba. Sefton

Thrale recordaba, como una punzada de su enfermedad, un artículo donde, contra todo pronóstico, Ted Tice evidenciaba sus precoces logros; donde la tozudez no era refutada por actividades aberrantes como los estudios sobre la radiación en el Japón de la posguerra y la intención de dedicar el siguiente invierno a trabajar con un físico polémico en París.

Sefton Thrale se dijo que Ted Tice terminaría en los Estados Unidos: «Ahí es donde terminará»: la ambición de un joven concebida como un gran cabestrante en el que las capacidades se podrían enrollar con destreza y provecho.

–Las hortalizas –dijo la señora Thrale– son de nuestro huerto.

Tomándose el apio estofado Sefton Thrale se permitió abominar de manera un tanto temeraria de la indumentaria, los rizos y el acento de Ted Tice, y de su defecto en el ojo. El futuro ascenso de Tice, al contrario que la belleza de Caro, no podía darse por sentado: se necesitaba algún indicio de que fuera a ganar o perder, ya que era evidente que ambas posibilidades estaban muy presentes en él. Aunque acabara superando todos los obstáculos, era difícil imaginárselo en una ancianidad realmente ilustre, como la del propio profesor. Era difícil anticipar que un apellido como Tice pudiera tener peso o que un ojo rayado pudiera convertirse en una distinción.

En realidad, Edmund Tice se quitaría la vida antes de alcanzar la cima del éxito. Pero eso ocurriría en una ciudad del norte, después de muchos años.

Por su parte, los trabajos importantes de Sefton Thrale se habían producido en su juventud, antes de la Primera Guerra Mundial. Después se convirtió en alguien famoso por haber escrito un pequeño y lúcido libro que salvaba, o se decía que salvaba, una brecha o una distancia. Sin inmutarse y sin sacar

la mano del bolsillo, había hablado del futuro junto al parachispas de la chimenea, y lo había hecho durante tanto tiempo y con tanto impacto público que ahora personas de toda condición lo reconocían con solo verlo en los periódicos dominicales: «Todavía en la brecha, ¿eh? Eso hay que reconocérselo». Un intransigente vejestorio con *blazer* de rayas verticales blancas y negras. El *blazer* –caído por un lado por el peso de la mano metida en el bolsillo, agarrando lo que se suponía una pipa– parecía una casa de entramado de madera abombada.

Thrale utilizaba expresiones pasadas de moda –fruslerías, naranjas de la China o «mi señora», e incluso se refería al Banco de Inglaterra como «La viejita de Threadneedle Street»–, construcciones trasnochadas antes de su propia época, que cultivaba y mantenía, aunque estuvieran muertas. Seguía refiriéndose a Turquía como «el enfermo de Europa», aunque ya hacía mucho tiempo que todo el continente era un hospital de campaña. Sus simpatías se orientaban más a las manejables distancias del pasado que al insondable alcance del futuro. El futuro había sido un buen tema de conversación, siempre que uno estuviera bien protegido por la pantalla de la chimenea.

Para la juventud era fácil detectar ese olor y censurarlo. Menos fácil era captar lo que tenía de humano, por no hablar de lo penoso que era.

En líneas generales, al profesor Thrale se le permitía explayarse, como ahora, en rápidas alocuciones que no suscitaban desacuerdo alguno. Sin embargo, cuando se le cuestionaba, la pipa y el futuro se le escapaban entre los dedos. En esas ocasiones despedía una nube de indignación, como el polvo que despide un libro antiguo cuyas tapas se sacuden para limpiarlas. En su vida privada no había sido

más astuto y había dilapidado la fortuna de su esposa, al igual que su propio potencial, en incautas inversiones. El título de sir, ahora próximo, había tardado en llegar. Pero su nombre era conocido y pesaba en un asunto público y político como la ubicación de un telescopio.

Ted Tice se sirvió mostaza. Resultaba que en las dos últimas semanas había estado de vacaciones, caminando por el suroeste de Inglaterra. Además, le interesaban los monumentos prehistóricos y había pasado el solsticio en una excavación cercana al círculo de Avebury. No era difícil imaginarlo en compañía de majestuosas piedras.

La señora Thrale dijo que a veces en Peverel se sentían las vibraciones del depósito de misiles cercano a Stonehenge. Aunque tuvieran la consideración de lanzarlos lejos del monumento, los cohetes no dejaban de suponer un peligro para la zona. En una ocasión se había hecho añicos la ventana del dormitorio de un invitado, que afortunadamente no había resultado herido.

–Ah sí –dijo Sefton Thrale–. Pero Paul Ivory siempre tiene suerte. –Así arrancó los fragmentos de cristal del desconocido invitado y lo blandió para excluir a Ted Tice, y con esta necesidad de impresionar dio la ventaja a Tice–. Por cierto, ¿qué se sabe de Paul? ¿Se sabe algo de él?

Ted Tice era consciente de que los hombres ya esperaban su buena opinión. Y que, si no se les daba, probarían a mostrarse condescendientes.

Para mitigar la incorrección del profesor, las tres mujeres no tardaron en declarar que no se sabía nada. Y Ted Tice percibió lo indispensable que había sido la indulgencia de las mujeres para la fama de Sefton Thrale. Como se esperaba de ella, la señora Thrale indicó que Paul Ivory era su ahijado y que pronto se alojaría en la casa. Puede que Ted hubiera oído

hablar de las obras de teatro que Paul Ivory había escrito para compañías universitarias; pero no era así. Bueno, en cualquier caso, era un joven prometedor y pronto se estrenaría una obra suya en Londres.

–Paul tiene todas las cualidades –dijo Sefton Thrale, y puede que estuviera estableciendo una comparación.

–¿Está emparentado con el poeta?

–En realidad es su hijo.

Poco podía saber Ted Tice de la sutil perturbación que había provocado su pregunta: la pasión por los poetas georgianos era un vestigio de lo mejor de Sefton Thrale, que a su vez procedía, como lo mejor de su obra, de un período anterior. Con la calculada actitud de siempre, traía a colación a esos poetas olvidados o desdeñados de su juventud; una cita conmovedora y el entrevistador preguntaba: «¿Y quién dijo eso?», y Thrale replicaba: «Un excelso poeta que murió más o menos cuando usted nació, joven» (el profesor se sabía todos los trucos de la amabilidad estudiada para hablar en público); después venía la identificación de Bridges, Drinkwater, Shanks o Humbert Wolfe, de Thomas Sturge Moore, e incluso de Rupert Brooke cuando perdía más los estribos. O de Rex Ivory.

–Rex Ivory no era un gran poeta –apuntó la señora Thrale–. Pero sí era un poeta verdadero. –Tenía la sensación de que era un extraño error pensar que los científicos carecían de gusto literario–. Conozco muchos casos en los que no es así.

Ted sonrió.

–Yo creo que se nos permite el gusto por la música.

A veces la mirada de Caroline Bell era tan afable como la de su hermana.

–También se supone que son taciturnos.

–Quizá me esté volviendo menos elocuente con la edad.

Charmian Thrale señaló una fotografía que había encima del aparador. Tres hombres jóvenes en un jardín, dos de ellos sentados en sillas de mimbre, uno de pie con las manos levantadas y extendidas. El que estaba de pie, con la camisa abierta y pantalones blancos, declamaba ante los demás, que llevaban la indumentaria habitual en 1913. Las cabezas de cabello blanco eran cascos, coronas o aureolas. Un nimbo aún mayor describía un arco sobre el jardín, donde los árboles se concentraban por encima de espuelas de caballero y un rodillo describía metódicamente franjas en una larga pradera. Parecía que estaba a punto de anochecer. Y sobre los mágicos jóvenes que estaban en la hierba pesaba la condena de la guerra inminente, incluso sobre los supervivientes.

–Como el crepúsculo de un mundo sin mácula –dijo Charmian Thrale.

Al recuerdo de aquel Sefton Thrale que se veía sentado en la foto sin mácula le habría gustado crear una hermandad con Edmund Tice por lo inverosímil de su investigación. Las mujeres también lo sabían y suspiraron para sus adentros por la cortante respuesta del anciano: «En realidad es su hijo».

El profesor procedió a detallar sus preferencias, alineando diestramente el tenedor y el cuchillo.

–Paul Ivory ya se ha ganado cierta posición en el mundo de la literatura. Y está progresando con tanta rapidez que no se sabe adónde podrá llegar.

Ted Tice sonrió, en modo alguno indefenso.

–Como el principio de incertidumbre de Heisenberg. Imposible calcular la velocidad y la posición al mismo tiempo.

Parecía que Caroline Bell podía soltar las mismas risitas que otras chicas.

–Y está prácticamente prometido –el profesor estaba

decidido a imponerse– con la hija de nuestro vecino el del castillo.

Ted se preguntó qué podría significar «prácticamente prometido» y vio a Caro sonreír con ese mismo pensamiento. Si en esta casa había existido alguna herejía, la habían cometido los sirvientes de rango superior. Pensó en el castillo, cuyas paredes grises desanimaban incluso a los líquenes.

–Hoy en día –dijo el profesor, viendo lo que pensaban en el fondo–, hace falta mucho valor para casarse con la hija de un lord. Con tanto radical suelto como vosotros.

Esto iba dirigido a Ted y Caro, ya que la discreta manera que tenía Grace de apilar platos la exoneraba. Sin embargo, fue Grace la que levantó la cabeza.

–Quizá la quiera –dijo.

–Me parece estupendo. Los jóvenes deben seguir sus impulsos. ¿Por qué no? Aquí mismo, Caro se casaría con un mecánico si así le pareciera.

Todos miraron a Caro.

–No tengo afición a la mecánica –dijo. Ante las carcajadas, Sefton Thrale siempre se sentía vencido. La muchacha continuó–: Es cierto. No solo no sé nada de mecánica, sino que no me atraen las cosas mecánicas. Ni tampoco la ciencia.

–Le debes tu existencia a la astronomía, jovencita. –Joven, jovencita; pero no se podía decir, viejo, vieja. El profesor estaba dispuesto a explicarse cuando Caro preguntó:

–¿Se refiere al tránsito de Venus?

No era la primera vez que lo echaba todo a perder.

Él continuó como si no lo hubiera estropeado y como si no hubiera hablado.

–¿Para qué se embarcó James Cook en el H. M. S. Endeavour rumbo a la ignota Australia si no fue para observar, de camino, en Tahití, cómo el planeta Venus

cruzaba el rostro del Sol el 3 de junio de 1769, y determinar así la distancia entre la Tierra y el Sol? –Les estaba dando una lección.

De nuevo se volvieron hacia Caro, considerada hija de Venus.

–Los cálculos eran absolutamente erróneos. –Dijo Ted, poniéndose de parte de la chica–. Con Venus los cálculos no suelen acertar.

–Había distorsiones en el disco de Venus –señaló Sefton Thrale–. Un fenómeno de irradiación durante el tránsito. –Podría haber estado defendiendo su propia expedición o experiencia–. Lo llamamos gota negra.

La chica se quedó maravillada.

–Tantos años de preparación. Y luego, de la noche a la mañana, todo se queda en nada.

El joven explicó que había fases.

–Están los contactos y está la culminación –afirmó.

El universo los ruborizó a los dos.

–Ahora estáis hablando de un eclipse –dijo el profesor Thrale–. Venus no puede ocultar el Sol.

Se sacudió unas migas del puño de la chaqueta. En presencia de dos vírgenes no se podía relatar cómo en ese tórrido día de junio de 1769, en Tahití, Venus se había ocupado de otros asuntos. Mientras los oficiales estaban absortos con los telescopios de James Short, la tripulación del Endeavour había irrumpido en las tiendas de Fort Venus para robar un montón de puntas de acero, con las que se procuraron los fugaces favores de las mujeres tahitianas, así como una permanente infección venérea que no pudo curar ninguno de los latigazos que después recibieron.

–Otro astrónomo cruzó el mundo para ver el mismo tránsito y fracasó –afirmó Ted Tice. Qué tono tan concentrado

utilizan los hombres para referirse, sin darle importancia, a lo que los emociona. Tice no podía impartir una lección, pero sí rendiría un homenaje–. Años antes, un francés había viajado a la India para observar un tránsito anterior, pero su trayecto lo retrasaron las guerras y el infortunio. Después de perder su primera oportunidad, esperó en Oriente ocho años al siguiente tránsito, el de 1769. El día fijado, la visibilidad era insólitamente deficiente, no se podía ver nada. Hasta pasado un siglo no habría otro tránsito.

Todo esto iba exclusivamente dirigido a Caroline Bell. En ese momento él y ella, elegíacos, podrían haber sido los ancianos de la mesa.

–A Venus le faltaban años –dijo ella.

–La historia de ese hombre es tan noble que casi no se puede decir que fuera una empresa fallida. –Ted Tice rendía homenaje al tesón, no al fracaso.

El profesor Thrale ya estaba harto.

–Y a su regreso a Francia, según recuerdo, el pobre diablo descubrió que en su ausencia lo habían declarado muerto y que sus propiedades estaban desperdigadas. –Si eso no fue un fracaso, ¿qué fue entonces?

–¿Cómo se llamaba? –preguntó la muchacha a Ted Tice.

–Legentil. Guillaume Legentil.

La señora Thrale había preparado natillas. Una pecosa criada irlandesa trajo platos en una bandeja. Por su educación, la señora Thrale creía que, para no quedar mal, no debía tocar nunca, nunca jamás, el respaldo de la silla con la espalda. Esto acentuaba la capacidad de resistencia que trasmitía e incluso inducía a pensar que miraba a los ojos de los demás más de lo habitual. Era ella la que había relacionado la personalidad de Ted Tice con una playa estival: el espejo moteado oscilando entre las etiquetas de las

sillas plegables y las llaves de las casas de baño, todo impregnado de la vitalidad que aporta la cálida blandura de los pies llenos de arena. Por otra parte, había que tener en cuenta las noches que Ted había pasado entre piedras primitivas.

La retraída personalidad de Charmian Thrale, a estas alturas bastante carente de anhelos, solo conservaba unos pocos verdaderos secretos: en una ocasión había retirado una patata de una cazuela hirviendo porque se le veía un brote; y, de camino a una cita imprescindible, se había dado la vuelta para buscar un verso de Meredith. Por miedo a llegar a despreciar a su marido había decidido no tener muchos pensamientos que él no pudiera adivinar. Se había pasado la vida en gran medida escuchando: escuchaba atentamente y, como la gente está acostumbrada a que la escuchen a medias, la atención de la mujer los inquietaba, percibían los defectos de lo que decían. Por esta razón silenciaba a quienes tenía a su alrededor y ponía amablemente coto a la marea de palabras desconsideradas del mundo. Aunque pocas veces daba su opinión, sus ideas se conocían mejor que las de quienes, sin cesar de emitir juicios, no se guardan ninguno.

Los cuellos arqueados de las muchachas quedaban intolerablemente expuestos mientras se tomaban las natillas: prácticamente se podía sentir el hacha. A la señora Thrale, siempre erguida, nunca se la podría talar de la misma manera, por lo menos no en ese momento. El joven y las muchachas comentaban entre ellos cuánto se había alargado la estación, «el verano tardío», como si ya hubiera pasado. Eran como viajeros que utilizan una lengua desconocida y hablan con infinitivos. Todo guardaba la amenaza y la promesa de cualquier significado. Más adelante, la memoria iría reuniendo recuerdos, cada vez menos memorables.

Posteriormente, haría falta una bomba para crear el espacio mental que precisa una escena como esta.

La experiencia, como una enorme ola a punto de romper, iba cobrando fuerza en la sala.

Mientras las chicas recogían la mesa, el profesor condujo al joven hacia las ventanas, diciéndole: «Te voy a enseñar una cosa». Al frotar el cristal húmedo, su mano seca y decidida lo emborronó todavía más, y él se volvió, enfurruñado: «Bueno, ahora no se ve». Sin decir qué nueva lección enseñaría en esa pizarra.

Ted Tice sabía que era el camino por el que había venido.

3

El año anterior, Christian Thrale, entonces veinteañero, tuvo de repente una tarde libre de sus obligaciones de fin de semana en un organismo público. Al volver la vista atrás, también parecía una tarde en la que se había librado de sí mismo. No solía ir solo a conciertos ni a ningún otro acto cultural. Sin compañía se estaba a merced de las propias respuestas. Por otra parte, acompañado, se mantenía el control, se soltaban suspiros enérgicos y se imponían requisitos hipotéticos. También se podían dar opiniones, pocas veces muy positivas, mientras se volvía caminando a casa.

En cuanto al placer, Christian sospechaba de cualquier cosa que le sirviera para desahogarse.

Además, fue demasiado fácil acceder al concierto de esa tarde. Sin embargo, al pasar, bajo la lluvia fina, vio unos carteles y compró una localidad de pasillo.

Apenas acababa de ocupar su asiento cuando tuvo que levantarse de nuevo para dejar entrar en la fila a dos mujeres. Retiró la gabardina doblada, el sombrero y el paraguas mojado que había dejado en la butaca vacía contigua; y la mujer más joven, después de dejar pasar a la mayor, se sentó en ella. Thrale se había percatado de inmediato de la belleza de sus grandes ojos cuando ella levantó la vista brevemente para decir: «Lo siento». Pero perdió interés mientras

continuaban el forcejeo para quitarse los abrigos y la retirada de los tercos guantes.

A continuación se concentró en la otra mujer.

Esta, la mayor, era pequeña y morena, y llevaba en la cabeza una diadema de fieltro rojo, con ribete azul marino. Sobre los hombros llevaba enrollado un amasijo de puntiagudas pielecillas: la boca de uno de los animales apretada, rígida como una estaca y con dientes de aguja, en la garra de otro. En el regazo, un bolso lleno a reventar que la mujer secaba en medio de crujidos de papel. Por la forma de comportarse de ambas era evidente que tenían algún parentesco, aunque la mayor no tuviera edad suficiente para ser la madre de la más joven.

Era difícil de resumir, ni siquiera en suposiciones, ni siquiera mentalmente, el tipo de relación de la muchacha con la mujer. Hasta que, cuando comenzaron a aparecer los músicos y más personas fueron llenando las filas, le vino a la cabeza una frase: la tiene en su poder.

En medio de la desesperación de un interminable domingo, a la mayor la habían convencido de que saliera. Que no esperaba nada de la música lo dejaba patente que se girara de un lado a otro, proporcionando su propio y discordante afinado.

–¡Cómo se viste la gente, fíjate en ese! ¡Qué barbaridad! Ya podrían haber arreglado un poco este lugar. ¿No te parece? Van a estar toda la vida utilizando la guerra como excusa. –La chica no decía nada, pero no iba a poder seguir así–. La verdad es que te veo muy risueña. Primero me dices que yo estoy deprimida y después no sueltas ni una palabra.

Ahora que sabía que la relación se basaba en el miedo, Christian seguía preguntándose si eran primas, quizá, o tía y sobrina. Cuando se volvió hacia él, la amplia, elevada

pendiente de las brillantes mejillas de la mujercilla le recordó a la de la muchacha.

–Aquí no corre ni una brizna de aire. –Se sacudió las pieles contra el pecho y la cabeza de zorro dentada castañeteó arriba y abajo–. Así se coge lo que no se tiene. Recuérdame que haga gárgaras al llegar a casa.

Las luces fueron perdiendo intensidad. Durante toda la primera obra Christian tuvo presente a la mujer que estaba allí a punto de explotar, hirviendo a fuego lento. Entre ellos dos, la muchacha aparecía impasible, con las manos ligeramente entrelazadas, las delgadas rodillas alineadas debajo de una falda oscura. En el intermedio, la mujercilla, murmurándole a la chica, se levantó y se fue al servicio.

En cuanto llegó al pasillo, Christian habló. Nunca había hecho una cosa así, pero sabía que no podía perder un segundo. Dijeron apresuradamente algunas bobadas sobre Sibelius y cuando regresó la dueña Christian ya había escrito un número de teléfono y propuesto el sábado. Todo esto, que a él debió de antojársele extraordinario, parecía inevitable y totalmente correcto.

Christian se puso de pie.

–Dora, este es el señor Thrale –dijo Grace.

En el rostro de Dora él percibió un fogonazo: la mujer era consciente de que le habían ganado por la mano y tenía intención de estropearles el plan. Dora veía a un hombre de pelo rubio entreverado, bastante alto, que bien podía representar una amenaza. Christian había descubierto que eran hermanastras y australianas. Terminado el concierto, las dejó en un taxi.

Durante esa semana no pensó: Debo de haberme embobado con ella, aunque embobado fuera una de las palabras que se dijo. Sabía que se había puesto en marcha algo fuera de lo

normal. Pero se preguntaba si sobreviviría al reencuentro con Grace, cuyo atractivo bien podría reducirse en un edificio donde se alquilan habitaciones amuebladas. Entonces se enfrentaría al proceso de entrar en razón. A decir verdad, Christian Thrale, más que esperar tal cosa, la temía.

El sábado se fue en taxi al distrito W11 para descorrer el velo. Las escaleras estaban recién pintadas de blanco y tenían una moqueta escarlata. En un descansillo había un jarrón de cristal con flores amarillas.

No se le había ocurrido, pero las habría podido traer él.

Al subir lo avergonzó la sensación de estar teniendo una aventura que definía la reducida magnitud de las suyas. Después del impetuoso comienzo, las desconcertaría cuando lo vieran serio y prudente. En un espejo dorado que había junto a la puerta se sorprendió al verse, todavía joven.

La belleza de Grace era una confirmación. Había confiado en esa belleza y no le defraudó. Grace estaba tranquila, como antes, y sonreía. Otra vez vio flores doradas en una mesa. Se sentó en un diván propio de habitación que se alquila amueblada. No, no le había costado nada encontrar la dirección y, en realidad, conocía bien la zona, porque hacía tiempo había tenido el dentista cerca. Un hervidor eléctrico que silbaba en una pequeña cocina no tardó en ser silenciado, supuso que por Dora.

Caro trajo la bandeja. Mi hermana. Se despejó un espacio para dejar las tazas y los platos. Christian volvió a sentarse y Caro enfrente, con Grace agachada entre los dos: ¿Está demasiado fuerte? Tenemos estas de Fortnum’s. Con un cuchillo de plata cortó un cuadrante de tarta. Entre los ojos, un pequeño surco de concentración cautivaba como la hendida frente de un gatito. En el sofá Christian era un hombre en la ribera de un río que, más que mirar fijamente a

la otra orilla, sabe que hay una corriente a la que debe lanzarse. Vio a Grace reluciente, meciéndose entre las piedras de la tarde. Junto a aguas de reposo me pastoreará.

Enfrente, las aguas de reposo de Caro eran profundas.

Lamentablemente, Dora había tenido que ir a Wigmore Street a recoger unas gafas nuevas. Gracias a Dios. Estaba claro que Dora se aprovechaba de las oportunidades que le brindaban las chicas, y que podía ausentarse por necesidad pero no por tacto. Al igual que en el auditorio, era evidente que también ellos tenían que aprovechar el tiempo al máximo antes de que regresara, llevar las cosas hasta un punto que ella no pudiera deshacer. Aliviado por la ausencia de Dora, Christian se sentó relajadamente, se tomó otro té y se sintió satisfecho. Por entre los rancios muebles se colaba el aire fresco que entraba por la ventana y un aroma a sales de baño o colonia.

A contraluz, la cabeza y los hombros de Caro eran excepcionales. Una o dos veces la hizo reír. Pero cuando se inclinó para coger unas galletas sintió que ella lo miraba como si… Por ejemplo, como si supiera que al subir las escaleras había tenido la sensación de estar teniendo una aventura.

Dada la situación, le pareció que esas mujeres estaban insólitamente serenas. Parecían poco conscientes de que eran unas australianas en un piso alquilado con muebles. Habría preferido que las hubiera impresionado más su visita, pero más bien se vio tratando de estar a la altura de lo que él pensaba que podrían ser los principios de las muchachas y esperando que no se imaginaran el esfuerzo que le había costado. Recuperó la velocidad como el que, en medio de una emergencia, recupera un talento olvidado: como si subiera con temor a una tribuna y se aclarara la garganta para cantar.

No parecía que a la propia habitación le intimidara su presencia, ni ninguna otra perturbación, sino la propia naturalidad. Una habitación con esperanzas las habría evidenciado en la tensión de los cojines ahuecados y las revistas bien colocadas, en la ausencia de objetos indebidos guardados en un paquete; en la incertidumbre menguando lentamente en las cortinas. Esta habitación carecía prácticamente de esa inquietud. En la tapicería, nada perturbaba el apresto de lo cotidiano. Aquí los preparativos para recibirlo no le habían rendido homenaje alguno, quizá solo en las flores, que eran frescas y que él mismo habría traído si se le hubiera ocurrido.

Era una habitación de techos altos que según Grace había conocido tiempos mejores.

–No me puedo imaginar un día mejor que este –añadió Christian.

Unos pocos objetos, y los libros, que evidentemente eran de ellas. Un cuadro combado con un busto de mujer pintado sobre madera.

–Caro lo trajo de Sevilla.

–Es un ángel.

Caro había estado tres meses en España para aprender el idioma. Para eso se había ido de niñera con una familia inglesa, que después se la había llevado a Francia e Italia. Ahora Caro estaba trabajando –sirviendo, decía ella– en una librería, mientras se preparaba una oposición.

Peor aún era la situación de Grace, que trabajaba en el departamento de Reclamaciones de Harrods.

Ese tipo de actividades no podía conducir más que al matrimonio. Ya lo sabía todo sobre el examen de Caro y que nunca lo aprobaría. Hacía poco que se podían presentar mujeres y él no sabía de ninguna que lo hubiera aprobado.

–Es difícil –dijo. Ni siquiera tenía posibilidades de futuro, entrabas en el nivel inferior, era una forma de tener a gente con idiomas sin ofrecerle perspectivas de desarrollo profesional–. Una explotación, se podría decir –concluyó.

–No me gusta –dijo Caro, y se cogió una galleta de crema. «Peek Frean's», leyó, antes de partir el rótulo de un bocado.

–Me limitaré a decir –comenzó de nuevo, y se detuvo.

No sabía de dónde sacaba esas expresiones –me limito a decir, me abstendré de, me reservaré el comentario–, como si se hubiera puesto él solo en arresto domiciliario. Quizá vinieran de su padre. Le preguntó a Caro con quién había tratado, dónde tenía que presentarse. Y al saber por sus respuestas los funcionarios y los departamentos asintió dando a entender que ya se lo imaginaba, como asentiría sabiamente un griego ante la mención de Hesíodo o Píndaro, aunque no hubiera leído ni una sola línea de esos autores.

Más peliaguda era la situación de Grace, en suspenso. ¿Qué se podía aprender en un departamento de Reclamaciones?

–He aprendido –dijo Grace Bell– que una respuesta suave no te libra de la cólera.

Las chicas se echaron a reír, inclinándose ligeramente la una hacia la otra, aunque la mesa de té estuviera en medio.

–Londres es nuestro éxito –le dijo Caro–. Nuestra carrera, por el momento. –Como si la frente de él fuera un cristal y ella pudiera ver el otro lado–. Haber llegado aquí es un éxito, estar aquí es una ocupación.

Como una criatura cuya guarida ha sido descubierta, Christian se trasladó a otro refugio.

–Muy sensato no hacer demasiados planes de futuro.

Después hablarían de él, y Caro sentenciaría. No sabía si Grace aceptaría el veredicto. Caro lo partiría en dos como si fuera una galleta. Se preguntaba cómo se enfrentaba Caro a

Dora, y durante un momento le picó la curiosidad de verlas juntas. Cuando Caro se levantaba, cuando traía agua caliente o cerraba una ventana, le daba importancia al movimiento, como si la existencia no fuera algo trivial.

Cuando estas chicas eran niñas sus padres se ahogaron en el hundimiento de un ferri. Durante toda su vida, Christian llamaría al asunto el «accidente del bote».

–Y entonces –para mostrar que su futuro era independiente del de ellas– ¿tenéis intención de probar suerte aquí y volver a, dónde era, Sydney?

Caro se echó a reír.

–La vida no funciona así. –Como si ella lo supiera y él no.

Había un plato, antes con galletas, viejo, mellado, italiano y con una cenefa con letras rústicas. Caro lo había traído de Palermo. Diciendo: «¿Puedo?», lo levantó y leyó en alto, dándole la vuelta al disco para descifrar: «*Chi d'invidia campa, disperato muore.* Quien vive con envidia –¿me equivoco?– muere en la desesperación». Lo volvió a dejar en la mesa. El ángel había sido encantador; el plato tenía otro borde más afilado.

De todas maneras, qué contento estaba. Christian, quien con frecuencia temía verse eclipsado en una monocromía en la que quizá su valía no saltara a la vista. Dadas las circunstancias –la habitación amueblada, la tosquedad de Sydney, el mostrador de Harrods y el examen prácticamente suspendido–, todo debería haber conducido a una situación así. Pero no era el caso, en absoluto.

Estas mujeres le ofrecían algo nuevo: una percepción clara, sin rastro de recelos. Su distinción no solo residía en su belleza y su forma de comportarse entre ellas, en la apremiante necesidad de un rescate que en modo alguno pedían, sino en una franqueza llena de humor por la que –no

podía expresarlo de otra forma– estarían dispuestas a sacrificarse.

Christian estaba contento. Eso es lo que le había dado Grace. Te hará muy feliz.

El grado de buena fe que se le exigía a Christian equivalía a una ligera insensatez, pero no quería echar a perder la tarde. Sus oportunidades vitales parecían ligadas a los colores de los vestidos femeninos, a las rayas de las cortinas que había en las ventanas, a un ángel pintado; e incluso a un cubreteteras de ganchillo naranja y fieltro, con mango incluido, que lo decía todo del casero. Vueltas hacia él, allí estaban las dos altas figuras bajo la luz. Le habría gustado pensar que eran como de Sargent; pero se temía que eran algo más perturbador, como de Vermeer.

En ciertos momentos era consciente de que quien necesitaba el rescate era él, que a Grace no le costaría entablar relación con otro y que Caro sacaría mejor nota en el examen que los demás. Pero era difícil mantener la salud: el engreimiento agitaba tanto como la fiebre.

Y ahora, con los tres en esa habitación, había algo más: un acontecimiento o al menos un momento. Fuera lo que fuera, la excitación que conllevaba estaba desplazando la calma, el encanto. Había sido algo efímero. Christian sabía que Grace era todo lo que él podría controlar; Grace suponía una salida, aunque la hubiera elegido él inesperadamente. Caro no estaba a su alcance. Él era como un ministro enfrentado a una decisión trascendental. Al borde del sofá renunció a cualquier posibilidad de alcanzar a Caro. Esto conllevaba una liberación y un flujo de emoción propicia hacia Grace.

Ahora que era evidente que Caro era demasiado para él, casi le disgustaba.

Grace estaba hablando de un cliente que había devuelto un

canario muerto en una caja, pidiendo el reembolso. Christian debía dejar pronto clara su posición. Un tercer encuentro supondría una especie de compromiso, que pondría en marcha una cadena de nuevas circunstancias.

—Y se lo devolvieron disecado, desde el departamento de Taxidermia, ¡con una factura de cinco guineas!

Christian se reía a carcajadas aliviado. Escuchaba sus propias carcajadas, que demostraban lo que podía hacer si le daban la oportunidad. En sus carcajadas era como si ya estuviera abrazando a Grace.

Lo acompañó abajo para despedirse. Dora, ya visible a lo lejos, cumplió la función habitual de precipitar los acontecimientos. Christian le pidió a Grace que cenara con él esa semana, y ella fijó la cita el miércoles. Se repitieron la hora y el lugar como si fueran votos, para siempre a salvo de los afilados tacones de Dora en la calle.

Christian no quería ver a Dora de ninguna manera, pero esperó para saludarla y confió en que Grace se lo agradeciera. Dora llevaba el cabello envuelto en un pañuelo calado, como un techo de paja bajo un entramado de alambre. Se le cayó la llave y su cabeza se chocó con la de Christian cuando los dos se agacharon para recogerla. A su vez, esto dio lugar a falsas, entrecortadas y exageradas disculpas. Christian conocía a esa clase de persona. Era de las que se cuelan contigo entre dos hojas de una puerta giratoria, con el pretexto de que así causan menos molestias.

Cuando llegó a casa ya se había olvidado de Caro. Tardó años en volver a pensar seriamente en ella o en someterla a otro examen de carácter ministerial. Mucho antes del miércoles comenzó a desear a Grace y cuando llegó la noche fijada se mostró más encantador con ella que con nadie en toda su vida.

4

–¿HA PASADO YA?

Ted Tice miraba fijamente la carretera rural esperando ver el autobús. Caroline Bell observaba los árboles que había junto a la carretera y los frondosos jardines con los que ningún australiano podría contar. Era difícil encontrar algún rastro de la tormenta del mes pasado: por mucho que uno se fijara, la tierra insistía en no mostrar nada anómalo. Tice estaba desgarbado, ese día el carácter se le ajustaba tan poco como la ropa que te viene grande. Su pregunta no despertó a su acompañante.

Apenas se dijeron nada bajo los recios árboles. Hasta que el autobús llegó renqueando y se subieron no comenzaron a hablar, acompañando los resoplidos del viejo motor, las sacudidas metálicas de sus flancos y las voces que daban otros pasajeros. El autobús los circundaba como una obligación social. O quizá lo que les soltó la lengua fue el arranque, un recordatorio, mientras serpenteaban por el valle del río Test. Aunque fuera reclinada, con el brazo extendido para no chocar con el asiento delantero, Caro no daba muestras de querer dominar la situación. Ted Tice recorrió su perfil: de las pestañas y los labios al hombro azul, el pecho y el brazo desnudo, hasta donde la mano agarraba el metal oxidado de un respaldo. Su cuerpo aparecía mejor definido cuando no estaba con su hermana.

Ya había pasado una hora de este día que iban a pasar juntos. A Ted Tice le alegraba cada uno de los kilómetros que recorrían y que, por lo menos, al final habría que deshacer. Todas y cada una de las granjas rojas y evidentes, de las iglesias o curvas pronunciadas a la derecha le garantizaban este tiempo con ella.

–¿Estás pensando en lo tranquilo que es todo esto? –preguntó refiriéndose al florido verano inglés, pero se le podría haber entendido otra cosa. En realidad no se atrevía a tocarla, pero su gesto aludió a la cabeza de Caro–. ¿En qué estás pensando?

Caro había estado mirando por la ventana y le dirigió la misma mirada de paisajística curiosidad general. En ese momento este hombre no representaba más para ella que una bisoña presencia pelirroja con una rebeca de ochos. El autobús rural entró dando tumbos en una carretera irregular. La muchacha pensó que en las novelas dirían que los estaban lanzando al uno contra el otro, y que esto era imposible. Solo pueden lanzarnos al uno contra el otro si queremos. Como en una violación, según dicen los hombres.

–Estaba pensando que el verano, más que tranquilo, es violento. –Era su segundo verano norteño, con una abundancia que abrumaba tanto como la certeza de que era algo que podía desmantelarse y volverse a montar indefinidamente: la naturaleza con una actitud imperturbable, prodigiosa, absoluta–. El verano australiano es un infierno, no queda ni una hoja. Por allí la fuerza radica en la carencia, la escasez y la distancia. –Al recordar distancias de eterna desolación se preguntó si estaba definiendo la fragilidad–. Para tener colores como estos hace falta agua. –Pero, incluso con agua, puede que en Australia ese pigmento no existiera. Era dudoso que los rosas o los azules estuvieran latentes en la

tierra australiana, ni desde luego el prestigio pleno del verde.

Caro volvió a mirar por la ventana, sin complejos, como una niña, y pensó que aquí hasta los campos parecían creados para el placer. En cuanto a la multiplicación y la resta de las estaciones, evidentemente ya sabía de antemano cómo caen las hojas en la Inglaterra caducifolia. Aun así no estaba preparada para algo tan radical como el otoño, que, en su roja destrucción, era un acto más humano que divino.

Dejaron atrás una abadía flotando en un oleaje arbóreo y cruzaron un pueblo con cables por encima y tienditas descorazonadas.

–*Grandes esperanzas* –dijo Caro, que podía leer el cartel de un cine lejano.

El autobús se detuvo y volvió a renquear. La regularidad de las calles periféricas se había replegado ante una autopista: la nueva carretera remontaba una loma, las casas se desperdigaban como botones soltados sobre una panza. En un descampado un tiovivo caído se convertía en herrumbre; un cartel colgante había perdido la F y la I, con lo que se leía ERA. Junto a la carretera, un granero se acurrucaba como una camioneta abandonada. El autobús se precipitó hacia delante. Ante el rugido, un coche pequeño se metió en un seto: un animal aulló.

–Antes, en Inglaterra –dijo Ted–, nunca estabas lejos del campo. Ahora siempre estás cerca de un pueblo.

Gracias a Caro había comenzado a mirar con ojos de las antípodas.

–Yo viviré en una ciudad por los siglos de los siglos –Caroline Bell no tardaría en comenzar su trabajo en un ministerio–. Tengo que esperar a que el puesto esté vacante. –Ted pensó que ya utilizaba la jerga, pero ella continuó–. Un puesto, un poste. Como estar atada, a la espera de ejecución

en el campo. Como una horca en un cruce de caminos.

Los dos sonrieron al pensar en esa imagen de Caro colgando bajo la luz de la luna: Caro tendría su merecido. Para él era importante cualquier cosa que se dijeran. En lugar de hablar sobre pueblos y oficinas podrían haberse estado preguntando: «¿Qué será de nosotros?» o «¿Tú crees en Dios?». La muchacha sintió en la nuca el aliento de un hombre que hablaba. A su lado un río discurría entre sauces; apareció una blanca aguja, apenas mineral. El autobús traqueteó adelante y atrás, decidido a echarlos del asiento. Nos lanzan uno contra el otro.

Donde se apearon había cancelas de hierro forjado abiertas como páginas escritas. Custodiando esta caligrafía había un hombre de pelo cano, sin un brazo y con los galones de viejas batallas en el pecho.

–Llegan justo a tiempo.

Un cartel indicaba las horas de visita, como si la gran casa que había detrás fuera un paciente en el hospital.

–¡Vamos, un poco de entusiasmo! –les gritó el guardia cuando ya habían pasado.

Se rieron y actuaron en consecuencia.

A Caro se le había pegado una canción de Ted Tice y cantaba: «Sur, sur, sur», con voz aguda, ligera y no demasiado melodiosa, mientras levantaba las manos para protegerse los ojos del sol. Al menos durante ese instante, estos dos no fueron más que lo que el mundo pensaba que eran: jóvenes, optimistas y quizá pronto amantes.

–Por supuesto, nosotros nunca vimos nada de esto. –Era la gran casa a la que habían evacuado a Ted Tice, de niño, durante los bombardeos alemanes–. Ni siquiera parece la misma.

Puede que los propios y resplandecientes colores de la seda, el terciopelo y la porcelana fueran una prerrogativa de las clases dominantes.

–Quizá nos hayamos equivocado de autobús –dijo Caro.

Se reían y miraban por las ventanas. Toda la casa era de piedra. Fuera, por debajo del amplio alféizar, había una acumulación de falsos jazmines; budleyas, moradas y llenas de abejas; por supuesto, rosas y guisantes de olor. Los jardineros reunían recortes de setos ornamentales: toda Inglaterra se podaba y recortaba, se dejaba cada vez más corta.

–¿Les dice algo *El rapto de las sabinas?*

La guía apuntaba hacia arriba con una varita blanca. Su voz también tenía puesta la sordina inglesa, aunque la escuchara un grupo obediente. Contemplaban un cuadro, enormemente italiano, un remolino de miembros violentados; los labios rojos separados en un grito pintado. Caro y Ted se reían junto a las ventanas. *El rapto de las sabinas* no les decía nada.

La visita avanzaba con desgana. Había un cordón de contención trenzado y un cartel: SE RUEGA A LOS VISITANTES. Las emociones se despertaban ante una cascada de ornamentos pintados que caía desde gran altura. Había diosas, guirnaldas fantásticas, urnas, balaustradas y gran cantidad de oro. En una sala como esa se tenía la sensación de que la casa albergaba a otra nación, demasiado suntuosa, y que había escapado por poco a la traición.

–Durante la guerra estos murales se cubrieron con tablas. Y son de Rubens. –El grupo se concentró, viendo menos las pinturas que la interesante e ingeniosa estructura de tablones que en su momento las había cubierto–. Especial atención merece la batalla del mural oeste, si se piensa que fue aquí donde se planeó la apertura del frente occidental durante la

guerra.

Sí, era cierto: los comandantes se habían sentado allí en uniforme de campaña y esta vez fue el mapa de Francia el que se colgó sobre el lienzo de paños al viento y carne refulgente cubierto de madera; y Marte verdaderamente cubrió a Venus. Un general calvo había hecho *putts* en la base de fieltro de la moqueta, mientras un primer ministro, para no ser menos, había pintado su propio cuadro.

El grupo no era consciente. Pensaba que hacía tiempo que la casa no era un lugar importante. Y quería saber más, dónde estaba colocada la mesa y qué había pasado con Montgomery.

–Sí, aquí estuvieron. –La guía color paloma había dejado la varilla en una mesa y señalaba con las manos, como un artista–. Todos los arquitectos de la invasión.

Como si la guerra también fuera un edificio mayestático. Se había quitado las gafas y, con una pequeña rojez a ambos lados de la nariz, era un ave delicadamente marcada. Estaba encantada de complacer con su importante información: los *putts* del general, la colocación del caballete del estadista. Y también se alegraba por la familia que poseía esas enormes riquezas.

La visita se fue desplazando hacia otra zona acordonada. Una vez más, un cartel pedía o rogaba que hicieran o se abstuvieran de hacer algo; y después informaba de que la biblioteca estaba forrada de libros hasta tres metros del techo (que también contaba la historia –en pastel, cóncava y no demasiado decorosa– de Deyanira y Hércules). Bastante más abajo, la alfombra mostraba colores pálidos, como reflejos.

En mesas relucientes había fotografías, de marcos plateados, firmadas, formando un ángulo con su soporte. Una y otra vez se podía ver la majestuosa R detrás del nombre.

–La reina Alejandra, la princesa Pat. –El grupo, sin duda

experto en esas lides, las reconocía. Merodeaban entre los sifonieres y las credenzas, y nadie tuvo valor para rebelarse. Los muertos y los ejecutados, los príncipes rusos y prusianos, no suscitaban ni compasión ni terror: eso formaba parte de su privilegiado destino, iba ligado al esplendor, a las tiaras, las estrellas y las jarreteras, y a los largos collares de perlas.

–Este es el hemofílico –dijo un hombre con ropa de espiguilla.

Las cabezas giraron bruscamente, pero no tardaron en confirmar la dolencia del pequeño y condenado zarévich.

–Fíjense en la insólita reunión de generaciones. Y el duque de Kent poco antes de que Cecil Beaton acabara con él.

La gente no dejó de reconocerlo así. A una mujer con estampado rosa le pidieron, con suma moderación, que no tocara.

–Pues sí que es la misma casa –dijo Ted Tice. Donde ponía SENTIDO DE LA VISITA bajaron juntos las escaleras.

Desde fuera se apreciaba el carácter escultórico de la residencia. Era imposible imaginarse nervios, vigas, arquitrabes o fases de laboriosa construcción. Una parra virgen llegaba hasta las descascarilladas ventanas de la estancia donde los generales habían cartografiado la muerte, y una enorme glicinia estrangulaba las columnas de un silente pórtico. La casa se preparaba para el derrumbe como si fuese una etapa más de la vida.

Ted Tice se sentó con Caro en el césped. La muchacha se abrazó las rodillas.

–Los creadores de una casa así debían de ser también hermosos –dijo.

–Es probable que no pudieran digerir más belleza que la que había en la casa –el pelirrojo se tumbó en la hierba, apoyando la cabeza en las manos, y recitó con su acento

regional:

> … para que ellos,
> hombres violentos y amargados, pudieran levantar en piedra
> la dulzura que todos anhelaban día y noche.*

El vestido de Caro modelaba una rótula azul.

–¿Tú crees que en algún sitio habrá alguien que ahora anhele dar su testimonio o levantarlo como en piedra?

–Si es así, mejor que no lo diga, o acabará en el infierno. –Ahora mismo, el propio acto de anhelar podía equivaler al reconocimiento del fracaso. Ted dijo–: Belleza es la palabra prohibida de nuestro tiempo, como Sexo lo fue para los victorianos. Pero sin la misma capacidad para imponerse. –Bien podía haber estado repitiendo palabras de Sefton Thrale: Vosotros seréis los que pagaréis el pato.

Ted Tice se sentó con Caro en el césped. Es fácil que el silencio caiga entre quienes no se consideran un tema de conversación. Además, el aire estaba impregnado con los sonidos rotundos y los verdes olores de la poda y la limpia. Por su bien, Inglaterra estaba quedándose en la raíz; así se fortalece el carácter. Los jardineros vestidos de gris actuaban para impedir el crecimiento o para mantenerlo bajo control. El verde caía en todas sus manifestaciones y se retiraba en cestos.

–Están talando el color mismo –Caroline Bell se inclinó hacia delante y sonrió para ver cómo se cumplía algo que siempre había creído–. Ese verde que nosotras solo conocíamos por los libros.

* Fragmento del poema *Meditations in Time of Civil War,* de William B. Yeats.

La presente novela está salpicada de notas y alusiones literarias no explícitas. Únicamente se ha citado la fuente correspondiente cuando se ha considerado que era imprescindible para la comprensión del texto. *[Esta nota y las siguientes son del traductor.]*

5

Como un invitado molesto, el invierno gris se marchó,
y mirad qué recompensa:
con el viento oeste llega septiembre
y la primavera en su vestido.*

Se podría recitar en clase de Oratoria, pero seguramente no en la de Poesía inglesa. Era como si el poeta se hubiera puesto deliberadamente de parte de los perdedores, y de los australianos. Había agarrado el toro por los cuernos. Pero un cuerno agarrado sigue siendo un cuerno, y agarrarlo no deja de ser anormal. Lo natural eran los setos, el espino, las alondras, el pinzón en la rama del huerto. Nunca los habías visto pero creías firmemente en su existencia. Igual que creías en las estaciones húmedas, caducifolias y naturales de la literatura inglesa y en el césped de velvetón esmeraldino, o en las flores que solo pueden brotar en Australia al término de la estación seca y con abono. La literatura no solo había hecho realidad esas cosas. Había situado Australia en una perpetua, flagrante vulneración de la realidad.

Las niñas cantaban, cantaban a coro:

Vente para Kew cuando florecen las lilas (¡no está lejos de Londres!).

Así se lanzaban a un viaje de dieciséis mil kilómetros. Como castigo, después de clase, podías escribir cien veces:

> Respetarse, conocerse, controlarse;
> tres cosas bastan en la vida para tener un poder soberano.

Las niñas chupaban plumines de latón y jugueteaban con las coletas, preparándose para acceder al poder soberano.

La Historia era el desplegable en color de la coronación que se había pegado en una pared del aula: la escena en la abadía, con los nombres impresos debajo. El duque de Connaught, el *earl* de Athlone, el delgado rey con armiño. Dora compró una taza conmemorativa de la coronación en Woolworth's: Que reinen muchos años. Esa era la Historia, cortada por el mismo patrón que el Príncipe negro y la Guerra de las Dos Rosas. A Grace y Caro, Dora les había permitido quedarse despiertas una noche de verano para escuchar el crepitar de la abdicación en onda corta. Algo que siempre recordaréis.

La Historia de Australia, que solo se impartía una vez a la semana, entraba fácilmente en un librito, de color tan parduzco como las escenas que describía. Presidida durante un nacimiento brevemente inmaculado por el capitán Cook (galones dorados, peluca blanca y pegado en las ilustraciones a sir Joseph Banks), la Historia de Australia no tardó en acabar en fracaso. Se vio sepultada por el oscuro hedor de prisioneros anónimos que solo parecían haberse dedicado a construir, para su propia reclusión, presidios de piedra, ahora monumentos vacíos que las niñas podían recorrer durante visitas dominicales: Estas son las celdas de aislamiento, aquí es donde se les... La Historia de Australia iba menguando al describir las expediciones de exploradores condenados al fracaso, viajes sin revelación o encuentro alguno, soportados por hombres entecos cuyos retratos desalentaban de

antemano con su aspecto consumido, desventurado: ojos de un brillo animal, hundidos en cuencas que eran puro hueso.

Esta era la crónica reseca: exigua, vergonzosa, decepcionante; trasmitida a toda prisa por profesores deseosos de volver a la ceremonia en la abadía. El peso de un continente harapiento era tal que ningún niño podía moverlo. La Historia discurría excelsa, espiritual, sin dignarse a bajar la mirada hacia Australia. Más imponente que la naturaleza, tan inevitable como las palabras de los rezos matinales: Oh, Dios, autor de la Paz, y amante de la Concordia, de cuyo conocimiento depende nuestra vida eterna, y cuyo servicio es plena libertad.

Sentimientos de tal magnitud, que solo podría aspirar a tenerlos un australiano muy pedante, atrevido o moribundo.

En el hemisferio norte, el verdadero, situado al otro lado de un Ecuador que nada equiparaba, hasta el agua del baño desaguaba por la dirección contraria. Quizá hasta los discos que giraban en el gramófono. Los australianos solo podían fingir que formaban parte de todo eso y esperar que nadie se diera cuenta de la verdad.

Muy de vez en cuando, o todo el rato, se tenía la sensación de que se iba a anunciar algo supremo y evidente. Como el día en que unos chicos martirizaban a un temporero vagabundo en un cruce y de repente apareció un hombre que les soltó: «¡E una pesona!».

Cuando el feroz diciembre entra en el bosque…**

Vivían en una casa con una torreta y vistas de los Cabos. Tenían sillas con bordados, platos de cristal que tintineaban cuando los golpeaba una uña y un trozo de roble del buque insignia de Nelson en una cajita de terciopelo. En el colegio

Caro estaba entregada a la Armada española y al triste corazón de Ruth cuando el ferri llamado Benbow volcó en la bahía de Sydney y desgraciadamente se hundió. Grace estaba en una silla azul del jardín de infancia y todavía tenía a la señorita McLeod, que había venido después de la Primera Guerra Mundial y que se jubilaría en Navidad.

La señorita McLeod tocaba el órgano para el colegio en las oraciones matinales. «En susurros se cantaba el himno nocturno», «Para todos los santos» y, en Navidad, «Hace tiempo en la ciudad del Rey David». Todas las chicas eran anglicanas o algo parecido, salvo Myfanwy Burns y la hija de los Cohen. La religión era el niño en el pesebre, el chico con la honda, la túnica de colores.

Caro y Grace sabían que lo que les había ocurrido era trascendental. Lo detectaban en nuevas y aduladoras atenciones que nada tenían que ver con una pérdida increíble, persistente. Tardaron en renunciar a la esperanza de que las cosas volvieran milagrosamente a su ser y cada mañana se despertaban sin poderse creer ese clima de muerte. Habría sido difícil contar con un clima apropiado o que sirviera de consuelo, pero este calor no parecía neutral.

Tu padre a cinco brazas de agua yace.[***] La señora Horniman, en la casa con el césped inglés, dijo que haría cualquier cosa por ellas. Y el día de Navidad se achicharraron junto al árbol de plástico de los Horniman mientras se desataba un incendio forestal en Clontarf. A Grace le salió una moneda de tres peniques en el pudin de Navidad, pero la tarde fue un desastre. A los niños se les prohibió bañarse por haber comido pavo y Athol Horniman dio a Caro con una pelota de críquet.

Pocos días después, Dora les dijo: «Ha llegado 1939».

Dora les pareció una desconocida. Apenas la recordaban de

cuando había formado parte de una familia de cinco personas. La Dora actual no parecía haber compartido la vida anterior al Benbow. Solo había algo, todavía un recuerdo no definido como tal, de Dora chillando detrás de una puerta cerrada y padre diciendo: «Fijaos qué hija».

Por ejemplo, era difícil imaginarse dónde podría haber estado Dora durante las mañanas de ese pasado glorioso en el que a Grace y Caro las llevaban en coche al pueblo para comprarles nuevos uniformes. Padre las dejaba allí, a la madre y las dos niñas, en esa extraordinaria neblina en la que los olores metálicos del pueblo fluían junto a los coches, morosos entre estrechas filas de edificios. Un tranvía amarillo desvaído, de los que parecían un soporte para tostadas, las sacudía en bancos de madera lustrados por el paso de la gente. Había administrativas con el pelo recogido en un rodete y gorras de marinero de fieltro o paja, pero desde luego no estaba Dora. Los hombres se sentaban en los compartimentos abiertos que había en los extremos del tranvía, con sus gruesos abrigos desabrochados por el calor; arrojando colillas al suelo de listones de madera y apoyándose para escupir hacia fuera. Cuando llovía, bajaban una persiana de lona terminada en una varilla. En el compartimento interior Grace viajaba de pie entre las rodillas de su madre y Caro se iba bamboleando contra una colección de muslos. Una pasajera y dos medias pasajeras, como la mitad de billete que pagaba cada una, pero sin Dora.

La madre de Dora había muerto al nacer ella, como en los cuentos. Dora tenía veintiún años, pero había abandonado la escuela de Magisterio.

Donde se apeaban del tranvía había espléndidos escaparates con guantes, bolsos y zapatos de seda de colores, y galerías comerciales iluminadas como arcoíris. Las mujeres

que pasaban por Pitt Street o Castlereagh tenían una expresión más distante y lucían sombreros color violeta o rosa, con pequeños velos. Eso no impedía que delante de las mejores tiendas pasaran barriles de cerveza en carretones de los que tiraban parejas o grupos de caballos Clydesdale: cuellos zaínos tensos en collares de cuero sudado, grandes pezuñas debajo de plumas de crin veteada. Y el conductor: camisa sin cuello, el raído chaleco abierto, sin chaqueta, la cara curtida y un bigote manchado y tupido, como de crines. Por el suelo, estiércol y un cárdeno olor a lombarda caída y pisoteada por ponis con anteojeras enganchados a carros de verduras. El bordillo jalonado de carretillas de naranjas de Jaffa y Navel, o de manzanas de Tasmania. Todo este panorama, chabacano y rural, en el elegante cruce de las calles Market y Castlereagh.

En la misma esquina se encontrarían con los espectros temidos por Caro y Grace, y, a juzgar por quienes los miraban y por quienes apartaban la vista, por cualquiera que pasara por allí. En toda la ciudad se producían apariciones terribles y cabía esperarlas en cualquier centro comercial de la periferia. Muertos y atroces, los espectros eran inevitables en esta acomodada esquina, que por esa razón no parecía en absoluto una calle, sino una mina o un circo romano.

Algunos estaban de pie, incluso aquellos que solo tenían una pierna. Los que no tenían ninguna estaban en el suelo, apoyados en los escaparates. Los ciegos iban con un cartel colgado del cuello que explicaba su situación: quizá añadiendo SUVLA o GALLIPOLI. Igualmente, en el letrero que decía GASEADO y que colgaba junto a medallas de metal, podía aparecer información adicional: YPRES o ARRAS. O el cartel podía decir, simplemente, MESOPOTAMIA, igual que se escribiría INFIERNO.

Se ponían por separado, quizá acompañados de un perro o un niño, o una mujer demacrada, que pasaba en silencio la gorra. Lo más normal era que estuvieran solos. Sin embargo, la persona que habían sido o lo que habían hecho se hundía en la insondable uniformidad de su mirada. Ya no les podía ocurrir nada peor, pero esa insuperable y pésima situación se mantendría por siempre jamás. Llevaban la inmovilidad en la mirada, hasta los ciegos, acercándose a Dios sabe qué último suspiro.

Qué música tocaba y cómo cantaba esa espectral orquesta, vestida de sarga holgada y brillante de puro raída, con violines sin cuerdas y concertinas asmáticas, y la herrumbrosa armónica agarrada por la inexperta mano que había quedado; voces discordantes con cualquier cosa que no fuera extremadamente forzada. Con cuánta crueldad atormentaban, para sacar unos peniques de la Depresión, al público reacio con sus espantosas canciones: «The Rose of No Man's Land», «The Roses of Picardy», «The Rose of Tralee» y «Oh My, I don't want to die, I want to go home». La Guerra de las Dos Rosas, las rosas, y sonreír, sonreír, sonreír.

Ilghty-tiddly-ighty,
Llévame de vuelta a Blighty,
En Blighty debo estar.

Hasta los niños –que aún no habían entrado en contacto con la virtud y podían atormentar con saña a sus compañeros de juego– se volvían adultos en la compasión: conocían profundamente la Primera Guerra Mundial, antes de poder tener memoria de ella, como los más pequeños conocen lo macabro por los sueños. En realidad, nada les habría sorprendido, aunque les hubieran hablado directamente de caballos o de hombres que explotan, del rictus descompuesto

de los muertos, del pie o la boca de trinchera, de las bengalas de estrella, del terror. De un brigada que amenazaba a gritos a hombres prácticamente muertos por encender pipas de arcilla, del estadista que durante una visita tras las líneas de combate se ponía a gastar bromas. Habían oído hablar del periódico *Wipers,* del llamado bosque de Plug Street y de la Línea. De alguna manera lo sabían por las instrucciones mudas que recibían en las esquinas y las canciones sobre las rosas y *La señorita de Armentières.* Lo descubrían desafiando las frágiles coronas pardas de los cenotafios, los dos minutos de silencio y los estanques del recuerdo donde las botellas de cerveza flotaban indolentes, y también los monumentos a los símbolos bélicos más preciados: el soldado que, junto a su fusil de bronce en reposo, ayuda a su compañero dignamente derribado, o el mariscal limpio y victorioso sobre una impoluta yegua.

Qué largos fueron, qué inmensamente largos, esos cuatro años que durarían eternamente.

En el Día de Anzac o el del Armisticio, a Grace y a Caroline Bell las habían dejado colarse entre la multitud para observar caminar en filas a hombres de rostro delgado, con un traje digno si lo tenían, de raya diplomática, con pedazos de galones dispuestos como pequeños arcoíris en el pecho, la amapola de papel rojo en la solapa, el ramito de romero. Como eran muy pequeñas, a Caroline y Grace Bell las habían colocado en primera fila para ver todo eso, porque eran las que más necesitaban verlo.

Habían accedido al conocimiento mientras se les partía el corazón. El conocimiento se alzaba formidable e impotente en sus cajitas torácicas mientras que, mirando a los lados, echaban dos peniques en la gorra extendida, o machacaban el romero entre los dedos para extraerle el olor.

La casa a la que entonces se trasladaron con Dora era más pequeña, con camelios en la parte de césped, pero demasiadas hortensias. En la parte trasera había grama, arbustos con pinchos y una zona de rocalla extraída de la cuesta de arenisca. Dentro, el cuarzo que cambiaba de color o la astilla de la vera cruz del buque H. M. S. Victory se habían convertido en piezas de museo, en reliquias de otra vida. A cada lado de su propia y breve zona plana las largas calles caían sobre el mar. De haber conocido Río o Valparaíso, casi podrían haber pensado que estaban en alguno de esos lugares. Detrás de una noche venía otra, noches de un silencio oceánico que entonces ni siquiera interrumpían los chillidos de los bandicuts en las trampas colocadas en el césped inglés de los Horniman.

En la hendidura que creaban dos salientes retumbaba el Pacífico, como un juguete azul entre zarpas. La festoneada bahía era en sí misma un país, tan familiar como el archipiélago que un niño gobierna entre las rocas: parecía que el mar abierto casi no podía ofrecer más. Sin embargo, al adentrarse en ese Pacífico hendido, los transatlánticos se llevaban a los afortunados a Inglaterra. Al muelle se acudía a despedir a los Broadhurst o los Fifield. A bordo servían un almuerzo, que a Dora no le gustó porque se atragantó con una espinita. Sonaban sirenas y besos; los banderines y los nervios se agitaban. Y el buque Strathaird, o el Orion, estaba enormemente lejos. Se podía volver a casa a tiempo de verlo pasar entre los Cabos, y Caro podía leer en alto el nombre en la popa o la proa. Hasta a Dora la doblegaba asistir a un evasión tan indudable.

Alguien había escrito que ir a Europa era algo casi tan definitivo como ir al cielo. Un tránsito místico a otra vida, del que nadie regresaba igual.

Quienes regresaban en buques como esos eran invencibles, porque se las habían apañado y podrían reflexionar eternamente sobre la casita de Anne Hathay o la Torre de Londres con una confianza que Sydney no producía. Sydney no tenía nada de mítico: los objetos, los seres y los acontecimientos trascendentales siempre surgían fuera del país o en el espacio ajeno de los libros. Sydney, al contrario que la aldea más miserable de Europa, nunca podría contar con ser la patria chica de un poeta o el lugar por el que se paseara un pintor. La probabilidad no surgía, no tenían la sensación de merecerla. Eso daba la medida de una resentida oscuridad: no podían imaginarse a una persona que pudiera desenmascararla ni ensalzarla.

Luego estaban la bahía y el mar abierto. Una atmósfera en la que se podía admirar tranquilamente un atardecer, pero no mucho más. Cualquier otra alegría íntima –en la luz o la oscuridad, entre el follaje o junto a la verja– sabía a revelación y no se toleraba; aunque fuera entre las glicinias o las acacias en mañanas seguramente más nuevas que las que cualquier otro lugar pudiera entonces ofrecer. A veces, al anochecer, se sentía una quietud, se veía cierto tipo de peñasco o el dibujo de una lánguida rama recortándose en el cielo que quizá anunciara la gloria. Aunque no podía estar bien regocijarse cuando Dora estaba angustiada, las chicas se acariciaban las suaves caras con las gardenias, inhalando diciembre para toda una vida.

En el interior estaba el *Bush,* cuyo nombre ya era un abrasador y reseco espacio borroso. En el interior estaba la sequía, un misterio cuarteado al que nadie iba, un triste horizonte ensartado en un alambre de espino mal colocado. Dora se negaba a llevar el coche más allá de Gosford y ninguna de las tres había visto en su vida a un aborigen. En

Pascua, los Whittle las llevaron al paso de Bulli, donde el radiador del coche se recalentó y todos tuvieron que apartarse a un lado de la carretera después de colocar piedras para calzar las ruedas traseras. Cuando se bajó para empujar, el regordete señor Whittle parecía un bebé que va creciendo y cuyo primer impulso es echar a rodar el cochecito en el que lo han traído. A su regreso a casa, Dora se sentó en una extraña silla y dijo: «Esto no me lo volvéis a hacer».

Como una extensa zona interior de su propio litoral, Dora se estaba convirtiendo en una región problemática, en el origen de una súbita conflagración. Dado que las chicas aceptaban todos sus cambios de humor, les sorprendía que la vida de Dora estuviera, tal como ella decía y les decía, sometida a la de ellas. Debía de haber algún malentendido. Como las niñas fueron las primeras en saber, Dora estaba sucumbiendo a algún problema grave. Aún podía estrecharlas en sus brazos, pero con vehemencia, como si quizá les quedaran pocos abrazos así, y sin darles refugio alguno. La situación de Dora les estaba cayendo encima como cae la noche, mientras seguían fingiendo que podían distinguir las formas y los colores de un día normal. Manteniendo las apariencias emocionales, estaban aprendiendo a apaciguar a Dora y a estar pendientes de ella. Ahora sus extemporáneas reacciones ante un error o cualquier cosa que despertara su virulento carácter podían ser temibles. A los estridentes alborotos que montaba Dora había que ocultarles las magulladuras de una caída, y cualquier otra caída o magulladura.

Estaban perdiendo a su madre por segunda vez.

Caro estaba aceptando la existencia de la infelicidad: la conciencia de que Dora creaba infelicidad y que ella estaba ligada a Dora. Ahora nadie aparecería para rescatarlas, era

demasiado tarde. Al hacerse mayor, Caro, más que hacer avances en su larga tarea, estaba comenzándola. Al menos por el momento, Caro era más fuerte que Grace y estaba aceptando que Dora era una obligación moral. Por su parte, Dora era la más fuerte de las tres, en su poder –en su poder soberano– estaba acusar, juzgar, hacer daño. La diestra desconfianza de Dora te llegaba de manera infalible al fondo, despertaba tus peores pensamientos y los cultivaba a la vista de todos, pero nunca sacaba a la luz la sencillez del bien. Era como si Dora conociera tu verdad íntima, racional, protestona, e intentara azuzarte para que la mostraras, como si fuera una traición. Por una parte, estaba Dora buscando el caos y, por otra, las hermanas intentando constantemente frustrarlo o esquivarlo.

Las chicas oían decir que Dora las estaba criando. Sin embargo, más que criarlas las hundía, y ellas no dejaban de intentar salir a flote. En esas niñas surgió y se ahondó una veta de cordura instintiva: la advertencia de que, al final, cualquier mentira se paga. Se engendró una aversión a la emoción y la idea –que a Caro le duraría toda la vida– de que aquellos que no se consideran víctimas son los que más tensión soportan.

Como valoraban la falta de pasión, empezaron a anhelar, de manera perversa e inconsciente, alguna fuerza que pudiera alterar ese equilibrio y conducirlas a cimas más altas.

Al igual que otros niños, al volver del colegio se paraban para subirse los calcetines, rascarse las costras o quedarse mirando el sendero de un jardín en alguna entrada opalescente. Grace con bandolera y rubios tirabuzones colgantes, Caro arqueada por una pesada cartera. En el colegio las dos demostraban su inteligencia, algo que se atribuía a la madurez que producía la tragedia; del mismo

modo que, si hubieran ido rezagadas, se habría achacado a la parálisis que produce el trauma. En el patio se buscaban la una a la otra y se sabía que eran anómalas, tal para cual.

Las aulas tenían paredes rugosas y amarillentas. Las niñas estaban leyendo *El mercader de Venecia* bajo la manchada reproducción del cuadro *Casado* de lord Leighton, y la acuarela de la garganta de Ormiston. Las aulas eran ventanas que daban a la bahía. Zarcillos de campánulas que trepaban por los alféizares de madera. Siempre era verano y lo más habitual es que fuera por la tarde, al calor del olor a tiza, zapatillas de deporte y quizá el plátano que alguien se había dejado en la cartera. Cansadas como hombres de negocios, las niñas grababan nombres en los pupitres a la espera de que sonara el timbre.

Caro y Grace volvían a casa caminando cuesta arriba bajo un calor horrible. Las casas de ladrillo eran de una simétrica respetabilidad roja, amarilla o morada: muretes de jardín, amplias galerías, matas recurrentes de franchipán e hibisco, banksia y escobillón; quizá un cenador, quizá un mástil. Ni rastro de coladas o siquiera de personas: eso había que buscarlo dentro, o por detrás. Caro estaba empezando a preguntarse por los interiores y las traseras, y si cada casa escondía una Dora. Si en todas las vidas había un Benbow que se escoraba y hundía.

Se tenía la sensación de que las paredes de esas casas podían volcarse hacia dentro, que quedarían aplastadas sin revelar nada.

El refinamiento se mantenía en el mismo borde del abismo. Presentarse sin guantes, mostrar la carne de alguna otra manera o llegar a expresar un amor incondicional era verse arrojado al pozo sin fondo de la salvaje Australia, allá donde había quedado el hombre primitivo. El refinamiento era una

construcción frágil, continuamente azotada por oleadas de humanidad tosca, machacona: el caos de las seis de la tarde a la puerta de los pubs, con hombres peleándose en medio de vómitos y cristales rotos; el grupo de estibadores en su rato de descanso, lanzando monedas al aire en cuclillas y gritando furiosas obscenidades a las mujeres que pasaban cerca del muelle. Había familias chillonas que, en el mejor de los casos, compraban en el área de descanso, y cuyos hijos iban magullados por los golpes o malogrados por el raquitismo: esa sutilísima amenaza que contenían las hileras de viviendas y cuya sombría mugre, una oscuridad del centro de Inglaterra, procedía de las islas británicas. El Reino Unido había compartido de buena gana su miseria con la lejana Australia, pero se quedó con la abadía y el Cisne de Avon.

Conmocionado por esas realidades y otras peores, el refinamiento se estremecía y daba la espalda.

Las dos niñas caminaban hacia casa de la mano, menos como amantes que como una pareja mayor, apesadumbrada por la información y la responsabilidad. Regresar a casa suponía encontrarse de nuevo con una Dora cuya callada indignación revelaría su origen más pronto que tarde, y de manera explosiva. O con una Dora desfigurada por el llanto producido por la ofensa de algún vecino, al que a partir de ese momento se la guardaría de por vida. El contenido era acústico, sonoro, determinaba inflexiones, llenaba silencios. El agravio era estadístico: «En dos años solo me han invitado una vez», «En todo ese tiempo solo he ido a tomar el té exactamente dos veces». Cualquier disputa en clase o en el patio que sin darse cuenta ellas revelaran podía desatar los gritos de Dora: «¡Paz, quiero paz!». Mucho después de que las chicas se hubieran ido a la cama, en la casa retumbaban los gritos de «¡Paz!».

Dora podía morirse en cualquier momento, o eso decía ella. PUEDO MORIRME EN CUALQUIER MOMENTO, como si fuera una solución a la que pudiera recurrir en repetidas ocasiones. Les decía que la muerte no era lo peor, como si hubiera tenido la oportunidad de comprobarlo. Decía que podía quitarse de en medio. O que podía desaparecer. A quién le iba a importar, qué podía pasar. Se lanzaban hacia ella aterrorizadas: Dora, no te mueras; Dora, no desaparezcas. Pero ella estaba decidida: no había otra solución.

Con cuánta frecuencia, con cuánta, recurría a esta inagotable reserva de su propia muerte, una y otra vez regenerada por el horror que inspiraba al mostrar a los demás el precipicio. Desde el miedo ceniciento de sus hermanas era desde donde Dora se alzaba siempre, como el ave fénix. Revivía con cada uno de esos préstamos que le hacía la muerte.

Por otra parte, tampoco es que Dora tolerara a los afligidos o a quienes se habían ido a pique. «Todos podríamos rendirnos», dijo cuando le contaron que la bibliotecaria, la señorita Garside, había tirado por completo la toalla. Los mutilados o los ciegos constituían una molesta incursión en la lástima, prerrogativa absoluta de Dora: sus gritos de ayuda debían ahogar todos los demás. Estaba bastante obsesionada con su propia desaparición, que era la presencia que más pesaba en sus vidas.

Todas las primeras leyendas de las chicas eran de cuando Dora… Cuando Dora plantó cara al recaudador de impuestos, cuando Dora no aguantó las tonterías del ministro. «Por una vez alcé la voz.» Dora presentando una queja, ofendida o enfurruñada. Dora fuera de sí, Dora al ataque, Dora viniéndose abajo. Dora dando la noticia que siempre temían: «He tenido una buena bronca». Un buen grito, una buena

bronca, una buena agarrada. Además, Dora estaba convencida de que bastaba presionar lo suficiente las buenas intenciones para que acabaran mostrando lo limitadas que eran; y, en este sentido, una y otra vez, siempre se había demostrado que tenía razón.

Dora tenía un vestido bermellón con botones negros que se ponía para las labores del hogar.

–¿Por qué siempre estás enfadada cuando te pones ese vestido? –preguntó Grace de niña.

Dora no supo bien cómo estallar.

–Con este vestido siempre estoy ocupada. Enfadada, no. Ocupada. –Grace no se lo creyó–. Me da igual que me digan que siempre estoy enfadada. Desde luego que no estoy enfadada. –Dora estaba muy enfadada. Grace tembló.

–Lo siento.

–¿Acaso sabes, acaso tienes la más mínima idea de lo mucho que trabajo para vosotras? Nunca termino. –Era cierto, las amas de casa eran esclavas–. Después me tiras esto a la cara, que estoy enfadada. Pues te voy a decir una cosa.

Grace se fue a llorar fuera.

Dora tenía veintidós años, ojos oscuros caídos y, a pesar de su adicción a los caramelos, unos dientes pequeños y perfectos. Caro se preguntaba cuándo tendría Dora años suficientes para tranquilizarse. La gente mayor era serena. A los setenta, por ejemplo, no te quedaba más remedio que ser sereno. Hasta Dora tendría que serlo, si es que ellas podían esperar tanto.

Sin embargo, Dora era la vida cotidiana. Dora hacía la compra, pagaba las facturas con la pequeña herencia de las niñas y hablaba de bonos con administradores. Dora devolvía *La ciudadela* a la biblioteca y volvía con *Vinieron las lluvias;* jugaba al bridge en Pymble y tenía un primo rico en Point

Piper. Dora se iba a tomar el té y escribía notas de agradecimiento en papel barba azul. Llevaba un elegante vestido de seda de ese color que llaman aceitunado, y se ondulaba o rizaba el pelo con rulos. Las noches de entrega de premios Dora se regocijaba con las antologías encuadernadas de las chicas y la copa de plata que Grace ganó en Piano, y lloró de verdad cuando Caro obtuvo una medalla de oro en Francés. Esto era lo que a Caro le hacía pensar en la parte trasera de las casas y en si alguna Dora era inevitable en cualquier hogar.

Sumamente desconcertante era la Dora que, envuelta en cariñosa normalidad, venía después de la liberación que suponía una buena bronca. Durante esos intervalos, las chicas volvían a ser niñas durante una tarde o un día entero. Por supuesto, el desconcierto, basado en la certeza del sufrimiento, afectaba a todo lo que daban por seguro. Sin embargo, como otros que sufren el yugo de la autoridad absoluta, se conformaban con ese breve respiro. Mentir –a Dora, a uno mismo, a Dios– parecía más fácil que desatar deliberadamente a la otra Dora.

En medio de esas hostilidades llegó la guerra. Un año los hombres de Estado chillaban: «¡Paz!», mientras se organizaban, como Dora, para un holocausto. Al siguiente llegaron Polonia, la Línea Sigfrido, el crucero Graf Spee. Una familia de Viena, judía, ocupó la casa de al lado, y Dora informó: «Él es ingeniero, ella es pediatra. Eso dice». Porque una profesional suscitaba desconfianza. Los dos chicos –Ernst, no Ernest, y Rudolf con f al final– haraganeaban en el césped. Su padre, delgado y cetrino, se quedaba cavilando ante una hilera de fresias que en pleno octubre había irrumpido desde la otra punta de la tierra.

El mes de junio siguiente al verdulero le destrozaron los cristales por ser italiano. Manganeli, el del Cruce, puso un cartel: SOMOS GRIEGOS. Una vez más los hombres zarparon hacia la historia, de noche y sin alharacas. Francia cayó. Llegaron los bombardeos sobre Londres, la RAF y Churchill. La clase de Caro dejó a un lado la guerra de Sucesión española y leyó un libro sobre Londres, con edificios que aguantaban como héroes –Guildhall, Mansion House–, consumidos cada noche por las llamas en el telediario de las siete. A Dora le hervía la sangre con el racionamiento, pero ansiaba estar donde caían las bombas. Se tomó el conflicto como algo personal, enfervorizada por Churchill. Era la guerra de Dora.

Como siempre, a ellas la marea muerta de la historia las había dejado plantadas.

Caro se estaba haciendo carne. Sus manos iban adoptando actitudes. En zapatos apagados por el polvo del parque sus pies se veían largos y moldeados. El cinturón del uniforme escolar, que en la época de Dunkerque no rodeaba más que a una niña, llegado el sitio de Tobruk perfilaba una cintura de algodón. Su cuerpo mostraba la delicada conciencia de otro cambio. Caro se sabía las fuentes del Yang-tsé y palabras como hipotenusa. Hasta Grace hacía deberes ya, sentada en el suelo. Dora hacía punto para la marina mercante, volcando sobre esta tranquila actividad un vociferante malestar.

Cayó Grecia, cayó Creta. Se estaba produciendo un derrocamiento, hasta de la propia historia.

Un día tórrido Caro buscó Pearl Harbor en el atlas. No tardaron en pintar los autobuses de colores pardos. Se construyeron refugios antiaéreos y una barrera flotante, inútil, a la entrada de la bahía. En las cocinas había un cubo

con arena por si caían bombas incendiarias. El señor Whittle se encargaba de alertar en caso de ataque aéreo y a los chicos de los Kirkby los llamaron a filas. La noble retórica de Downing Street poco tenía que ver con las calles oscuras, la austeridad y la espera en las colas. De Asia regresaban familias de colonos en la indigencia, y Singapur cayó, vaya si cayó. Ahora había muchos huérfanos, y las muchachas, perdedoras vestidas de civil, ya no despertaban una especial atención.

El colegio se iba a trasladar a una casa de campo, donde a los invasores japoneses les resultaría difícil llegar. Grace era demasiado pequeña para poder salvarse de ese modo, así que su hermana iría sola. Caro probaría suerte con la huida; si las cosas salían bien, Grace podría unírsele después.

Caro se instaló una tarde al pie de las montañas Azules. En la planicie inferior se veían árboles del caucho desperdigados en dirección a Sydney, sus cortezas desparramadas como papel arrancado. Los niños más pequeños lloraban, pero sus padres los visitarían dentro de quince días si había gasolina y no llegaban los japoneses. A Penrith también llegaba un tren antiguo, pero, aparte de eso, el aislamiento era absoluto. Penrith, una de esas poblaciones que llaman de madera, con postes de telégrafo y un cine de esos en los que sientes cuando empieza a llover, sí que la conocían.

Grace se asomó a la ventana del coche para despedirse: con envidia, culpable y a salvo.

Era domingo. Después del pudin de sagú entonaron el himno «Quédate conmigo» y Caro salió a la galería del primer piso. Qué rápido cae el manto de la noche, señor. El silencio, todavía más desolado por el graznido de un ave que les habían mostrado en ilustraciones, hizo más densa la oscuridad. En la garganta de Caroline Bell la reacción de

incredulidad produjo un chasquido. Olía a tierra seca, a eucalipto, y un pequeño rebaño de vacas daba la sensación de que el tiempo había quedado en suspenso o se había ralentizado hasta quedarse en un ritmo en el que la propia aceleración de Caro debía girar absurdamente, sin sentido. En las laderas en penumbra el único temblor era el vapor de un tren que subía a Katoomba. Dora les había enseñado a aborrecer la insignificancia, y si en algún lugar podía uno toparse con la insignificancia era aquí. El hecho de que Penrith se hubiera convertido en algo atractivo daba la medida de la reclusión. Caro se rodeó con sus propios brazos delicados, que abarcaban todo lo que de conocido le quedaba. Ya no estaba en la costa, estaba en el interior.

Se había agazapado en el ángulo que formaban la balaustrada y uno de los elevados soportes de la galería. Las buganvillas seguían la línea de las columnas y a su mejilla le agradó el contacto de una placa redonda, fresca como la cerámica. En las zarzas había insectos y en el jardín se escuchó escabullirse a algún animal. Dora habría constatado que lo peor no es la muerte.

Posteriormente, en un cuarto con seis camas, todas lloraron hasta quedarse dormidas. Por la mañana, Caro vio que el medallón de la balconada era azul y blanco, y católico.

–La señorita Holster dice que es un Dellarobbier –le dijo una de las niñas.

Saltaba a la vista que la casa era peculiar. Con muchas cosas que mirar. Era propiedad del doctor, que desde luego no era doctor sino arquitecto, además de italiano, aunque de nuestro bando. Se había retirado a un edificio anejo menor –las dependencias del servicio era una expresión que les sonaba bastante de los libros o de las antiguas casas de piedra construidas por presidiarios–. El doctor llevaba una chaqueta

corta de algodón blanco, tenía una barbita puntiaguda también blanca y, aunque no era cojo, llevaba un bastón. Según la señorita Holster, desde el primer momento le había visto las intenciones a Mussolini.

En el porche o pórtico de la casa se podía leer 1928 en números romanos. Para construirla, mármoles de colores y travertino rubio se habían pasado meses en alta mar, las chimeneas y los techos se habían desmontado en las afueras de Parma, de donde venían el jamón y las violetas. Y también suelos enteros de baldosas estampadas, arrancadas y vueltas a colocar. Del comedor se decía que era elíptico. Todas las puertas, hasta las de los cuartos de baño, eran dobles, con paneles de flores pintadas, y tiradores a juego, que era agradable mover hasta que se soltaban. Para las sirvientas había tiradores de campana de terciopelo, que se habían estropeado de tanto tirar de ellos. También hubo un día en el que Joan Brinstead rompió un tintero en la repisa de mármol de la chimenea de la sala de música y el amoníaco no hizo más que empeorar las cosas. La señorita Holster tenía un dosel sobre la cama, pero no sabía explicar por qué los limoneros estaban en macetas y no en la tierra.

En esos salones se encerraba la belleza: algo memorable, tan real como la literatura. Podrían tener lugar acontecimientos, ceremonias, aunque no durante la calamidad de su propia presencia allí. De noche los salones brillaban, cómplices y delicados.

En un cercado prohibido, por debajo de la casa, una alambrada rodeaba unas tiendas, unas construcciones de chapa y a treinta o cuarenta hombres de baja estatura grotescamente castrenses con sus uniformes teñidos de color vino. Los compatriotas del doctor habían venido hasta los confines de la tierra para buscarlo, porque quienes horadaban

sus campos y recolectaban su fruta eran prisioneros de guerra italianos. Al anochecer recogían a las vacas antes de que a ellos mismos los pusieran detrás de la alambrada. Al doctor se le podía ver por las mañanas entre esos hombres, con barba blanca, chaqueta blanca, panamá blanco: el amo, una vez más. Se enteraron de que, como un bebé, dormía después de comer. Habían visto o sorprendido a uno de los prisioneros besándole la mano.

Desde los campos o tras la alambrada los prisioneros saludaban con la mano a las escolares, que nunca devolvían el saludo. Nunca. Era una cuestión de honor.

Después de dos semanas así, Dora vino con Grace en el coche de los Marchmain, que ahora funcionaba con nafta. Dora, que se lucía en medio del dramatismo del encuentro, se había traído una magnífica canasta para complementar las horribles comidas. Caro se pavoneó ante Grace junto a la pálida y sonrosada Rosamund Marchmain, su compañera de exilio. Merendaron a la orilla del Nepean, mientras el señor Marchmain les hablaba de ortigas y acederas. Prepararon unas salchichas ensartándolas en palitos colocados sobre un fuego que hicieron los Marchmain. La grasa chorreaba, apestaba; la carne se salía por las grietas de las tripas. Así no se las arreglaría nadie en una isla desierta: habría mangos, árboles del pan, leche de coco y pescado del arrecife de coral.

Dora se sentó en la esquina de la manta extendida, deseando que le encargaran alguna tarea para poder molestarse. Las niñas se bañaron en el río, asqueadas por el agua sin sal y el lodo. Jugaron a Moisés entre los juncos, con Grace de protagonista, pero Caro de princesa. En la otra orilla empezaban las gargantas, melancólicas, deshabitadas. Un amigo de los Marchmain se había quedado en una ocasión allá en Lapstone, para tratarse la pleuresía, o eso se dio a

entender entonces. Sin embargo, lo normal es que el ajetreo de la cisterna te dijera lo que ocurría en realidad. Caro pensaba en Umbría, que hasta ayer no era más que un color en la caja de acuarelas, entre el amarillo ocre y el ocre siena; y en la llana Parma, de donde venían las violetas.

A Caro le habría gustado mostrar la casa, pero temía la reacción de Dora. No era de las que escuchan sin rechistar que a una veranda se la llama logia, o a un mural, fresco. Ni desde luego que se pudiera sustituir casa por villa. De alguna manera, cualquier revelación de esa índole trasmitiría que Caro se había apartado del dominio de Dora. Caminaron por los pasillos y miraron en el salón oval sin percatarse de todo eso.

–Parece que este Montyfiori –dijo el señor Marchmain, que era ordinario– es un ruin de mucho cuidado.

Después del té los Marchmain se bajaron con Rosamund al cercado, donde se hacían turnos para montar en poni, y Dora se fue a dejar el termo en el coche. Caro y Grace desaparecieron en la improvisada residencia estudiantil, donde se sentaron juntas en una cama. Lanzaron pequeños y ahogados jadeos, como los de un adulto llorando, que en este momento debían ocultar. El enorme y pesado mecanismo de sus corazones tiraba de sus cuerpos menudos.

–Escribiré –dijo Grace.

Se lavaron la cara en un cuarto de baño de varicoso mármol veteado. El lavabo tenía forma de concha. Hasta había un dibujo azul dentro de la taza del váter, posiblemente chino.

Dora había encontrado a la directora y le estaba leyendo la cartilla por las alfombras. Los Marchmain subían por la gravilla. Ahora, autorizadas las lágrimas en público, que la pena se desconfine. Grace se subió al coche, avergonzada de

escaparse una vez más. En ese momento, los japoneses eran lo último en lo que pensaba nadie: todo este despliegue les parecía inútil, salvo por las emociones a las que estaba dando espléndida rienda suelta.

Caro volvió a casa en invierno, con las demás. La villa se disolvió en medio de los árboles del caucho desde el momento en que se giraron para verla por última vez, con el aliento empañando las frías ventanas del autobús que las llevó hasta el tren de Penrith. Ni siquiera entonces hubo nadie que se atreviera a despedirse con la mano de sus compañeros de cárcel.

Su huida a las montañas no tardó en formar parte de un pasado de fábula, equivalente a luchar en la guerra. Sin embargo, eso fue después de que el doctor hubiera presentado una demanda por los irreparables daños que había sufrido su casa. Después de todo el jaleo con ese dandi de tres al cuarto y sus puestas de sol, el viejo ruin pedía mil libras, según dijo el señor Marchmain, para arreglar su adefesio de casa.

Caro regresó, como del extranjero, a una ciudad habitada por soldados estadounidenses. Dora confirmó que eran fanfarrones y autocomplacientes, aunque sin precisar en qué sentido. Las chicas que salían con ellos eran vulgares. A Caro y Grace, con el uniforme del colegio, les hizo una foto un sargento larguirucho mientras pasaban por el Cruce; y levantaron las manos, como los famosos, para rechazar esa injerencia. Era una pena que no se pudiera tener mejores salvadores. Los norteamericanos no podían proporcionar Historia, de la que tenían casi tan poco como los australianos.

Hasta entonces, las hermanas no habían visto a más hombres negros que los marineros antillanos del muelle.

En el colegio, Grace estudiaba a los reyes Estuardo. Por los

periódicos se enteraron de lo que pasaba en Stalingrado y Rostov del Don. Dora formaba parte de un grupo que fabricaba mallas para camuflaje, que se reunía los jueves en Delecta Avenue y era extremadamente bilioso. En la tranquilidad de su casa, Caro se mostraba indulgente. De vez en cuando se imaginaba en la residencia del doctor y en las salas de techos altos que creaban expectativas. Si es que podías tener salas así, pero sin sufrimiento.

Puede que esas imaginaciones fueran recuerdos, aunque era demasiado pronto para recordar. Los momentos no te decían cuáles podían recordarse.

Cuando llegabas a metro y medio de altura te podían dar más cupones para ropa. De no ser por Dora, Caro se habría deshecho las trenzas para hacerse una coleta.

Una mañana, una chica cuyo padre había estado en los Estados Unidos en busca de municiones se presentó en el colegio con plumas estilográficas sin plumín que escribían tanto en rojo como en azul, lápices con luces y una máquina que grababa nombres –preferentemente el propio– y sacapuntas de celuloide transparente. Y muchas cosas así. Todo eso, dispuesto en una mesa del aula, silenció hasta a la señorita Holster. Las chicas se agachaban para coger esto o aquello: Puedo encenderlo, cómo funciona, no sé cómo se pone como estaba. Nadie podía decir que esos objetos fueran feos. Ni siquiera el lápiz de color con la flor roja chillona, porque sobre la mesa barnizada aparecían como pedernales de una época nonata o pruebas de la existencia de vida en Marte. A nadie se le ocurrió juzgar su atractivo: su poder era concluyente y no reclamaba elogios.

Era el primer encuentro con la inutilidad calculada. Nadie había malgastado nunca nada. En comparación, hasta la

botella de Lalique del aparador de la tía Edie o la pamela de paja de mamá eran totalmente funcionales, y estaba claro que servían como adorno, desempeñando el papel necesario y aceptado de un capricho. Ahora se veía que los accesorios naturales de su vida eran fundamentales –prácticos, banales–, en comparación con esos objetos duros, de colores llamativos, impasibles, que anunciaban, a pesar de su fragilidad, el carácter indestructible de la repetición hasta el infinito.

Al no haber sentido carencia alguna, las chicas tampoco podían sentir envidia. Habría que condicionarlas para una nueva compulsión adquisitiva. Hasta Dora tendría que adaptar sus métodos para enfrentarse a esa impasibilidad.

Al toquetear esos juguetes e incluso, de manera un tanto adulta, divertirse con ellos, nunca se les ocurrió que tuvieran entre manos aciagos indicios del futuro. Así reunidas, las baratijas parecían tener un significado colectivo, como las pruebas de un delito en un juicio o los explosivos que ningún experto pudiera desactivar. La invención era la madre de la necesidad. Las chicas no tardaron mucho en comenzar a menear sus caderas todavía incipientes y a canturrear sobre Chattanooga y San Fernando Valley. Cantar, desde las antípodas, sobre La Habana o el camino hacia México. Ya no se iba hacia Kew. El poder de Kew estaba agotándose como un imperio.

Caro y Grace Bell ya no se iban inmediatamente a casa después de las clases, sino que caminaban por la playa que había por debajo del colegio, llenándose los zapatos y las medias de arena, recogiendo conchas melladas y arrojándolas a lo lejos. Las algas se arremolinaban en remolinos oscuros, como botones, festoneadas por las mareas, emborronadas por alguna que otra medusa. Un chico o un par de chicos les

hablaban, chicos con bombachos grises y corbatas de rayas. Los uniformes eran una garantía: los colegios se reconocían entre sí como los regimientos.

Grace era una flor.

El cabello de Caro le caía abundante sobre los hombros, como nunca caería el de una niña. Los ruidos y el olor del océano imposibilitaban el habla o exigían un lenguaje con más peso del que ellas conocían. Como las injerencias de Dora habían convertido la intimidad en algo sacrosanto, no se decían ni una palabra sobre los peligrosos preparativos que hacían sus cuerpos para una vida inimaginable. Y, de este modo, se mantenían en una insólita ignorancia.

Dora era un tema demasiado doloroso y perturbador para las prudentes tardes de Caro y Grace. Además, tenían que quererla y, es más, la querían. Habrían dado cualquier cosa por verla feliz. Sin embargo, estar siempre juntas estaba empezando a fastidiarlas. La gente tenía que apartarse cuando Dora las llevaba por las calles con paso firme, los brazos enlazados pero inertes, o las empujaba una a una para salvar torniquetes de entrada. Vivían sometidas a la supervisión, a una vida sin hombres. Dora no conocía a ninguno. Era imposible imaginarse cómo podría toparse con alguno y, desde luego, cómo podría llegar a conocerlo.

Evidentemente, todas las mujeres anhelaban casarse y al acabar el colegio contenían el aliento, mientras reunían mantelerías, ropa de cama y objetos de plata. Todo eso implicaba mucha espera y un peligroso atisbo de emoción. Entre las no elegidas, las había que conseguían salir discretamente airosas: como la vieja señorita Fife, que acudía a tomar el té con parasol y cuello alto, seda color *fondant* hasta las pantorrillas, zapatos puntiagudos abrochados con un botón: más delicados que la reina María. Había otras,

desquiciadas, miedosas o con bigote: machacadas por el padre, machacadas por la madre o arrumbadas sin pensar.

A este respecto, Dora era difícil de clasificar.

A Caro se le permitía ir al pueblo sola, en el ferri. Allí encontraba la pasarela, el crujir de las maromas, el soltar amarras, el olor a motor desacelerando y el mar abofeteando las verdes incrustaciones en los pilotes de madera. Caro oía la ciudad acercándose sibilante, las campanas del tranvía, la discordancia de un gran arranque. En el compartimento, las administrativas levantaban espejitos y a base de palmaditas se retiraban polvos de rostros curvilíneos y cóncavos regazos, con pequeñas reverberaciones en el tórax o los muslos. Se daban toquecitos detrás de las orejas y después cerraban de golpe el bolso para indicar que estaban listas. No era esta la preparación para desfilar, de tres en fondo, por el pueblo, sino el preludio de posibles encuentros.

Sola en la ciudad, Caro levantaba un libro desgastado en una tienda.

–¿Cuánto cuesta este?

–Quince con tres. –De vuelta al tambaleante montón. La mesa estaba tan atiborrada como un arsenal–. Bueno, dejémoslo en diez chelines.

–Ya tienes suficientes libros –dijo Dora al verlo esa noche.

Dora reconocía, nadie mejor que ella, al enemigo cuando lo veía.

* Fragmento del poema 24*, September in Australia,* de Henry C. Kendall.

** Verso del poema *Bell Birds,* de Henry Kendall.

*** William Shakespeare, *La tempestad,* acto I, escena ii.

6

–NOSOTROS TAMBIÉN NOS ENTERÁBAMOS DE COSAS por los libros –dijo Ted Tice.

Caroline Bell estaba sentada en la hierba rodeándose las rodillas con los brazos desnudos. Las briznas de césped estaban tan apretadas como puntadas: una Inglaterra sin costuras. Los asombrosos árboles eran pinos negros, a través de los cuales se colaba el sol en forma de pinceladas sagradas, como la luz en una catedral. Para ella, no tardarían en cobrar vida cosas que hasta entonces solo conocía por los libros, como el colorido.

–Como el calor, por ejemplo. O el amor –dijo Ted.

«El calor es intenso», habían escrito a sus familias a través del correo militar. O, según cuál fuera su rango: «Casi no os lo podríais creer». El barco que los transportaba, el viejo Lancashire, que había zarpado de Liverpool, se averió en el mar Rojo. Al oír que lo llamaban «el viejo Lancashire», se esperaban algo así. Adén era una sucesión de peñascos fundidos, mecidos por los gases del petróleo y el abandono colonial. Entraron en el océano Índico sin sensación de alivio. Hacía tiempo que la crema protectora y el agua de Seltz se habían agotado. Cantaban canciones de guerra –trasnochadas, en 1946, con superado patetismo– y canciones para desfilar que se burlaban de la inmovilidad. Por la noche llegaban el bingo u otras canciones a coro, cosas que no exigían mucho.

Inglaterra continuó pasando por otros episodios sofocantes en Colombo o Singapur.

En Hong Kong, Ted Tice, que tuvo que embarcarse otra vez de inmediato rumbo a Japón, estaba en un club de oficiales con un teniente de la Royal Navy. El club estaba en una callejuela, a poca distancia a pie del arsenal naval, y por la noche los oficiales acudían allí de blanco y oro, como para ir a la corte. Bajo las lentas revoluciones de un ventilador de techo, la inmediata posguerra estaba llegando a su fin. Olía a almidón, a zumo de lima, a ginebra y al moho de cojines de lona, y de la calle llegaba ligeramente el hedor de China. Estaba claro que las tres mujeres rubias con vestidos de flores que estaban en un sofá eran enfermeras de permiso, tan incómodas como policías de paisano.

–Ya sabes lo que dicen.

El teniente de Ted, que se las sabía todas, bajó la voz. Al oírle reírse, una de las mujeres se volvió inocentemente y también se rió, con buen talante. Tenía unos diecinueve años, cara ancha, sin malicia, nariz larga y dentadura irregular. Las mangas y la pechera de su vestido de civil le venían pequeños, como el uniforme de una colegiala. Al igual que la madre de Ted Tice, que tenía una tienda de prensa, su voz sonaba a Manchester.

(Al irse de casa para entrar en la universidad, la madre de Ted Tice le dijo: «Anda, de la tienda no digas nada, si no quieres». Se habían quedado mirándose fijamente, como niños que juegan a ver quién pestañea antes. Insoportable, la comprensión de su madre; su falta de comprensión.)

El teniente de navío, que no era del todo malo, había estado en Japón.

–Quienes dirigen el cotarro son los americanos. Sin permiso de MacArthur no se puede hacer nada –dio un ejemplo

inevitable, obsceno–. Nos tratan peor que a los japos. Ahora son ellos los que llevan la batuta, y nosotros vamos cuesta abajo.

En la pared había una foto enmarcada de un rey inocente con traje de marino. Hasta un rey podía dar pena, ahora que iba cuesta abajo. Sirvientes chinos llevaban bandejas, sin apreciar todavía cómo habían cambiado las cosas.

–Y yo te digo que ese no podría ni llevar un puesto de empanadas –dijo la chica del sofá con su voz de Manchester. Hablaba del primer ministro.

–A menos que tengas una chica –le dijo el teniente a Ted Tice, que se volvió hacia él–. Quiero decir, que no te empujen hacia un montón de perlitas cultivadas.

Como dragaban minas, se pasaban el día en el mar interior de Seto. Las islas eran irrupciones, cada una flanqueada por una sola hilera de árboles enjutos e inclinados. En Inglaterra, hasta el litoral más salvaje se había ido creando con parsimoniosa insistencia, pero estas islas eran fragmentos de un cataclismo. Ted nunca había visto un atardecer tan rojo, ni aldeas de paja. Barquichuelas como papel de envolver agitándose en aguas aluviales y un joven inglés que miraba por encima de una barandilla a rostros estigmatizados por la imagen caricaturesca creada por el enemigo.

En el puerto, cascos de buque varados parecían ballenas en descomposición. Había muelles bombardeados y, en el lecho de la bahía, la quilla invertida de un buque hundido al botarlo. En el espigón, el antiguo enemigo, vestido con el color llamado de faena, tiraba de sogas y lanzaba los gritos que se utilizan al atracar. Uno de los oficiales del buque decía: «Os vais a subir a la colina». Las cuestas que había por encima del puerto de Kure tenían terrazas color oro y verde, y

había valles rojos de azalea. Era principios de junio. «Así no, hacia el otro lado.» Y Ted pronunció, como el que da la lección, el nombre de su destino: «Hiroshima».

Era como una entrada ceremonial: con el jeep abierto y el color caqui de la autoridad. Primero venían los muelles bombardeados y las avenidas en ruinas del puerto, después, en la ladera, la gruta de un destrozado túnel de ferrocarril.

–Aquí había, parece que antes estaba, aunque nadie lo diría –decía el oficial que iba junto al conductor, señalando–. Ya les iré indicando a medida que avancemos.

Apoyado en el respaldo del asiento delantero su brazo extendido y macizo se activaba, pero no de forma totalmente humana; parecía una ampulosa manguera de incendios. Era el capitán Girling.

Estaban bajando hacia una amplia extensión sin horizonte, y enseguida se vieron por doquier pequeñas casas sin terminar. Maderos impolutos iban formando la estructura de las habitaciones, se iban confeccionando techumbres tablilla a tablilla, penosamente. Hombres y mujeres cargaban con fardos, caminaban por tablones, aparecían como colgados sobre el fondo de un cielo de latón recalentado. El jeep aminoró la marcha junto a una línea de tranvía recién instalada. Donde las vías y la carretera se separaban, un joven se agarró a la puerta del tranvía para escupirles, y luego se marchó.

–Si lo agarro… –dijo el oficial–. Se iba a enterar.

Este hombre era todo él una condecoración, con cintas de múltiples medallas. Tenía una cicatriz, solo una raya, como si una almohada le hubiera arrugado la mejilla al dormir. Este capitán Girl-ing percibió el defecto en el globo ocular de Ted Tice sin siquiera fijarse bien en sus ojos. En el asiento trasero

del jeep se enseñaban, como niños, lo que llevaban: cámaras, relojes de pulsera y transistores con los que el enemigo había estado a punto de ganar.

Antes la demolición de una ciudad sacaba a la luz los contornos de la tierra. Las ciudades modernas no lo permiten. El terreno ya se ha allanado anteriormente para levantar la ciudad; después esta desaparece, dejando un vacío. En este caso, un río asombrado por la irrelevante ausencia de naturaleza. Un único monumento, las vigas desmontadas de una cúpula eliminada, lo presidía todo como un cráneo vacío o como el resultado de destripar el propio globo terráqueo: era la cúpula de San Pedro en alguna ciudad eterna de pesadilla.

Una catástrofe de la que nadie diría jamás que había sido por voluntad de Dios.

Fue entonces cuando la vida de Ted Tice comenzó a cambiar de aspecto y de dirección. Estaba acostumbrado a pensar en su vida como todo el mundo: he hecho esto, cómo podría haber hecho lo otro. Con apenas veinte años, habría podido decir que había pasado lo suyo. Padre había sido un ser vociferante y colérico; madre, toda ella una desaliñada congoja. Luego estaban sus propias aptitudes. Un profesor se pasó por casa después de clase: «El chico tiene aptitudes poco comunes». El chico, destacando entre todos los demás. Su nombre apareció impreso en una lista y la ayuda lo cubría todo, hasta los libros; aunque, claro está, no daba para un abrigo, y la universidad estaba cerca del mar del Norte.

Debido a la monotonía sobrenatural de una ciudad conocida por haber sido incendiada, los acontecimientos de lo que Ted ya consideraba su vida, antes de que intentara hacerlos importantes, se estaban volviendo irrelevantes. Esto no derivaba de sentido alguno de la proporción, sino de un

profundo caos, un galimatías en el que su propio orden, pequeño y afortunado, parecía milagroso pero intrascendente; y también procedía de la revelación, casi religiosa, de que la enorme fuerza del mal solo se iguala o contrarresta con algún solitario destello de intensa e íntima humanidad.

No estaba claro si esto equivalía a una pérdida de la fe o a su adquisición.

Fue en esta época cuando el destino de Edmund Tice se tornó equívoco y el muchacho dejó de aclarar si triunfaría o fracasaría.

El capitán Girling los informó de que, a consecuencia de lo que ahora veían, la guerra se había vuelto inimaginable.

–En este sentido, ha sido beneficiosa. –Le agradaba poder justificar los extremos–. En algún sitio hay que parar –dijo, a pesar de la evidencia. Los demás se quedaron callados, dudando de que al mundo se le hubieran revuelto suficientemente las tripas. Por otra parte, estaba el seductor, peligroso alivio de contemplar el Armagedón, que los libraría de toda culpa o esfuerzo–. Ya les iré indicando –añadió Girling. Y lo dijo como si estuvieran ante una tumba. Creía que tendrían que pasar veinte años, y era un cálculo conservador, para poder conocer por completo los efectos. Se estaban registrando datos, habría un instituto, estudios–. Bueno, ese es su negociado, en sus manos queda. –Ahora verían a supervivientes, recluidos en una institución igual que en los museos se guardan objetos especialmente duraderos.

El jeep entró en un corredor formado por casas recién terminadas. Ted Tice escuchó: «Chicos, vosotros ya estáis acostumbrados». Él quiso decir: «Nunca me he acostumbrado. No soy médico». La imaginación acechaba por delante de él, aterrada, entre suspiros que no tardarían en desaparecer. Delante, el capitán Girling iba satisfecho, al ver cómo le

temblaban las rodillas al joven. En ese entorno, los misericordiosos tenían todavía menos ventajas que de costumbre.

La forma de mirar de Ted Tice interrumpió el fluir sin trabas de la aceptación, arrojando una duda inútil sobre lo inevitable. Si él y los que eran como él se salían con la suya el mundo sería un bonito desaguisado. Eso pensaba el capitán Girling entre las ruinas atómicas.

A lo largo de la nueva calle se habían colocado símbolos de la normalidad: viviendas, niños, un silencio roto. Maderos alineados montaban los cuadros vivos de la existencia cotidiana. Y pequeñas mujeres en cuclillas habían estado reuniendo reflectores cóncavos, caídos por doquier como piedras en una erupción. Llenos de agua, esos platos se habían colocado en los umbrales. Y en cada uno de ellos flotaba, con el rojo de las rosas y amplificado hasta un punto imposible de imaginar, un espeso ramo de azaleas o una sola.

A esas familias no se las podía considerar supervivientes, ya que estaban físicamente intactas y dispuestas a recuperar la fe.

Cuando se bajaron del jeep, el capitán Girling se llevó a Ted a un lado.

–Mire usted, no haga más el tonto. –Con tonto se refería a cualquier actitud poco viril, cualquier muestra de humanidad. Solo le estaba dando un consejo sensato.

Y no entendía por qué este cabrón tenía que reírse.

7

El destino de las suaves colinas que rodeaban la casa de los Thrale era mostrarse portentosas ante Edmund Tice. Allí estaban la carretera baja por la que regresaba junto a Caro, los cultivos y pastos de alrededor, y las colinas llenas de vida.

–Fue aquí donde sobrevino la tormenta el día que llegué. –Lo estaba señalando todo, convirtiendo en testigos a los arbustos y los setos. Ahora lo que estaba cayendo era la noche. Preguntó–: ¿Tienes frío? Pronto llegaremos a casa.

Pero más bien Ted pensó que se detendrían en el sendero en cuesta y que él la acariciaría y le hablaría de otra manera. En medio de la agradable brisa del atardecer caminaba con menos confianza que bajo la tormenta; por ahora, solo llevaba lo que podía ofrecer.

Caro no podía considerar suya la casa a la que se acercaban, aunque no tenía otra.

–¿Tienes tu propia vivienda en la universidad? –Con intimidad, todo debía de estar bien.

–Tengo un piso de dos dormitorios, en la casa de un profesor. Son amables, una familia feliz. Para mí ha sido un amigo estupendo. Ahora se traslada a Edimburgo, voy a estar allí unos días, en septiembre, antes de marcharme a París. –Se detuvo, al hablar de separaciones y partidas–. En la familia hay dos chicos, que se llevan bien conmigo. Y una hija, un poco mayor.

–Que se lleva bien contigo.

–Que no tiene claro si quiere ser bailarina o pintora.

Caro podría haber preguntado: Cuántos años tiene. Pero se quedó callada, y el espectro de la hija no tardó en abandonarlos. Se quedaron en la carretera rural mientras ella rechazaba el abrazo de Ted. Ella misma pareció sorprenderse de esa antipatía.

–No sé por qué –dijo en voz alta. Reanudaron la marcha, por parte de ella con una nueva delicadeza que trasmitía irrevocabilidad: se podía permitir ser amable, rechazando todo lo demás–. Hoy he sido feliz –declaró.

Podría haber seguido indefinidamente con él, pero sin amor. Había necesidades, de silencio y comprensión, que valoraba más que el amor, y pensaba que esto era algo que había elegido.

–Fue aquí donde cayó la lluvia –dejo constancia Ted en la curva de la carretera, los rasgos difuminados por el crepúsculo o por un nuevo estado de ánimo; y recordó la luna que había cuando un decidido rayo de luz separó la tierra del cielo.

Comenzaron a subir por el sendero, ralentizados por zarzas rastreras y por la intención de detenerse que tenía Ted.

Como los cambios de humor del joven tenían que ver con ella, su vigilancia suscitaba la exasperación de Caro. De niña, Caroline Bell aborrecía el incesante escrutinio de Dora y la sensación de que, cuando leía, jugaba o cosía, la observaban con atención posesiva. Ahora le dijo a Ted lo que nunca le había dicho a Dora.

–No debes tener tanto interés en mí.

Ted lo entendió a la primera; la rapidez con la que captaba los pensamientos de Caro también formaba parte de su actitud.

–Ya veo que te podría irritar. –No prometía ningún cambio.

Por la noche o en cualquier momento de reposo, ahora Caro podría percibir, si lo deseaba, que él pensaba en ella. Esa conciencia se mantendría durante todos los avatares de sus días, como ese reloj que es el único mecanismo audible de un coche de gran potencia.

Lo del reloj se lo dijo a él, exorcizándolo con su risa.

–Lo que estás describiendo –contestó él– no es un reloj, es una bomba de relojería.

–Entonces tiene un límite. Las bombas de relojería tienen que pararse.

–No es un límite. Es un clímax.

Ted se imaginaba que Caro sentía algún miedo al amor físico. Esto no se lo había inventado para salvaguardar su orgullo, puesto que había percibido con qué rapidez se retiraba, incluso con la mirada, y el esfuerzo, casi caritativo, que ponía a veces al tocar; y también que de vez en cuando se volvía hacia su hermana menor y más liviana, percibiendo que ella había dominado este asunto o que, por lo menos, se encontraba cómoda con su inevitabilidad.

Tal como lo veía Ted Tice, no se trataba de vencer las objeciones de Caro. Ella misma exigía una especie de victoria. Y él había empezado con devoción. La experiencia no tardaría en poner a prueba las exigencias de Caro, del mismo modo que la adversidad pone a prueba los principios, y bien podría ser que contemporizara; pero por el momento Caro se imaginaba que estaba por encima de lo que aún no había vivido.

Deseaba alzarse a alguna altura solitaria. Desde la ignorancia tenía una vista diáfana del conocimiento, que desde su elevación veía majestuoso, pálido, puro como la Acrópolis. No se podía decir que su vanidad fuera inofensiva:

como cualquier otro deseo de distinción humano, se podía fácilmente condenar o ridiculizar; y estaba claro que, en el estadio elemental en el que se encontraba, adolecía de falta de compasión. Sin embargo, en cuanto a pretensiones, no era en absoluto la peor.

Ted Tice ya veía en su apego a Caro un refuerzo de sus cualidades más acusadas, aunque no de sus puntos fuertes: no era una aventura juvenil, lozana y vacilante, sino una evaluación de cualquier esfuerzo, júbilo y sufrimiento conocido o imaginado. La posibilidad de que nunca lograra, en toda su vida, despertar el amor de Caro era un descubrimiento que afectaba a toda la existencia. En su deseo y su aprensión era como un hombre despierto que observa a una mujer dormida.

Un ladrido, una campana, un granjero que llama a un animal, el gemido de un bebé. Esos eran los únicos sonidos, pero sonaban a eternidad. En la ladera que estaba por debajo de ellos, una puerta amplia bajo la luz amarillenta de un desastrado vestíbulo era una declaración de paz. En comparación con esa franqueza, las ventanas de Peverel, el destino ahora visible de ambos, eran borrones de una velada respetabilidad donde el ardor era algo desconocido. Por mucho que se pudiera echar la culpa a Sefton Thrale, algo drástico le había ocurrido a su casa en una época anterior. El siglo XIX suele oscurecer las cosas.

Mientras caminaban, Caroline Bell pensó en el profesor Thrale: sus postulados, la inclinación de su porte, los desmentidos de su propia humanidad. Solo un día antes, con su actitud brusca y concluyente, había exonerado totalmente de responsabilidad a los inventores de armas letales:

–Nos limitamos a interpretar las opciones de la humanidad.

–Entonces, ¿los científicos no son también hombres? –

replicó Caro–. ¿Por lo menos igual de responsables que los demás? –En ese momento, él había zanjado la discusión con una sonrisa escasamente paciente, como para asegurar a una cría que, cuando fuera mayor, lo entendería o no le importaría.

Al carecer de un vocabulario específico para referirse al trabajo de ambos, Caro no se podía imaginar las mañanas del profesor con Ted Tice, que tenían lugar a diario y ceremoniosamente, a puerta cerrada. Sí se podía imaginar a dos hombres ante un escritorio y al profesor tomando notas con su letra diminuta, pero nada más.

–Nunca te puedo preguntar por tu trabajo –le dijo a Ted.

Se sentaron en una zona baja del muro, todavía caldeada; en un país meridional podría haber habido una lagartija. Olía a alheña o a trébol, en un aire tan puro que se podía oler el cielo. Desde el copo geométrico de luz amarillenta un hombre llamaba: «¡Bessie, Bessie!». Hasta que otro grito contestó por fin, molesto.

–En realidad –le dijo Ted–, no se necesita competencia técnica para comprender el desacuerdo entre él y yo. –Caro no había hablado de desacuerdos, que se percibían en la casa, aunque no se presenciaran. Ted fue directo al grano–: Lo que pasa, simplemente, es que en Inglaterra no hay ningún sitio adecuado para esta clase de telescopio. No hay visibilidad. Todos lo saben. Pero por política o por apuntarse un tanto, y por mezquindad, lo tendremos aquí.

A ella le pareció un asunto de adultos, más serio que el amor.

–Entonces, ¿dónde debería estar?

–Hay buenos emplazamientos en el sur de Europa. Pero nunca se permitirá que salga del país.

Le explicó que el profesor estaba estudiando cuántas horas

de luz se calculaba que había, haciendo como que se las creía. Mientras hablaba, las sombras de las hojas se alargaban sobre el sendero, convirtiéndolo en algo exótico, y cruzaban el pie extendido de Caro, como la correa de sombra de una sandalia. De nuevo les llegó el grito, «¡Bessie!» y el impaciente chillido de respuesta.

–Puedo publicar una opinión discrepante –añadió Ted.

–Está claro que deberías, si las cosas son así. –La opinión de Ted había sonado indiscutible.

–Verás –cuando volvió a hablar, dudó, y ella pensó que Ted podía ser tan impreciso como cualquiera. Continuó–: El único objetivo sería atraer a la prensa y montar un escándalo. No impediría el proyecto, pero llamaría la atención –dijo–. Así que esto tiene que ver con la deslealtad, y la pregunta habitual: dónde está la lealtad.

Por el cambio de tono Caro podría haber esperado un estallido y se quedó de lo más sorprendida cuando él le preguntó:

–¿Te acuerdas de que hoy leíste en alto el cartel: *Grandes esperanzas?* –El hecho de que le preguntara «¿Te acuerdas?» volvió a situar la mañana, una distancia inocente, en el tiempo.

–En el cine.

–Sí. ¿Te acuerdas de que en la primera página de ese libro el chico ayuda al preso evadido? –Era más una interrogación que un recuerdo–. Pero no se hace amigo suyo. Lo hace por miedo.

Era bastante normal estar sentados en un muro en la oscuridad hablando de un libro.

–El miedo no solo se puede manifestar en la amabilidad, y en ese caso se recuerda como compasión. –Las puntas de los dedos de Ted descansaban sobre el muro de piedra,

preparando el cuerpo para una nueva aproximación–. Durante la guerra ayudé a escapar a un prisionero. A un alemán. Fue en Gales, donde pasé un par de años en un colegio al que me mandaron desde el sitio que has visto hoy. A unos kilómetros de nosotros, en el interior, había un campo de prisioneros de guerra, y oímos decir que un oficial –por supuesto, se decía que era un general– había conseguido salir. Hasta la costa había una caminata larga y difícil que en ocasiones hacía, cuando me dejaban, para poder estar solo y ver el mar. En esa época, sobre el mar pesaba una especie de prohibición: playas prohibidas, alambre de espino amontonado en rollos y defensas costeras tan seguidas como casetas de baño. A lo lejos, el océano se parecía a la libertad. Ni se te ocurría que condujera a Irlanda o América: era infinito, como el firmamento. El mar abierto. Yo tenía dieciséis años, buscaba la soledad más que nada en el mundo y era bastante infeliz cuando la encontraba, salvo en esos paseos hasta la costa. Y en mi presente solo estaba el colegio y en el futuro el ejército. Casi nunca nos permitían salir solos, pero en un año o dos estaríamos luchando, quizá muertos. De hecho, dieciocho meses después me enviaron al curso de radar, muy al final de la guerra.

»El caso es que solía caminar desde el colegio hasta la costa, me detenía en las últimas colinas a mirar el mar un rato, y me daba la vuelta y volvía a recorrer los alrededor de diecisiete kilómetros que me separaban del colegio. Bastaba con haber mirado algo extenso para saborear la libertad. También me encantaba el campo, que estaba desnudo: solo hierbajos y arbustos balanceándose en un viento incesante. Colores desvaídos que se quedaban en la periferia, como si la existencia pudiera tener un núcleo, y aquí uno pudiera acercarse más a él. O, por decirlo al revés, era un lugar tan

apartado que necesitabas toda tu convicción para creerte que existía, o que tú mismo existías. Siempre hacía un tiempo horrible, pero a mí no me importaba. Hasta eso te daba la sensación de encontrarte a la intemperie, de tener espacio después del confinamiento.

»En concreto, había una sucesión de acantilados en curva, en la que tenías la sensación de estar rodeando el borde de la tierra. Y en esta ocasión había un hombre sentado en una grieta de las rocas, mirando. No fijamente. Tan silencioso, tan carente de sorpresa, que bien podría haberme estado esperando. Al instante supe que era el alemán. Como si yo también lo hubiera estado esperando. Así que ahí estábamos los dos, mirando. De algún sitio había sacado un abrigo pero estaba medio congelado. Llevaba en las colinas casi una semana y estaba absolutamente molido, exhausto y muerto de hambre. Era como si la cara se le hubiera separado de los ojos, tendrías que haberle visto las manos.

»Era la prueba patente de que la guerra era real. Bueno no hay mucho más que contar. Le di mi sándwich y mi jersey. Y una petaca con un brebaje asqueroso que llamábamos caldo de ternera. Hasta la propia policía habría hecho más o menos lo mismo. Lo escandaloso no es que no lo entregara, sino que ni siquiera se me ocurriera esa posibilidad.

El secreto se diferenciaba de cualquier otro que Caroline Bell hubiera conocido porque carecía de oscuridad. Lo oscuro había equivalido a Dora, a palabras y acontecimientos intrínsecamente sórdidos. Enfrentada a la luz que emitía la oscuridad de Dora, Caro había adquirido una conciencia y un equilibrio que constituían una profunda, laboriosa educación. A ella siempre le costaría más actuar por principio que a quienes habían mamado esa actitud, porque ella la había aprendido mediante el ejercicio de la voluntad. Al contrario

que otros, Caro nunca haría lo que debía sin saberlo. Ahora estaba ante este secreto de Ted, surcado por una difícil humanidad: algo inmediato, pero que apenas rozaba el ser, noble pero no virtuoso. Algo que sería tan presuntuoso juzgar como refrendar.

Se quedó callada, después retomó la lógica del relato.

–¿Se escapó?

–Sí. Fuera lo que fuese lo que esperaba encontrar en el mar, sabía cómo llegar a él, el problema es que hasta que aparecí yo estaba demasiado débil. Pocos días después corrió la voz de que de alguna manera los suyos habían conseguido llevárselo. Nunca supimos cómo. Pero después de la guerra la prensa difundió el asunto como si fuera un ejemplo notable de nuestra estupidez: ese fue el titular. Porque habían descubierto que era un científico relacionado con la instalación de misiles, y que por eso los suyos tenían tanto interés en recuperarlo. Eso no se sabía cuando lo capturaron, porque iba de uniforme y tenía rango militar: lo habían atrapado durante una extraña travesía en un destructor, cuando regresaba a Peenemünde, en el Báltico. Solo se descubrió quién era cuando se escapó de la prisión. Entonces, por los misiles que nos cayeron, se acabó descubriendo que se nos había escapado entre los dedos. Uno sigue hablando en plural, de nosotros, de nuestro algo. Pero fui yo el que dejó que se me escapara entre los dedos. Así que, cuando salió a la luz quién era, también empecé a pensar en los misiles que nos habían caído.

–¿Dónde está ahora?

–En los Estados Unidos. Ahora fabrica sus armas, y las nuestras. La historia de su evasión forma parte de su leyenda, algo casi admirable a juzgar por cómo lo presentan las revistas. Yo no aparezco: quizá el recuerdo sería incompatible

con una vida basada en el poder. Haber sido objeto de la misericordia ajena puede indicar que la misericordia es importante. A veces he pensado que ahora sería difícil juzgar el caso; el mío, quiero decir. –La voz de Ted Tice sonó brevemente a sonrisa en la oscuridad–. De vez en cuando me encuentro fotografías suyas. Bastante irreconocible, como si ahora llevara una máscara y el rostro verdadero fuera el que yo vi. El que todos podríamos tener en una situación extrema.

Caro le tendió la mano. Él la agarro, aceptando esa sencilla muestra de amabilidad.

–No estoy tratando de justificarme. Es la primera vez que lo he contado y lo estoy haciendo fatal. No se me da bien contar historias. En su momento sabía que ese hombre podía ser cualquier cosa, uno de los peores, e incluso había que tener en cuenta que él creería que la victoria en ese momento era suya. Tampoco es que yo lo pensara mucho entonces. En ese momento tenía que actuar y esa es la forma que adoptó la acción; la forma permanente, porque, aunque tenga algo de malo, no puedo imaginarme haciendo otra cosa. Ahora casi nunca me acuerdo de ello. Cuando lo recuerdo, puede parecer importante o irrelevante, depende de mi estado de ánimo. Las limosnas no son solo para los inocentes. En cualquier caso, las complicaciones llegaron de inmediato, con la ocultación, que crea sus propias traiciones. Aunque no tengas un especial deseo de difundir una experiencia, debes sentirte capaz de hacerlo. No conocía a nadie a quien pudiera confiárselo, no tenía muchos amigos, de ningún tipo. Y tampoco estaba seguro de poder entender yo mismo el asunto, ni desde luego de poder relatarlo adecuadamente. Además, como es natural, no tenía ninguna gana de asistir al escándalo que se produciría si el asunto salía a la luz. Así que se quedó oculto, hasta este momento. Ahora sí podría contarlo, pero no

serviría de nada.

–A cualquiera –dijo Caro– le parecería bien un acción así en un libro, como en el caso del chico y el condenado que tú decías. Pero en la vida real la mayoría la censuraría.

–Ya ves, en ese momento ya era demasiado mayor para atribuir mi impulso a la generosidad. A los dieciséis años ya eres demasiado mayor para la santa inocencia.

De niña, Caro ni siquiera había saludado con la mano a quienes estaban detrás de la alambrada, ni desde luego les había mostrado compasión.

–Lo que menos puede permitirse la sociedad –dijo Ted– es un acto independiente de humanidad. Bastaría que lo permitiera una sola vez para no poder frenarla. Si ese hombre y yo nos hubiéramos enfrentado en el campo de batalla yo lo habría matado, aceptando las normas sociales. Dadas las circunstancias, tuve que aplicar las mías. Bueno, no me estoy presentando como lo que no soy. La cuestión es que en ese momento aplicar mis normas tenía demasiadas ventajas. De nuevo, las complicaciones vienen después. Los mejores instintos que uno tiene no son más fiables ni más coherentes que la ley. Si vives fundamentalmente dentro de la sociedad hay momentos en los que preferirías depender de la fórmula social, pero descubres que de alguna forma has echado por tierra esa posibilidad. Te has inhabilitado a ti mismo para juzgar a los demás en función de esas normas.

–Lo que quieres decir es que algún día podrías tener una buena razón para entregar a otra persona, pero que has perdido el derecho a hacerlo.

–Exactamente –al final continuó–: todo esto nos lleva de nuevo al viejo Thrale. Es probable que deje al viejo que se meta hasta el fondo en el asunto del telescopio, pero la rectitud de mi posición me repele. Por lo menos esta vez no se

puede decir que tenga todas las cartas, ni siquiera alguna.

–Tienes la verdad.

Ted Tice se rió.

–Aceptar de buen grado esa desventaja ya debería ser bastante convincente. –Se giró en la oscuridad y sujetó de nuevo la mano de la muchacha, con un tacto vacilante, deductivo, absolutamente personal, como el contacto de los ciegos. Preguntó, tal como había preguntado esa misma mañana–: Caro, ¿en qué estás pensando?

–En el alemán. Me pregunto qué pensó él y qué sentisteis los dos.

–Sí. Fue un exceso de fuerzas elementales, como cuando no puedes respirar en medio de un fuerte viento. En otro nivel, hubo pequeñas sensaciones conocidas: te molesta que algo así te haya ocurrido a ti y no a un patriota consumado que lo habría manejado de manera convencional sin ningún escrúpulo. También tuve la sensación degradante de ser joven, de tener limitaciones. Después se planteó una nueva posibilidad: que nada importara, ni siquiera esto, aunque hacía falta que ocurriera para dejar clara su irrelevancia. Por su parte, ¿quién sabe? Ninguna muestra de emociones naturales, ni compasión ni entusiasmo, ni siquiera miedo en el sentido habitual. No compartíamos ninguna palabra, pero seguramente yo habría detectado cualquier deseo de compartir.

–¿Por eso elegiste la profesión que tienes?

–¡Quién sabe!

–Quizá lo vuelvas a ver algún día. La vida es imprevisible.

–Eso también lo he pensado. Quizá en la vida haya más encontronazos de ese tipo que en los libros. Quizá al factor casual se le reste importancia en la literatura porque suena a engaño o no resulta verosímil. Mientras que la vida real no

tiene por qué ser ni justa ni convincente.

En esta frase había algo concluyente que pronto los impulsó a levantarse y seguir caminando. La historia de Ted había creado una proximidad más humana que sexual, una crisis del conocimiento compartido demasiado solemne para favorecer el deseo. Ante la vista del hombre y del muchacho en las gélidas rocas, el amor se había apartado a una distancia prudencial, donde quedó a la espera del mañana.

8

«Os ruego que disculpéis la extraña redacción y mala letra de esta carta. Me he roto la uña del pulgar y este es el resultado.»

Caro y Grace llegaron al mismo tiempo a la posdata. Estaban de pie en el salón de Peverel al mediodía, Grace con la carta en la mano y Caro mirando por encima del hombro de su hermana. Dora se iba a casar.

Como nunca habían contemplado esa posibilidad, no estaban preparadas para la sensación de alivio que producía el rescate. Ni para darse cuenta de que podría haber ocurrido antes y a tiempo. Sus hombros se tocaron con una especie de consuelo; tenían mucho que asimilar y se habían quitado un peso enorme de encima. En lo sucesivo se podrían librar de algo.

–Vuelve a la primera página.

Revolvieron en las hojas hasta llegar a donde decía: «Queridas G y C».

Beth Lomax, la adinerada viuda de la Liga Victoria, se había mostrado injustificadamente grosera poco después de llegar a Gibraltar. Aunque había sido ella la que había propuesto la visita, había comenzado a tratar a Dora como si fuera una carga. Por una vez, Dora no se había callado: Beth Lomax había escuchado unas cuantas verdades, y ya era hora. A continuación, Dora se había ido al pueblo para reservar el

pasaje de vuelta a Inglaterra. Y en la oficina de la naviera, que era notablemente ineficaz, había esperado en un sofá de cuero junto a un hombre que estaba presentando una reclamación. Resultaba que con los dos se habían pasado de la raya. Se fueron juntos a tomar una taza de té, sin reservar billetes ni presentar reclamación alguna. (De hecho, los baúles del mayor Ingot aparecieron al día siguiente en Algeciras, algo que a los dos les pareció un buen augurio.) Desde entonces se habían visto unas cuantas veces y habían descubierto intereses comunes.

Caro leía asombrada: «Tenemos los mismos gustos y pensamos de forma parecida».

«Vosotras ya sois mayores –escribía Dora–, y ya no me necesitáis.» En la afirmación había tanto reproche como ironía. La boda sería en el Algarve, donde vivía o residía el mayor. El mayor Ingot –Bruce– se estaba haciendo cargo de los preparativos. «Nunca había tenido a nadie que hiciera gestiones por mí y estoy disfrutando de ese lujo.»

A continuación, los recién casados se trasladarían a Inglaterra, pero solo para recoger pertenencias, ya que el mayor se iba a instalar en el Algarve, adonde se había retirado para organizar un negocio de importación y exportación.

–Dora en Portugal –dijo Grace. Parecía algo histórico.

–¡Oh, Grace, gracias a Dios!

Las dos hermanas nunca habían llegado tan lejos en lo que podía llamarse evaluación de daños. Se volvieron a inclinar para leer la carta. Dora iría con frecuencia a Inglaterra, ya que el mayor –Bruce– tenía que visitar a sus clientes. Después de todo, no es que fuera a desaparecer. No tenía que decirles, les decía, que las quería. Ella no importaba, solo importaban ellas.

«Nunca le he pedido nada a nadie, y no voy a empezar ahora.»

El vestido sería de crep, color marfil, hasta la rodilla y con chaquetilla; el sombrero, beis. Había una palabra que no entendían, que podría haber sido *Stephanotis.* El mayor estaba organizando lo de las fotos y Dora les traería cualquiera que estuviera medio bien, pero nunca había hecho una buena foto. Sería un alivio huir de este calor, peor que ninguno que hubiera sufrido en Australia. Sed felices.

La carta iba firmada con una «D». A Dora no se le daban bien las firmas, ni los encabezamientos.

Un tono mecánico, ya distraído, planteaba la posibilidad de que Dora siempre hubiera sido insensible con ellas. Grace temía que Caro pudiera señalar tal cosa. También estaba la conciencia inmediata, indecente, del cambio carnal que, sorprendentemente, Dora sería la primera de las tres en experimentar.

–Hay que enviar un telegrama. –Pero se quedaron allí juntas en una síntesis de confusa evocación.

A Grace le habría gustado pensar en algo universal, pero solo podía llegar a la periferia del sentimiento. Caro bien podría estar viendo a Grace, con peto, tirando de los travesaños de una sillita azul celeste. Se habrían podido dar un extraño abrazo.

–Espero no interrumpir.

Sefton Thrale vio a las dos mujeres de pie, absortas bajo la luz del sol y con la carta en la mano.

Se separaron, nada dispuestas a explicarse.

–He venido con Tertia.

Había venido con Tertia, la hija de un lord. Tan acicaladamente hermosa, tan rubia y tan alta que parecía un anuncio de algo carísimo. Había venido al volante desde el

castillo y llevaba el cabello rodeado por una cinta de seda rosa que se sujetaba por detrás de las orejas. Sus ojos azul claro brillaban con lo que desde lejos parecía un placer absolutamente puro, que quizá en su niñez lo hubiera sido realmente. Sin embargo, de cerca la claridad era hiriente, y ni daba ni recibía una buena impresión. Ningún rasgo de humanidad parecía haberla tocado nunca.

En este caso las circunstancias habían hecho responsable a Grace. Metió la carta de Dora en su sobre y se adelantó, demasiado correcta para parecer al mando de la situación. Murmuraron: Cómo estás. Tertia ofreció las puntas de los dedos con un gesto que denotaba menos agotamiento que la voluntad de reservar las fuerzas para algo que mereciera más la pena.

–¿Ha llegado Paul? –Tres mujeres jóvenes se sentaron mientras Sefton Thrale iba a hacer su recado favorito: averiguar qué se sabía de Paul Ivory, que hoy debía llegar por fin.

Una vez que se dieron la mano, Tertia se tocó el cuerpo del vestido, el pelo: un animal eliminando maniáticamente los rastros de contacto. Era consciente de haber interrumpido, sin detenerla, una intensa corriente emocional: las hermanas, en su íntima ocupación, no eran muy accesibles a la actitud distante de Tertia. Al igual que antes le había ocurrido a Christian Thrale, descubrió que las hermanas no eran lo suficientemente conscientes de sus carencias, y le habría gustado dejárselas más claras. Percibió que, aunque a Grace se la podría acabar enderezando a este respecto, Caro sería más dura de roer.

Tertia Drage se arrancó una hojita del vestido y ostentosamente la tiró a la chimenea vacía. Era algo que volverían a percibir en ella: trataba los objetos y empujaba las

puertas con una brusquedad disciplinaria, ya que no veía razón alguna para consentirle al mundo sus insubordinaciones. En su caso, el ocasional y humano disgusto ante las cosas que se caen o se resisten era perpetuo.

No. Tertia no quería jerez. Gracias. Había venido en el coche que podían ver por la ventana abierta. Caro se levantó a mirar. Era un Bentley bajo, descapotable, de antes de la guerra, un modelo codiciado por los coleccionistas. Verde oscuro, esbelto y hermoso como Tertia.

–¡Qué maravilla de coche!

Caro abrió todavía más la ventana de cuarterones y se quedó mirando el coche. Faros circulares, por encima de los guardabarros, vidriosamente apagados como los ojos de Tertia.

–1937 –dijo Tertia–. Y listo para ponerlo en un escaparate.

Un gato joven entró desde el alféizar. Caro volvió a sentarse, poniéndose el gato en el regazo. Grace tenía en la mano la carta azul de Dora. No sabían a quién le tocaba hablar.

–Ahora tengo información decisiva –dijo el profesor al regresar, pero Tertia no dio muestras de vida.

Afuera, el coche daba una impresión más amable que la que se apreciaba en el interior, porque hacía pensar en soltura y en que las cosas acabarían animándose.

Paul Ivory bajaba desde Londres en coche y no tardaría mucho en llegar («Bajaba en coche» era la expresión que había elegido el profesor). El vehículo de Ivory se colocaría raudo junto al de Tertia, lo cual con toda seguridad lo eclipsaría o lo dejaría en mal lugar.

–No veo el momento –dijo Tertia, con lo que solo quería decir que no lo vería–. No me gustan los reencuentros.

Decía cosas como «No me gustan los animales», los niños, el

océano o la primavera, segura de que su desagrado debía de tener importancia. Según ella daba a entender, cualquier opinión en sentido contrario al suyo debía de ser falsamente sentimental. Pese a todo, no conseguía ni eclipsar ni dejar en mal lugar a estas dos hermanas. En realidad, ellas estaban esperando que se fuera Tertia para seguir con lo suyo.

Caro volvió a cruzar las piernas con cuidado. En el felino durmiente el peso se deslizaba de un extremo a otro, como en un puf. El verdadero peso estaba en el sobre azul que Grace tenía en el regazo. En cuanto a Tertia, Caroline Bell se preguntaba cuál era el Benbow que, al volcar, la había convertido en algo digno de ponerse en un escaparate.

Grace pensó que Tertia no tardaría en decir que odiaba los gatos.

–Puedo girar el coche aquí mismo, ¿verdad? –dijo Tertia. Sus observaciones carecían de sonrisa, de duda y de delicadeza. Eran aros que caían sin tintinear: un ruido sordo y preciso en torno a un poste. Miró a la habitación, diciendo–: Adiós. –A Caro le comentó–: Los gatos me odian.

–Exultantes con tu felicidad –dijo Caro cuando Tertia se marchó con Sefton Thrale–. ¿Qué te parece algo así?

En realidad, la única felicidad que Dora había aprobado era la de ellas.

–Podemos escribirlo. Iré en bici a enviarlo.

Los modales de Tertia les habían contagiado la monotonía y era imposible que se abrazaran por la carta de Dora. Afuera, el coche fue marcha atrás hacia un borde herbáceo, donde se agazapó para saltar. El carraspique recibió una bocanada de gasolina. Después Tertia salió disparada, diseminando piedrecitas.

Una vez redactado el telegrama, llegó el segundo coche, corto, cerrado, rojo oscuro. Vieron al hombre de pelo claro al

volante, y a Ted Tice saliendo por un lado de la casa para ayudarlo a aparcar.

–Cuántas cosas están ocurriendo a la vez –dijo Grace–. Es una pena que no se puedan separar más. –Como una niña, daba la medida de sus aisladas, inocentes, pero expectantes vidas.

Ted desapareció de su vista, pero aún podían escucharle gritar: «Izquierda» y «derecha», y «¡cuidado!». El joven del coche retiró el codo de la ventanilla abierta y agarró el volante con las dos manos. Llevaba un jersey oscuro de cuello alto. El pelo le caía sobre la frente, como el de un colegial.

Las ruedas giraron hacia un lado, hacia el otro, y fuera de campo Ted gritó: «¡Espera!», como un director de cine.

–¿Quieres algo del pueblo? –preguntó Caro a Grace, pero las dos estaban mirando cómo se detenía el coche rojo. Paró el motor y salió un joven: alto, elegante y bien vestido, de una manera desconocida para ellas.

Paul Ivory fue el primer inglés al que conocieron que llevaba, como todo el mundo llevaría más tarde, un jersey azul oscuro, parecido al de un pescador, pantalones ligeros de algodón y zapatillas de lona.

Después llegó el momento en el que Ted fue el que más culpa tuvo, puesto que fue él quien, después de pararse a mirar, bajó la mano. Fuera cual fuera la antipatía espontánea que se anunció entre esos dos, Paul por lo menos avanzó, presentándose y haciendo posible el encuentro. Aunque lo hizo mientras examinaba abiertamente a Ted Tice, calibrando y decidiendo. Sí que se estrecharon las manos, pero Ted se quedó impasible mientras Paul Ivory tiraba de una maleta de cuero y cerraba de un portazo la puerta del coche. Podría haberse retirado fácilmente, porque el profesor había salido de la casa y estaba diciendo que no podía estar más

encantado; pero, sin embargo, se quedó allí, incómodo y distante, como dormitando durante el proceso de llegada y decidido a que Paul Ivory pudiera brillar, por contraste con él.

Fue una demostración de instinto tan ostentosa que Grace se giró a medias desde la ventana, esperando la interpretación de Caro.

Caro estaba pensando que en Inglaterra la desconfianza entre las clases podía destruir hasta a las mejores personas, porque distraía sus energías. Observaba con un sentimiento profundo, inferior al amor, en el que la aprobación y la exasperación se fundían hasta crear una sensación punzante: en una escenita de actitudes superficiales e intercambios convencionales, era Ted Tice quien debía aportar la indispensable humanidad. Ya se había acostumbrado a que proporcionara pinceladas de comprensión que constituían fuertes experiencias, pero en este caso Ted se quedó en la gravilla con las manos colgando, y no parecía acusar la presencia ni de Caro ni de nadie. Mientras, ella lo observaba y se preguntaba qué impulso actuaba en él.

Paul Ivory miró hacia el ventanal bajo donde las dos jóvenes, de pie, estaban casi a su mismo nivel. Sonrió con su rostro atractivo, rubio y afortunado, reconociendo la agradable sorpresa con una franqueza tan controlada que al final nada quedaba de la sorpresa. Y las hermanas devolvieron la sonrisa con la seriedad que tenían para ocasiones así. Solo Charmian Thrale, en una puerta abierta, estableció una comparación entre esta prometedora llegada y la forma en que a Ted Tice lo habían sacado de una tormenta; recordando cómo esa mañana Caro había mirado desde lo alto de la escalera y cómo se había marchado después.

9

Cuando Paul Ivory caminaba en alpargatas por los senderos y corredores de Peverel, ese sonido inauguró, suavemente, la modernidad. Y con él sus jerséis de algodón –unos azules, otros negros– y sus pantalones de popelina clara. La modernidad, al igual que el tiempo, estaba posibilitando estas cosas. Paul había traído consigo el sol, y su propia suerte. A primera hora de las mañanas cálidas, las chicas planchaban vestidos de flores en un cuarto situado junto a la cocina, donde una mesa de planchar estaba cubierta con una manta raída y había un antiguo fregadero de piedra. El suéter de motivos nórdicos de Ted Tice y su rebeca verde mar de ochos ya estaban guardados, quizá definitivamente.

–Recuerdo que eras un niño perfecto –le dijo la señora Charmian Thrale a Paul Ivory–. El único que llegó a cautivar a mi padre.

Era su forma de decir: Qué joven tan encantador y qué bendición eres; y de apuntar, con suma delicadeza, lo desgraciada que había sido su propia infancia. Paul se tomó bien el halago, sin incomodarse, pudorosamente complacido. En esa época no era habitual ver a un joven disfrutando abiertamente de su juventud y alegrándose con razón de su propia salud y buena presencia. Desde su precoz y merecida distinción, Paul hacía parecer el futuro menos amorfo.

La obra que había escrito se montaría en Londres en otoño.

Entre los preparativos figuraban llamadas telefónicas y paquetes certificados. Había mañanas en las que no se le podía interrumpir, porque estaba añadiendo o reescribiendo. La obra se llamaba *Amigo de César* y en los periódicos se había anunciado que utilizaba a una familia actual como metáfora del poder político. El propio Paul leyó esto en alto sonriendo. Un conocido actor había aceptado protagonizarla.

Paul Ivory era un hombre prometedor en un sentido literal: las circunstancias se habían comprometido solemnemente con su ascenso. Todo el mundo halagaría, con razón, su obra. Localidades de provincias y ciudades extranjeras la aclamarían, y un famoso director la llevaría con éxito al cine. La radiante preeminencia del compromiso de Paul con los acontecimientos era más nupcial que sus posibles esponsales con Tertia Drage.

En su sutileza y confianza, la belleza física de Paul, al igual que su carácter, sugería la presencia de una técnica. Del mismo modo que un buen retrato podía tener una capa de pintura oscura donde se mostraba la luz, o de pintura más clara donde aparecía la oscuridad, Paul Ivory podía estar subliminalmente frío cuando se mostraba cálido, cálido cuando se mostraba frío: los tonos se superponían para crear, con ingenio, un trazo acusado pero fluido. De igual manera, sus miembros podían parecer instrumentos o armas de la gracia, más que su pura y simple demostración. Los dedos de Paul, largos y finos, se levantaban por las puntas con sensibilidad extrema, como si estuvieran comprobando el calor de una superficie.

–Paul dejará su marca –le dijo Sefton Thrale a Ted Tice.

Como si elogiara a una joven hermosa ante otra poco agraciada. Y sin embargo, tanto Paul Ivory como Ted Tice daban la sensación de estar marcados y de ser simbólicamente

opuestos. No solo se trataba de que el mundo los hubiera enfrentado. De forma más irracional, parecía que uno de los dos debía perder para que el otro ganara.

En dos ocasiones Sefton Thrale había señalado que Tice no tardaría en marcharse y tenía muy presente la fecha exacta.

La señora Thrale le habló a Paul Ivory, porque se lo preguntó, del párroco, que tenía un problema de dicción y que en su día había sido comunista, pero que, al contrario que el hombre de Thaxted, nunca había izado la bandera roja en la iglesia.

–Es de la Iglesia Alta, por supuesto, y bien alto que está él mismo* –añadió el profesor, como si un sacerdote fuera un trozo de carne que se cuelga para curarlo; y recomendó que no se perdieran el excelente trabajo en piedra de la fachada del templo.

El domingo Paul fue a la iglesia del pueblo, con lo que la familia de Peverel se vio envuelta en un gesto religioso.

Las dos hermanas, planchando blusas, observaron cómo se marchaba el coche rojo. Puede que Charmian Thrale lo viera desde un cuarto de arriba. Paul cautivaba, en tanto que Ted ensombrecía. Era indudablemente conmovedor imaginarse a este varón alto y victorioso arrodillándose para ofrecer y recibir. Aunque tanto la señora Thrale en el ventanal alto como Caro en la cocina eran conscientes de que las mujeres no son de fiar con esa clase de emociones.

Al entrar con la ropa doblada en el pasillo, Caro se encontró a Ted en la puerta abierta.

–Christopher Robin está rezando sus oraciones –dijo Ted Tice**.

Caro no sabía de parte de quién ponerse, pero, al igual que Sefton Thrale, recordó que Ted no tardaría en marcharse. Puso las blusas recién planchadas en una cesta que había en

la escalera y se fue con Ted al jardín.

–Dentro de dos semanas me habré ido –dijo él.

–Estarás en Edimburgo. Y, poco después, en París –dejando claro que no tenía de qué quejarse.

Por su parte, dentro de un mes ella se iría a Londres a trabajar en un ministerio. Porque a Caro el examen le había salido mejor que a todos los demás; a su manera, que no era la de los otros dos, también estaba marcada.

Brevemente, en silencio, imaginaron su nueva vida, incluso las mesas de pino y las rayadas sillas de oficina.

–Tengo que imaginármela sin ti –dijo Ted.

Salieron de la zona de flores y se quedaron bajo los árboles, contemplando el valle. Toda una nación se paralizaba con el domingo y el verano. A lo lejos se veía un campo amarillo, tan plano y brillante como una franja de pintura. Desde lejanas alturas captaban la mirada rastrojos recogidos, tan fiables como una vieja prenda de tweed. En el cerro opuesto, como una pieza de ajedrez en el damero, el castillo de Tertia hacía muescas en el cielo con sus grises almenas.

–El encanto no es uno de mis rasgos principales –dijo Ted–, y nada tiene menos encanto que el amor no deseado. Pero, como pronto nos separaremos, tengo que decirte que espero que pienses en mí y que me permitas escribirte. Y que al final me permitas amarte.

La muchacha escuchó la perorata con un estoicismo que la hacía parecer la parte sufriente: aguantó la petición como un dolor necesario y lo trató con un cuidadoso respeto.

–Por supuesto que pensaré en ti y te escribiré. No he conocido a nadie que me caiga mejor que tú. –Se apartó: un vestido azul que pasaba como la bruma sobre un fondo de árboles oscuros y campos pintados–. En cuanto a lo demás, no veo cómo puede llegar a pasar.

–Me parece que eso es muy duro. –Por el alivio que suponía soltar unas pocas palabras se privaba del arma del silencio. Era inconcebible que no pudiera tocar ese cuerpo azul claro que tenía poder sobre todos sus días. En comparación, el propio perfil de la tierra que había detrás no significaba nada–. Ahora estás tan lejos de mí como cuando nos separemos. Estar aquí y ahora juntos no me produce ninguna felicidad. Pero más adelante recordaré que estuve cerca de ti, que tuve esa suerte.

Caro, que había rodeado un árbol con un brazo, se quedó mirando a Ted. Parecía que hasta el paisaje se regodeaba y que el árbol –impersonal, institucional– se aliaba con ella. O que ella se apoyaba seductora en el árbol, para mofarse de él. La alucinación se esfumó, pero quedó una especie de sabiduría. Llegaba un fuerte aroma a vegetación cociéndose al sol: Inglaterra se secaba.

–Ted –dijo–. Ted –con ligera exasperación–. Cuando comience a trabajar en Londres estaré sola por primera vez. Después de años con Dora, ahora para mí es importante la libertad.

Desde luego, era una razón; aunque no la más sincera.

Ted había oído hablar de Dora.

–Cuando alguien se convierte en un motivo de preocupación, no renuncia fácilmente a serlo. –Después Ted temió que ella le aplicara esas palabras a él–. De tu parte está la inquietud, de la suya el derecho a tenerla. Algo que suele hacerse pasar por afecto, incluso por amor profundo. El hecho de que superaras con bien esa prueba –se refería al examen en el que Caro había sacado mejor nota que los demás– confirma tu capacidad para aceptar el peso de Dora: ahora tienes un certificado que lo demuestra.

–Yo no le digo esas cosas. Parece contraproducente. –De

niña, Caroline Bell había descubierto que los éxitos se podían convertir en armas peligrosas. («A ti todo te cae del cielo, ¿por qué te va a importar una vida como la mía?») Hacía tiempo que se había resuelto una pugna infantil entre el deseo de mostrar o de decir y la necesidad de reunir fuerzas en silencio. Caro dijo–: No estoy segura de poder explicarlo.

–Lo entiendo perfectamente –contestó él.

(Cuando Ted Tice tenía unos once años su madre le dijo: «Ocurrió cuando me fui a Lacey's, al dejar la fábrica y pasarme a lo de las facturas. Fue tu tío Tony Mott el que me dio esa oportunidad, al ver que las sumas se me daban de perlas. Sí, fue tu tío Tony el que me dio la oportunidad. El caso es que al llegar la Navidad el señor Dan Lacey les dio a otras chicas de la oficina dos libras a cada una en un sobre como regalo. Pero yo me llevé tres, por ser rápida con los números. Nunca había visto dos libras juntas, y tres ni te cuento, ganaba doce chelines a la semana, que mi padre me levantaba en cuanto llegaba a la puerta. Y sabía muy bien que esto también me lo quitaría. Entonces vivíamos en Ellor Street y al llegar a casa esa noche escuché enseguida que a mi prima Lorna –tú no llegaste a conocer a nuestra Lorna, la única hija de Cec, que murió de los pulmones el mismo mes que naciste tú–, pues a esa Lorna le habían dado tres libras, o más bien tres guineas, donde trabajaba, aunque lo normal eran dos. Y yo no sabía qué hacer, así me las vi, ¿sabes? O demostraba que yo valía tres como Lorna o decía que dos y me guardaba una yo. Y eso hice, me guardé una y nadie se enteró. Fue la única vez que estuve avispada». En ese momento la madre de Ted tamizaba harina en una mesa de cocina grande y tosca, que era la única mesa que tenían.)

Bajo los cargados árboles, Ted Tice echó la cabeza hacia atrás y vio el cielo. Puede que esto tuviera que ver con la sal

de las lágrimas y con la ley de la gravedad. «Fue tu tío Tony el que me dio la oportunidad», Dios mío: *La oportunidad.*

(La madre de Ted hablaba mientras tamizaba: «Lorna siempre se ponía de parte de su padre. Está en la foto de familia, se hizo más o menos en esa época, pero no se la ve muy bien, está detrás y con la cabeza baja, pobre Lorna».)

Ted Tice miró hacia el horizonte. Recordó al tío Tony, bajito y rosado, que vivía un poco mejor que los demás, conocía a un tipo en el ayuntamiento y tenía una gata atigrada llamada Moggie.

–Paul Ivory se va a casar con ese castillo –dijo Ted.

–Supongo que sí.

Los dos se quedaron mirando al macizo, soleado producto de la imaginación histórica en su anticuada planta. Como cónyuge inspiraba cierta aprensión.

–Paul Ivory –añadió Ted– tiene que casarse con un lord o, por lo menos, con la hija de alguno. Está escrito. Tan escrito como que tiene que ser rica. No tiene elección, es obligatorio. Para llegar al castillo, gire a la derecha.

–De todos modos, no sé por qué Tertia tiene que aceptarlo. –No era lógico hablar de «Tertia» cuando no había confianza de ningún tipo.

–Quizá se sienta asediada en el castillo. –Sonrieron imaginándose a Tertia en las almenas, atisbando con ojos vidriosos desde los matacanes–. O hay algún enfrentamiento que le gusta. O los dos saben lo peor del otro. Eso puede unir mucho.

–Paul podría cambiar. Aún es joven.

–Sus defectos no son de juventud. En él no hay desarrollo, solo transmisión automática.

Hasta ahora la muchacha no había oído a Ted Tice decir cosas así, de una forma tan feroz como los que eran inferiores

a él, con una mala intención que difuminaba su virtud. Quizá a ella le decepcionara él, que participara del desenmascaramiento general. Se apartó de la sombra de los árboles y comenzó a volver a casa. No habían discrepado. Pero ahora los dos cultivarían cierta cautela: la intención de no ofender ni poner en evidencia. No estaba claro cómo se había llegado a esa situación.

A Ted Tice le parecía que la derrota era culpa suya, como si se le hubiera encomendado una importante misión que él hubiera convertido en un desastre. Una imagen –la férrea voluntad de Caro manifiesta en su aparente pasividad, mientras él insistía en su necesidad imperiosa– lo desconcertaba, con la sensación de que todo había sido un absoluto desperdicio. Por lo demás, podría haber visto en esa situación prácticamente una representación del acto del amor.

En esos cálidos días Tertia iba y venía, llevando a Paul Ivory de aquí para allá. Grace y Caro la veían ponerse al volante de su coche verde, con las cejas arqueadas, las pupilas tan insensatas como los discos de bronce que, a modo de ojos, se ponían en las estatuas antiguas.

–Supongo que es un gran premio –dijo Grace. Era una frase que había leído, su forma de proclamar que no podían estar enamorados.

Después vino una pausa de tranquilo resplandor en la que todo el día era una mañana constante. En uno de esos días despejados, Caro, al regresar del pueblo, se encontró a Paul Ivory, que iba a pie. Visto así, extramuros, era como un jinete sin montura, y así se lo dijo.

–He perdido todas las bazas que tenía. –Nadie lo habría dicho al ver a Paul reírse y dar su briosa zancada. Paul Ivory era una estrella y cualquier firmamento le servía.

Había visto a Caro desde lejos y había cambiado de rumbo para cruzarse con ella. Al verla acercarse había observado que su forma de caminar convertía la de otras mujeres en una serie de golpetazos o en un arrastrar de pies. Habría dicho que su delicada y morena energía era viril: tenía el apagado resplandor que podría distinguir a un muchacho. Recordaba a jóvenes morenos y vigorosos que, aun siendo en cierto modo reservados, conservaban la misma efervescencia de la aventura. Después pensó con cuánta frecuencia esos jóvenes acababan perdiendo energía, con cuánta rapidez se agriaban o volvían prudentes, o se convertían en el contrapunto de mujeres amargadas, dedicando sus energías a buscar culpables o soltar bravatas, con un orgullo taciturno. Ya había visto cosas así, y suponía que en el caso de las mujeres esos seres menguaban por completo, o como mucho trasmitían a sus hijos alguna brizna del ímpetu perdido.

Paul Ivory también había percibido las penalizaciones que conllevaba el impulso. Había visto cómo los hombres, antes de que se les formara el gusto o el carácter, se buscaban una esposa y unos hijos, y que a partir de ese momento se entregaban y condenaban a los accesorios de un capricho superado. Se alegraba de que su futuro matrimonio fuera a evitar esos peligros. No le habría inquietado que lo acusaran de falta de pasión. Estaba convencido de que la pasión no era esencial y de que el mundo no la había definido adecuadamente.

–¿Tomamos el atajo del cementerio? –preguntó la joven.

–Ningún cementerio puede ser un atajo –Paul abrió un portillo.

En la hierba había una cometa rasgada.

–Aquí juegan mucho los niños –dijo Caro.

–A los niños les gustan los camposantos. No hay tráfico ni

adultos vivos, y las lápidas verticales son de su tamaño, afables.

Caro, que solía pasar por allí, le mostró las inscripciones. Aquí yace todo lo que podía morir de Oliver Wade. Los encantos terrenales de Tryphena Cope solo llegaron hasta aquí. En lápidas posteriores, solo el nombre y los años –de nacimiento y muerte– conectados por un breve guión grabado en representación de la vida. Placas erosionadas, ladeadas como cometas rasgadas. En las más antiguas las letras eran indescifrables: últimas palabras inaudibles.

–En los cementerios –dijo Caroline Bell– parece que todos los muertos han fallecido de manera natural y en paz. –Paul no contestó, pero ella insistió–: ¿Tú crees que por eso excluían a los suicidas de la tierra consagrada, para mantener la ficción?

Al alcanzar en silencio la carretera, ella pensó que, como él era creyente, quizá lo hubiera ofendido. La expresión de Paul le permitió fácilmente pensarlo. En él había cierta frialdad que podía estar esperando su oportunidad.

Quizá Paul quisiera castigarla, por ser ahora excepcional y por cualquier vulgaridad inminente. En resumidas cuentas, lo único excepcional era que ella ofrecía una especie de fe. Aunque no se aceptara, ella la ofrecía: a su manera, que no era la de él, Caro era creyente.

–Desprendes mucha decisión –dijo él–, pero siempre descentrada.

–No creo que me conozcas lo suficiente para decir eso. –Paul se rió.

–¿Entonces lo podré decir cuando te conozca mejor?

Los transeúntes se fijaban más de lo necesario, porque esos dos hacían una pareja cuyos destinos no podían predecirse con seguridad. Así lo constataba el hecho de que el mundo

tuviera que mirarlos.

–Los sorprende verte acompañada –dijo Paul–. Estás muy sola. –Habían llegado a un recodo en el que el castillo aparecía enfrente, detrás de unos prados estivales. Todo lo demás parecía flaquear ante el calor, pero no el castillo–. Te veo sola, de noche en el jardín. Miro hacia abajo y te veo ahí sola.

En la nítida mañana Paul creó un momento de silencio nocturno: Caro, abstraída en el jardín, y él observándola. Desde su oculta elevación creó alrededor de los dos una oscuridad fragante.

–A mí me parece que no estoy lo suficientemente sola.

–¿Estás hablando de ahora? ¿De mí?

–Claro que no.

El castillo era irreductible, el único detalle no ejecutado por Turner. En el valle una fila de mimbreras se estremecía ante la más mínima brizna de aire.

–Las mujeres saben estar solas, pero no quieren. Los hombres quieren la soledad y la necesitan, pero la carne no tarda en ponerlos en ridículo. –Paul Ivory tenía la costumbre de suponer que las chicas sabían más de lo que decían.

Tomando el castillo como modelo, Caro no se dejó desconcertar. Estaban en el sendero de la ladera, cerca del lugar donde había estado sentada en la oscuridad con Ted Tice hablando de lealtad. Aunque no había ninguna traición, no le habría gustado que Ted la viera detenerse aquí con Paul Ivory. Siguió caminando con su porte recto habitual, pero por dentro iba encorvada y se sintió vulnerable.

Paul se detuvo junto al murete, como si fuera consciente de los escrúpulos de Caro y quisiera transgredirlos.

–¿También le mandas a paseo? –Rozó ligeramente el muro con la mano y se sentó allí mismo–. Ya sabes que me refiero a

Tice.

Caro se sentó a su lado. Su propia alma le parecía algo frío y retirado, mientras que su cuerpo estaba ingrávido, húmedo, con los contornos expuestos y poco naturales. Era difícil precisar quién era más indigno del otro. Observó el aspecto de Paul Ivory como si fuera algo que se pudiera desarrollar ante sus propios ojos. Tenía el rostro del futuro, experto en percibir lo que el mundo quiere. Cuando dijo: «Ya sabes que me refiero», su atractivo se enturbió con algo ordinario que la convirtió a ella en cómplice de ese algo. No era más de lo que en su fuero interno esperaba de él, pero el hecho de que Paul explotara esa veta de expectativa los hizo cómplices. Cuando dijo: «Ya sabes que me refiero a Tice», ella comprendió también que el amor de Ted era un estímulo para Paul y la razón de que estuvieran sentados en el muro.

El hombre estaba girado hacia ella, a la espera de algún tipo de victoria. Quería que Caro creyera que cualquier sospecha o todas estaban justificadas y confirmadas.

Ella estaba segura de que Paul estaba a punto de acariciarla –acariciarle el pecho o el hombro, poner su rostro contra el suyo– y ya había sentido el contacto imaginado con purificadora intensidad. Al mismo tiempo estaba paralizada, sometida, resignada. Y se quedó sentada, con los dedos entrelazados, sin signo alguno de agitación, con la quietud inmemorial de las mujeres en esos momentos.

Paul se levantó y hundió las manos en los bolsillos.

–¿Continuamos entonces? –Se quedó quieto mientras Caro levantaba la vista recolocándose la carne y los huesos. Y Paul sonrió, con la victoria en la mano.

Caro entró sola en la casa y se quedó en el vestíbulo. En una pared había un espejo en el que últimamente le había dado

por mirarse. En estos días, incluso al mirar una simple pared se podía imaginar a sí misma, aunque no con precisión. Ahora su reflejo aparecía oscurecido por el paso del sol a la sombra, o porque un momentáneo desfallecimiento le nubló la vista. A cierta distancia se abrió una puerta.

–¿Charmian? –preguntó el profesor Sefton Thrale. Y Caroline Bell no supo explicarse por qué algo tan simple estuvo a punto de hacerla llorar.

Era un estado de ánimo. O era porque hacía mucho tiempo, cuando tenía seis años, había estado en un cuarto en sombras y se había mirado en un espejo largo, tan frío como el agua. Y al abrirse la puerta había escuchado la voz de su padre preguntar «¿Marian?», el nombre de su madre. No había más que explicar, esa era la evocación: un pequeño espasmo de recuerdo que nunca podría aclararse.

* Iglesia Alta *(High Church):* la que, dentro de la Iglesia anglicana, está más cerca del catolicismo.

** Alusión sarcástica a Christopher Robin, hijo del escritor Alan Alexander Milne, creador de las famosas historias de Winnie-the-Pooh, que siempre tuvo una relación muy problemática con la serie creada por su padre, inspirada en él.

10

TERTIA DRAGE HABÍA ACEPTADO A PAUL IVORY. Cuando se supo, los Thrale ofrecieron una cena al señor del castillo, e invitaron también a un par de vecinos de los que se sabía que tenían suficientes propiedades en Kenia. El amplio y clausurado gran salón de Peverel se aireó y recuperó con empleados traídos del pueblo. La apertura de la estancia para tal fin supuso menos el fin de su período de clausura que la constatación de que ahora era un santuario.

Más larga que ancha, la estancia tenía pilastras corintias y una chimenea blanca en cada extremo. Los ventanales iban del suelo al techo, cubiertos de seda naranja traída hacía tiempo de Swatow por un pariente que trabajaba en Butterfield and Swire. Las magníficas cortinas, aunque ahora estuvieran hechas jirones y polvorientas, se podrían correr para ocultar cristales que había que renovar. Con sumo cuidado se habían lustrado dos candelabros; pero había un tercero, en una cesta del desván, que era una granizada de cristales sueltos.

A la luz del día, las manchas de humedad convertían las paredes en un atlas.

Ted Tice, que era mañoso para esas cosas, arregló una hoja que servía para ampliar una mesa oval. El tablero, que se había combado por falta de uso durante la guerra, se apoyó en unos caballetes en los que Ted podía enderezarlo; y el

personal del pueblo, sin saber bien qué posición ocupaba en la casa, despreciaba a Ted por su destreza. Para la supervisión se había contratado a una pareja mayor: el marido era alto pero deforme, como si en algún momento hubiera sufrido un ataque que lo hubiera retorcido; la esposa, un emplazamiento que repelía los ataques, se sujetaba con contrafuertes de carne y corsé. La pareja, los Mullion, estaba retirada después de muchos años de servicio en una poderosa casa; pero, como ellos decían, estaban contentos de poder satisfacer de cuando en cuando. Ni el servicio ni la satisfacción, sus dos grandes obsesiones, los habían perturbado ni vuelto más accesibles.

–Los jóvenes no entienden lo que significa el servicio –le dijo a Ted Tice la señora Mullion, de negro, porque le había oído cantar «el viento sur, sur, sur» en el gran salón, pero no creía que fuera un invitado.

A la señora Mullion también le desagradaba e intimidaba el acento de Ted, o más bien que no intentara en modo alguno ni hacer ostentación de él ni disfrazarlo.

Estaba claro, sin embargo, que esta pareja de empleados estaba obnubilada por Paul Ivory, que ni cantaba ni arreglaba muebles y que prácticamente no los saludó.

Ted estaba a punto de terminar la reparación de la mesa, que conllevaba un toque de barniz y la colocación de un pequeño gancho de latón. Cuando la señora Mullion habló de lo que significaba el servicio, él estaba trabajando cerca de una ventana abierta y puede que no la oyera.

(En una ocasión –cuando Ted tenía diez años y le extirparon las amígdalas, algo que se hacía en casa– su madre se sentó en su cama y le habló del servicio y la satisfacción: «Tu padre dijo que no volvería a eso, al servicio. Que no quería. Solo lo hicimos una vez, cuando nos casamos y fuimos los dos a la casa de los Truscott en Ponderhurst. Es que

teníamos miedo de no encontrar trabajo y tu padre seguía con toses por el gas de la guerra. Los Truscott se traían cocinera y sirvienta cuando se trasladaban, y chófer también, pero querían una pareja que cuidara el lugar cuando estaban en la ciudad durante las sesiones del Parlamento. Bueno, no es que pagaran mucho, pero daban de comer y el trabajo no era muy duro.

»Después de unas seis semanas allí el señor Truscott –ahora es sir Eric– se dirigió a tu padre y le dijo que, como estábamos dando satisfacción, que debíamos pensar en quedarnos. Pero al ver que nos habíamos casado hacía poco tenía que dejarnos claro que a la señora T. y a él les gustaba la tranquilidad del campo, así que prefería que no tuviéramos hijos. Yo no estaba cuando lo dijo, pero tu padre me llamó para que fuera. Y entonces le dijo al señor Truscott: "Dígalo otra vez", así fue, de sopetón, para que pudiera ver lo que se le venía encima. "Dígaselo a ella", le dijo. Entonces tu padre se lo soltó entero y verdadero. "Nos vamos hoy mismo", le dijo, nosotros que no teníamos un penique, ni sitio donde caernos muertos. Y Truscott contestó, todo colorado y a punto de explotar: "Pues se irán sin referencias". Y tu padre le dijo: "Mi referencia de usted es que no voy a soportar su bocaza. ¿A usted qué demonios le importa si tenemos una reata de hijos o ninguno?". Y después le dijo cosas de Truscott y de la señora T. que no debería haber dicho; ella no era mala, la verdad, solo un poco corta. El caso es que Truscott se iba a marchar, pero tu padre le dijo: "Me voy a ir a los periódicos para que lo publiquen, cómo habla un ministro de la Corona a un inglés en estos tiempos". Y Truscott dejó de estar rojo y se puso blanco como el papel, y le dijo: "Tice, estoy seguro de que podemos arreglar esto en paz", o pacíficamente. Le había tomado bien el pelo. "Vamos a sentarnos y hablar con

tranquilidad, puede que no me haya explicado bien. Y últimamente he tenido mucho estrés.” Él que nunca daba un palo al agua salvo para desbarrar. Pues al final nos soltó cincuenta libras y a la mañana siguiente nos marchamos. En esa época, si era necesario, podíamos vivir seis meses con cincuenta libras y sin perder el decoro. Luego estaban las referencias: Han trabajado a nuestra completa satisfacción. Pero tu padre dijo: Nunca más.

»Un poco después se lo contó todo al señor Beardsley, ese párroco de Southport que defendía a los trabajadores, y la idea era que todavía podía ir a los periódicos con el asunto, porque todavía le fastidiaba. Pero el señor Beardsley le dijo que no, porque nos habíamos quedado las cincuenta libras. Así que eso fue todo. Y Ahora Truscott es sir Eric y tiene su foto con el príncipe de Gales».)

Después, Ted Tice se enteró que los Mullion, la pareja contratada en Peverel, habían perdido a su nieto en un accidente unas semanas antes. Cuando tenías más información, la antipatía no solía ser irrebatible.

Caroline Bell sacó un vestido oscuro, comprado en el extranjero, la única de sus prendas que daba la impresión de poder ser enteramente suya, en algún momento futuro o muy pronto. Lo colgó en su cuarto, donde pudiera verlo, como si fueran los banderines de una fiesta. Prácticamente no se lo había puesto y le gustaba pensar cómo lo había comprado con un montón de billetes de tonos pastel durante su última mañana en Francia. Después, Dora había montado un escándalo por el precio.

Llegado el momento, descolgó el vestido de la percha, que se deslizó por sus brazos como si fuera una víctima. Se había recogido la espesa cabellera en un moño, y en el espejo podía

ver lo bien que le sentaba.

A última hora de la tarde Caro bajó las escaleras luciendo el vestido oscuro y con su cinturón de seda en la mano. Estaba planchándolo en el cuarto que había junto a la cocina cuando entró Tertia con unas flores.

–Hay que ponerlas en mucha agua. –Tertia dejó las flores en una encimera, junto al fregadero de piedra.

Llevaba un susurrante y amplio vestido plateado. Parecía que había aterrizado un vendaval de sal; sin embargo, Tertia no hizo más que quedarse quieta, mirando cómo planchaba Caro, mientras las flores se quedaban en su cenotafio, prestas a morir.

Caro dejó la plancha en su soporte y alzó el cinturón: la cabeza hacia atrás, el brazo levantado y el cinturón suspendido. Como era humana, no podía contenerse. Sabía que en ocasiones había dejado su huella, pero en esta ocasión le apetecía constatar que era así.

–¿Y qué te vas a poner esta noche? –preguntó Tertia por fin.

Caro siguió sosteniendo el cinturón, por un lado, como una abstraída encantadora de serpientes, para poder mirar a la cara a Tertia. Qué pena que nadie más pudiera ver entonces a Caro con su precioso vestido, el cuello y el hombro desnudos, la delicada mano levantada y los ojos negros fijos en su objetivo. De este modo, durante unos instantes obligó a Tertia Drage a admirarla.

Y desde el jardín Paul Ivory la llamó: «¡Caro!». Era la primera vez que decía su nombre.

Hubo una pausa, durante la cual se oyeron ruidos procedentes de la cocina aneja. Liberando a Tertia del hechizo, Caro bajó el cinturón y se lo colocó con sumo cuidado en torno a la cintura. A continuación llevó un pesado

jarrón hasta el fregadero y abrió el grifo. Esas sencillas acciones llamaban la atención y Tertia no fue la primera en observar en los movimientos más prosaicos de Caro un ensayo para la vida y la muerte. Una vez que las flores estuvieron en el jarrón, Caro volvió a mirar a Tertia y dijo: «Con mucha agua». Y se rió, se secó las manos y se marchó.

Esa noche se celebraba el compromiso de Tertia con Paul Ivory.

Sefton Thrale enseñó a los invitados las vistas del valle bajo la luz mortecina, antes de conducirlos dentro. El gran salón, abierto hacía poco, no estaba del todo dispuesto a albergar vida: para una emergencia, un salón descuidado se prepara igual de mal que un jardín lleno de maleza. No hacía falta decir que había cuencos con rosas, lámparas de luz tenue y, en cada chimenea, un pequeño fuego. Sin embargo, con el sonido de las voces que entraban, el salón se batió en retirada. Era una estancia antigua, no habituada a los cortantes y nuevos sonidos de las cerillas al encenderse y el hielo en las cubiteras.

Parecía que la madre de Tertia era una superviviente del Titanic, que eclipsaba a Grace y Caro con su desconocido, innoble Benbow y su ineficaz desplazamiento de las aguas australianas. La madre de Tertia recordaba que a los siete años la habían bajado a un bote salvavidas y que la habían salvado. Sobrevivió y se convirtió en una recia yegua zaina, que concibió y alumbró a cinco hijas, pero a ningún heredero varón.

Se apreciaba el gélido fluir del muaré de Tertia sobre la moqueta mientras se alejaba de su madre, como una barcaza de la nave capitana. Cuánto tiempo había costado preparar esta versión de Tertia Drage para la velada: el cabello acicalado y el moldeado vestido en plata, la axila suave, el

collar reluciente y los zapatitos puntiagudos; el esmalte a juego en las uñas de las manos y oculto en las de los pies. Sin embargo, Tertia se mostraba indiferente, desdeñosa, como si la hubieran engalanado con esas fruslerías y gasas bastante en contra de sus inclinaciones. Contra toda evidencia, casi se podía creer en su neutralidad. Tertia se había disociado de la debilidad humana: cuando tocaba su propio vestido, casi con burla, la vida normal de los demás parecía una conmoción.

Sin embargo, Tertia había empezado la velada con una aplastante derrota.

–Echa a perder cualquier cena a la que asiste –dijo su madre.

Con cariño y orgullo. Aplastando un voluminoso sofá azul, lady Drage se convirtió entonces en una criatura demasiado pesada para su elemento, en un cormorán sobre las olas. Un invitado que había traído a la celebración ocupó su lugar junto a la chimenea, donde las pavesas saltaban por detrás de él. Un hombre alto, de tez rojiza y unos cuarenta años, que se aclaraba la garganta con seguridad pero hablaba poco. Llevaba un sello de oro puro, tan terso como un nudillo, y una corbata de la Brigada de Guardias.

Hablar un poco sobre costes e impuestos era una formalidad con la que ahora había que iniciar esa clase de veladas.

–¿Los ingleses siempre hablan de dinero? –le preguntó Caro a Ted Tice.

–Sobre todo los ricos.

El señor Collins, de Kenia, que estaba sentado en una silla de cuero, se sabía un chiste sobre Australia, que él pronunciaba Orstrilia; según dijo era de la última guerra y tenía lugar en Tobruk, aunque en realidad se remontaba a la Primera Guerra Mundial y la campaña de los Dardanelos. Era

el de la enfermera australiana que, por las diferencias de pronunciación con los ingleses, confunde *to die* con *today* cuando un enfermo herido le pregunta si lo han llevado allí a morirse.

Ese era el chiste. Caroline y Grace Bell ya lo conocían: se lo contaban a menudo al presentarlas. Ted Tice no lo había oído nunca. En su ojo arañado y también en el otro, el que no tenía ningún defecto, asomaron unas lágrimas.

La señora Charmian Thrale se tocaba con suavidad el collar de perlas. Su cuello, más blanco que las perlas, parecía que no había visto nunca la luz.

(En 1916, durante la batalla del Somme, Charmian Playfair, auxiliar de enfermería voluntaria, fue destinada al servicio de ambulancias en la estación Victoria de Londres, adonde llegaban los heridos en trenes hospital. La ambulancia cargada regresaba trabajosamente por calles oscuras llevando varios niveles de hombres envueltos en mantas que, desde el aséptico anonimato de los periódicos –«los heridos»– se encarnaban de repente en dolientes, silenciosos o valerosos habitantes de una carne rasgada, con nombre propio. Encerrada con esos espectros en una bamboleante penumbra, una muchacha de diecinueve años se llevó la mano a su suave cuello. Pero se movía como podía, para dar agua o responder a preguntas, entre las mantas grises y las vendas, rojas, polvorientas o ennegrecidas. Había un muchacho de su edad ante cuyo susurro tuvo que agacharse, y sus rostros casi llegaron a tocarse.

–Mucho frío. Frío. Tengo los pies muy fríos –dijo.

–Ya me ocupo yo de eso –respondió la muchacha, de manera casi competente; se giró para ajustar la manta y descubrió que el muchacho no tenía pies.)

En torno a la señora Charmian Thrale estas impresiones

discurrían de forma más ritual que confusa: allí estaban las chicas, tan obsesionadas con el amor como con los vestidos; los hombres con sus declaraciones grandes y pequeñas, y las mujeres, hechas enteramente de sumisión o dominio; la esperanza y el recuerdo producían un desequilibrio, una feroz maraña histórica. Todo eso convergía en un flujo temporal que solo podría describir y conjugar alguna gramática divina, algún aoristo desconocido.

La señora Thrale desplazó unas rosas para hacer sitio para un cenicero. Con la espalda no tocaba el sofá.

–En Kenia no, por desgracia no –estaba diciendo la *mére* zaina de Tertia–, pero por supuesto estábamos en Egipto cuando estaba mi marido: muy pintoresco, hay que reconocerlo, cómo lo vamos a negar, Luxor, Karnak, pero con mendigos, qué le vamos a hacer. En realidad, nadie es más bondadoso –mi familia siempre me dice que en extremo–, pero eso no sería amabilidad, sino más bien algo peligroso. ¿No te parece, Guy?

Su marido dio mecánicamente su aprobación. Estaba sentado entre dos mujeres, como una pieza combada por falta de uso. Hacía tiempo que había incorporado ideas que nunca refutaba: su perjura aquiescencia se apreciaba en el apergaminado interior de los labios y la barbilla.

–En Egipto ella lo pasó mal por el sol. –Dijo, sin embargo, como el que se despierta con un sobresalto. Y miró a su alrededor, aunque no atentamente–. Pigmentación, esa es la palabra. Sus padres fueron unos insensatos, de niña la obligaban a estar al aire libre, eso le hizo mucho daño.

El reproche se hacía eco de una época en la que había imaginado que su esposa, precisamente ella, necesitaba de su protección. Sin embargo, entre el fuego y el hielo, ella había sobrevivido.

El perro soñador, Grasper, se sacudía junto a la chimenea, donde el hombre alto de la corbata de la Brigada seguía impasible, encendiéndose un cigarrillo. Lo habían presentado como capitán Cartledge.

Los jóvenes se habían ido desplazando hacia el otro extremo del salón, donde se habían congregado, todos de pie. Sus mayores sonreían al verlos: por lo menos había alguien que se lo pasaba bien; algo que se esperaba que pudiera contrarrestar su propio aburrimiento. Una galaxia de jóvenes encantadoras y Paul, un joven deseable.

Caroline Bell no parecía del todo joven, ya que mostraba su nueva belleza como si fuera de otra generación.

Era una grosería por parte de Ted Tice quedarse ahí plantado. En cierto modo, las dos partes habían acordado que Ted no debía formar parte de ellos.

–Como es habitual en mí –dijo Tertia Drage–, perdí las llaves del coche. –Como es habitual en mí, diría, o con mi inimitable actitud, es muy propio de mí, para dar a entender distinción, fama incluso. Si Tertia lo hacía, debía de ser importante.

Ted seguía taciturno, era menos que nadie, pero se impuso. Mientras que Tertia, más que nadie, había sufrido una derrota esa noche y podía volverla a sufrir.

A pesar de la inquietud de última hora que había sentido Sefton Thrale con los martillazos, Ted había arreglado la mesa a tiempo. La mantelería, la plata y las flores quedaron en su sitio, las velas también, y la mesa quedó tan solemne como un dignatario en una capilla ardiente. Con su elaborada discreción, la mesa era la señal que todos esperaban, el escenario de sus actos.

–Supongo que eres un prodigio de la carpintería, de esas cosas –le dijo Tertia a Ted.

–Así es.

–Qué suerte. Supongo que viene de familia.

–Así era en la Sagrada Familia –esta fue Caro. Y el hombre con la corbata de la Brigada los miró desde el extremo anciano del salón.

–Santa Caro, patrona de los carpinteros –dijo Paul sonriendo.

Estaba de su parte, que no era la misma que la de Ted Tice, ni siquiera la del propio Paul. Quizá Ted hubiera elegido no tener a nadie esa noche, quizá prefiriera quedarse solo. Ni siquiera tenía la culpa de estar demostrando que juzgaba. Se habían colocado de tal manera que Paul y Tertia, los prometidos, estaban frente a los demás, pero al hablar Paul a veces se cruzaba hasta llegar a Caro. No se podía decir que esto fuera valiente, aunque sí conllevaba cierto riesgo.

–Todos vosotros juntos en una casa –dijo Tertia entonces, como si esta fuera una actitud absurda–. Como náufragos en una isla.

–O en una casa de campo –apuntó Grace– donde se ha cometido un asesinato y toda la gente fina es sospechosa.

Estaba claro que Grace nunca podría ser sospechosa. Ted Tice se quedó callado. Al descartar a Grace los demás parecían más capaces de un acto violento. Grace estaba al margen, no solo por su bondad, sino por haber fijado ya sus afectos. La habían reclamado y parecía uno de ellos por última vez y de manera incompleta. Grace ya había tenido declaraciones públicas y revelaciones secretas, y cartas de Ottawa que comenzaban con un «Querida mía». Para algunos, Grace había alcanzado la excelencia.

Esas condiciones ahora se podrían haber aplicado igualmente a Tertia, pero no era así, aunque ningún matrimonio podía parecer más inevitable que el suyo. Era

asombroso que Tertia nunca hubiera demostrado públicamente que Paul era suyo tocándolo o mediante otras pequeñas manifestaciones de propiedad que los amantes utilizan para mostrarse complacientes o inseguros. En esta noche de su compromiso, Tertia se abstuvo de vincularse en modo alguno a Paul y, de pie a su lado, trasmitió un desapego especialmente arisco a través del que tendría que haber sido el perfil más cariñoso de su cuerpo. Tenía algo del desdén que mostraba por su indumentaria, tan cuidadosamente elegida.

–¿De dónde has sacado ese vestido? –le preguntó en ese momento Paul a Caro, de sopetón y se diría que sin halagar.

Fue entonces cuando se les acercó el capitán Cartledge; dejando claro, al apartarse bruscamente de la chimenea y cruzar el salón, que había estado esperando la oportunidad. En realidad, a quien se acercó fue a Caro, ya que inmediatamente dijo:

–Sí, el vestido es precioso –desvelando así, con su cumplido, el halago que Paul no había llegado a decir.

El capitán Cartledge, que era jinete, había ido a caballo hasta el castillo desde la cercana casa de un amigo, sin expectativa de quedarse. De ahí, según explicó, la ropa y la corbata indebidas. Tenía la tez, ligeramente palmeada, de quienes viven al aire libre y beben a cubierto, y era un hombre de altura, apuesto, quizá cruel. Había audacia, una cierta pureza, en su forma de caminar hacia Caro con la palabra «precioso», que atravesó las fintas y envidias juveniles con una única pincelada de experiencia, haciendo que hasta Paul Ivory pareciera inmaduro.

En su catafracta plateada, Tertia no podía estar contenta. Tampoco Ted Tice, aunque habría hecho falta algo más que aversión para unirlos. Tertia intercambió con Cartledge el mismo gesto de reconocimiento añejo que le ofrecía a Paul. Y

Ted Tice comprendió que esos dos, quizá ese mismo día, habían sido amantes.

En el otro extremo del salón los tres viejos hablaban de achaques; comentando síntomas en voz baja, como los muchachos podrían hablar de la lujuria.

En la mesa, el capitán Cartledge se sentó junto a Caro. La caoba resplandecía como el mármol, las flores brillaban como cristal o plata; todo era distinto a su propia y lustrosa condición, y la mesa ya no era un catafalco. Era inconcebible que detrás de las cortinas color cobre la oscuridad envolviera como un manto el paisaje rural.

–Entonces, ¿habéis estado haciendo examen de conciencia? –Era el capitán Cartledge, preguntando por la intimidad a la que pueden llegar los jóvenes cuando se reúnen en una casa.

Caro dijo que el examen de conciencia ya había acabado. Mañana Ted Tice se marcharía a Edimburgo; a partir del jueves Paul Ivory pasaría unos días en Londres, y ese mismo día Grace elegiría, en Winchester, la tela de su vestido de boda. Los fue señalando en torno a la mesa como si fueran extraños; mientras Tertia, enfrente, se acababa el plato con su desdén habitual.

–¿Y tú? –como si los demás fueran irrelevantes.

–¿Yo? –Haciendo saber que ella también elegía ser irrelevante, para él–. Yo me voy un par de días a ver el círculo de Avebury. –Explicó que Ted Tice le había dejado escritos los transbordos de los trenes del jueves.

–El monumento prehistórico –dijo el capitán, mientras la mesa escuchaba sin saber por qué–. Es prehistórico –repitió, como si esto lo acotara con precisión. Y, como había hecho maniobras en la llanura de Salisbury, se puso inmediatamente a hablar de Stonehenge.

De repente, Paul Ivory habló desde su sitio en la mesa y levantó la mirada hacia la de Caro con esa leve sonrisa irónica que la gente esboza para disculparse por recordar poesía o prosa.

–¿El templo pagano, quieres decir?

–Sí. Más viejo que el tiempo; más viejo que los D'Urberville –contestó Caro sin sonreír, con una respuesta tan lenta como instantánea.

–La mayor de las Bell tiene cuello de hombre –dijo Tertia al meterse en el coche.

La madre de Tertia estaba pensando que las clases medias limpiaban demasiado la plata.

11

CUANDO PAUL PASÓ EN COCHE DELANTE DE LA ESTACIÓN y accedió a la carretera principal, Caro no dijo nada. Después de haberse preparado para un esfuerzo de persuasión, Paul se tomó su tiempo antes de afrontar las nuevas circunstancias. En esos momentos la inmovilidad de la joven era tal que creaba, paradójicamente, una alteración física.

–¿Ya sabías que no iba a Londres?

Ella asintió.

–¿Que no te iba a dejar delante del tren? –Por nada del mundo habría cambiado la intriga generada por las cortas muestras de asentimiento de Caro–. Y sabías por qué. ¿Cuándo te diste cuenta de estas cosas?

–La noche de la cena.

–Entonces, ¿siempre lo supiste?

–No tengo experiencia –contestó ella.

–Algo que tenemos que solucionar.

Paul estaba creando una conversación que podría haber tenido con Tertia. Caro se preguntaba si esto es lo que hacía con las mujeres: hacerlas hablar así, con esa voz, con dobles sentidos que disminuían el significado, estirando entre el hombre y la mujer el cable de alta tensión hasta convertirlo en un antagonismo tirante y sin sentido. Las bromas de Paul proporcionaban la sensación sobrenatural de no estar oyendo su verdadera voz y de que quizá ni siquiera existiera.

–Mejor que no hablemos así –dijo Caro.

–Yo hablo así.

–Quizá quieras cambiar. –Seguro que ese era precisamente su objetivo.

–Nunca sonarás como Tertia, si es eso a lo que te refieres. –Ella esperó, temiendo la deslealtad o la lealtad de Paul. Él continuó–: Ni tampoco te parecerás a ella. Ya te habrás fijado en sus ojos. –Detuvo prácticamente el coche en la carretera vacía–. Mírame. –El momento los llevó más lejos, como si se hubiera producido una conversación importante o algún daño. Paul no la había tocado aún y la certeza de que lo haría otorgó al habla una finalidad: las últimas palabras que dirían sin pasión–. Cuando las mujeres tienen esos ojos suele ser imposible saber si están llorando. –Puede que Paul estuviera acostumbrado a la posibilidad de que las mujeres lloraran–. Sin embargo, en el caso de Tertia, uno puede estar seguro.

–A Tertia la has elegido tú.

–No estoy aquí para justificarme. –En esta afirmación ya estaba presente la rápida, autoritaria petulancia de aquellos que son objeto de loas: Paul se remitía ya a su fama futura. Sin embargo, continuó como si nada–: Era exactamente la misma a los quince años, la primera vez que la vi, la persona con menos sensibilidad física que yo había visto.

–¿Eso tiene algún atractivo?

–No vamos a pensar en Tertia por el momento. –Giraron donde había una señal, dejando de pensar en Tertia–. Vamos hacia Avebury, si esa sigue siendo tu intención.

–Sí, quiero verlo. –Quería ver Avebury porque Ted Tice se lo había descrito. Inclinó la cabeza hacia el aire de la ventana, dejando de pensar en Ted.

Avanzaron por una campiña sorprendente, como un delta o una costa conquistada al mar, estrecha y sin apenas

pendiente, bajo un cielo de elevadas y densas nubes.

–En este momento no parece Inglaterra –dijo Caro–. Es más como el centro de los Estados Unidos.

–Me gustaría vivir durante un tiempo en los Estados Unidos, y utilizarlos como sus escritores nos han utilizado a nosotros. Los escritores ingleses no se apañan con el habla estadounidense, se limitan a escribir con sus propios prejuicios. De todas formas, los ingleses no tienen nada de oído para ninguna forma de hablar que no sea la suya, y respecto a los estadounidenses aquí todos estamos sordos como tapias; sordos para cualquier cosa que no sea un horrible turista facilón. Por eso en Inglaterra a los estadounidenses elocuentes les dicen que no saben hablar como los estadounidenses: porque le quitan la gracia al asunto.

No podría haber encontrado mejor manera de llegar a ella que hablando claro. Y, como la franqueza absoluta de Paul Ivory presentaba posibilidades infinitas, puede que esto fuera precisamente lo que tuviera pensado. Para Paul, la sinceridad era algo a lo que se recurría cuando fallaban otros métodos.

–En Inglaterra hay mucha gente –dijo– que se pasa el tiempo reuniendo pruebas negativas de casi cualquier cosa. El viejo Thrale es un ejemplo típico.

Esto era más inesperado que su traición a Tertia, porque Paul no solo estaba rechazando la adulación del profesor, sino su propia actitud de ganador. También era asombroso que este rechazo convirtiera los halagos de Sefton Thrale en algo penoso.

–¿Qué significa esto? ¿Que los detestas a todos? –Se refería a Tertia, a Thrale. Pero él entendió que se refería a la nación, o quiso entenderlo así, porque era más presentable ir en contra de la fe pública que de una fe privada.

–Aborrezco la desnutrición de este país, el sentimiento de agravio, la tendencia a la censura, la renuencia a intentar otras cosas. Llevar lo más negativo hasta el fondo.

En ese momento, el rostro de Paul expresaba tanto aborrecimiento como amor el de Caro; sin embargo, esas eran las pasiones que los dominaban. El coche, una cápsula veloz que daba forma a sus energías, mantenía su ritmo constante.

–Sabes que mi padre –dijo Paul– fue prisionero de guerra en un campo japonés. –Al dar por hecho que Caro sabía tal cosa, Paul Ivory se olvidaba de que el padre de ella había muerto ahogado–. Cuando regresó en 1945 llevaba consigo un bote de extracto de carne, noventa gramos de Marmite con la tapa oxidada y sin etiqueta, que tenía al entrar en prisión y que no tocó durante cuatro años. Los prisioneros tienen sus talismanes, por supuesto, pero esto podría haber salvado alguna vida durante unos días o haber mantenido a un fugitivo durante una semana. Sin embargo, había pesado más la estúpida farsa de conservarlo, en realidad de ocultarlo. Bueno, es el horror de Inglaterra en estado puro.

Un niño los saludó en un cruce. Paul también saludó.

–Al día siguiente de regresar a casa sacó su bote de Marmite con la tapa oxidada. La plantó sobre la mesa del comedor y nos dijo con su voz de ultratumba que durante los tres años y no sé cuantos meses de hambre en el campo nadie la había tocado y que lo había acompañado en todas las comidas. Por supuesto, no fue grandilocuente, la brusquedad formaba parte de un vacío mayor. Fue uno de esos momentos en los que no puedes estar a la altura de las circunstancias porque no aceptas las reglas. Yo no podía soportar esa devoción a la Marmite, el silencio reverencial y de desconcierto en torno a la mesa. Y le dije: «Entonces le ha llegado la hora, porque bien sabe Dios que aquí también

tenemos bastante hambre». Y desenrosqué la maldita tapa y hundí en ese mismo instante la cuchara en el bote, para desacralizar el culto a la Marmite antes de que se apropiara también de mí y me embalsamara.

Entraron en un carril en el que las ramas de los árboles formaban un espesa cortina colgante.

–Bueno –dijo Paul–, di algo. ¿O también se te ha quedado cara de esa asquerosa Marmite?

–Me parece que tu historia es brutal y edípica, si es que eso me pone cara de Marmite –dijo Caro reuniendo verdaderamente valor para afrontar un gran riesgo–. ¿Por qué te tienes que burlar de la resistencia de los demás o de su forma de sobrevivir? ¿Tú, que nunca has estado ante la muerte y ni siquiera en peligro?

Paul levantó las manos del volante como muestra de impotencia. Pero cuando salieron de la cortina de árboles dijo:

–Podría añadir que sabía fatal. Estoy vivo de milagro. –Y los dos se rieron, alegres de olvidarse de todo lo relacionado con el padre de Paul.

Cuando el padre de Paul Ivory, un joven oficial, se hizo objetor de conciencia en las trincheras a finales de 1917 ya había publicado un libro de poemas que, según su desvaída portada en rústica, asombró por su lírica precocidad: asombró, cabe suponer, porque a los diecinueve años se consideraba que tenía edad suficiente para abandonar el mundo pero no para tener ideas sobre él. Después de un consejo de guerra y de dos años de arresto, incluida una estancia forzosa en un sanatorio mental, escribió una segunda colección de poemas, del mismo tono y también de tema pastoral. Y esto fue, desde el punto de vista público, su

perdición. El lirismo había desaparecido con la guerra; la paz había traído belicosidad. Que un subalterno sentenciado rindiera homenaje, bajo el fuego, a las glorias de su Derbyshire natal era conmovedor y loable; que, después de haber pasado experiencias inenarrables, violentas y polémicas, un superviviente adulto en ropa de civil siguiera con los mismos paseos y actividades campestres era absurdo. Se consideraba que Rex Ivory no tenía presente ni la época en la que vivía ni sus propias oportunidades; que no era consciente, y esto era todavía más difícil de entender, consciente de por dónde iban los nuevos movimientos de la crítica contemporánea. Y su segundo libro, como varias colecciones posteriores, fue recibido con un seco desprecio.

Poco después se casó con una muchacha adinerada y mandona, engendró dos hijos varones y desapareció en Derbyshire, parecía que definitivamente: de vez en cuando su nombre daba pábulo a una nota a pie de página condescendiente o a una bromita obvia para los expertos en cuestiones literarias del período de entreguerras.

Al alistarse o más bien realistarse en el ejército en 1939 –una paradoja que solo él percibió–, lo destinaron a Malasia, donde en su momento fue capturado por los conquistadores japoneses. En prisión en Singapur compartió choza con un estadístico, un oficial larguirucho de la 18.ª División, con el que también se dividía la tarea diaria de cavar tumbas para los compañeros derribados por la malaria, el dengue, la disentería, el beriberi, la gangrena y la malnutrición causada por la exclusiva ingesta de arroz. La radio clandestina mantenía a los cautivos esporádicamente en contacto con otras prisiones similares de Oriente, y fue así como el alto estadístico, el compañero de Ivory, fue confeccionando diligentemente listas de supervivientes, desaparecidos y

muertos; manteniendo un registro cifrado que por la noche enterraba y enseñaba a Rex Ivory, su cómplice.

Al tercer año, el estadístico cavó una última y más larga tumba, y legó el archivo y su mantenimiento a Rex Ivory. Al cuarto año, cuando una flota liberadora británica llegó a Singapur, los registros se desenterraron por fin, y al espantajo que era el capitán Ivory, la única persona capacitada para descifrarlos, le ordenaron que se embarcara rápidamente rumbo a Colombo. En un destrozado muelle de Singapur, su llegada a bordo en harapos fue saludada con un silbato, mientras la tripulación del buque se ponía firme en cubierta. Los rollos en clave doblados en su brazo desnutrido y escuálido eran el único testimonio coherente de la muerte de un ejército británico.

Una vez vestido y alimentado, a Ivory lo mandaron abajo, con el pagador.

–El desembolso solo se realizará a la entrega del recibo de la nómina anterior.

–Me hicieron prisionero en Johore a las 15 horas de la tarde del 8 de febrero de 1942 y he estado en el campo de Changi hasta esta mañana.

El pagador abandonó su escritorio de metal y utilizando una combinación abrió un candado que cerraba una puerta doble. En el mamparo se vio una caja fuerte encastrada, totalmente llena de paquetes de billetes de banco ordenados según infinitos colores, como ladrillos en una fachada color pastel.

–Sírvase usted mismo.

Desde Colombo, Rex Ivory voló hasta Inglaterra, donde, después de presentarse en la Oficina de Guerra como le habían ordenado, se dispuso a tomar el tren de la noche a Derbyshire, el único que había en aquel momento. Para

entonces, su familia ya conocía su resurrección. Como si fuera un viajero corriente que vuelve a casa, prefirió no llegar con las manos vacías y en la estación de Londres intentó comprar una minúscula caja de bombones desteñidos que se exponían solos en un cajón.

–Los cupones. Los cupones, por favor –dijo la chica.

Alargaba las oes y no era nada joven, más bien una mujer adusta y canosa, porque todas las jóvenes se habían ido a la guerra.

–¿Qué cupones? –Ella lo miró con descaro. Sus dedos nerviosos retuvieron la minúscula caja mientras lo miraba fijamente, con más detenimiento.

–¿Dónde demonios ha estado usted?

–He estado en una cárcel japonesa. Tres años y siete meses.

–De esta pierdo el trabajo. –Le puso la caja en las manos.

Estos episodios no revelados, el del pagador y el de los bombones, fueron los momentos culminantes del regreso de Rex Ivory, aunque su historia no tardó en ser uno de los titulares de la victoria, porque los periódicos se apropiaron de ella y él se convirtió en «el poeta Rex Ivory» en textos en los que el artículo indefinido había bastado para referirse a él, si es que lo mencionaban. Se publicó una selección de *Poemas selectos* en papel jaspeado de guerra, y ya no hubo más ingeniosidades sobre torres de marfil a cuenta de su apellido. Ivory leyó que había acertado al rechazar la Primera Guerra Mundial y que había sido clarividente al avalar la Segunda, y reflexionó sobre la nueva idea de que había mostrado sagacidad. La BBC llevó equipo eléctrico a la zona de los Dukeries en una furgoneta y una cámara siguió al conocido y clarividente poeta Rex Ivory mientras se alejaba entre floridos arriates con un par de Sealyham terriers prestados por un vecino. A pesar de su improvisada analogía entre el sanatorio

psiquiátrico británico y el campo japonés, la entrevista fue un éxito, porque, cuando la gente se ha decidido a admirar, por nada del mundo está dispuesta a admitir su aburrimiento.

La esposa de Ivory estaba asombrada y absolutamente encantada. Encantada de asombrar a las debidas personas de relevancia con una distinción que hasta entonces ni ellas ni ella esperaban. Para sacarle provecho social a la sorpresa compró una casa en Londres poco después de la guerra, cuando los precios llegaron al nivel más bajo de su historia. Y Rex Ivory se quedó en Derbyshire, un filón de autenticidad prácticamente invisible.

Había otra cosa. En su reclusión selvática Rex Ivory había escrito, como antes, poemas que memorizó allí, ya que cualquier trozo de papel se conservaba para las listas de bajas en lenguaje cifrado. Un eminente editor se mostró dispuesto a sacrificar una parte del papel acaparado en la posguerra para publicar el esperado volumen. Nada de esto era impredecible. Lo que no se esperaba era que, al trascribirse los versos del campo de la muerte malayo, se comprobara que rendían homenaje, de manera exclusiva e inexorable, a los manantiales y setos de Derbyshire.

Para entonces ya habían surgido otros héroes y manuscritos. El interés público en Rex Ivory iba menguando, la escasez de papel se acentuaba. Durante una reunión de alto nivel celebrada en una húmeda mañana de sábado en la editorial se tuvo la sensación de que ciertos poemas –en concreto uno sobre una avefría– suscitaban el escarnio crítico. Aprovechando una cláusula sobre imponderables, los editores rescindieron el contrato. Y *El campo a medio cosechar* apareció, al igual que volúmenes anteriores, en una ignota editorial y sufragado por el autor.

Los dos hijos varones de Ivory ya estaban bastante crecidos,

gracias a su asistencia a los colegios apropiados, a haber cantado los himnos apropiados y haber tomado las opciones adecuadas.

«Muy bien», dijo Ivory cuando su esposa le contó la dirección que habían tomado los chicos durante sus años en el extranjero. «Ah. Muy bien.» No había razón para pensar que ahí pudiera haber alguna ironía. Gavin, el hijo mayor, iba a entrar en la banca de negocios. Bien, otra vez. El menor, Paul, seguía en la universidad. Al haber nacido cuando debían, se habían librado por los pelos de la guerra. En su familia, Rex Ivory, habiendo perdido familiaridad, era una persona desconsolada. La familia no tenía ni idea de cómo compensarle la pérdida, pero sí cumpliría haciéndole compañía –al principio todos juntos, luego por turnos–, hasta que Rex se acostumbró a su confinamiento. Por lo menos eso había que reconocérselo: se lo había ganado con su interesante y provechoso comportamiento en el campo.

Su gran esperanza era que lo adoptaran en los Estados Unidos. De Texas habían escrito interesándose por sus papeles y de Ann Arbor le enviaron un cuestionario sobre su forma de trabajar. Además, lo había estado interrogando un profesor visitante llamado Wadding, que iba camino de Escocia para averiguar la identidad de la *Segadora solitaria* de Wordsworth y la letra de su canción. (Posteriormente se publicó un ensayo sobre esas investigaciones en una revista académica, con el título: «¿Es que nadie me va a decir lo que canta?») La esposa de Ivory tenía la sensación de que ese interés estadounidense, que había decaído, podía estimularse.

Rex Ivory no le ponía pegas a nada. Pero tampoco se podía decir que fuera pasivo

–A menos que sea resistencia pasiva –le dijo Paul a su madre.

–Tu padre nunca ha sido comunicativo.

Cuando Ivory lucía el peso requerido y un traje de civil, su esposa y sus hijos ya habían escalado posiciones hasta llegar a la ciudad. Ivory recibía visitas de unos pocos viejos amigos que en su día habían compartido con él tanto notas a pie de página como el artículo indefinido. Como no había gasolina, un amigo, que había testificado a su favor en el consejo de guerra de 1917, recorría una larga distancia en bicicleta; otro llegaba a caballo bajo la lluvia, con una boina de velvetón. Tampoco había combustible para calefacción y Ivory siempre tenía frío. Esto sí que lo mencionaba. Se decía –por supuesto sin atribuirle culpa alguna– que se le debía haber licuado la sangre en la selva. Había veces en las que su mujer estaba a punto de decirle: «Rex, cariño, todos tenemos frío».

Cuando su padre se estaba muriendo, Paul llegó de Oxford después de tres cambios de tren. Tumbado prácticamente en silencio, soportando que le hicieran esto o lo otro, observando con su muda mezcla de desapego y atención, Rex Ivory parecía estar casi como siempre; como si ya hiciera tiempo que morirse fuera algo familiar para él. Paul se sentó junto a la cama –habían vuelto a turnarse junto a él– y se dio cuenta de que nunca le importaría lo suficiente comprender el misterio de su padre. Había algo oculto, pero no suscitaba interés. Si algún día el supuesto biógrafo estadounidense lo explicaba, para Paul sería una derrota, un estafa incluso, como buscar la solución de un rompecabezas exasperante.

¿Todavía no has visto la muerte, Dickie? Pues ya ha llegado el momento.

Hasta ese momento Paul no le había oído a su padre decir esas palabras, pero las conocía por citas y, en contra de lo que pensaba su madre, no es que en el lecho de muerte se hubiera

confundido de nombre. Era un verso de una balada de un poeta imperial sobre un viejo aventurero que ha visto mundo y que está dando su último suspiro en presencia del gallina de su hijo. Paul no se sentía culpable y, a pesar de los indicios, ni siquiera estaba seguro de que su padre hubiera visto mundo: a Rex Ivory se le habían impuesto unas circunstancias que poco se podían calificar de aventuras. Siempre había habido una falta de iniciativa: si se examinaba, hasta el pacifismo en las trincheras podía convertirse en abnegación y retraimiento. El esfuerzo, enorme y callado, se había agotado en la renuncia, como si la existencia humana fuera un gigantesco bote de Marmite.

Así es como se marchitó el poeta Rex Ivory, evaluado por su hijo menor; y a una edad no muy avanzada se consumió de pena y murió.

12

UNA CARRETERA ESTRECHA Y LLANA colocó de repente a Paul y Caro, en la flor de su juventud, en medio de los megalitos. Paul detuvo el coche. Caro quitó el seguro a la puerta y miró con atención. En curvos caminos de hierba unas piedras imponentes se alzaban inexpresivas. Inglaterra se había abierto en canal para revelar otra tierra, hecha de esencias.

Las pequeñas estelas del camposanto –del tamaño de los niños, afables– entre las cuales habían deambulado en su día Caro y Paul se habían convertido, al contraponerse con estas enormes y poderosas formas, en efímeros pasquines divulgadores de una causa olvidada. En comparación con esta escena, el resto de la creación parecía un revuelo de pétalos y guijarros, una levedad en la que el árbol más formidable era insignificante. La propia y encantadora aldea, situada poco después de los monolitos más alejados, evocaba, con sus pocos siglos de paja y pizarra, un frágil enmascaramiento de la realidad. Tampoco es que los oscuros peñascos proporcionaran, con su supervivencia, sensación alguna de triunfante longevidad a las intenciones humanas. No podía haber aquí ganancia alguna, ni siquiera importancia. Contra estas rocas habría que lanzar alguna razón mayor que la mera existencia: frente a su indiferencia, lo que contaba era la propia mortalidad, la capacidad misma para sufrir una herida.

(En una época anterior, Ted Tice había dicho de otro

paisaje: «Allí necesitabas toda tu convicción para creerte que tú mismo existías».)

La ordenada colocación de los *sarsen* era más inevitable que la naturaleza: por lo menos con esta existía la posibilidad de lo involuntario. Los huecos en las hileras, con peñascos caídos y sin levantar, parecían torvamente ordenados, tan obscenos como la sonrisa mellada de un tirano.

Había piedras redondeadas, otras columnares. Ese era su estado natural, sin desbastar, sin labrar.

–Varón y hembra los creó. Hasta estas piedras –dijo Paul Ivory.

La presencia de Paul proporcionaba una especie de salvación, al insinuar que la propensión del ser humano al amor, que nunca podría contradecir al círculo de Avebury, sí podría hacerle parecer incompleto. Consciente de esta ventaja, Paul aguardó el momento en que el silencio de Caro volviera, redoblado, desde el lugar hacia él. Estaba tranquilo, con el deseo bajo control y con esa curiosidad que forma parte del deseo. Y, sin embargo, él y ella se habían limitado a conjeturar sobre la esencia del otro, y la muestra de autosuficiencia de Caro le había concedido cierto poder sobre él; un poder que solo podría invalidar un acto de posesión.

La incertidumbre preliminar podía ser un estímulo, si el resultado estaba garantizado.

A Caro también la rodeaba un maravilloso peligro, no solo derivado de las circunstancias, sino de su negativa a manipularlas. El peligro y la atracción eran lo mismo. Estaban además su cuerpo joven y resistente, sus brazos y su cuello vigorosos, y su aversión al contacto físico. Más allá del placer de plantar cara a sus propias circunstancias, Paul iba tras otro impulso: el de profanar el orgullo o la integridad de Caroline Bell.

Llegado el momento, Caro no sería tan diferente, suponía Paul, con una despreocupación o una fanfarronería mentales inútiles incluso para él. Pensar tal cosa no era más que una forma de herirse.

Sabía que ella se volvería hacia él deseosa de contacto humano: en comparación con el sobrenatural conjunto de monumentos, Paul Ivory sería un solaz. Y cuando por fin se volvió hacia él, Paul repitió: «Mírame», y con infinita naturalidad la acercó a él y le besó el cuello, la mejilla y la boca. Se produjo una descarga de afinidad no del todo risible. Al tensarse su cuerpo, Caro se acercó tanto como se apartó del de Paul; su respiración se meció en los brazos, en la lengua de él. Si Paul hubiera querido, en esos momentos habría podido detectar cómo cambiaba ella definitivamente; habría podido constatar una crisis en la que las mujeres entregan su fuerza, como la confianza, a los hombres; de buen grado, pero no de manera incondicional.

Por detrás de la cabeza ladeada de la muchacha Paul Ivory vio a dos o tres personas moviéndose entre los peñascos y a un perro saltando detrás del palo que le lanzaban. Pero esa escena en colores quedó congelada, suspendida, incapaz de seguirle el ritmo al torrente vital de Caro y Paul.

La cartera de lona de Caro se escurrió por la puerta abierta del coche y cayó en un pequeño hoyo en la hierba. Lo sintió caer con una absurda irrevocabilidad, como si fuera una valiosa posesión que desaparece en el mar abierto. En el constreñido espacio del coche, los brazos, los hombros y los pechos congeniaban a la perfección. Una y otra vez, el perro saltaba para alcanzar el palo a lo lejos. A la sombra de una celinda, un hombre con gorra había colocado una silla de camping y un caballete, y elegía colores. Puede que esos observadores pensaran que eran una pareja de amantes en un

coche aparcado.

A Paul no se le había ocurrido que la influencia de Caro pudiera aumentar cuando se sometiera. O que mantuviera su inteligencia. Cuando reclinó la cabeza para mirarlo, Paul fue consciente de que el juicio de Caro se mantenía como un pulso, aun constituyendo la parte más tierna, aunque menos mágica, del amor. Le puso la mano en la cara y sus dedos también temblaron, con una pequeña, compulsiva prueba de autenticidad vital.

–Qué hermosa –le dijo, ahora que había aprendido esta nueva y quijotesca palabra. Siguió el perfil de la boca de Caro con el dedo, y esos labios sonrieron al tocarlos. Preguntó–: ¿Caminamos un poco?

Salieron del coche. Caro recogió su cartera de lona. La breve falta de contacto constituyó una clara división antes del reencuentro. Junto a la carretera, donde la hierba era tan fina como el musgo, la tierra contenía residuos calizos, trozos de cerámica y huesos humanos. Paul caminaba con el brazo alrededor de la cintura de Caro, a la que ahora no dejaba de llamar por su nombre: dos sílabas como muestras de cariño prohibidas, reprimidas.

Por detrás de la puerta había un cartel: «La Dirección no se hace responsable de la pérdida de objetos de valor».

–Así que no sirve de nada echarles la culpa –dijo Paul.

Encima del lavabo había otro cartel, salpicado y descolorido: «Lamentamos informar de que las habitaciones no disponen de agua caliente». Un rayo de luz tardía recortaba una esquina de cartón.

–¿Cómo es que conocías un sitio así? –Caro observaba el papel pintado de flores y una moldura de acanto llena de polvo. Por debajo de su cabeza la almohada se salía de la

sucia funda de rayas.

–Por circunstancias bastante distintas.

Caro pensó en el desierto barecillo de abajo, que olía a rancio; en una hilera de botellas cubiertas por una fina película, vasos largos empañados. En el mostrador, una empanada de ternera y jamón cocido, diseccionada, rosada y grasienta: el huevo en medio tan ostensible como en un dibujo infantil del atardecer.

–La escena del delito –dijo Caro.

–¿Qué dices?

–Estaba pensando en Avebury. Aunque el delito es irrelevante para Avebury. Allí todo lo humano es insignificante –se levantó el pelo por detrás, recolocó la cabeza en el brazo de Paul–, hasta los sacrificios humanos.

–Hoy como ayer, las cosas no han cambiado nada, pero ahora están recubiertas de hipocresía. –Paul recuperó la certeza y cierto desdén hacia un mundo en el que se salía tan fácilmente con la suya. A su lado estaba tumbada la muchacha, una parte de esa aquiescencia general. Le acarició la espesa melena–. Nunca he sufrido mucho –dijo.

Por superstición o para exorcizar algo ella le puso la mano en contacto con el revestimiento color arce del horrible armazón de la cama.

–Entonces todavía te queda algo que temer.

–Me refiero a que las situaciones trágicas o peligrosas nunca me han impresionado lo suficiente. Aunque no sé cuánto es «suficiente». –No pretendía advertirle, solo decir la verdad–. Si consigues llegar a los cincuenta sin una catástrofe, has triunfado. Has salido indemne. Quizá a mi edad haya tenido ya más buena vida de la que me pueden arrebatar.

La segunda persona del singular que utilizaba Paul era un «yo». Para él, la tercera del plural era algo indefinido. Caro no

dijo nada. En ese momento ya habría dado la vida por él, pero rechazaba su deseo de que le garantizaran, por medios aritméticos, las ventajas que tendría frente a la experiencia. «Has salido indemne», había dicho, como si la propia vida fuera un delito grave, algo sospechoso que se descubre como una mancha en la tela de cutí de una cama alquilada. Como si, a pesar de toda su autoridad, Paul fuera un fugitivo. Quizá su padre hubiera renunciado a la existencia, pero no había logrado darle el esquinazo.

Habría podido decirle: «Eso no puedes tenerlo sin catástrofes», pero se quedó callada por miedo a la pérdida, recordando que nada suscita más falsedad que el deseo de agradar o de librarse de algo.

Paul se levantó y se vistió. Desde la cama Caro observaba, tan postrada como un paciente que sale del éter, dolorido y envuelto en un remolino de lentas impresiones apenas centradas; mientras el mundo de la vigilia, personificado en Paul, seguía como si nada. En esta experiencia, la suspensión de la voluntad casi podría haberle reportado una nueva inocencia, de no haber sido algo profundamente deseado. Conllevaba una ofrenda y un daño: una breve excusa para la ilimitada ternura que, de no ser así, ningún hombre se permitiría.

En una hora había pasado de la ignorancia a la superioridad que concede lo que todo el mundo sabe.

Cuando Paul se sentó en una silla raída para ponerse los zapatos, ella se levantó por fin, se acercó a él y se arrodilló para que la abrazara.

Paul tiró de ella y la colocó entre sus rodillas. La presión de las mangas y los pantalones sobre su carne desnuda suscitó en Caroline Bell otra sensación, de la infancia, cuando su padre se inclinaba sobre su camita para levantar a esa niña apenas

vestida con sus robustos, omnipotentes brazos de sarga o franela, que olían a la ciudad y al gran mundo. Un recuerdo en concreto, extemporáneo, de su padre vestido de etiqueta de camino a alguna ceremonia, con medallas de guerra balanceándose en cintas brillantes cuando se agachaba para besar a su hija mayor. Y ella era la niña que se alzaba hacia el olor a tabaco y colonia, y hacia la oscura y masculina tirantez del traje, mientras las medallas tintineaban como monedas de poco valor.

Las transformaciones de sus veinte años no eran ni más sorprendentes ni más irreversibles que ese nuevo cambio que, en un solo día, la había llevado desde la muchacha solitaria a la mujer desnuda arrodillada a los pies de su amante en una moqueta desgastada. El abrazo, la habitación, una franja de luz en el techo, un soporte para equipajes vacío en una esquina podrían haber formado parte de una sórdida insignificancia en todo el mundo; o, como el beso o la flagelación, podrían haber sido la fuente misma del significado en el fondo silencioso de una obra maestra.

–Caro –dijo Paul–, te vas a resfriar. –Estaba vestido y presidía desde su silla, pero apenas podía soportar el renovado poder que estar arrodillada a sus pies concedía a la muchacha–. Te vas a resfriar, querida. –El cielo pálido se había subido al techo, por todas las rendijas entraban leves corrientes. Paul le retiró el pelo enmarañado para descubrir la piel blanca allí donde no había llegado el verano–. Se acabó la virginidad. –En el rabillo de los ojos a Caro se le habían formado lágrimas, pero no eran de las que caen o tienen por qué notarse.

Había una taza alta manchada de cacao, una piel de manzana ya marrón en un platillo, zapatos resistentes sin alinear en el

suelo, una camisa en una silla. A las oscuras cortinas y los adustos accesorios del cuarto no los animaban los simples desperdicios ni el olor a comida. Los libros poco ayudaban, ya que no tenían nada que ver con el cuarto: eran libros de paso. Era una fase del trabajo de Ted Tice que a él mismo le interesaba menos que la anterior y que la siguiente, y los libros lo sabían. En contra de lo habitual, aquí tenía frío, y se tumbó en la cama vestido y con los calcetines puestos. Por la noche utilizaba un grueso edredón. Era una broma de la familia: «Pero si es un septiembre estupendo para Edimburgo: ningún día por debajo de 4.º». Ted y Margaret habían gastado esa broma hasta la extenuación, como hace la gente cuando no sabe si pasar a la fase siguiente.

Toda la familia había salido a tomar el té del domingo, salvo Margaret, que se había quedado en casa para pintar o para practicar al piano.

Margaret tenía que practicar. O quizá estuviera esquivando a algún Donald o Willie: porque Margaret, hermosa y mayestática, era la presa natural de los alumnos de su padre. O tenía alguna razón, mayor que sus muchas capacidades, para quedarse en casa. El piano estaba en un cuarto de la planta baja, en la parte trasera de la casa, donde ella también pintaba. Pero en medio de la suspensión dominical se escuchaban todas las notas, e incluso las dudas al pasar las páginas, de Schumann o César Franck. Los Willies y los Duncan habrían estado dispuestos a pasarle las hojas durante horas o, si los muchachos no pasaban hojas de partituras en esta época, la habrían acompañado de día por las frías calles para tomarse una precaria chuleta en un ruidoso cuchitril de estudiantes lleno de humo. Muchos de ellos suspiraban por la amplia y blanca frente de Margaret y por su dulce boca, y estaban deseando hacer algún numerito por ella. «Es una

princesa», decía su madre, que era socialista fabiana.

Ted Tice soltó el libro que se suponía que leía y se tumbó con un brazo por debajo de la cabeza mientras el otro sujetaba una carta. El libro se desparramó en la manta de cuadros y, cuando Ted suspiró, el libro lo imitó y acabó cayéndose al suelo. Por debajo, el piano hizo una pausa para preguntar educadamente por el golpe. La pausa se prolongó. Cuando la música se reanudó lo hizo con canciones que podría haber tocado en un club nocturno algún pianista con talento y sin suerte. «Smoke Gets in Your Eyes» y todas las demás.

> Me fui a Avebury más o menos como estaba previsto. Es más un símbolo que un lugar: una expresión de lo inevitable. En una ocasión dijiste que la vida no tenía que ser creíble ni justa. Y en el círculo de Avebury lo vi bastante claro.
>
> Después, la semana pasada, pasé la noche en Londres. La entrevista fue con un hombre llamado Leadbetter y el trabajo comienza el mes próximo. Me pagan cuatro libras a la semana, si no hubiera aprobado el examen habrían sido tres. El tal Leadbetter, diminuto en su cinematográfico cubículo, iba muy acicalado. Era una especie de hombre en miniatura, un barco dentro de una botella. Nuestra conversación fue también así: una representación reducida del discurso humano. Cuando le pregunté por una de las condiciones Leadbetter me dijo que era una perfeccionista, como si eso fuera lo mismo que ser una pecadora.
>
> Por la noche fui a ver *Ricardo II.* Delante de nosotros había un tipo enorme: con el menor movimiento tapaba a media corte inglesa.

Después de «These Foolish Things» vino «My Romance». Las canciones se tocaban con un estilo y una atención excesivos. Ya no eran una diversión agradable, parecían más un exceso,

el desperdicio absoluto de algo inestimable.

> Intento imaginarte en tu limbo norteño, esperando para marcharte a Francia. Ted, no pierdas tu valioso tiempo conmigo. No hay futuro en el que crea más que en el tuyo, y no hay nadie cuya ambición me haya parecido nunca una manifestación tan evidente del bien.

«Delante de nosotros.» Ted Tice estaba tan seguro de la otra presencia que había en esa frase –y tan seguro de no querer estarlo– que perdió la capacidad para juzgar, como un hombre que observa durante demasiado tiempo algo lejano y ya no puede saber si se mueve o está quieto.

> No se trata de que pase más tiempo. No quiero decepcionarte. Te deseo lo mejor, pero soy incapaz de ofrecerte la felicidad. Si por felicidad entendemos una especie de vigorosa paz de espíritu, entonces espero, en contra de toda moral, que se te pueda conceder sin que sufras o sin que ni siquiera te esfuerces. (Puede que aquí radique, en mi caso, el vínculo entre el perfeccionismo y el pecado.)

En la planta de abajo, Margaret tocaba «I’m in the Mood for Love»; jugaba su última baza. Y Edmund Tice, en la fría habitación, con la cabeza apoyada en el brazo y la carta al lado, se entristeció por ella, tanto como por cualquiera.

13

El cuerpo de Caroline Bell no era blanco sino nutritivamente pálido, como un bollo o una barra de pan, pues tenía incluso los pequeños defectos –la diminuta marca de un lunar en el cuello o el pecho, la cicatriz en la rodilla de una caída de niña– que podrían haberse formado durante un proceso como el horneado. Cuando se apoyaba en un codo o se tumbaba con los brazos extendidos, el espacio de su tripa era acogedor, la pareada curva de los hombros iba unida a un abrazo inminente. Era algo que no se podía imaginar hasta que estaba desnuda: hasta entonces, la propia sensación estaba cubierta.

No llevaba nada más que un pequeño reloj redondo.

–Pronto estarán en casa.

Hasta Grace estaba incluida en ese plural. Hasta Peverel era esa «casa».

En la habitación de Paul Ivory, en lo alto de la casa de los Thrale, el armazón de la cama era de latón, la colcha desechada y colgante, una guirnalda de ganchillo blanco. Era la habitación del alto e incongruente ventanal, cuyos cristales de sol caían directamente en una pared desnuda. En la cama blanca, Paul y Caro se colocaron cabeza contra hombro, mejilla contra sien, muslo contra muslo, ingeniosamente.

–Pero aquí no va a subir nadie. Es domingo, yo estoy muy entregado al trabajo y tú no estás.

–¿Y dónde estoy exactamente?

–En el camino, cerca de Romsey, disfrutando de un paseo. –Paul dio una patada a un entramado de paciente ganchillo blanco–. Oh, Caro, qué suerte tenemos. –La sensación de plenitud era como una liberación: antes Paul se ahogaba y ahora respiraba con libertad. Conocía lo suficiente el placer para saber que podía convertirse en hastío o volverse reticente, pero la alegría era algo verdaderamente desconocido para él, una palabra que nunca pronunciaría fácilmente, una euforia que tenía otra imprudente nacionalidad. Esta era la razón de que la entrega total de Caro al amor, la felicidad que le producía la convirtieran en algo exótico.

–He echado la llave –dijo Paul.

Los dedos de Caro, como los de una mujer que sueña, se agarraban sin fuerza a las barras y remates de latón que tenía detrás de la cabeza. Su brazo, que a los demás les parecía fuerte, revelaba un dorso blando como el de un bebé, con estrías poco profundas en el codo. Su otra mano recorría y recorría el cabello de Paul Ivory con toda la ternura posible. Paul se imaginaba cómo estaba ocurriendo: su pelo rubio escurriéndose entre los dedos de Caro en la habitación blanca. Se dijo: En cualquier caso, esto es real. Y sentía que ella pensaba lo mismo.

Alcanzó la colcha, la llevó hasta las mejillas de Caro. Luego la fue bajando lentamente. Se rieron: el descubrimiento de un monumento. En la pared se veía la ventana de cielo azul, hojas verdes en una rama de olmo. Cruzó lentamente un anguloso y pequeño avión, como los de papel de plata que, en el período de entreguerras, podrían haber entretenido a los niños: un avión de juguete que en tiempo de paz había zumbado sobre el césped mientras un hombre con mono

activaba una hélice gritando: «CONTACTO».

Formaban parte de esa luminosidad aérea y también de la habitación bien cerrada, terrenal y doméstica.

–¿Qué habría pasado si tu hermana no hubiera ido al concierto? –Paul conocía la historia de Grace y Christian en el Albert Hall.

–Habría cambiado nuestro destino, y también el suyo.

Antes él lo había llamado suerte, ahora ella hablaba del destino. Como si le dijera: Tienes que elegir. Era la forma que tienen las mujeres de exigir decisiones, clasificaciones y pruebas, para después atribuir culpas. El juicio de Paul.

–Hasta ahora nunca me había gustado la primera hora de la tarde –dijo Caro.

En una esquina había un armario tan pesado que al verlo pensabas de inmediato en los hombres que, resoplando y deslomándose, lo habían subido por las escaleras cincuenta o sesenta años atrás. Sobre una cómoda con cajones de nogal había una fotografía borrosa con la fecha de 1915 escrita con pluma. Hasta una foto mohosa de una casita inglesa, si tenía la etiqueta de 1915, estaba mancillada y salpicada con la morena conciencia de las trincheras. Hasta en un cuarto de amor. Debajo de la fotografía estaban colocados el cepillo y el peine de Paul, una bolsa de piel de cerdo y un frasco de colonia francesa: toques rubios sobre un tapete de encaje. La correa de su abandonado reloj se alzaba en dos breves arcos, preparada para su muñeca. Esa clase de objetos solían ser tan solemnes que casi te hacían sonreír, pero las posesiones de Paul tenían la electricidad de su dueño.

–Tendríamos que estar en algún lugar al sol –dijo Paul.

–El sol está aquí.

Él pretendía que ella pensara en una playa sencilla, con palmeras o pinos italianos. Pero a ella no le convencía ese

decorado cinematográfico, que miró fijamente antes de cerrar los ojos. El impulso de pasar a otra cosa que tenía Paul ponía punto final o negaba la posibilidad de un comienzo. Desde el prodigioso conocimiento que ahora tenía, Caro podría haberle asegurado que lo que él buscaba ya lo tenía.

–Bueno –dijo ella–, el sol está aquí. –Le habría gustado que simplemente lo reconociera.

Paul prefería las cosas que descubría por sí mismo.

–Yo estaba pensando en algo realmente cálido. Mucho calor, arena, el mar. –Juntó sus manos y las de Caro: jóvenes, suaves y hermosamente limpias, con dedos larguísimos–. Limoneros, viñedos, paredes encaladas. –La provocaba con la carencia.

Sus voluntades se enfrentaban, cuando todo podría haber discurrido con un suave virtuosismo.

–¿Por qué eres tan cruel?

Las mujeres nacen, pensó Paul, con esa pregunta en los labios. Y durante un momento se divirtió buscando el equivalente masculino de esa pregunta.

–Espero que con el tiempo me perdones –dijo Paul–, *À la guerre comme à la guerre.* –«¿Qué guerra hay entre nosotros?», se preguntó Caro. Y también le sorprendió lo mal que él pronunciaba el francés–. Bueno, no pasa nada. Si te gusta estar aquí. –Se rió y renunció a la excursión por ella. La aceptación de que la joven prefería quedarse recorrió junto a su mirada el brazo extendido de Caro y su rodilla levantada. Le puso los labios en el pecho.

Fue en ese momento cuando oyeron el coche. No era el ruido compacto de un Hillman o un Wolsey, ni el cambio de marcha como bronquial con el que una furgoneta podría subir la colina, sino un sonido rápido, decidido, listo para ponerlo en un escaparate, que se abría paso imperiosamente,

proyectándose sobre la casa desde lejos, después sobre la pared y la ventana abierta, como un haz de luz inclinado.

En medio de su actitud primordial fue cuando oyeron el coche.

La cabeza de Caro volvió a recostarse sobre la almohada blanca. Paul se levantó como un resorte.

–Y si entra –dijo–. Si sube las escaleras y descubre que está echada la llave. –Se refería a Tertia, ese día y después. Paul ya se había puesto la camisa y tenía en la mano una corbata, ya que lo que se había traído para esta ocasión era ropa más formal de lo habitual. En la gravilla las ruedas diseminaban guijarros. El castillo en persona había venido en su busca.

El motor se paró de manera más concluyente que ningún otro en la historia.

–Paul. –Se oyó un portazo metálico–. Paul.

Esos sonidos definitivos, esas pausas, esos ultimátums, esas preguntas en tono agudo nunca habían existido. Y Caroline Bell, tumbada, no se movía. Paul ya estaba en la ventana. Se asomaba, lacónico.

–Santo cielo –sonreía, se asomaba y hacía sitio para sus codos informales–. ¿Qué tal todo? –La distante intimidad del tono, la naturalidad con la que no decía el nombre de «Tertia». Si por lo menos lo hubiera añadido al final.

Tertia Drage se puso justo debajo de la ventana: vestido rosa, rostro enhiesto. Quizá no esperaba que Paul apareciera inmediatamente, pero no mostró sorpresa alguna y, a pesar de estar de pie ahí abajo, no acusó la posición de desventaja. Tampoco Paul, que, sin inmutarse, solo llevaba puestas la camisa y la corbata; aunque para Tertia estuviera totalmente vestido.

Quien los hubiera visto en ese momento habría pensado que eran tal para cual.

–Hace una tarde magnífica –dijo Tertia sin ningún entusiasmo. Llevaba una cinta de seda rosa alrededor de la cabeza, un guante de cuero para conducir en la mano derecha–. Deberíamos aprovecharla.

–¿Qué propones? –En su competencia, ambos coincidían en la negativa a ponerse en evidencia mostrando espontaneidad. Los dos eran personas herméticas, aunque no reservadas, cuyo trasfondo de sarcasmo les permitía desmentir cualquier sinceridad involuntaria. En el caso de Tertia, la hostilidad arrogante ya era habitual. Levantó su despreciativa mano.

–Tú sabes las posibilidades tan bien como yo. –El sonido del motor había sido más sincero que su voz, y más receptivo.

Por debajo del hueco de la ventana, sin ser vistos, los pies de Paul Ivory se habían cruzado, con tanta despreocupación como sus brazos. En los muslos desnudos se le veían pequeños pelos rubios y rizados.

–Nada demasiado esforzado –dijo o estaba diciendo cuando, por cómo apretó los labios Tertia, supo que Caro estaba detrás de él.

Sabía que Caro se había puesto detrás de él y que estaba a su lado junto a la ventana. El hombro desnudo de la joven, absolutamente distante, tocaba el suyo. Paul no se giró, pero, como si él mismo fuera Tertia Drage, vio a Caro de pie, desnuda a su lado en ese ventanal alto y mirando hacia abajo, mirándolos a los dos displicente. Allí estaban él y Tertia, y Caroline Bell mirándolos con displicencia. La mano de Caro descansaba sobre el alféizar. No llevaba nada más que un relojito de pulsera redondo.

Pasaron unos momentos, o no pasaron. Tertia estaba impasible. Pero con el brazo levantado, el puño en el guante, apretado y extendido como el de un halconero. Miraba directamente a Paul; no fijamente, pero sí con una severidad

solo dirigida a él.

–Pues tú dirás –dijo.

–Ahora bajo.

Quizá por primera vez se cruzaron la mirada.

En la ventana Caro no se movió. Paul se retiró y cogió el resto de su ropa. Al marcharse puso al descubierto la parte superior del cuerpo de Caro. Una luz color carne le incidía en el hombro, produciendo reflejos rojizos en la espesa melena que le caía sobre la clavícula. Abajo, Tertia rodeaba el coche y abría la puerta. Se subió, dejando libre el asiento del conductor. En el cuarto del piso de arriba, la cama crujió cuando Paul se puso las zapatillas de lona. Sin apresurarse cogió su reloj de encima del escritorio, echándole un vistazo mientras se abrochaba la correa. Era como alguien que llega tarde a una cita.

Una puerta se quedó casi cerrada. En las escaleras resonaron los pasos rápidos de Paul Ivory. Apareció en el sendero que había debajo de la ventana del dormitorio y lanzó su chaqueta al interior del coche.

–¿Quieres que conduzca?

–Si tienes la amabilidad.

No levantaban ni bajaban la voz: se podría haber dicho que utilizaban un tono intermedio. Y Tertia se quitó bruscamente el guante. Enseguida se oyó el rugido del coche. Como si alguien se colgara de una hélice para hacerla girar gritando: «CONTACTO».

El capitán Nicholas Cartledge estaba esperando un tren. Con ropa de tweed del color y la textura de la arena fina. Beis y granuloso, estaba de pie en el andén asfaltado de una línea regional, en medio del tedioso ardor de una tarde de domingo. Esa porción de betún férrea prácticamente

aniquilaba todo el encanto rural. Hasta un día tan radiante solo podía dar más color allí donde la herrumbre se había desbordado sobre el cemento y en el manchón de dalias lacias que rodeaba el poste de una señal. Nicholas Cartledge estaba impasible, ni paciente ni impaciente, y de vez en cuando depositaba su pequeña bolsa de tela en el asfalto, para recorrer de punta a punta el andén antes de volver a su lugar. En una ocasión el puño de la camisa se alzó de pronto, blanco, para comparar la hora que tenía con la del reloj de la estación, pero no pareció sacar conclusión alguna de la discrepancia. Si alguien hubiera hecho un comentario sobre el aburrimiento, él habría dicho: «A mí no me molesta».

Vio que el taxi local, un antiguo Humber verde que se podía pedir por teléfono, se había detenido al pie de las escaleras de acceso a la estación, y que de él salía Caroline Bell. Con una mínima vibración de sorpresa se fue a ayudarla y, antes de que ella lo reconociera, ya estaba inclinándose para pagar al taxista. La joven se quedó en la acera mostrándole en la palma de la mano varias monedas de media corona y de seis peniques.

–Por el amor de Dios –dijo Cartledge, y cogió la bolsa de la muchacha, no más grande que la suya, y una gabardina ligera. Al librarla de esas cosas, parecía que la estuviera expropiando.

Los dos subieron los escalones de madera y los equipajes iban a la par. Las dalias rodeaban lánguidamente el poste de la señal, como el agua que se va colando lentamente por un sumidero.

–Hacia Londres, supongo –y no pareció sorprenderse.

Su autoridad parecía tener que ver con la inmunidad. Caro apenas había hablado, y puede que no recordara su nombre. Su atuendo era decoroso y no mostraba –o no delataba, como

suele decirse– emoción alguna. Sin embargo, él podría haber dicho que su aspecto era alocado, no solo porque eso resumía algo evidente, sino por la indefensa conmoción que de ella emanaba.

Caro rechazó el cigarrillo que le ofrecieron y no quiso sentarse. Recorrieron el andén titilante y volvieron sobre sus pasos. Por encima de los flexibles zapatos del hombre se veían unos calcetines claros. No se podía decir que fueran juntos o que él hiciera algún esfuerzo por reducir la distancia que ella dejaba entre los dos. Una pareja mayor de negro estaba sentada en un banco y observaba con una perspicacia avivada por el abatimiento dominical:

–Ahí pasa algo –dijo él, dispuesto a ponerse del lado de Cartledge que, después de todo, era el hombre, y llevaba esa ropa estupenda; un ejemplar de la vieja escuela, con pelo rubio y rostro de rico, enjuto y acicalado.

–Un verdadero calavera –dijo la mujer, mientras Cartledge volvía a pasar delante de ella, inmóvil bajo una toca de violetas de rayón–. O un libertino –añadió como refuerzo. Pero no tardó en volver a su propio domingo–: Bueno, Fred, tardaste mucho en convencerme de que fuéramos a visitar a Maude, y la próxima vez tardarás más.

De pie junto a sus equipajes, que les otorgaban un destino, el capitán Cartledge sacudió ceniza.

–Estaba claro que en esa casa acabarías mal. –No esperaba una respuesta, pero pasado un rato se volvió a mirarle la cabeza, los pechos. Ella contempló esa mirada con una falta de pasión que, para él, era una manifestación más del problema en el que la chica se encontraba, fuera el que fuera. Al final acabó diciendo–: Si puedo ayudarte.

Puede que ella sonriera ante la ironía.

–A acabar mal, como dice usted.

–No hay nada peor –asintió él, identificando cuál era el mal–. No podrías haber acudido a un oyente más comprensivo. –En realidad, ella no había acudido a él, pero para desbaratar la seguridad de ese hombre habría hecho falta una avalancha. Cuando el tren entró en la estación, él tiró su cigarrillo y levantó los dos bultos. Caro se adelantó para ocupar un compartimento vacío, donde se sentó junto a la ventana, pálida y con una sensación extraña, hasta el punto de que la pareja mayor hizo un último comentario al verlos pasar: «Ahí hay gato encerrado».

–Esto te ayudará. –Al arrancar el tren se le cayeron unas gotas. Caro vio las iniciales NGWC en la plata. El capitán se secó lo que le había caído en los dedos con un pañuelo blanco mientras ella bebía, después se puso un traguito para él. El pañuelo tenía las mismas iniciales ensortijadas en una esquina–. No tengas prisa –dijo. Se acomodó en el asiento de enfrente, colocando educadamente sus piernas vestidas por un sastre de forma que no tocaran a nadie y apoyando un codo en el saliente de la ventanita–. Hay mucho tiempo.

No quería decir que hubiera tiempo para reanudar la existencia, sino que ella tendría tiempo para aceptar lo que debía ocurrir. La plata y el lino, el tweed granuloso y el borde sucio de la ventana. Caro había dejado las manos entrelazadas en el regazo, una actitud de inmovilidad que tanto ella como su hermana adoptaban cuando estaban tensas; y le mantuvo la mirada, sin pensar, sin pestañear. Las colinas y los valles se sucedían bamboleándose por la ventana. Durante un momento una fábrica cubrió la vista y fue de inmediato retirada como una diapositiva colocada por error en un proyector. En el compartimento olía a humedad, a metal, se percibía el hedor a tapicería vieja, los efluvios de un lavabo cercano y el regusto más inmediato a coñac.

–Estoy a tu disposición –dijo él, pero ella no se iba a dejar engañar, o apenas lo oyó. De su silencio, él habría dicho: «A mí no me molesta». Pensó si habría sido el chico bizco, antes de recordar que Ted Tice ya se había ido, a Glasgow, Edimburgo o posiblemente París. La cuestión es que Paul Ivory era algo más interesante, aunque solo por su casta.

Había estaciones con dalias herrumbrosas, de las que el sol había conseguido retirarse. En un campo tras otro se veían lúpulos colgados. Cerca de la cabecera del tren la pareja mayor dormitaba, y entre una y otra cabezada la esposa dijo: «¿De dónde crees que vendrá la palabra libertino?», preguntó pronunciándola *libertido* y sin obtener respuesta.

El cabello de Caro rozó el marco de la ventana. No cerró los ojos.

–A tu belleza no le ha sentado mal, ¿sabes? –dijo Cartledge.

–¿Cuánto nos queda? –Y el puño de la camisa del capitán se alzó. Después–: ¿A qué estación llegamos? –No le llamó Nick, como él había pedido.

–¿Adónde te dirigías?

–Hay un sitio en Gloucester Road donde aceptan a australianos.

–Querida, lo dices como si fueran presos en libertad condicional.

–Mandamos a amigos allí. Si no es ese, habrá otro parecido en Cromwell Road.

–Estarás mucho mejor en North Audley Street. Donde yo acepto a australianos. –Le volvió a ofrecer la petaca, donde el sol destellaba como en un cañón de fusil–. Por cierto, doy por hecho –dijo– que dejaste la consabida nota en el acerico, ¿era alguna explicación convincente y bastante ficticia?

Iban balanceándose entre cada vez menos lúpulos y más florecientes huertitos. En dos patios traseros verdes y

contiguos, separados por un muro, dos hombres se extendían los brazos amigablemente, o quizá estuvieran forcejeando. El cielo iba cayendo rojizo sobre la tierra y la ladera de una colina se cernía como la grupa de una vaca. El capitán Cartledge sacudió unos cigarrillos de un paquete corriente, aunque en algún sitio habría una funda de plata grabada con sus iniciales, a juego con la petaca.

–Los domingos por la noche siempre me dejan algo preparado –dijo–. Sopa, pollo. Mi pareja, me refiero a la que trabaja para mí.

Así que había una pareja que dejaba una cena fría lista para el capitán y que frotaba bien las manchas en las iniciales grabadas. Bien hecho, buen y fiel sirviente. Capitán, mi capitán. La pareja, mi pareja. Habría sábanas, almohadones, iniciales de lino ensortijadas como muelles.

En su esquina en sombra, el capitán iba fresco a pesar del blanco fragor del cuello y los puños de su camisa: tiras tan apropiadas como las marcas en el pelaje de un caballo de carreras. Como él mismo podría haber dicho, no le había puesto ni un dedo encima a la joven.

–En cualquier caso, será mejor que una noche oscura del alma en Gloucester Road. –Ese «en cualquier caso» ponía las cosas en su sitio.

En el arranque del cabello Caro tenía perlas de sudor. Si se hubiera desvanecido o derrumbado, él habría salido escaldado.

Pero se mantuvo en su sitio, entera, despreciativa, enfrente de él.

–Entre otras cosas –añadió él–, la noche trae consejos. –La sintaxis revelaba que no era la primera vez que decía algo así.

El color del cielo se iba asentando, podía ser la calma entre rosada y madura de una noche estival o un arco de

monstruosos moratones, según se viera. Estaban cruzando una maraña de vías cerca del río y había una vista excelente de la catedral de St. Paul. Caro se había levantado y extendía el brazo hacia el portaequipajes para coger su bolsa.

–Por el amor de Dios –dijo él, como había dicho en la estación, y le bajó el bulto. Estaban de pie, balanceándose, a pocos centímetros el uno del otro y ella tenía las manos a los lados del cuerpo. Los labios ligeramente retirados, de manera que mostraba los dientes inferiores, y en ese instante se podría haber pensado que era tan cruel como él.

Lo miró a la cara.

–Hoy ya he hecho el amor.

A él le costó mantenerse en pie cuando el tren dio una sacudida al llegar a su destino, después, balanceándose, recuperó el control. Le sacaba a ella unos diez centímetros de altura.

–Ya me conozco las condiciones. Es igual, a ver si nos las arreglamos para no ofrecerte algo que no llegue al martirio. –Miró a su alrededor en el compartimento–. ¿Todo listo?

Él fue el primero en pisar el andén. Siguiéndolo, vio su larga manga levantada: «¡Taxi!». Y se metió en el vehículo negro que el capitán había parado mientras él seguía dando la dirección.

Segunda parte
Los contactos

14

Mi querida Caro:

En París hay sesenta mil estudiantes, la mayoría en el pasillo que pasa por esta habitación. Sin embargo, la semana pasada el edificio se quedó desierto durante la Pascua y más tranquilo que un monasterio. Mi ventana da a un patio lleno de árboles en flor: un espino, un árbol de Judas y, muy cerca, un lilo grande del que brotan pirámides púrpura. Hay una fuente y, oculto, un zorzal. Durante las vacaciones me fui en coche con dos colegas franceses a las minas que hay cerca de Lille, donde bajamos a un pozo. Las paredes de la mina salían directamente de Dante, en ella trabajaban chicos de unos dieciséis años, la mayoría norteafricanos que no hablaban francés. Peores aún eran los tugurios a los que volvían después, diez personas por casucha. Después de elevar inútilmente una petición de ayuda para esa gente al Ministère du Travail, mis dos amigos los están ayudando desde un sindicato. Regresamos a París pasando por los cementerios de Vimy y Notre-Dame-de-Lorette, de la Primera Guerra Mundial, y junto a un cuarto de millón de tumbas.

Trabajo. Pienso en ti. No son actividades alternas: en ti pienso siempre. Desde la última vez que te escribí he ido a una exposición de dibujos de Leonardo, una revolución industrial en un solo hombre. He visto una buena obra de teatro, *Le Dia-ble et le Bon Dieu,* así como a Jean Vilar y Gérard Philipe en *Le Cid,* un campeonato de yudo, y al senador Kefauver en la televisión. Bien sabe Dios que Kefauver es bastante deprimente, pero aquí me consideran su paladín, ya que entre mis colegas cunde un antiamericanismo facilón y desinformado. Me desagrada la

unanimidad (lo que perniciosamente se llama solidaridad) y, en cualquier caso, me aburre la absurda adoración de la Unión Soviética y China, sobre todo en esta tierra natal del *en principe*.

El hombre con el que vine a colaborar aquí continúa impresionándome, humana y profesionalmente. Es cierto que comete errores, en parte porque ha hecho muchas cosas. Los que hacemos menos podemos ser más cautos. (Y los que más a salvo están son los que nunca intentan nada, espiritual o intelectual, y, por supuesto, son los que más critican de todos. Condenar es bastante fácil, solo hace falta mala intención.) Me parece que hace falta un esfuerzo atroz, constante, para aprender o para llegar hasta el final en algo, sobre todo si es lo que te apasiona. Una vocación es una fuente de dificultades, no de tranquilidad. Hacer es suficientemente difícil. Ser es todavía peor. Hacer y ser exigen un esfuerzo sobrehumano. Bueno, ¿por qué no? Cualquier cosa es preferible a no pasarse nunca de la raya.

Los estudiantes son como patatas nuevas, que han crecido a marchas forzadas, a un ritmo imposible. Llegan aquí a los dieciocho años de los *lycées* y un año después tienen el equivalente a una licenciatura. Todos son «serios» y están *comprometidos*. (Estoy absolutamente harto de esa palabra.) Este sitio está empapelado de literatura marxista y uno de cada cuatro es del Partido. Pero se pasan las noches gastando bromas pesadas a los novatos y berreando como niños de cuarto de colegio si se retrasa la comida. Cuando están por aquí dan bastante miedo, pero cuando los ves en el Boulevard Saint-Michel, donde pasan todo el tiempo libre que pueden, resultan conmovedoramente jóvenes y francos. En comparación, yo me siento sosegado y cohibido.

El nuevo gobierno francés es idéntico al anterior, y caerá con la misma rapidez. ¿Acabaremos teniendo de nuevo una Europa fascista, «defendida» por un ejército alemán, con mandos y armas americanos, muriéndose por cruzar el Elba? (Cuando piensas lo real que es la amenaza soviética, es asombroso que la demencia que entre nosotros la desmiente pueda casi hacerte desconfiar de

que existe.) Algo bueno ha sido que muriera De Lattre, lo cual despierta una ligera esperanza de acuerdo en Indochina. Su funeral fue una monstruosa exhibición de militarismo: escuelas cerradas, enormes procesiones con Eisenhower, Montgomery, el gobierno, bandas, coros, sacerdotes, tropas, el no va más. Expuesto en el Arco de Triunfo, Notre Dame, Les Invalides. Un espectáculo absolutamente prusiano.

Si Leonardo hubiera descubierto la máquina de vapor, Napoleón habría lanzado la bomba atómica ante los clamorosos aplausos de los franceses.

Los estudiantes, y también mis colegas, suelen proceder de familias pobres. Al contrario que en nuestros países, aquí esto no conduce a ninguna farsa: los pobres no fingen, los ricos no se entregan a ninguna fantasía de hermandad. Recuerdo a los universitarios que se pasaban por Ancoats cuando yo era niño, adoptando nuestra forma de hablar y de vestir para demostrar que eran como nosotros, con una condescendencia sentimental que no hace nada por los pobres. La pertenencia al proletariado no sale tan barata. De qué nos servía a nosotros su seguridad ribeteada de culpa o la virtuosa indignación que dejaban patente al volver a casa y reencontrarse con sus padres bien colocados, además de con su agua caliente, sus libros, su música y sus cuentas corrientes, que en ningún caso tenían la intención inmediata de compartir? ¿Qué me importaban a mí sus monos de trabajo, a mí que habría dado cualquier cosa por ver a mi madre con un vestido decente? En sí mismos, los harapos no conceden más moralidad que oprobio.

Los pobres no quieren que se solidaricen con su destino, quieren cambiarlo.

(Durante la Depresión, cuando Ted Tice tenía nueve años, su padre lo había llevado a escuchar el discurso de un político. Padre e hijo se quedaron entre los asistentes, al fondo de una deprimente sala, y a las preguntas del niño el padre daba su respuesta habitual: «No digas bobadas». El orador era un

joven liberal de pelo rubio, un abogado del distrito, que se presentaba a las elecciones por primera vez. Se consideraba parte de los pobres, pero hasta el niño sabía que los padres de este joven habían sufragado su formación de abogado, mientras que los demás, chicos y chicas, entraban en las fábricas, la construcción o los muelles a los doce o catorce años. Eso si tenían la suerte de encontrar trabajo. Se decía que este joven ganaba un salario de tres libras a la semana limpias, y que solo dependía de él una tía paralítica. Todo lo demás era para él. Era difícil imaginarse qué hacía con tanto dinero.

Iba en serio, quería cambiar sus vidas.

Un hombre que estaba de pie a un lado de la sala gritó: «Si tú quisieras, con una semana de tu sueldo se cambiaría la vida de alguno de aquí». Y el rostro rubio del candidato se ruborizó: «Esa no es la solución». El inoportuno espectador replicó: «Pues a nosotros nos vendría de miedo, mientras tú te piensas otra mejor».)

Ted Tice se levantó y se acercó a su florida ventana. Se sentó de nuevo a la mesa y miró lo que acababa de escribir: «Quieren cambiar». Más que cambio, quieren venganza. Los hombres pueden reconciliarse bastante pronto con enemigos a los que han masacrado en combate, pero nunca con los hermanos que los han humillado a sangre fría. La represalia va dirigida contra su propia vergüenza: de eso están hechos todos los odios, en la guerra, en la clase o en el amor. Y yo también quiero vengarme.

Continuó en una nueva página:

> Ya habrás visto el jaleo que se ha montado con el telescopio. Hasta hoy no había recibido el artículo de *The Observer*. El viejo Thrale nunca se perdonará haberme dejado entrar en su casa. Pero recuerdo vivamente el momento en que ocurrió, y se lo

agradezco.

Intento liberarme de mi papel de proamericano atacando ferozmente a los Estados Unidos ante el amigo más agradable que he hecho aquí, un joven físico estadounidense cuya principal ocupación es buscar chicas. Nos pasamos las tardes juntos cuando él no está con mujeres de mala vida. Gracias a él he conocido a una adorable y pequeña *étudiante,* a una alta bailarina del New York City Ballet y a una joven conservadora que está ayudando a montar una amplia exposición de arte mexicano y que sabe mucho de motivos sexuales precolombinos.

Ted se debatía entre el impulso de mostrar cosas a Caro y el temor a que pudiera verle las intenciones. Al releer las últimas líneas, tachó las palabras «adorable» y «joven», y eliminó a la bailarina. Reescribió la página y continuó:

Otro de los americanos de aquí se casó ayer, y yo asistí a la boda, una prosaica y modesta ceremonia que tuvo lugar en una capilla lateral de la catedral americana. El sacerdote hablaba como si no le hubieran pagado. Después, hubo champán a raudales y yo me gané la extraordinaria cena escuchando a una mujer hablarme sin parar sobre su plantación de cítricos y su casita de Monterrey. Por irritante que fuera esto, en otra parte de la mesa había una pareja interesante: un hombre llamado Vail, que subvenciona varias iniciativas culturales en los Estados Unidos, y su esposa. Él se parecía a Orson Welles (aunque no a Ciudadano Kane). Su esposa, más delgada que cualquier modelo y muy alta, era hermosa; de rostro demacrado y ojos redondos. Los dos estaban encerrados en cierta infelicidad que, por su inteligencia y atractivo, despertaba el interés ajeno. Hasta entonces no se me había ocurrido que por sí sola la infelicidad pudiera ser interesante; bien sabe Dios que a mí la mía no me lo parece. Y supongo que estas son las cosas de las que tienen que preocuparse los novelistas.

Ese hombre, Vail, también se ocupa de causas humanitarias y políticas, y durante la breve charla que mantuvimos me

sorprendió que se hubiera enterado de la disputa del telescopio. (Tengo que reconocer que ya me había causado buena impresión antes de eso.) El hombre acababa de regresar de Túnez, que, como el resto del mundo árabe, parece estar ardiendo. Apenas habíamos comenzado a hablar cuando una señorona de Pasadena nos interrumpió para decir que seguramente el mundo iba a mejorar, porque ahora todos los jóvenes son muy *viajados*.

–Eso no es viaje, es dislocación –dijo Vail.

Hablando de bodas, ya he visto que se celebró la de Paul Ivory. También vi que su obra se estrenó en Londres. Me pregunto cuál de las dos cosas durará más.

Ted reunió las páginas y añadió: «Casi me desagradan estas cosas que he descrito, porque hablan de la vida sin ti. Caro, cuánto tiempo hace. Ojalá pudiera verte». Y firmó.

Enviar una carta a Caroline Bell era un instante de esperanza y contacto, y un anticlímax. Ted Tice bajó por unas escaleras rayadas y ruidosas, y salió a la calle. Después de echar la carta siguió caminando tan rápido como la multitud le permitía, de manera que el buen humor no lo abandonara al mismo tiempo que el calor de su habitación.

Estaba anocheciendo, había estudiantes en los cafés. Otros jóvenes, incapaces de pagarse siquiera un café, se reunían en grupos en la acera y hablaban rápidamente sin reírse. Ted pensó: unas veces es desalentador y otras maravilloso, y quizá nunca averigüe por qué; pero al menos no es algo primario, superficial, mezquino, sentencioso o insulso. Y la ausencia de autoengaño es en sí misma liberadora.

El momento de euforia se evaporó. Es degradante centrar la pasión en otro ser cuando se tiene la certeza absoluta de que no habrá reciprocidad. Mientras caminaba, Ted Tice se levantó el cuello de la chaqueta. Como de costumbre, había salido sin abrigo. Uno de los hombres con los que había ido a

las minas, un bretón que se estaba preparando una *agrégation,* se apartó de un grupo en la acera y caminó junto a él. Ted pensó en su amigo americano y en que le habría preguntado «¿Has tenido un buen día», una de esas frases amables. Puede que los americanos ya sean los únicos que te preguntan cómo te encuentras, de los que aún se imaginan que uno lo sabe o que lo va a decir; o de los que dan por hecho que recibirán una mentira sin complicaciones, afirmativa, alguna muestra de premeditada inmadurez como la suya. Después de echar la carta para Caroline Bell, Ted se alegró de compartir la actitud reservada con el bretón en la calle: un compañerismo que quebraba su aislamiento, pero no su soledad.

Cuando llegaron a la entrada del edificio de Ted, un grupo de estudiantes los empujó para pasar, riéndose y gritando.

–Toda esta animación –dijo el bretón– es melancolía.

Los dos se apoyaron en la pared, que tenía esa suciedad que solo pueden tener las instituciones académicas, gracias a la presión de demasiadas manos, caderas y traseros manchados, allí sujetándose para la conversación o el amor. Más allá, la larga calle fluía lentamente en forma de racimos humanos, tensos o flexibles; activados por las opiniones, el sufrimiento y el deseo. El bretón tocó ligeramente a Ted en el hombro.

–Querido amigo, no te olvides de que las mujeres envejecen. Hasta luego.

Ted debía escribir otra carta, que no tenía intención de empezar esa noche, pero que, incapaz de trabajar, sí empezó.

> Me alegro mucho de haber recibido tu carta y tus noticias. Sí, tengo una fotografía: desde que llegué aquí he destinado gran parte de mi tiempo y una parte considerable de mi dinero a ser fotografiado. No sé qué tengo, todo el mundo quiere una foto mía, y además cuatro o cinco copias: la policía, la universidad, el *Comité d'Accueil.* Para ti adjunto solo una, en la que me parezco

al tipo de persona que más me desagradaba en Cambridge. Ya que realmente vas a venir –qué buena noticia–, intentaré conseguir entradas para el festival de mayo. Van a poner el *Wozzeck* de Berg y *Edipo Rey* de Stravinsky. Habrá mucho ballet: los de Nueva York y el Marquis de Cuevas. Desde luego tienes que ver a Golovine. Respecto al tenis, todo el mundo piensa que el gran partido será entre Sedgman y Drobny, ¿te apetece? Estoy de acuerdo con lo que pasa en Inglaterra: la próxima vez, Attlee puede contar con mi voto.

Tengo que terminar un artículo, así que disculpa la brevedad. Hablamos en mayo. Me alegrará verte. Dime a qué hora llegas. Un abrazo.

15

En la época en la que Grace y Caroline Bell consiguieron sus primeros trabajos –en Harrods y en una librería– ya habían transferido gran parte de su pequeño capital a Dora. Al encargarse de criarlas, Dora se había privado de la posibilidad de ganarse la vida, y parecía lógico compensarla por ello. Por lo menos, ese era el razonamiento de Caro y, en virtud del nuevo arreglo, todo su capital fue a parar a Dora, porque cabía esperar que pronto Caro tuviera algo parecido a una carrera profesional. Grace, cuyo trabajo en Harrods ni siquiera tenía esa apariencia prometedora, había conservado la mitad de sus activos a instancias de Caro. Cuando el plan se le explicó a Dora, desató un vendaval de pasiones. No quería nada, nunca le había pedido nada a nadie, hasta para ahorrarse un billete de autobús había ido caminando, y lo único que nunca entregaría a nadie era su independencia. «No voy a depender de nadie, no pido nada.» Dora estaba escandalizada, de manera irracional pero no inesperada, y solo después de muchos días de llantos y llamadas a la cordura la convencieron de que las acompañara a un bufete de abogados donde los documentos se firmaron por fin y entre lágrimas. Tuvo que pasar otra semana antes de que volviera a hablarles con normalidad o antes de poder perdonarlas.

A la propia Dora le confundía la indignación que en ella

había despertado el gesto de sus hermanas. Con su iniciativa la habían privado, aunque fuera temporalmente, de sus privilegios como víctima. Hasta que recuperara esa prerrogativa estaría en desventaja. La indignación le permitió asegurarse de que las tornas solo cambiaran brevemente. Ese asunto innombrable quedó atrás y Dora no tardó en volver a decir que no pensaba gastarse el dinero, para que vosotras lo tengáis todo cuando yo falte.

En esa época, Dora no había cumplido los cuarenta.

El traspaso de las cantidades había tenido lugar poco antes de que Grace se topara con Christian en el concierto dominical –a ello se podía atribuir el hecho de que Dora se diera por ofendida en esa memorable tarde–. Pocos meses después, cuando Christian y Grace se prometieron, Grace le habló del acuerdo económico: «Parecía lo justo».

–Qué propio de ti, Grace –dijo Christian con tranquilidad.

–Tú habrías hecho lo mismo.

Retirándole el cabello rubio de la frente, él se emocionó más de lo que ella esperaba.

–Eso me gustaría pensar.

Ahora parecía que el mayor Ingot había convertido el sacrificio de las hermanas en irrelevante.

Cuando el mayor llevó a Dora a Londres a finales de la primavera, Christian dijo que iba a ofrecer una pequeña comida, un almuerzo, en un restaurante. Solo acudirían él, Grace, la pareja de novios y Caro, que pediría unas horas en el trabajo. Para entonces Christian ya estaba casado con Grace y era la persona adecuada para hacer tal cosa, pero no le tenía ningún afecto a Dora, a la que ya había visto varias veces en acción. Se había producido una violenta e incomprensible escena con motivo del compromiso de Grace, y de vez en cuando las cartas procedentes del Algarve habían

adoptado un insondable aire mohíno. Christian estaba convencido (si hemos de utilizar su verbo favorito) de que Dora podía calmarse, de que se la podía hacer entrar en razón con un buen rapapolvo, algo que, según él, se merecía desde hacía tiempo y que le vendría de maravilla. Hasta Grace seguía pensando que podía haber palabras, palabras que llegaran a Dora y que hasta el momento, inexplicablemente, no se hubieran encontrado. Solo Caro reconocía que la afección de Dora era exactamente eso: una afección, un estado irracional que exigía intervención profesional o divina.

El mayor Ingot era de complexión robusta, aunque no marcial, ya que tenía una barriga urbana, además de un prominente y rosado mentón. En el umbral de entrada al restaurante describía la curva ovalada de una sandía. Tenía el cuero cabelludo liso, salvo por un racimillo en la coronilla; sus ojos, de un azul doliente, eran los de un niño borracho. En la mesa extendió sus cortas manos sobre el menú, allanando así ese plan de ataque. En un dedo le apretaba ya una alianza, como un nudo atado a modo de recordatorio o la anilla que se le coloca a una paloma mensajera. En el cuello se le formaba un espeso pliegue por encima de la camisa. Todo en él estaba contenido, constreñido, era un grosor muy bien sujeto. Resultaba difícil imaginárselo de soldado, aunque tenía una corpulencia de despacho que sí podría haber encajado en un general.

Cuando Christian le preguntó por su época militar, le dio unos datos entrecortados antes de pedir la ensalada de cangrejo.

En Estoril la ensalada no era de fiar, ni tampoco el marisco. La víspera de su marcha, Dora se había intoxicado con un plato de langostinos. La cuenta del médico portugués, unida a

las medicinas, había ascendido a treinta libras.

–Y eso –dijo el mayor Ingot– la convirtió en una comida cara.

–Bruce se puso furioso –les explicó Dora–, y suele ser muy paciente.

El mayor lo confirmó, fulminándola ruborizado.

Tenían que regresar a Portugal dentro de un mes, en el piso estaba todo por hacer. Cortinas, tapizados, Dora ya tenía las muestras. Además, Rastas, el perro labrador del mayor, estaba en una residencia canina.

Resultaba difícil imaginarse los placeres del mayor, verlo incluso junto a la chimenea de un pub en la Inglaterra del Algarve diciendo: «¿Te sabes el chiste del...?». La represalia volvió a ser el tema principal –«Ellos solos se lo han buscado», «Tendrá que probar su propia medicina»–, convirtiendo la vida en un hospital o una prisión militar. En medio de la confusión de la posguerra, el mayor había tenido suerte; tal como explicó, había caído de pie. En medio de la rebatiña, unos se posaban como era debido, otros caían de bruces.

En la mesa, las severas figuras retóricas del mayor despertaron antipatías escasamente coherentes. La verdad es que recordaban demasiado al propio Christian.

Si me permiten, me gustaría volver de nuevo a los langostinos en mal estado. Esas eran precisamente las razones de que el Algarve tuviera tanto futuro. A los residentes británicos les gustaban sus productos de siempre, como el té Earl Grey de Twinings o la mermelada a la antigua Coopers. Las posibilidades eran prácticamente infinitas: pongamos como simple ejemplo Tiptree, o Huntley and Palmer. ¿Por qué no probar? Y tampoco podemos olvidarnos de los licores, de Gilbey's o Dewar's.

–Todo eso –el mayor hizo un gesto diestro, rosadito, ávido,

por encima del mantel– nos está ahí esperando. –No, el mayor no estaba pensando en nada libresco–. El rendimiento es pequeño. No se crean, que nada me gusta más que una buena historia. Pero el rendimiento no lo justifica. El turista medio no es un gran lector. Pero los libros de viajes, está claro que eso es harina de otro costal.

No había necesidad de mezclarse con los portugueses. Allí los residentes extranjeros solían tener posibles. Les sorprendería saber que los alemanes también están volviendo. Preferían el Algarve a la Costa Brava, que con tanta construcción estaba destrozada. Además, el régimen era estable. Lamentaba decir que más que esta gente que tenemos aquí.

–Estos socialistas no se atreverían a aparecer por allí. –Si aparecieran, se iban a llevar un buen chasco.

–Yo no me quedaría a vivir aquí aunque me pagaran.

Se oyó un trueno. A través de las puertas de cristal del restaurante vieron caer un diluvio.

En cuanto al primer ministro, continuó diciendo el mayor:

–Si se quedara solo en un cuarto, yo no dejaría ni seis peniques sobre la mesa –hizo como que lanzaba la moneda.

Dora repartió unas fotos de ella al sol, como si fueran los triunfos de la baraja.

–Habría hecho más –dijo el mayor–, pero me gasté gran parte del rollo con el perro.

A Christian le sorprendió la buena presencia de Dora. Siempre había tenido la sensación de que su aspecto no trasmitía adecuadamente su naturaleza, y ahora que estaba más rellenita y más segura de sí misma –y que llevaba el velo con pintas negras, todavía alusivo a la condición de novia, recogido por encima del sombrero– era difícil creer en su fealdad. De no ser por la boca, con sus ojos oscuros y su tez

morena, se podría haber pensado que era del Algarve o el Alentejo.

En contraste con la redondeada satisfacción que mostraba Dora, Caro, con los ojos hundidos y a pesar de su vestido carmesí, era el pálido e imponente fantasma del banquete. Solo Grace parecía realmente lo que era, una dulce y joven mujer casada sin dobleces.

–Bruce tiene ojo –decía Dora–. Y ha escogido unas piezas exquisitas. Mayólicas, alfombras antiguas.

–Modestia aparte –corroboró el mayor (Christian pensó, como una advertencia, que esta expresión suele preceder a la falsedad)–, cuando entro en una chatarrería siempre encuentro lo mejor. –Otra vez un gesto con sus deditos regordetes–. Por supuesto, por allí hay que regatear.

Una vez acordado que regatear era algo impropio, se produjo una pausa. Christian estaba pensando que en Inglaterra un caballero no se pone la alianza.

–Caro tiene un aspecto estupendo –dijo Dora, retomando la conversación–. Y parece feliz. –Todos se volvieron hacia la demacrada Caro, que tenía una copa de vino en la mano–. Tiene que venir a vernos. –Dora se estaba poniendo mandona–. Y practicar su portugués. –Se le explicó al mayor–: Tiene ese don.

Caro esbozó una sonrisita, para complacer.

Christian estaba pensando: una sortija con sello, eso sí que sería otra cosa. Harina de otro costal.

El mayor dijo que los *orstrilianos* no solían saber idiomas. Tenía un amigo en Brisbane que se dedicaba a los frutos secos.

Christian encendió un cigarrillo y esperó que su relación con el mayor no fuera de cuñado.

Dora apuntó que a ella le bastaba y le sobraba con su

propio idioma. El mayor se había lanzado a contar una historia sobre una enfermera australiana en un hospital militar. De hecho conocía al soldado que la protagonizaba.

Cuando llegó el café, Grace se levantó trabajosamente, con una taza en la mano como si fuera a proponer un brindis. Por encima de la blusa de flores de lavanda, el rostro y la frente le brillaban. Dejó la taza con tanta parsimonia que parecía que lo que necesitaba atención era ese objeto, no ella, y se desmayó.

Grace estaba embarazada.

El teatro londinense en el que se representaba la primera obra larga de Paul Ivory tenía un pequeño *foyer* que, al final de la función de tarde, se estaba vaciando lentamente por la lluvia. En fila india, las mujeres iban saliendo poco a poco y unos ancianos esperaban debajo del toldo, preguntándose qué venía después. Caroline Bell se hizo a un lado, abriendo el paraguas mientras miraba a través de los cristales de las puertas a una calle sin gracia.

Paul salió de una pequeña puerta interior que había junto a la taquilla: un actor que entra en escena cuando le corresponde. Al ver que la gente seguía allí, dudó. Y en ese momento vio a Caro, de espaldas a él, la cara oculta, como si se hubiera girado a propósito.

Paul Ivory se quedó con la mano en la puerta que acababa de abrir: un hombre que se controla frente a una acusación. Lo injusto no solo era que la mujer estuviera en su camino, sino que, dado que ella no era consciente de la situación, era él quien tenía que decidir si hablaba. Aun en el momento de registrar esa injusticia, a Paul casi lo desequilibró físicamente ver a Caro y también la deliberada, indiferente autoridad con la que el destino había vuelto a presentársela. Paul había

medido su olvido de Caroline Bell en función del rápido caudal de cambios y éxitos que había experimentado en los últimos meses. No se había limitado a abandonarla, sino que la había dejado atrás. Desde la localidad de pie que se le había adjudicado en el teatro vital de Paul Ivory, Caro debía contemplar pensativamente su actuación, y aplaudir. Ahora, al ver la cabeza de Caro mirando para otro lado, Paul no tenía elección, y debía dejarse llevar por el instinto. Se acercó a ella algo consciente del júbilo, obedeciendo un impulso que no tenía por qué favorecerle. Obedecía a su propia necesidad como si fuera una virtud.

Todo eso porque una chica morena estaba junto a una puerta con un paraguas plegado en la mano.

–Caro.

Ella se dio la vuelta y de nuevo estuvieron el uno junto al otro.

Con sus propias sensaciones renovadas, Paul notó el espasmo de sorpresa de Caro y la secuencia de rápidos y contradictorios impulsos. Se podía incluso apreciar el reconocimiento de que ella había corrido este riesgo, o lo había provocado, al venir a ver su obra; y él respondió a su propia compulsión con un chispazo, adustamente dominado. Los labios de Caro se cerraron formando una premeditada curva que Paul no había visto antes, porque procedía de su abandono.

Llegados a ese punto el vestíbulo estaba prácticamente vacío. Las luces se habían apagado. Eran una pareja sombría, de pie junto a las puertas.

–¿Sí? –dijo ella, como si la estuviera abordando un desconocido. Pero su cuerpo entero tembló dentro de la gabardina, haciéndole sentir todos los tejidos de su ropa y su anatomía golpeándolos delicadamente. De igual manera se

debatió su cerebro, trémulo, dentro de lo que estaba ocurriendo.

–Ha sido un detalle que vinieras, Caro.

–Me alegro de haberla visto.

–Casi nunca estoy aquí. Ha habido un cambio en el reparto, en el papel de Mandy, el hijo tuberculoso, y quería ver cómo iba. –Conversación automática, lo que fuera para pasar esos momentos.

Nunca había visto a Paul con ropa de vestir. Por su parte, a él le pareció que ella tenía un aspecto extraordinario, ojos grandes y piel transparente: una belleza imponente. Lo que él había esperado era poder dejarla atrás.

Las impresiones iban y venían en ellos, como rápidas mareas.

–¿Quieres ver lo que hay entre bastidores? –preguntó Paul. –Bajaron por un pasillo de encalado mugriento–. Cuidado con los escalones.

El escenario tenía marcas en el suelo: una raya de tiza, una flecha dibujada. El telón, de un púrpura añejo, nada limpio, estaba bajado, por delante de los muebles tristones del último acto. En una época en la que a Shakespeare se le representaba con ropa moderna de la periferia o cazadora de cuero, la obra de ambiente contemporáneo, de clase baja, de Paul se interpretaba con toga regia. El padre y la madre se cernían como tiranos teatrales, coronados y majestuosos en púrpura y oro, mientras que su sometida progenie se encogía con sus rebecas y monos de obrero. Para la prensa, esta estratagema tan obvia era un golpe, un fogonazo de genio.

Sin bajar nunca la mirada, Caroline Bell acompañó a Paul por un lúgubre laberinto. Cuando se detuvieron ante una puerta se retiró el pelo hacia atrás para que su rostro quedara por completo visible.

Un hombre con mono de trabajo corrió el pestillo de la puerta. Paul mostró su sonrisa franca, como si recordara algo.

–Gracias, Collis.

Bajaron un tramo de escaleras corto y Paul llamó a otra puerta.

A Caro le presentaron al gran actor.

–Si vuelves a hacer eso, te arranco la piel –dijo.

Le hablaba a un pequeño petimetre que, sin contestarle, cogía uvas de una cesta decorada con cintas. De la pared colgaba la toga regia bordada.

–Tócala –dijo Paul. Un solo pliegue ya era bastante pesado.

–Sí que tiene el peso de la puta soberanía –dijo el actor.

Se había retirado el maquillaje del rostro y llevaba una camisa de batista y un pantalón de chaqué a rayas.

En una esquina siseaba un radiador al rojo vivo. Caro se aflojó la gabardina.

–¿Qué te pareció la escena del frasco de Marmite? –le preguntó Paul.

–Es la parte más fuerte de la obra –dijo el chico de las uvas antes de que Caro pudiera contestar.

–No sé yo si una dependienta conocería la palabra «edípico».

–Ya hemos hablado de eso –el actor se rió–. No te olvides de que trabaja en una librería.

–Es un poco exagerado –dijo el chico–, el rey se muere, larga vida al rey, etcétera. Lo demás está bien.

–Conder estuvo bien, ¿no te parece? –preguntó el actor a Paul.

–Ya se lo he dicho a él. Se acabará adaptando. Mandy debería tener un aspecto mucho más enfermizo, eso es todo. –Había que señalar que Paul sonreía menos con los actores, que, después de todo, eran profesionales.

–Conder nunca tendrá un aspecto lo suficientemente enfermizo para encajar con Valentine.

Valentine era el chico de las uvas. Como todas las exclusiones, esta referencia a su propia envidia, aunque excluía a la recién llegada, Caro, iba dirigida a ella. Los hombres se sonrieron.

En el pasillo la reina madre pasó como un majestuoso navío por delante, alta y angulosa, en los párpados y las pestañas llevaba una espesa capa de pintura, como de pavo real, que le llegaba hasta el pelo: la proa de una trirreme griega.

–Los intérpretes solo se prestan atención a sí mismos –dijo Paul. Al mostrarle a Caro su éxito había hecho lo que debía, o lo más inteligente, reuniendo a sus auxiliares. Le preguntó–: ¿Ya estás trabajando en esa oficina?

–Sí. Me han dado medio día libre, porque tenía una comida con mi hermana.

–El mismo reparto de siempre –dijo él confirmando su ventaja. Habían llegado a la puerta de la calle–. Yo incluido. –Puso la mano en el tirador de la puerta y se apoyó en la pared, sin realmente impedirle el paso–. Yo también, Caro. –Detrás de él se veían aforismos más o menos obscenos, grabados o garabateados en el ladrillo encalado.

Con la cabeza bien alta, inexpresiva. Caro avanzó para pasar delante de él, pero no quería poner la mano encima de la suya en el tirador, y titubeó, con aplomo y frustrada. Él se dio cuenta de que ella no podía hablar. Caro volvió a acercarse a la puerta sin dejar de mirarlo, como una cautiva que se acerca vigilante a su escapatoria. Tenía la impresión inacabable, irritante y seductora de que se dirigía a un objetivo que estaba más allá del pequeño drama egoísta de los deseos de ambos.

–Siempre sentiste cierto desprecio por mí –dijo Paul.

–Sí.

–Y amor también.

–Sí. –Por encima de su mirada se produjo un leve parpadeo, equivalente facial de un encogerse de hombros–. Ahora tienes a tu esposa para que te dé las dos cosas.

Se quedaron frente a frente. Paul retiró la mano de la puerta.

–Caro. Por el amor de Dios.

Esa forma de hablar pareció conmoverla, y durante un instante dio la impresión de que podría reírse. Una vez más él insistió en lo que consideraba una ventaja:

–Ten un poco de compasión.

Ella se apoyó en la pared calcárea y cerró los ojos.

–¿Cómo puedes esperar compasión cuando tú no ofreces ninguna?

–De una u otra manera, estas paredes están llenas de citas indecentes.

Se produjo un silencio mientras ella seguía ahí apoyada, severa con su paraguas, retraída y cerrada sobre sí misma. Se activó y pasó por fin delante de él, para tirar de la pesada puerta.

–Tienes toda la espalda blanca –le dijo él desde detrás. Y con toda la naturalidad del mundo le sacudió la gabardina con la mano. Después le pasó los brazos por la cintura y le puso la boca en la nuca, y añadió–: Dios todopoderoso.

Caminaron por la calle mojada. Paul agarró el cinturón suelto de la gabardina de Caro y pareció conducirla entre la multitud de la hora punta: no tiraba de ella, sino que dejaba patente el contacto y el dominio, para que ella lo acompañara como un animal dócil, atado a una correa o una rienda. En la esquina paró un taxi con la mano y le dio la dirección al

taxista.

–Podríamos echar un vistazo a mi nuevo espacio –dijo cuando los dos estuvieron dentro del coche–. Estoy arreglando una casa que he comprado. Tienes que decirme qué te parece.

Le sujetó la mano mientras se sentaban en el taxi; se la sujetó verdaderamente, porque, depositada sobre la mano de Paul, la de Caro reaccionaba tanto como el cinturón de una gabardina. Caro se sentó sin hablar, volviéndose hacia él de una manera que no era ni hosca ni expectante, sino sobriamente atenta; y lanzándole, una sola vez, una mirada furtiva que reveló que la ternura y la inquietud eran grandes e indivisibles, y que otorgaban una inmediatez insoportable, excesiva, a la experiencia de vivir esos momentos. Paul ya había visto esa mirada, la primera vez que se acostaron en la posada cercana al círculo de Avebury.

–Aquí es –Paul se inclinó hacia delante para hablar con el taxista–. Nos puede dejar aquí. Es un callejón ciego: si entra, ya no puede salir.

Había dejado de llover. La casa era estrecha y sin salientes en la fachada, una muesca de sobriedad de ladrillo entre dos edificios con pórticos como pechos de paloma. Junto a la acera, un hombre que trabajaba en el motor de un coche aparcado les saludó con la cabeza y siguió cantando:

> Las flores florecen en Picardy,
> pero no hay ninguna como tú.

Paul utilizó una llave recién hecha. Olía a pintura, escayola y madera sin tratar. El suelo estaba cubierto de papel de estraza y todas las ventanas tenían una X pegada, como una aviso de plaga. Las empinadas escaleras pintadas de un blanco reluciente. El patio trasero estaba embarrado y lleno de

desechos arrojados por los obreros, aunque un montón de losetas indicaba que en su momento estaría pavimentado y con plantas. En medio de la cocina había una pila de porcelana clara, envuelta en papel sujeto con cuerdas, lista para encastrarla, como un paciente vendado en un puesto de socorro.

El comedor también tenía aire hospitalario. Paños de pintores blanquecinos cubrían unos caballetes y una mesa. El olor a pintura era antiséptico, anestésico.

–¿Está Tertia en casa? –preguntó Caro. El toro por los cuernos.

Paul empujó delicadamente con el dedo una puerta pintada.

–Tertia se quedará en el campo hasta que esto esté listo para recibirla. –Hasta las casas necesitaban que las avisaran con antelación de la llegada de Tertia–. Tú eres mi primera invitada.

El salón ocupaba todo el primer piso, pero no dejaba de ser estrecho. Caro caminó hasta el frente, luego hasta la parte trasera. Continuaron subiendo. Paul encendió una lámpara sin pantalla.

–Aquí arriba es donde tengo el catre.

Era el cuarto superior y el mayor, ya que no había escaleras por encima. Desde las ventanas se veían las casas de enfrente, detrás un bloque de pisos. Había árboles en espaldera que protegerían en verano, o eso dijo Paul. En el suelo desnudo, varías alfombras enrolladas y atadas. Las paredes estaban secas, las ventanas, limpias. En una esquina había elementos de iluminación desconectados, tiradores de puertas en una caja de cartón; un par de obeliscos de mármol ya decoraban la encimera de la chimenea. Habían conectado un teléfono, que estaba en el suelo. Se veía una ventana medio subida, por

la pintura fresca, y en el cuarto hacía frío.

Con otra llave reluciente, Paul abrió un armario empotrado.

–Vamos a tomar algo.

En una balda superior del armario se veía un paquete y por debajo, de pie, un cuadro enmarcado. Paul se lo enseñó a Caro.

–Segonzac es un pintor de segunda fila –dijo ella.

–No todos los artistas pueden ser sublimes.

–Está claro. –Se activó ante lo que él acababa de afirmar, como si tuviera que mostrar educación–. Pero hay una veracidad, una fe constante, se podría decir, que realza incluso a talentos menores. Algo que la señora Thrale decía de tu padre: que no era un gran poeta, pero sí un poeta verdadero.

Paul retiró el cuadro, puesto que no había cumplido su función.

–Bueno –dijo Paul–, siéntate. Brinda por mi nueva casa. –Le desagradaba o de alguna forma lo hería que Caroline Bell le recordara a su padre. Caro se sentó en el montón de alfombras. Con su sonrisa sarcástica de siempre, como si estuviera a punto de reírse, observó a Paul manipular una petaca de plata–. No hay vasos; me temo que tendremos que utilizar un tapón. Es más, vamos a tener que compartirlo. –Se lo entregó–. Un tapón de la amistad.

Caro bebió. No le devolvió el tapón, sino que lo dejó a su lado en las tablillas recién enceradas.

–Oye, oye, mi suelo nuevo –dijo él y recogió el pequeño envase y lo escurrió–. ¿Quieres otro?

–No. Sabía a lata.

–¡Pero qué lata, si es plata de ley! –se sentó junto a ella en las alfombras–. Tienes que decirme qué te parece mi casa.

–Hay muy poco espacio.

–Estás estropeando las cosas.

–¿Qué queda por estropear?

Sonó el teléfono. El sonido explotó en el cuarto desnudo, rebotando en las paredes y el techo como una ráfaga de disparos.

Para hablar, Paul tuvo que arrodillarse.

–Aquí es. Pero me gustaría saber cómo ha conseguido este número... Mire, si esto se va a publicar esta noche, más vale que me lo lea... Muy bien, puede citar lo siguiente: No voy a responder a los comentarios del señor Fulano. Su malevolencia no me afecta y me parece que las obras del señor Fulano son la quintaesencia de la vulgaridad. Eso es lo que he dicho. Sin ninguna duda: Q-U-I-N-T-A y esencia... Eso es, esencia, como la de vainilla. En realidad, la palabra significa «sustancia celestial». ¿Le importaría leérmelo entero otra vez?... Muy bien, entonces... Eso tendría que ser a mi regreso de España, adonde me voy mañana, digamos a finales de... sí, eso me viene bien. Llámeme entonces.

Paul colgó. Se levantó y se quedó de pie con las palmas de las manos juntas, mirando a Caroline Bell como si fuera un enigma que hubiera que resolver, recreando el estado de ánimo con el que la había traído hasta allí.

–¿De verdad te vas mañana a España?

–Por supuesto que no –buscó a su alrededor la petaca–. Vamos a tomarnos otro taponcito de lata. –Se lo entregó–. ¿Cómo te sabe ahora?

Caro dio un sorbito y le devolvió la copa.

–Ahora sabe como si llevara tus iniciales.

–Te has convertido en una bruja, Caro. Antes eras...

–¿Cómo?

–Angelical. Pero mucho menos hermosa. Por desgracia, así son las cosas. Ahora háblame de mi casa, de mi obra.

–Tú no quieres opiniones, quieres aprobación.

–Tu aprobación sí que la quiero.

El teléfono soltó otra detonación. Paul se arrodilló de nuevo para hablar.

–Sí, creo que esto es Flaxman n.º 5. No, me temo que ella no está aquí, pero puedo darle un… Ya le he dicho que no está aquí, pero que… –Ante una interjección Paul alzó la voz, o más bien endureció el tono, para después continuar hablando; al fruncir levemente los párpados demostró que su buena educación le impedía cerrar los ojos, aunque fuera momentáneamente, para mostrar exasperación–. Ya le he dicho con toda claridad que la señora Ivory no está. –Dijo la «señora Ivory», en lugar de «mi esposa» o «Tertia», tal como un miembro del Partido podría haber transformado solemnemente Rusia en «la Unión Soviética». Allí agachado en el suelo, defendiendo su dignidad, tenía un aspecto cómico.

–Dile que mañana te vas a España.

–Desde luego que no me voy a quedar aquí plantado –Paul se agachó todavía más– escuchando… –Clavó la mirada, después colgó de un golpe el receptor, con tanta fuerza que se tuvo que quedar a cuatro patas. Se levantó, sacudiéndose los pantalones–. El muy cabrón me ha colgado. Se creía, hacía que creía que yo era el criado.

–Eso es por cómo dijiste «la señora Ivory». –Caro observó cómo Paul pensaba en la llamada, en su interlocutor y en la señora Ivory. La honorable Tertia.

–¿Cómo lo he dicho?

–Pues con educación.

Dios no quisiera que la señora Ivory se echara un amante de clase baja. En la calle, el hombre seguía cantando con voz aguda y temblorosa, como la de una grabación antigua:

Pero hay una rosa que no muere en Picardy.
Es la que llevo en el corazón.

Paul cerró la ventana.

–Si te agrada saberlo, esa es precisamente la situación. –Se refería a la llamada de teléfono.

–Entonces, es más problemática de lo que tú esperabas.

No se podía decir que eso fuera una pregunta, y se podría haber dicho que Caro, levantando la vista con desgana desde el paquete de alfombras, se mostraba absolutamente indiferente. El intento de estropear las cosas mediante la franqueza se había quedado en nada: la franqueza debe tener una intención franca, sin ella carece de valor. Pero Paul se quedó callado un momento antes de decir:

–Crea realmente un nuevo nivel de aislamiento. –Cuando más sincero se mostraba era cuando reconocía lo que le desagradaba, y su voz, si se veía libre de afectación, tenía un tono maduro, resonante, casi hermoso. Sus ojos claros, que corrían el riesgo de llegar a ser tan prismáticos como los de Tertia, volvieron a teñirse de un resentimiento natural–. Por supuesto, eso se debe a que al mismo tiempo hay que mantener las apariencias en público. Seguramente no tenga nada de novedoso. –No había sorna, ni siquiera en este último comentario. Paul puso un pie en el montón de alfombras, cerca de la mano de Caro, y continuó:

Que yo sepa, todos los maridos son como yo;
y a quien quiera que por su esposa pregunto
no deja de ocultar sus tormentos,
igual que yo. ¡Cómo no voy a saberlo!
Si algo tan extraño ahora es mi aflicción.*

Se volvió a sentar con Caro en las alfombras.

–Ya te imaginarás por qué esa obra ya no se interpreta en la actualidad, ¿no?

Junto a la gelidez del matrimonio de Paul, representada en el interesante decorado del éxito mundano, la herida de Caro debía palidecer hasta convertirse en un ligero toque de experiencia que sería tedioso mostrar. A Caro había que instruirla, no preguntarle; había que dirigirse a ella intercalando muestras de complicidad como: «Por desgracia, así son las cosas» o «Es algo que tenemos que solucionar». Sería Paul, no Caro, quien interpretaría el destino de cada uno de los dos. Era algo que ya estaba decidido, mientras él estaba allí sentado hablando de las intimidades de su vida a la persona más apartada de ella, no para readmitirla en la vida, sino en las intimidades.

Paul levantó la mano para coger la de Caro. Entonces pareció pensárselo dos veces: una pequeña indecisión dentro de otra mayor.

–Supongo que en el asunto hay una interesante connivencia. Al engañarnos mutuamente, ella y yo acordamos engañar, a otro nivel, a un público mayor.

–¿Y eso te atrae?

–Siempre me ha gustado el teatro dentro del teatro. –Sonrió–. Tengo una idea. Vámonos a España mañana.

–Y le enviamos una postal a ese hombre.

–¿A cuál?

–A los dos.

Su risa retumbó en la habitación como el sonido del teléfono. Al apoyarse en las alfombras para incorporarse, en el codo de Caro se quedaron marcas como de puntadas hechas con cordel.

–Yo he seguido queriéndote. –Durante todas esas cosas tan interesantes que me han ocurrido–. Y tú me quieres también.

–Sí.

–Lo mejor es decir la verdad.

–Esa expresión es despreciable. Igual que «No hay crimen sin castigo».

La misma irritación en los párpados fruncidos de Paul.

–¿Ahora vamos a hablar de retórica?

Caro se puso de pie, sin escuchar; sin pretender darle ninguna lección con su lejanía. Cogió su paraguas de una esquina y salió de la habitación.

El primer tramo de escaleras, que recorrió con rapidez y ligereza, era demasiado estrecho para que él la adelantara. Cuando la alcanzó en el descansillo sí le agarró las manos.

–No te voy a dejar marchar. Por supuesto. –Lo dijo con indulgencia, convenciendo a la niña de que abandonara su capricho, pero, tal como Paul comprendió únicamente al tocarla, su propia mano estaba ardiendo, insegura.

Por encima de ellos se alzaban las empinadas escaleritas, la pared blanca de un acantilado que podría o no volver a escalarse.

–Déjame irme ya.

–Oye, esto es lo que tú querías, ¿no?: ¿ir al teatro y después venir aquí?

–Eso no significa que no quiera cosas mejores.

–Hoy ya has cruzado suficientes puertas.

–Suéltame. Yo no quiero ser así. Déjame que haga mi vida. O por lo menos ser como era antes. En lugar de como he sido durante todos estos meses, desde que te conocí.

A pesar de lo inclementes que eran, esas últimas palabras no sonaron mordaces, sino que podría haberlas dicho una persona privada durante largo tiempo del habla y el contacto humanos, que ahora expresara con torpeza realidades descarnadas. Sin embargo, en Paul desataron una tensión

renovada, y el tenue fulgor eléctrico del piso de arriba, como una luz de luna teatral, mostró su rostro desteñido: poco masculino, poco joven.

–Ves en mí una debilidad tuya –dijo Paul.

–Toda mi debilidad se ha destilado en ti.

Caro tenía la capacidad de interrumpir el flujo de la voluntad de Paul, de manera que su apariencia perdía consistencia, como les ocurre a todos los seres, incluso a los animales, cuando actúan sin convicción. Por contra, cuando Caro se sentía más cerca de Paul, y menos sorprendida de quererlo, era precisamente en esos momentos.

El clímax de la escena fue cuando Paul, que tenía olfato para captar las fluctuaciones de la resistencia, volvió a abrazarla, deslizando las manos dentro de la gabardina abierta de Caro, como si estuviera poniéndose bajo su protección. El paraguas cayó sobre las tablillas desvestidas con un indiscreto repiqueteo. Ella no levantó los brazos hacia él.

–Qué fría eres. Qué fría –dijo Paul.

Así se quedaron, sin más cambio que los movimientos de las manos de Paul sobre el cuerpo de Caro: ligeras ondulaciones con las que la luz jugaba formando nubes.

–¿Por qué quieres esto? –preguntó ella retirándose, dando la espalda al tramo de escaleras inferior. La voz era un timbre despojado, las palabras estaban tan desvestidas como las tablillas.

–No lo sé. –Se le había contagiado la franqueza, que siempre es lo mejor–. Es la demostración de todo aquello en lo que no creo.

Caro podría haberle dicho: «Sin embargo, crees en Dios», pero no podía involucrar a Dios en tanta chapuza.

Paul Ivory puso la palma de la mano en la pared, junto a la

cabeza de Caro, apoyándose a la espera de que ella se rindiera. En la pared impoluta, los dedos bien proporcionados proyectaban una sombra enorme: él tenía la sartén por el mango. La luz iba dando a su figura flexible pero metálica el color del peltre. No es frecuente que Venus pase ante una estrella tan brillante, y que la oculte.

Paul se apartó un poco para poder observar mejor cómo cedía ella.

Le había abierto el vestido y la veta de carne que quedó al descubierto dentro de la ropa de calle supuso una extraña conmoción. La gabardina suelta, la parte superior del vestido rojo desabrochada, después la secreta rendija blanca. Al contrario que muchas imágenes de Caroline Bell que más adelante intentó conservar, esta se le quedó a Paul Ivory grabada en la memoria: la crudeza de la pared, las escaleras por arriba y por abajo, su vestido rojo; y el destello de sus pechos, que ella desveló con solemnidad, como si hiciera una confesión.

* Cita de la obra *The Maid's Tragedy,* de Francis Beaumont y John Fletcher, publicada en 1619.

16

> Me preguntaste por la obra de Paul Ivory. Hasta el mes pasado no la vi. Me impresionó y quizá sorprendió con cuánto desparpajo se ocupaba del entorno obrero. Yo creo que a ti te resultaría sospechosa: algunos de los efectos son falsos y tiene un final manido, inteligente, que pese a todo lograba sorprender. Parece que va a durar eternamente, así que quizá puedas verla cuando regreses de Francia.

Caro dejó de escribir y volvió a leer el párrafo. Qué sincero, juicioso. Es mucho más fácil parecer auténtico cuando te muestras despectivo.

Estaba sentada delante del escritorio recordando la obra de Paul Ivory y cómo, durante un momento al finalizar el primer acto, el público se había quedado en silencio después de lo mal que lo había pasado. Aquí y allá, en la sala se escuchó un chasquido o el tictac de un reloj, un ligero chasquido como el que se escucha en las alfarerías, entre piezas de cerámica que se enfrían después de pasar por el horno. Y después, el aplauso, como una grieta abriéndose.

> Qué bien que puedas asistir a la conferencia de Roma antes de regresar aquí: algo leí en la prensa sobre el tema. De Roma recuerdo un palacio concebido a partir del horóscopo de un noble; es decir, que estaba decorado con representaciones de planetas y dioses paganos. Simple astrología, pero quizá puedas verlo de todos modos.

Estaba por tanto garantizado que la hora más feliz que Ted Tice pasaría en Roma sería en unas salas decoradas con frescos a orillas del Tíber.

> Apenas tendré tiempo de escribirte de nuevo antes de que vuelvas a Inglaterra. Gracias por haberme propuesto la cena, me encantará. Entonces, hasta dentro de un mes.

Caroline Bell echó la carta de camino a casa al mediodía. El sábado solo trabajaba media jornada y se detuvo para comprar algo con lo que darle de comer a Paul. En esa época vivía en un piso situado en una última planta, que le alquilaba un amigo de la oficina al que habían destinado al extranjero. Estaba cerca del mercado de Covent Garden, en un edificio ocupado mayormente por impresores y editores.

El mediodía entraba glorioso en los ladrillos tiznados de hollín de la estrecha Maiden Lane, y se expandía con intención arquitectónica en el mercado. La ciudad no defraudaba al sol. Y Caroline Bell agradecía una ligereza física que nunca había sentido y que sabía que se debía a su juventud. Caminaba con bolsas de papel en los brazos, sonriendo al pensar en su juventud perdida, descubierta a la avanzada y adulta edad de veintidós años.

Paul estaba en el umbral de la casa de Caro. Esperó a que ella se acercara y después se inclinó desde el escalón para abrazarla. Con las bolsas de papel y un ramo de flores rojas, Caro formaba un curioso amasijo.

–¿Por qué sonríe esta mujer?

–Estaba pensando en la edad adulta, y en el adulterio.

–Qué curioso, yo también estaba pensando en el adulterio. ¿Tienes la llave?

Se la dio. Subieron por las escaleras de linóleo, pasaron delante de puertas selladas con la irrevocabilidad del fin de

semana. En un edificio antiguo como este el polvo se asentaba con rapidez y la apertura de esos pequeños negocios cada lunes no era más que un aplazamiento, siempre sorprendente, del definitivo y ordenado olvido.

–En Inglaterra, la primera hora de la tarde es un ensayo del fin del mundo –dijo Paul. Cuando se detuvieron a coger aliento en un descansillo, añadió–: Estas han sido las mejores semanas de mi vida.

El apartamento era un amplio salón con ventanas que recorrían uno de los lados y con una descolorida claraboya en el fondo. Una de las paredes estaba totalmente cubierta de libros en estantes combados, y el suelo irregular aparecía oculto debajo de una gran alfombra azul, casi andrajosa, en la que todavía podían distinguirse restos de dibujo rojizo, como gases industriales en un cielo en penumbra o manchas de sangre mal limpiadas. En la depresión que formaba un sofá-cama que, cubierto por una colcha azul nueva, estaba colocada contra unos libros, se reproducía otra pendiente abombada, formada por el techo, los estantes y el suelo. Había una mesa antigua de buena calidad, con algunas marcas, y dos sillas. El único cuadro era el ángel sevillano de Caro, en una pared junto a la puerta de la cocina.

Todo estaba gastado, o agotado, hasta el cielo mancillado. Los libros, como corresponde, aportaban humanidad. Por lo demás, se podría haber dicho que el espacio era deprimente o apagado.

Paul se sentó en la colcha limpia, con las manos casi sobre las rodillas.

–¿Tienes hambre? –preguntó Caro desde la cocina.

–La tendré.

Desconectó la destartalada estufa y regresó junto a él. Paul estaba vuelto hacia la pared, mirando los libros.

—Esto sí que es una biblioteca, ¿verdad?: un Larousse, el Grove entero, ¿qué es esto? Bartlett…

—Es la balda de consulta.

—De la erótica nos ocuparemos nosotros. —La atrajo hacia el sofá, para que se arrodillara mientras él se tumbaba—. Este sofá es tu balda. Esta cama tu centro es, estos muros tu esfera*.

—Es el nombre de una sinfonía, la Erótica.

—Aquí hay una cosa que quiero. —El libro era tan voluminoso que tuvo que volver a incorporarse y sacarlo con las dos manos. Lo dejó caer para que se abriera en el regazo de los dos y sobre la colcha cayó un polvo rojizo—. Ahora es inencontrable. Me vendría bien para algo en lo que estoy trabajando. —Era una edición de obras de teatro antiguas.

—Bueno, supongo que te lo podría prestar. Supongo que sí. —Caro se lo quitó de encima de las rodillas y deambuló por el cuarto. Echó las cortinas, puso el jarrón de anémonas sobre la mesa. Se quitó la ropa.

—Yo pretendía quedármelo.

—Ya ves que no es mío.

Caroline Bell se cruzó las manos por detrás de la coronilla. Ahora su torso extendido era tan imperioso como vulnerable.

Paul tiró el libro al suelo, junto a la cama, y se tumbó, observando. Y bajo la luz velada, con una añeja masa de libros por detrás, podría haber sido el motivo de una ilustración victoriana: un cuerpo joven caído sobre un fondo azul y rojo, un brazo envuelto en una camisa blanca colgando hacia un libro caído. *Childe Harold, La muerte de Chatterton.* Eso es lo que dijo Caro.

—Gracias. Ahora ven aquí. —Caro se acercó a la cama y se tumbó junto a él—. Y pensar que esto es lo que me espera, día y noche. —Cogió unos rizos de su pelo recio y le extendió esos

rayos oscuros por la cabeza. «Parecen las crines de un caballo.»

–Mi amor, mi amante –dijo ella.

–¿Te acuerdas de la primera vez, cerca de Avebury? Te dije que mis sentimientos nunca habían sido profundos. O suficientes. Lo que ahora quiero decirte es que lo que siento por ti es lo más intenso que nunca había sentido por nada o por nadie.

Caro le tocó la cara. Ese día, en Avebury, le había llevado la mano hasta el revestimiento del armazón, y él había dicho: «Aunque no sé cuánto es suficiente».

A veces Paul seguía pensando que ella parecía ajena, con lo que se refería a que nunca parecía pertenecerle del todo.

–La posesión es lo que cuenta –dijo Paul. Pero eso fue mucho más tarde, cuando, allí tumbado, miraba el cuarto polvoriento y pensaba que la juventud era útil, porque, de no ser por ella, estos momentos concretos de languidez, de ropa interior sobre las sillas, parecerían un presagio de profunda debilidad. Las flores ya estaban aplastadas, rojas, chillonas–. Me había quedado dormido –dijo.

–Y yo te estaba mirando. –Quizá quisiera decir «vigilando», pero a Paul, que tenía la ligera tensión facial que mostraba cuando algo le desagradaba o inquietaba, no se le ocurrió tal cosa.

–Es inquietante que te miren mientras duermes. Así es como los hombres lo pierden todo: el cabello, la cabeza o algo peor.

No le iba a decir cómo la había observado dormir la primera noche que ella fue a su nueva casa. Cómo la había observado respirar y sus ligeros movimientos en el sueño, y esa piel tan transparente que podía imaginarse las entrañas dándole forma y los pequeños, complejos órganos

reproductores con su capacidad para cambiar el mundo. Al salir el sol había observado ese fenómeno, tan bello que apenas se podía creer necesario añadirle la razón, la expresión y la debilidad humana, ni desde luego la capacidad para aparearse.

No le iba a decir esto a Caro para incrementar todavía más su fuerza.

Bajó la mano hasta el suelo, junto a la cama.

–¿Entonces me lo puedo llevar?

Caro sabía que se refería al libro.

* Verso del poema *The Sun Rising,* de John Donne.

17

En la oficina ministerial donde Caroline Bell trabajaba había una joven llamada Valda. Que se la llamara Valda tenía su importancia, porque a ella no le gustaba. A ninguna de las demás mujeres le importaba ser Milly, Pam o Miranda para sus correspondientes señor Smedley o señor Renshaw-Brown. En realidad, ninguna de las demás tenía inconveniente en que la llamaran «chica».

En esa época los hombres ya no se llamaban Bates o Barkham, sino que inmediatamente eran Sam o Jim. E incluso los que tenían nombres de pila inevitablemente formales como Giles o Julian parecían estarse quedando peligrosamente rezagados o condenados al ostracismo. En la sección de Planificación había un hombre mayor que anteponía el «señor» al apellido de sus subordinados: «señor Haynes», «señor Dandridge», como haría el capitán de un antiguo buque con su primer oficial o su contramaestre. Sin embargo, con las mujeres, él también se permitía utilizar de vez en cuando Marge o Marigold, aunque a la señora que limpiaba en su casa la llamaba señora Dodds.

Cuando Caro preguntó: «Si se hicieran realmente amigos de alguien, ¿cómo le llamarían?», Valda le contestó: «Confían en que la verdadera amistad y el trabajo nunca se mezclen».

Sin embargo, según Valda, esa simpatía instantánea y obligatoria entre hombres era una pérdida que, por lo menos,

todos ellos compartían. No era así con la confiscación total que suponía llamarse June o Judy.

Valda llamó la atención al poco de llegar a la oficina. Su pequeño señor Leadbetter, director de Servicios administrativos, había salido de su conejera, con las orejas levantadas, un botón en la mano y preguntándole si podía cosérselo. Consideraba él que ella no tardaría ni un minuto. Valda accedió educadamente. Y, dejando a un lado sus papeles, sacó de un cajón del escritorio un estuche con agujas e hilos de colores, propio de un ama de casa. Con la chaqueta del señor Leadbetter derretida sobre el regazo, achinó el ojo para enhebrar la aguja y no tardó en ponerse a coser. Leadbetter se quedó a observarla. Camisa azul de rayas, pantalones hasta las axilas, colgando de unos tirantes, también de rayas, fabricados hace tiempo para durar. Qué agradable era quitarse la armadura y contemplar a la hermosa Valda realizar su humilde y femenina tarea. Cuando la terminó, cuando hizo un nudo en el hilo y lo cortó, él se lo agradeció.

–Gracias, Valda. No se me dan bien esas cosas. Y me pincharía hasta hacerme sangre. –Era importante mostrarse agradecido.

–Son cosas sin importancia que hacemos por los demás –respondió Valda, haciéndose eco de los buenos pensamientos de Leadbetter.

A la semana siguiente Valda entró en la oficina de su jefe, que estaba revisando un penúltimo borrador, y le pidió que le cambiara la cinta de la máquina de escribir.

El señor Leadbetter se la quedó mirando fijamente.

–No se me dan bien las máquinas –dijo ella.

Se quedó desconcertado y contrariado.

–¿No ha necesitado nunca cambiar una cinta? ¿Es que no le

han enseñado a hacer estas cosas?

–No tardará usted ni un minuto.

–Mejor que se lo enseñe alguna de las chicas. –Era incomprensible.

–Se ensuciarán las manos –añadió ella–. Es una cosa sin importancia.

En ese momento Leadbetter lo entendió todo. Furioso, se fue a buscar a una de las chicas, las auténticas chicas.

–La señorita Fenchurch necesita ayuda con la máquina de escribir.

Era la primera vez que no la llamaba Valda, pero el respeto solo lo dictaba el resentimiento. La segunda chica lo miró con obsequiosa timidez y con terror a Valda, y se inclinó de inmediato sobre la máquina, como si fuera una cuna.

Llegado el momento, el señor Leadbetter escribió en el expediente de Valda que solía alterarse por nimiedades. En la jerga oficial «solía» equivalía a ponerse como un basilisco.

Había un cuartito interior, como un armario, en el que, mañana y tarde, las chicas se turnaban para preparar el té. En la pared había una lista pegada, con los nombres de los caballeros y sus gustos: el señor Bostock, suave y con azúcar; el señor Miles, fuerte y solo. Leadbetter, el de Valda, tomaba manzanilla, que se compraba en Jackson's, en Piccadilly; había que prepararla en su propia tetera y después filtrarla. Otro cartel advertía que no había que dejar posos de té en el fregadero. El cuarto era agobiante y cutre. Había manchas en el suelo de linóleo y olía a galletas revenidas. En una de las paredes salpicadas se estaba desprendiendo la pintura por las emanaciones de un calentador de agua eléctrico.

A veces, cuando Valda preparaba el té, Caro le colocaba las tazas en una bandeja marrón rayada.

Era todo un espectáculo ver a la mayestática Valda, con sus

largos miembros, dosificar con desdeñosa atención la manzanilla para la tetera especial del señor Leadbetter (que llevaba atada al mango una pequeña etiqueta que decía: «Dejar reposar cinco minutos»). Escucharla soltar de un tirón las instrucciones: «Sacarina para el señor Hoskins, una pizca de limón para el señor Farquhar». Llenaba el insulso cuartito de desprecio y decisión, y a las demás mujeres les producía un maravilloso estremecimiento de miedo, porque estaban convencidas de que, si hubiera entrado alguno de esos hombres, la actuación de Valda no se habría visto en absoluto alterada.

En general, cuando Valda hablaba de los hombres, partía de la base de que todas compartían una experiencia calamitosa. Ninguna de las demás participaba en esas conversaciones, que no solo carecían de tacto, sino que habrían puesto en solfa sus propios tratos diferenciados con el señor Fulano o el señor Zutano. Es más, temían que Valda, si le daban alas, pudiera llegar al insulto.

Por la tarde, al observar a las mujeres de la oficina desfilar hacia la salida, Valda le comentaba a Caro: «Entre mugidos, el rebaño bordea lentamente el prado»*.

En la oficina había otra facción masculina, la de jóvenes avejentados que hablaban con acritud de las divisiones de clase y del derecho a las oportunidades, o la ausencia de ellas. Con estos Valda tampoco tenía paciencia: «No llegan a creerse su propia existencia y están esperando que alguien se la descubra, sin cobrarles nada». Dejaba la lata de galletas, desenchufaba el calentador eléctrico: «Oh, Caro, es cierto que el hombre corriente está siempre atribulado, pero tiene a mucha gente de su parte. El que exaspera a todos es el hombre singular».

Valda le decía a Caro: «Te sientes absolutamente desleal a

tu propia experiencia cuando te encuentras a un hombre que te puede gustar. Para entonces, ya casi no ves cómo puedes contemporizar sin traicionarte, es como pasarse al enemigo. Y además está la espera. Las mujeres tienen que hacer lo imposible para acabar con esa estúpida espera al final de una línea de teléfono que nunca suena. Al final de ese *receptor,* que es lo que a nosotras se nos considera». O lentamente, agitando con la mano derecha la tetera con el té dentro, como un atleta que calienta los músculos para lanzar un disco: «Está el arreglarse, el peinado, hacerse las uñas. Cuidarse los pies. Y, después de todo eso, eres la comida que se tragan mientras leen el periódico. Te digo yo que cada uno de los dedos que nos pintamos será otro clavo en sus ataúdes».

Todo eso era algo indiscutible, que incluso demostraba valentía. Pero era un mapa del que no surgían habitaciones, horas y rostros humanos; que carecía de la floración de la generosidad o el descubrimiento. Puede que las omisiones constituyeran la propia vida, a menos que el mapa se considerara un sucedáneo del propio viaje.

Por lo menos ahí es donde radicaban las objeciones que planteaba Caroline Bell.

Por su parte, Valda veía en Caro una posibilidad perdida. Caro podría haber hecho lo que quisiera, pero prefería el limbo corriente del amor y el sexo. Quien dijo: «Si vas con mujeres, no te olvides del látigo» hablaba de algo profundo y profundamente desalentador.

Valda miraba a Caro y pensaba cosas así. Pensaba: por supuesto, que le enseñen el látigo o una atracción parecida.

* Verso del poema *Elegy Written in a Country Churchyard,* de Thomas Gray.

18

Cuando Paul Ivory hizo un viaje de dos meses a Norteamérica escribió a Caroline Bell desde Los Ángeles:

> Querida mía: Me encantará irme de aquí, no por la gente del cine, el humo de los tubos de escape y los innumerables cementerios, que convertirían una aldea como Stoke Poges en algo imprescindible, sino porque he descubierto que solo puedo esperar una carta tuya en cada lugar que visito, y cuando la he recibido ya estoy deseando ir al siguiente. Después de desear toda mi vida visitar este país, ahora lo recorro como un rayo, buscando enloquecido tu siguiente carta. Es un plan diabólico el tuyo, del que nunca creo que pueda resarcirme.
>
> Las cartas, cuando las tengo, me llegan al corazón: un órgano que, por otra parte, en mi caso inventaste tú. Qué extraño que me afecte tu conocimiento cuando se queda tan corto en lo referente a mí. En esas cartas intento detectar cuál es tu estado de ánimo, y la luna me sirve de verificador independiente, pero siempre me encuentro esa agradable solemnidad –¿hacia qué?, ¿hacia el mundo?, ¿hacia mí?– que actúa como una banda desmagnetizadora (una cosa que se utiliza en los barcos para protegerlos de minas y radares enemigos). Creo que no quisiera que te independizaras o protegieras de mí, sobre todo a través de un buen carácter.
>
> Dicho esto, reconozco que mi insólita serenidad del año pasado, como sin duda sabrás, procede de la tuya. Es una especie de contagio, un riesgo netamente venéreo.
>
> Esto lo estoy escribiendo a medianoche, en la gran cama de un

cuarto pequeño que da a un jardín; parte de una suite que me proporcionan mis jefes de aquí. Es precisamente el cuarto que me había imaginado, hasta el punto de que intento añadirle al cuadro el factor definitivo y el más importante, pero no funciona. También hay una sala de estar blanca, una terraza con magníficas plantas, un cuarto de baño e incluso una cocinita. Pero lo principal es la cama, que sitúa el mundo en perspectiva.

Acabo de regresar de una especie de cena que se supone que es solo para los machos de la manada. (Cómo nos lanzamos a reivindicar nuestra cornamenta.) El monarca de esta cañada apenas me dirigió la palabra, lo cual parece que es un buen augurio. Todos estaban deseosos de respetar las tradiciones y yo he sonreído mucho, como sé que a ti no te gusta. Aquí se pueden conseguir cosas, siempre que no esperes conservar el alma impoluta: nada más llegar me separaron de la mía, aunque supongo que al marcharme me la devolverá, o algo parecido, la chica del guardarropa. Por otra parte, tampoco te escuchan o preguntan mucho, aunque sí se habla largo y tendido. (¿Fue Conrad el que dijo que el aire del Nuevo Mundo favorece el arte de la declamación?) Lo que quiero decir es que hay una fórmula, y a mí me tienen que encuadrar en ella.

Hasta ahora, California ofrece el mayor contraste imaginable entre las obras de Dios y las profanaciones del hombre. California es una mujer hermosa, pero mal hablada.

La semana pasada, en el hotel de Washington, me encontré con Christian Thrale, que estaba allí, como sin duda sabrás, para asistir a alguna conferencia. Me cayó mejor que otras veces, pero no estoy seguro de si fue por él o porque verlo me permitió decir tu nombre.

Me conmociona e impresiona el amor que te tengo.

19

En agosto del año siguiente Caro estaba sentada en un salón de té de techos altos esperando a Ted Tice. Este restaurante de unos grandes almacenes de Londres daba a Piccadilly Circus por un lado, donde la luz estaba discretamente velada; gracias a la solidez de los muros de preguerra una parte del ruido del tráfico procedente de la plaza se convertía en un zumbido igualmente prebélico.

Al admitir únicamente los sonidos apropiados, la sala no protegía más que a los decorosos. Todas las mesas estaban ocupadas por mujeres. Camareras parecidas a carceleras contemplaban los comportamientos con ojo reprobador, fregando represivamente una mancha o sustituyendo un tenedor que cayera al suelo. Todo esto iba unido a algo no desagradable: la seguridad de una guardería. Sin embargo, en un entorno así te podías hartar de las mujeres; de su género estridente, imperioso, ondulante, de sus pechos, sus traseros, su pelo bien peinado, sus faldas plisadas, sus volantes y bolsos atiborrados: de todos los aditamentos, naturales y adquiridos, de su sexo. En medio de esa profusión, al contrario que quizá a los hombres, casi no se las podía considerar personas, y se mostraban incluso decididas a ser tontas, ya que todos los temas quedaban santificados por la vehemencia con que se exponían.

Caro percibió su propia anormalidad: era la única que

observaba, la única que no hablaba, la única que no tenía mucho interés en un coche o una moqueta, ni en una vajilla para doce personas. La única que carecía de lugar y de protección, aunque sin ser libre. En la mesa de al lado había dos hermanas: delgadas, tranquilas, distinguidas, las dos con el pelo dorado y largos ojos claros; la mayor comprometida con un anillito de zafiros, la menor quizá de diecisiete años. Sus modales eran perfectos: mostraban delicadeza, cortesía, fidelidad. Se ofrecían el menú y el azúcar con tanta corrección como si no hubiera lazos de sangre entre ellas. Si podías ser así, bien podía valer la pena renunciar al temperamento.

Cuando llegó Ted, esa sala de mujeres recobró la compostura. Al pasar entre ellas se mostraron predispuestas a renegar de la superficialidad y a dejar de hurgar en sus bolsos. Era un poder que Ted estaba adquiriendo: formaba parte de una tercera posibilidad imprevista por quienes se habían preguntado si Edmund Tice triunfaría o fracasaría.

Desde que había regresado de Francia, Ted trabajaba en Cambridge, donde una vez más vivía en cuartos que se alquilaban amueblados. Su actitud hacia el proyecto de telescopio no había afectado al temprano reconocimiento de su valía, porque inesperadamente otros habían apoyado su posición. Durante unos meses había sido amante de una mujer a la que había conocido por el trabajo, pero esta había regresado hacía poco a Jodrell Bank. A lo largo de un otoño y un invierno habían hecho el amor los sábados, manteniendo las distancias el resto de la semana: un acuerdo no diferente al de un matrimonio aburrido. Al marcharse a Manchester, la joven estuvo a punto de llorar, al mismo tiempo que ofrecía a Ted una sonrisita y un giro de cabeza, como diciendo: No sirve de nada. Ted comprendió que para ella había sido un

amante insulso y egoísta, pero no tenía intención de decirle por qué.

–¡Qué lugar tan raro para vernos!

Ted parecía más grande que antes y más suelto. El pelo, en el que ya iba teniendo entradas, todavía tenía fuerza y formaba espesos rizos pelirrojos. En la frente la estría vertical era más profunda. Dejó el periódico sobre una silla vacía y se sentó. Al mirar a su alrededor fue como si intentara vislumbrar un fin para un salón así y para sus mujeres; como si supiera que en un tablero se estaba planeando el asalto a esta ciudadela. Quedó patente que ese espacio de techos altos no tardaría en dividirse en dos plantas, y que el salón de té sería una cafetería con autoservicio. No había quedado claro hasta que llegó Ted y con solo un vistazo se hizo una composición de lugar.

En ocasiones, en sitios así Edmund Tice pensaba en gente de buena familia en pueblos lluviosos y húmedas casas parroquiales. Se imaginaba a familias contenidas y educadas, sus jardines, sus animales domésticos con nombres literarios; las estanterías con vitrina y volúmenes de sir Lewis Morris o sir Alfred Comyn Lyall; *La luz de Asia,* un premio obtenido en el colegio y grabado en imitación de piel. Comprendía que irse muriendo no es lo mismo que morirse sin más; que erradicar no es lo mismo que matar. Era preciso que muriera algo –el recuerdo, la fe– que no había muerto antes o, por lo menos, no con la misma rapidez; exterminado por quienes tenían las aptitudes aceptadas, cómplices, aunque quizá no la mayor virtud. Él iba a participar en esa destrucción y, al igual que otros, se lamentaría cuando todo estuviera muerto y bien muerto.

Ted iba con regularidad a Londres a ver a Caro.

–He disfrutado al caminar por esas calles grises y saber que

iba a verte. –Una simpleza que no exigía contestación–. Cuéntame qué has hecho hoy.

–Escuchar a la gente quejarse. –Caro hizo sitio para un platillo de galletas de colores y merengues en forma de conchas en espiral–. Aunque las quejas tienen su fundamento.

–Es el problema de las quejas. Que suelen estar justificadas. –Después de pedir el té, Ted le preguntó–: ¿Hay algo allí que te pueda interesar?

–La verdad es que no. –Y no hay nada como lo que tú piensas.

–¿Hay alguien que alguna vez se vaya de allí?

–Los hombres, nunca. Las mujeres, solo para casarse.

–A menos que te cases conmigo, francamente preferiría que te quedes en esa tumba. –Pensó que Caro se molestaría o que sonreiría, pero no acusó recibo del comentario, que se quedó flotando entre los dos. Ted fue directo al grano, consciente de que el momento era absolutamente inoportuno–: Mi trabajo no es así. Para mí es necesario, tengo suerte. Pero tú eres tan necesaria para mi vida como el conocimiento para mi trabajo, y en esto no he tenido suerte; Dios sabe que sin ti ni mi ser ni mi fortuna serán plenos.

–A la gente no se la puede tener como se tiene información.

No tenía una actitud combativa, ni siquiera estaba agitada. Lo que le aportaba tranquilidad era una gran fuente de alegría, ya adquirida o prevista, que solo podía deberse al amor.

En ese salón rosa, trivial y bastante inofensivo que hasta entonces no había conocido mayor perturbación que la rotura de una vajilla de flores, el descubrimiento fue como un acto de violencia.

Ted comprendió que no podía ser algo nuevo. Pero Caro se había vuelto descuidada y no se molestaba en disimular. Hoy

tenía la seguridad de una acróbata, que afronta su aventura con gracilidad y una valentía innecesaria. Ahora estaba todo claro. Las manos y el pelo de Caro hablaban por sí solos, el antebrazo que caía desde la manga se convertía en la suave muñeca de una mujer enamorada: y todo eso lo deseaba, lo trataba, lo esperaba alguien, se le ofrecía a alguien. Ted lo rumió con una indefensión rabiosa, con repugnancia.

Estaba seguro de la identidad del amante, pero temía que la obsesión lo indujera a error.

–Me haces parecer cruel –dijo ella. Ted le daba pena. No sonrió, pero a pesar de todo estaba allí sentada con esa otra vida fluyéndole por dentro, que a ella le iluminaba las mejillas y a él se las empalidecía.

Ted observó cómo le brillaba la piel y dónde desaparecía debajo de su ropa, y pensó que su cuerpo, desconocido para él, ya estaba cambiando.

–No te vayas –le dijo cuando ella miró el reloj, sin poder evitarlo.

–Ya llego un poco tarde.

Como un detective tomó nota de la insensibilidad, la indiferencia del amante hacia el que no es amado. Y no hay nada que yo pueda hacer para alterar o evitar la situación. Ella puede destruirme y no podré hacer nada. No puedo evitar que se acueste con su amante esta noche, ni que le guste hacerlo, ni que lo quiera.

Para él, la incapacidad era injustamente vergonzosa, como la impotencia sexual, e iba unida a una inmensa y contingente humillación: quizá fuera la incapacidad que tenía toda la humanidad para pronosticar el caos o para protegerse de él.

Cuando se separaron, Ted tomó un taxi hacia Liverpool Street, donde estuvo una hora esperando su tren, incapaz de

leer o de telefonear a un amigo al que había prometido llamar. El techo de la estación era un mugriento cielo de plomo, de enigmáticas vigas y piezas. En los andenes, los viajeros iban de un lado a otro como refugiados. Ted Tice daba vueltas y vueltas a las mismas impresiones, intercaladas con los mismos lemas procedentes de las vallas publicitarias. Era asombroso cómo el tiempo se negaba a pasar y le quedó patente, sin indiferencia alguna, la multiplicación de los momentos durante esa hora. La desolación se acentuó, parecía que los pasajeros que esperaban envejecían, nada ni nadie era amable o joven, ni lo había sido nunca. Desde su sucio banco los observaba corretear o perder el tiempo, eran personajes de una obra realista que no dudaban de sí mismos ni tenían remordimientos, y que carecían de sensaciones merecedoras de las lágrimas de quien los observaba.

Al subirse por fin al tren, Ted Tice deseó que, si esto era una muestra del amor, todo el amor hubiera acabado.

–Hola –por una costumbre que caracteriza el amor bien alimentado, o el resentimiento, Paul ya no solía utilizar el nombre de Caro–. El coche está en la esquina.

Recorriendo calles grises, Caro se había olvidado de Ted Tice, y ya se imaginaba que le había dicho a Paul: Qué contenta estoy de verte.

Paul, que ese día había regresado de un viaje de quince días a Italia, estaba moreno. Los hombres y las mujeres con los que se cruzaba le lanzaban miradas al observar su salud acaudalada, importada, y miraban a los dos por la buena pareja que hacían. Lo mismo había ocurrido la primera vez que caminaron juntos por una carretera rural. La presencia de Paul, al contrario que la de Ted, hacía que la gente se olvidara de su propia realidad, no que la recordara. Además,

a Paul, que tenía una nueva obra en cartel, *Equinoccio,* a veces lo reconocían por la calle. Cuando los dos estuvieron en el coche, Paul la cogió de la muñeca un momento.

–¿Qué tal Roma? –preguntó Caro.

–Barroca. –Una desalentadora llovizna emborronaba el parabrisas–. Esta mañana estuve sentado al sol en el Pincio.

–¡Qué pena tener que irse! –Habría querido decir: Qué contenta estoy de verte.

–¡Qué mayestática te veo! –dijo Paul sonriendo. Condujo con cuidado, deteniéndose para dejar cruzar a tres escolares. Tal como les habían enseñado, los niños se tocaron la gorra para saludar a Caro. Paul dijo–: Se creen que eres la reina María.

–En ese caso no estaría delante con el chófer.

–Escúchame, tienes que tratarme bien porque hoy, una hora después de regresar, he tenido un encuentro inesperado. –Dijo un nombre y cuando Caro mostró su ignorancia, continuó molestó–. Es el único director importante que ha dado un paso adelante en los últimos diez años.

«Dar un paso adelante» intimidaba, porque daba a entender que uno podía estar confesando algo: «Se ruega a cualquiera que encaje en esa descripción que dé un paso adelante». «Si nadie da un paso adelante, todo el colegio se quedará después de clase.» Como si ese hombre tan importante, al que Caro ahora identificaba por las noticias de prensa, estuviera de alguna manera dispuesto a reconocer una culpa.

Cuando Paul terminó su historia, ya habían llegado a Covent Garden y habían salido del coche. En una hora o dos, en su propia casa, Paul se la volvería a contar a Tertia, quien, después de casarse con un hombre que se había comprometido a alcanzar renombre, la recibiría como quien recibe lo que ya es suyo.

Subieron las escaleras hacia el apartamento de Caro. Paul ya tenía su propia llave.

–Ahora eres tú la que tiene que tratarme bien –dijo al girarla dentro de la cerradura.

Pero estaba claro que esa noche, distraído por los homenajes que le rendían, era invencible. Era inútil intentar revertir esa situación, hablarle a Paul del propio estado de ánimo, a él que odiaba hasta tal punto sentirse dirigido que en ocasiones ni siquiera toleraba que le recomendaran un libro, o que se enfadaba si Caro, al tratar de ponerse muy guapa, pudiera parecer que lo instaba a interesarse. Cuando se sentía así de acosado, la más mínima apelación a sus afinidades podía verse rechazada con virulenta energía, como si fuera una amenaza.

A veces, cuando arremetía de ese modo, también podía llegar a herirse accidentalmente.

Caro estaba tumbada en la cama, con la ropa puesta, y Paul sentado a su lado, absorto. Con la mano describía círculos en el pecho de Caro, pero por la inercia de una costumbre amable, como el que acaricia distraídamente a un animal doméstico. Por su parte, la mano de Caro reposaba abierta sobre la colcha, extendida hacia arriba, ante una pitonisa.

Lo observó con un amor que era como una pérdida de la conciencia. Paul pensaba en la obra que podría escribir para quien inesperadamente había dado un paso adelante.

–La gente ya no se sorprende de nada. No quiero decir que sea algo sin importancia. Ahora, la ausencia de sorpresa que en los individuos se desarrolla con la edad le afecta a una población entera. Supongo que comenzó a ocurrir durante la Primera Guerra Mundial. Por ejemplo, llegados a este punto ¿por qué a ti o a mí nos tiene que sorprender algo?

–Todavía te puede sorprender quién lo hace. Alguien a

quien conoces bien podría sorprenderte con un acto monstruoso o noble.

–Incluso en ese caso, el amor o el odio podrían atenuar la sorpresa. –Esa noche, Paul se mostraba imparcial, incluso aséptico, respecto al odio y el amor. El mundo, al tratarlo bien, había respondido a sus deseos ese día, y sus energías actuales se canalizaban de tal manera que la propia gratificación sexual constituía una sublimación–. La capacidad para sorprender es una forma de independencia. Y el sentimiento de posesión puede ser tan fuerte que impida reconocer esa revelación.

–Ted y yo hemos estado hablando de posesión. Hoy he tomado el té con Ted Tice –dijo sin pretender sorprenderlo.

Paul no respondió. Pero una hora después comentó:

–Es difícil interesarse en Tice. –Quizá nunca se hubiera quitado de la cabeza a Ted Tice. Se levantó y dijo–: Esta parte me horroriza. Los calcetines y las camisas. Marcharse.

–Irse a casa.

–A algunos hombres se les puede ahorrar esto –dijo–, no casándose con ellos. –Apresurándose a guardar los calcetines y las camisas, tarareó intencionadamente: como una máquina enchufada que aún no está en marcha. Se volvió a sentar en la cama junto a ella–. ¿Sabías que los rusos siempre se sientan un momento antes de marcharse?

–Ese es el único momento en el que tú te sientas.

–Dios mío. Te quejas como la clásica amante.

Sabía que ella nunca se rebelaría contra la insinuación de que quizá pudiera estar comenzando a ponerlo de los nervios. No tenía ninguna intención de que Caro estuviera segura de su amor, y podría haber dicho que lo que los mantenía unidos era una pérdida recurrente.

–Es que soy la clásica amante.

Paul le agarró las manos. Así dio la impresión de que le impedía que se hiciera daño.

–No me censures. Pareces una maestra de escuela.

–La clásica amante. –Los dos se rieron, pero después Caro preguntó–: ¿Qué va a ser de nosotros?

–Quién sabe.

Esto produjo un temor resentido, como cuando un cirujano de confianza súbitamente dice: «Ahora depende de la naturaleza» o «Estamos en manos de Dios». Del mismo modo que Paul se había comprometido a dar renombre a Tertia, también había prometido ser el dueño de Caro, y ahora que por fin ejercía como tal no debía retractarse.

El voto matrimonial más fuerte era el que había hecho esa noche.

–El engaño debe terminar en algún momento. –El momento elegido por Caro para insistir era tan contraproducente como el de Ted–. Al final debe prevalecer la verdad.

–¿Y no crees que la necesidad de engañar del ser humano también forma parte de la verdad?

–De la realidad, no de la verdad.

–Para resolver eso –dijo Paul– necesitaríamos a un teólogo y a un experto en semántica. –Sonrió, sin soltarle las manos–. Me alegro de que no estén aquí. –Y continuó, de lo más razonable–. En estos tiempos quieres tener todas las cartas sobre la mesa. Antes tenías un encanto enigmático, capaz de todo.

–De lo que era capaz era de esto. –El amor se había convertido en su mayor distinción, o en la única–. Se dice «sería capaz de matar», pero no todas las capacidades son negativas.

Le soltó las manos, mostrando resignación: era inútil sujetarla, no por eso dejaría de ser capaz ella de cometer un

acto violento.

–Lo que quiero decir es que antes me asombrabas.

–Y ahora ¿cómo te voy a asombrar? –Ya que estaba obligada a mantener la existencia de Paul en cierto punto máximo.

–Cuéntame algo interesante sobre Tice –contestó riéndose.

Un silencio que también era un balbuceo dio interés al momento. Para ella, el paréntesis fue el recuerdo de una sensación. Un verano, mientras ayudaba en las labores de jardinería en Peverel, había recogido con una pala una rata o un conejo muerto: un peso inanimado diferente al de algo que nunca hubiera tenido vida.

–¿Y bien? –Más que una revelación, lo que Paul quería era hurgar en cualquier virtud que aún conservara Caro en su interior. Aunque no fuera más que la sagrada custodia de un pecado ajeno–. ¿Qué me cuentas, Sherezade? –Paul tiró al suelo la chaqueta y se volvió a tumbar junto a Caro. Y ella le contó cómo Edmund Tice había salvado la vida al científico alemán que era su enemigo.

Paul Ivory escribió a su madre:

> Mi querida Monica:
>
> Qué bien haces quedándote en las Barbados. Desde que te fuiste hemos tenido cuatro días buenos (los patriotas podrían decir que cinco). Dado que el verano ya se ha acabado, a Inglaterra apenas le quedan anhelos futuros, o más bien ninguno. En realidad, a mí me gusta esta época: rastrojos blanquecinos en los campos y los bosques que comienzan a virar hacia el óxido. Ya te imaginarás que he estado en el campo, me he quedado unos días con Gavin y Elise. Mi cuñada sigue ganando terreno: mientras Gavin habla, ella explica, *ad alta voce,* lo que él quiere decir. Es como una película con subtítulos.

En realidad, esto me ha proporcionado el germen para una obra: el eclipse de un hombre que establece una relación con una mujer de carácter, incluso de genio (desde luego, no Elise, pero tú ya me entiendes). Podría titularla «Una sola carne». Así que he estado dándole vueltas a espectros como *messieurs* Récamier, de Staël, de Sévigné y el señor Humphry Ward. ¿Qué te parece? Por supuesto, no sé lo que demostraría; probablemente nada más que, sean cuales sean las condiciones, el matrimonio es un infierno.

Tu informante, o delator, tenía razón al pensar que me vio en la inauguración del reestreno de Pinero. Una mala obra: me habían dicho que no había que perdérsela, pero ahora creo que sí. Después hubo una fiesta, con una breve aparición del primer ministro, ese fanático corrompible, que parecía muy enfermo. Tu amigo también tenía razón al informar de que me habían visto con la misma mujer en varias ocasiones recientes y menos recientes. Habría pensado que esa constancia, más que perturbarte, te habría tranquilizado. Como escribió Lord Byron, aunque no creo que fuera a su madre: «Llevo medio año sin recurrir a una puta, me he limitado al más puro y simple adulterio».

TU HIJO QUE TE QUIERE

Caro estaba junto a las ventanas del dormitorio de Paul mientras, al lado de la chimenea, este jugueteaba, sin nerviosismo, con un obelisco de mármol veteado de rosa.

Tertia Ivory estaba embarazada.

Estaba en el castillo: la grávida Tertia en su fortaleza. Agárrate fuerte, que la carrera ha de ser de los ligeros. En algún lugar, lejos del dormitorio urbano de Paul Ivory, refulgía un paisaje, el castillo se agrandaba en su impenetrable y ancestral elevación.

–Sabías las probabilidades desde el principio –dijo Paul. Al dejar de lado el amor pretendía fortificarse. Era algo que

debía a sus legítimos descendientes.

Para descubrir hasta qué punto puede debilitar la pasión, solo hace falta mirar a Caro.

–No me di cuenta de que te llevarías tanto. Ni de que yo te lo daría. –Las dos afirmaciones eran falsas. Su boca se volvía torpe con la incomprensión, o con la comprensión. Su cuerpo, inmóvil, dejaba ver una incómoda lucha.

–Pero ¿no es ese tu temperamento? –Se desentendía, aunque sin llegar a echarle la culpa: como un médico que atribuye a razones emocionales una dolencia que no ha tratado adecuadamente–. Ya sé que es difícil. –Paul se mostraba indulgente, admitiendo la ofensa que había causado el amor.

–¿Difícil? –Es como si nunca hubiera escuchado esa amarga palabra.

Paul ya había pensado que con ella tendría que pasar un mal rato y desde luego había tenido en cuenta el punto de vista de Caro. Le horrorizaba ese mal rato como a uno le horroriza un proceso, no su resultado. En una ocasión, su madre le había dicho: «Las cosas verdaderamente terribles son aquellas que uno no puede cambiar, aquellas que generan un compromiso indefinido». (Podría haber dicho «interminable», aunque ese no era su estilo.) En ese momento, el sufrimiento de Paul no conllevaba una condena así. Ya podía anticipar el fin de la relación con Caro.

Hacía tiempo que el dormitorio de Paul estaba totalmente amueblado: había alfombras extendidas, sillas colocadas y en una de las ventanas las cortinas habían quedado divididas por un jarrón de flores blancas, como de tela. Todo se mantenía absolutamente ordenado, aunque, por descuido, a veces las flores despedían doradas partículas de polvo. En el tocador aparecían alineados accesorios de plata: cepillos y espejos de

mano pasados de moda, incluso anticuados, todos ellos con un remate decorativo. En el armario estaría la ropa de Tertia, que ahora, durante un tiempo, no se pondría. Eran objetos precisos, que relucían, se emborronaban o dejaban por completo de existir, mientras el hombre y la mujer estaban allí de pie.

Paul se quedó junto a la chimenea esperando el estallido de Caro. No le gustaba que lo hicieran esperar. La inminente tormenta lo dejaría en libertad: lo que ella diría de él, lo que tenía que decirle, la dejaría para siempre en mal lugar. La degradante violencia de la emoción que aún le quedaba a Caro garantizaba la evasión de Paul.

–Me voy –dijo ella.

Paul la ayudó a ponerse la chaqueta. El rechazo lo expresaba verdaderamente el toque convencional y desdichado de Paul. La compostura ajena siempre lo frustraba, y la de Caro en ese momento le negó la ofensa que habría supuesto montarle una escena. El hecho de que hubiera amado a Caro más, mucho más, que a cualquier otra persona le otorgaba a ella estatura: o bien era única o bien era una precursora. A Paul le molestaba esta posición histórica que ella se había buscado en el ímpetu de su vida, y por eso le habría gustado verla desmoronarse.

Caro echó un rápido vistazo a la habitación, no quería que la vieran mirando por última vez. Nada daba fe de su presencia. Sus ojos se posaron en Paul, interrogándolo con una carga sombría que él nunca había tenido que soportar; de manera que se dio la vuelta, para no caer en la tentación de reconocer algo que él mismo pudiera temer reconocer.

Bajaron las escaleras en fila india, los dos recordando aquella escena anterior en el descansillo; Paul se imaginaba su propia y enorme mano, la mano del látigo, una sombra en

la pared. También veía, con la imaginación, la gabardina parda de Caro y los pliegues escarlatas que se le abrían a la altura del pecho. A partir de ese momento la imagen se convertiría en algo recurrente: lo suficientemente vívida para hacerle casi dudar de que en ese momento el rostro de Caro, un rostro del color de la desnudez, no lo estaba mirando a él desde un espejo en penumbra del vestíbulo: era la nueva Caro que él había creado, a la que ahora estaba dando los últimos toques.

La boca de la joven era una herida que quizá nunca cicatrizara. Con solo quedarse a su lado todavía podía esperar desatar la tormenta de lágrimas que lo liberara oficialmente, como la disolución de unos votos. Nunca la había visto llorar, salvo de alegría.

Y obedeciendo absolutamente a sus deseos, como si fuera una ley natural, Caroline Bell hizo un gesto primitivo de dolor y dijo: Paul. Y después lloró ostentosamente sin siquiera cubrirse la cara.

20

«No saben ustedes cuánto lamento –comenzaba diciendo la carta de la señora Pomfret– ser la portadora de estas malas noticias, de estas malas nuevas. Pero pienso que querrían saberlas.»

El mayor había dejado, o abandonado, a Dora. Y, dado que ahora se proclamaba insolvente, no le pasaba ninguna ayuda económica. Dora seguía en el piso del Algarve para acreditar que le pertenecía, pero aparte de eso carecía de fondos. Por desgracia, parecía que al principio del matrimonio el capital de Dora se había puesto a nombre del mayor y que era bastante irrecuperable, según el señor Prata, que era con mucho el mejor abogado de la provincia.

«Su principal preocupación es que ustedes sigan contentas y que este asunto no las moleste. Saben mejor que yo lo tremendamente orgullosa que es. Pero su situación es penosa y le he dicho directamente que iba a escribirles. Sin pretender preocuparlas innecesariamente, está claro que tengo el deber de hacerles saber que ella hablado, en más de una ocasión, de quitarse la vida.»

Caro llamó a Christian a la oficina, porque Grace estaba embarazada de su segundo hijo. Después de leerle la carta, Christian se quedó callado un rato, antes de decir:

–Esto era de prever.

Caro, la culpable.

–¿Se puede hacer algo a través de la embajada?

–Tengo por costumbre no mezclar las cuestiones oficiales con las personales. Es decir, no abusar de mi posición. –Ahora fue Caro la que se quedó callada. Christian no tardó en continuar–: Estoy seguro de que lo entenderás. –Con su tono admonitorio, podría fácilmente haber añadido «Caroline».

Una escandalosa falta de consideración ocasionó un pánico infantil, como el que se siente cuando no funciona el tirador de un aseo público.

–¿No se te ocurre nada?

–No veo cómo puedo intervenir en este momento. Hasta que sepa más.

–Entonces me iré para allá –dijo Caro en el espacio que le había quedado para la frase.

Una vez conseguida esa afirmación, el alivio devolvió la cordialidad a Christian.

–Me parece lo mejor, si te las puedes arreglar. Qué desastre. Hablaré con Grace esta noche y te llamaré mañana temprano.

»Tu hermana da más problemas que un barril lleno de monos –le dijo esa noche a Grace. Y añadió–: Dora, quiero decir.

–¿Y qué va a hacer, sin dinero? –Grace estaba temblando.

–Pues buscarse un trabajo, como hacen millones de mujeres. Dejar de pensar en sí misma, para variar. Podría ser un punto de inflexión para ella.

Pero el punto de inflexión de Dora había tenido lugar hacía mucho tiempo.

–No encajaría bien en una oficina.

–De no haber sido por esa estupidez de entregarle tu dinero –estalló por fin Christian– no estaríamos en esta situación. –Grace se sentó, tiritando, y Christian se levantó y caminó a grandes zancadas por el cuarto. Los hombres altos de

hombros estrechos suelen comenzar a encorvarse antes que los demás–. Se lo entregaste. En bandeja de plata. Así, sin más. –A modo de demostración, cogió una revista ilustrada y la lanzó por los aires–. Siempre pensé que era una locura.

–Caro le dio todo.

–Eso fue bastante absurdo, pero era asunto suyo. Lo que me molesta es que te metiera en esto.

–Eso es injusto. –Grace había recogido las piernas sobre el sofá y tenía un aspecto absolutamente deforme–. Yo tengo –estuvo a punto de decir «tanta culpa»– tanta responsabilidad en el asunto como Caro. Fue ella la que me convenció de que me quedara la mitad.

–Cuánta magnanimidad, dado que todo fue idea suya.

–No.

–Permíteme que te refresque la memoria. Fuiste tú precisamente quien me lo dijo. –Christian se desplomó en una silla. Su voz se había quedado ronca con todo lo que llevaba años ensayando decir–. Además, es muy propio de ella. Tiene esa idea de sí misma.

–¿Qué idea? –Como si no lo supiera.

–Se cree diferente. O mejor. Se imagina a sí misma haciendo grandes gestos. –Irrisorio remolino de mano y brazo. Christian podría haber respetado ese rasgo en alguien de reconocida categoría; pero ¿quién era Caro, una australiana que había trabajado de dependienta, para ser altruista?–. Complejo de superioridad. –Sin saber del todo qué quería decir «complejo» en esa expresión, añadió–: Delirios de grandeza.

–Debe de haber delirios peores que ese. –Grace carecía de vocabulario para argumentar y solo tenía la vaga impresión de que a la gente solían desagradarle quienes se creían elegidos por el destino, aunque ese destino no fuera mucho

más que mostrar las propias preferencias. Los Thrale se quedaron mirando su alfombra color crema, sus sillas con brocados y la figurita de Dick Turpin en cerámica de Staffordshire, cosas que inexplicablemente habían ido perdiendo su encanto–. ¿Y cómo va a poder Caro ausentarse de la oficina?

–Tendrá algunos días de vacaciones pendientes.

–Solo unos pocos. Y tenía pensado irse a Francia.

–Lo siento, pero Caro tendrá que comprender que no lo puede tener todo.

–¿Y el dinero qué? ¿Cómo va a pagar el billete? Su sueldo es ridículo. Y además hay que pensar en Dora.

Christian se fue a sentar en una silla que había junto a ella.

–Mira, Grace. Me estás convirtiendo en un Scrooge. En una especie de Simon Legree. Lo que te digo es que haremos lo que podamos cuando la situación se aclare. O se haya aclarado. Me niego rotundamente a apoyar por adelantado, a ciegas, uno de los alocados planes –la palabra que buscaba era «descabellados»– de Caro. Está claro que por teléfono no le dio importancia al billete; después de todo, no es para tanto. Y es asombroso lo que alguien como Caro se las puede arreglar para ir ahorrando a lo largo de los años: seguramente nos sorprenda. La cuestión es que tú y yo tenemos responsabilidades. Tenemos hijos, que ni Caro ni Dora tienen.

–Nosotros estamos eligiendo tener hijos, por nuestra propia satisfacción. A Caro le ha caído el problema de Dora, sin satisfacción alguna. –Una respuesta que podría haber dado la misma Caro–. Además, algún día Caro tendrá sus propios hijos.

La suposición era inquietante. Lo que Christian había pensado era que algún día Caro podría casarse (recordaba al poco apetecible Tice, que tan mal se había portado con lo del

telescopio), pero no había llegado a imaginarse que tuviera hijos. La alteración de Christian le impedía comprender que esta era la última defensa de Grace, y estaba dispuesto a flaquear ante la sorpresa y el miedo. Pero en ese momento Grace se rindió, tiró la toalla, con un estallido de llanto débil, femenino y complaciente.

–Oh, Chris, Dora se portará fatal. Pobre Caro. –Él la abrazo de inmediato y ya no hizo falta hacer más.

–Pobrecita Grace –dijo por fin–. Ya sabes que le tengo cariño a Caro.

Grace se secó los ojos, mientras la alfombra color crema iba recuperando poco a poco su sentido, como una mancha; los cojines de sarga volvieron milagrosamente a inflarse, y un par de platos de Spode, colgados de una pared, recuperaron su envolvente maleficio.

–Supongo que Dora regresará a Inglaterra –dijo Grace.

Christian no quería anunciarlo, pero estaba decidido a que cuando Dora regresara a Londres fuera Caro la que la acogiera. Era absolutamente lógico: dos mujeres que trabajan fuera de casa, un alquiler menos, y todo eso. Su convicción a ese respecto era tan inquebrantable y virtuosa como la de quien defiende una causa moral o un ideal elevado. Le habría sorprendido pensar que en realidad se estaba vengando del espectro que suponía un matrimonio fecundo de Caro.

Después de la cena, Christian se sentó a leer en su sillón habitual, con los pies apoyados en una banqueta acolchada. Esa era su costumbre por la noche: más que un momento de asueto, era un intermedio entre días laborables. Y, en realidad, en esa posición, con las varas levantadas, en cierto modo parecía un carro o una carreta desenganchada. Grace, recostada en unos cojines del sofá –y con un libro que parecía pesado para ella, algo que le sentaba bien–, de repente

rompió a llorar. Christian se acercó y se sentó a su lado.

–Por favor, no me digas esas cosas, te lo ruego.

–¿Qué cosas? ¡Por Dios!

Grace agarró el libro y sollozó desconsoladamente.

–Como: «Permíteme que te refresque la memoria».

Por la mañana, el señor Leadbetter, director de Servicios administrativos, le dijo a Caro:

–Me temo que tengo que rechazar su solicitud de permiso por razones familiares. –Entre las funciones del señor Leadbetter figuraba la de custodiar las escasas reservas de compasión del departamento. Caro se quedó callada–. Veo, señorita Bell, que ha presentado su solicitud –cogió un papel amarillo– con carácter de urgencia. –Repasó un párrafo o dos de la solicitud–. Por supuesto, lamento que su hermana, o más bien hermanastra, tenga problemas personales. Pero si hiciéramos una excepción naturalmente no estaríamos en situación de mantener la disciplina en casos similares.

El cubículo sin ventanas de Leadbetter era como un ascensor grande, como los que sirven para transportar camillas en los hospitales o para estatuas en los museos. En este caso, prácticamente todo el espacio lo ocupaba un escritorio de metal, y Leadbetter parecía el encargado del escritorio o su guarda: ¿Baja? Sujetaba el documento, un broquel amarillo contra el pecho. Tenía el pelo prematuramente gris, ya previendo la jubilación.

–¿Lo ha entendido usted?

En los últimos días los silencios de Caro estaban resultando molestos.

–Ese permiso está pensado para emergencias: mala salud, por ejemplo, de los padres o del cónyuge. O, por supuesto, defunción. –Aunque Caro llevaba la carta de la señora

Pomfret en el bolso, habría sido tramposo aducir la eterna amenaza de muerte de Dora–. Además, señorita Bell, tiene usted varios días acumulados de sus vacaciones anuales –Leadbetter consultó otro papel–. Permítame que le refresque la memoria. Tiene realmente una semana. Le sugiero que pida a su supervisor que le dé un permiso de una semana, aunque sea con poca antelación. –Ahora que se había librado de ella, y sin tener que recurrir al pequeño, caro y enormemente racionado fondo de compasión oficial, se volvió, como Christian, bastante solícito–. Confío en que pueda solucionar el asunto de manera satisfactoria para usted.

–Tengo unos días de vacaciones. Acumulados. –Le dijo Caro a Christian cuando este telefoneó.

Durante el almuerzo pidió un préstamo en el banco, utilizando como aval su pensión. Consiguió un adelanto de su sueldo y compró escudos. Al regresar a la oficina Valda le dijo: «Te ha llamado un hombre».

Al pensar que fuera Christian Caro se mostró distante hasta con Valda. Pero cuando recibió el mensaje escrito supo que Ted Tice iba a pasar el día en la ciudad.

Por la noche, Ted la llevó al aeropuerto. Tenía un pequeño coche de segunda mano que se quedaba callado en la más mínima cuesta.

–¿Tienes dinero para esto? –le preguntó en el coche.

–He sacado lo que he podido.

En el cielo se veían ruidosos aviones volando bajo. Junto a la carretera se sucedían anuncios luminosos de refrescos y betún para calzado. Al cambiar el semáforo, Ted ofreció un brillante perfil verdoso, que después se tornó rojo y azul.

–Porque si necesitas algo, cuando sea, solo tienes que decírmelo.

–Edmund Le Gentil.

–Lo que me temo es que nunca necesites algo que yo te pueda proporcionar. –No deseaba ni atribuir motivaciones elevadas a la inquietud que ella le producía ni subestimar el egoísmo que iba unido al amor. Ya había comprobado que la gente se volvía cruel al convencerse de su propia compasión: nada te endurecía más que eso–. Caro, ¿cuándo me dejarás que te libre de esa gente tan horrible?

Casi no podía soportar que en «esa gente» pudiera estar incluida Grace.

Ted Tice observaba un sufrimiento que nada tenía que ver con Dora. La carne de Caro ya no era luminosa. Su cuerpo había adelgazado tanto que era imposible imaginar la fuerza que aún debía de tener. Esos cambios no le daban a Ted ninguna esperanza, porque en su dolor Caro seguía perteneciendo, igual o más, a otro hombre.

Nunca dejaba de asombrarle el desperdicio. Por ambas partes, tanta intensidad emocional, nunca transferible.

–Hoy cumplo treinta años –dijo Ted–. Si no soy joven pronto, nunca lo seré. –Lo que estaba diciendo es que aceptaría las condiciones que fueran–. Hoy también se ha tomado finalmente la decisión de instalar ese telescopio en Sussex.

En la sala de embarque la besó. Era la primera vez que la había abrazado y no parecía importar mucho, ya que la esencia de Caro estaba neutralizada por la pena. En los brazos de Ted su cuerpo era tan ligero y tenía tan poca pasión como un vestido.

Un autobús que partió de Lisboa de madrugada condujo a Caro hasta una ciudad de provincias atravesando campos extranjeros. Esas extensiones dieron paso a bloques de viviendas nuevos y a las calles ajetreadas de la mañana. Se

regaban las aceras, se levantaban o abrían postigos. El sol todavía no calentaba, la brisa suave aún estaba libre de humos. Junto a los bordillos, coches aparcados, como animales de carga, a la espera de ponerse en marcha. El escaparate más prosaico era exótico; una selección de utensilios de cocina, dispuestos en hileras de colores, era un altar pagano.

El bloque de pisos de la Rua das Flores se llamaba The Chisholm y podría haber estado en Hammersmith. Como un fardo empapado, Dora estaba tumbada en una cama que formaba parte de un juego de dos. Se apartaba la vista de la cama vacía contigua como se aparta de un ataúd abierto.

–Le he dado todo, por eso me odia. Todos me han odiado siempre. Tú también me odias. ¿Por qué he seguido adelante? ¿Por qué? Pero este es el final, por fin. –Probablemente se la oyera al otro lado de la pared.

Caro entraba y salía de la cocina, del cuarto de baño, trayendo aspirinas y té, y una *brioche* que había comprado enfrente. El rostro de Dora era cadavérico, con las cuencas de los ojos moradas: una muñeca de madera hervida para una exposición, la primera fabricada en la Australia colonial. Unas veces se retorcía, otras se quedaba inerte. En una ocasión soltó un grito como un relámpago. «Más me valdría estar muerta.»

–Como si pudiera comer –dijo cuando Caro le trajo la bandeja–. ¿Esto lo has comprado en el sitio de enfrente?

Para tomarse el té se incorporó y se apoyó en una almohada empapada, y con cada pregunta daba golpes con la cabeza, llevándola de un lado a otro. El pelo negro le colgaba en enloquecidos y enmarañados mechones.

–Todo ha desaparecido. No tengo nada. ¿Es que no me entiendes? –No estaba dispuesta a aceptar que la

contrariaran–. Te lo estoy diciendo, no hay nada, todo ha desaparecido. Pregúntale a Ernesto Prata. Que es –añadió con otro lloroso chillido– el mejor de la provincia. –Su cabeza basculaba violentamente de un lado a otro de la almohada, como contra una pared.

Caro le cambió el almohadón. Preparó huevos revueltos. En la cocina apoyó la frente en un armario de formica rosa.

–¡No te preocupes! –le gritó Dora desde el dormitorio–. No te voy a molestar durante mucho tiempo.

Esa misma mañana Caro telefoneó a la señora Pomfret, que dijo que se pasaría por allí en torno a la hora del té. Dora se puso un vestido de seda y se tumbó en el sofá de la sala de estar, con una bolsa marrón de caramelos al lado.

–Cuando ya no esté te quedarás a gusto.

La figura de Caro resaltaba en un estrecho balcón. En primer plano, las antenas de televisión eran caligrafía china, un entramado de mástiles y jarcias en un puerto antiguo. Más allá de los edificios de pisos de ladrillo y los chalecitos, se veía un claro verde en medio de la mañana desperdiciada. A la derecha del campo de golf, un jardín antiguo resplandecía como la civilización. En los huertos, almendros remotos como recuerdos felices. Caro pensó cómo había revelado el secreto de Ted Tice a Paul Ivory, y que Paul le había dicho después: «¡Qué gran favor me hiciste contándome eso!». Aquí no había nada que le impidiera tener una impresión pésima de sí misma.

–¿Te puedes imaginar solo un momento lo que supondría buscar un trabajo a mi edad?

–Yo trabajo. –Caro entró.

–Tú eres joven. –La cabeza de Dora volvió a la vehemencia–. ¿Es que no te das cuenta de que yo no tengo a nadie?

–Yo también estoy sola.

–Tú tienes amigos.

–Tú aquí tienes a la señora Pomfret.

–Es curioso que siempre me las arregle para atraer a una o dos personas, que me cogen cariño. No sé por qué. –Dejó que Caro le pasara un peine por el pelo–. No sé qué habría hecho yo sin Glad Pomfret. Es la única. –Glad Pomfret se había pasado a verla una hora después de que se marchara el mayor, aunque era su día de partida de bridge–. Nadie se había portado así conmigo. Aunque a ti no te parecerá mucho. –Glad Pomfret había calado al mayor desde el principio, pero no había querido inmiscuirse.

El propio marido de Glad había sido un fichaje, pero ya estaba muerto.

–Cáncer de corazón.

–Nunca lo había oído.

–El ventrículo derecho. Era muy grandón –dijo Dora–, pero al final estaba consumido.

Caro se imaginaba perfectamente a Sid Pomfret en una cama de hospital, como un fardo de globos desinflados. A Dora se le daba bien poner a la gente frente a procesos de disolución.

–Lo abrieron pero estaba invadido. No duró nada. –Dora suspiró–. Esos son los que tienen suerte.

–La señora Pomfret viene con la señorita Morphew –dijo Caro.

–No me fío de Gwen Morphew –Dora inclinó la cabeza para que Caro pudiera hacerle un moño–. Es la dama de compañía de Glad. –Ernesto Prata, Glad Pomfret, Gwen Morphew, eran como el reparto de una obra. Por otra parte, ahora al mayor ya no se le llamaba ni por su nombre–. Se llevó las antigüedades, las obras de arte. Hasta la radio se llevó. Si le

hubieras visto la cara. Qué crueldad. Cuánta crueldad.

–Dora, no llores. Se te van a estropear los ojos.

Pero los alaridos de Dora no se apartaban de la crueldad.

–Era capaz de todo. De todo. Tengo suerte de estar viva.

Caro se sentó y abrazó a Dora, y a puntito estuvo de retomar viejas súplicas: Por favor, Dora; Dora, no lo hagas. Un abrazo tras otro, Dora trataría de reinstaurar su dominio. Ahora Caro, fuera cual fuera su fragilidad, aparecía irremisiblemente como la fuerte que se imponía sin esfuerzo; Dora sería la víctima, lastimosamente débil. No había inversión alguna de papeles, solo un cambio de táctica. El cambio lo habían hecho en el aire, como dos montañeros que, en un momento crítico, se pasan la soga que los sujeta a la cornisa.

–En este lugar horrible. Y tan sola. Si por lo menos pudiéramos volver a Sydney –Dora aullaba–, donde éramos tan felices. –La tranquilidad que se recuerda en medio de la emoción. Pasado un rato dijo–: Por lo menos Grace fue sensata y se quedó la mitad. –Fue la única referencia de Dora a la pérdida que habían sufrido sus hermanas por este desastre: a Grace se la respetaba por su capacidad de previsión, Caro había sido una tonta–. Grace es tan feliz, tan afortunada. Christian es de fiar, alguien a quien se puede recurrir. Yo nunca he podido recurrir a nadie. A nadie.

Al ridiculizar a Caro por donarle el dinero, el destino se había puesto de parte de la avaricia y el cálculo. El destino se había aliado con el mayor, con Christian y con Clive Leadbetter, y los virtuosos se habían visto abandonados. A Caro le asombraba esa injusticia.

A las cuatro llegó la señora Pomfret con un amplio vestido de lana color turquesa y turbante a juego. Entre los pliegues había un camafeo. La señorita Morphew era delgada, color

pizarra y sufría un ligero temblor.

–A Ernesto Prata lo he elegido yo –dijo Glad Pomfret, y con esto quería decir que era abogado–. Y es el mejor de la región.

La señora Pomfret prefería sentarse en una silla recta porque tenía unas vértebras fusionadas. Caro trajo más té y los restos de la *brioche,* además de unos *macaroon* que encontró en una lata. Un cuarteto de palomas blancas que se suelta en un jardín y se congrega junto a las ventanas. Dora comentó que había oído decir que las palomas trasmitían el virus de la hepatitis.

–¿Hay algún trabajo que Dora pueda realizar aquí mientras todo se soluciona? –preguntó Caro.

La señora Pomfret, pesimista, frunció el ceño.

–Es una pena que no se haya hecho con el idioma. Aunque las circunstancias no sean las mismas, yo sí me he hecho con él. –Sabía decir «buenos días» y «buenas noches»–. No es tan difícil. –El portugués bien podía ser como el virus de la hepatitis o algún objeto que te encuentras al borde del camino y que cualquiera puede recoger–. Hasta la señorita Morphew se ha hecho con él.

–En algún sitio he leído –dijo desde el sofá Dora, que ahora parecía ofendida– que no se puede aprender un idioma después de los treinta. Bien no, desde luego.

–Naturalmente –la señora Pomfret le dijo a Caro–, Dora no puede esperar tener una carrera como la tuya.

–Yo soy una administrativa mal pagada –replicó Caro sin esperanza– en una triste oficina.

–La verdad es que –dijo la señora Pomfret con una sonrisa que era todo tristeza– para ella eso sería mucho.

Dora asintió con un sollozo. La señorita Morphew se estiró para coger otro *macaroon.*

–Dora fue una insensata –sentenció la señora Pomfret– al firmarle el traspaso de bienes. –Por deferencia a Dora, nadie lo llamaba por su nombre. Haber llegado a pronunciar «Bruce Ingot» habría supuesto una flagrante traición–. Una mujer nunca debe traspasar su capital. Ni siquiera a sus seres queridos más allegados.

–Dora fue demasiado confiada –dijo la señorita Morphew.

–Se ganó mi confianza –explicó Dora lloriqueando.

Era difícil imaginarse al mayor con tono zalamero. Y fácil sospechar que nunca había buscado nada, salvo problemas.

–Perdonadme –dijo Dora lanzando un sonoro gemido–. Estoy decidida a no molestar a nadie.

La señorita Morphew ayudó a Caro a retirar los platos. En la cocina, abrió el grifo y dijo, sin mirar hacia Caro:

–Prata está conchabado con el mayor. Pruebe con Salgado, en la Rua do Bomjardim.

Después de tener conocimiento de la resolución del caso, Dora se quedó a pasar el invierno en el Algarve.

«Como te imaginarás, estoy deseando abandonar este sitio horrible –le escribió a Caro– y a esta gente atroz. Gracias a Dios que Inglaterra sigue teniendo su peso. Pero mejor que pase el invierno aquí, ya que nunca volveré a ver este sitio. Además, es aconsejable aguantar hasta la primavera, ya que no me fío de Manoel Salgado.»

Posteriormente escribió que había llegado a una situación límite con Glad Pomfret. Lo principal era no alterar la felicidad de Caro.

–Estaba seguro de que las cosas se arreglarían –dijo Christian.

El señor Leadbetter, al encontrarse a Caro en el pasillo, le recordó que su puerta siempre estaba abierta.

Una tarde de sábado Nicholas Cartledge telefoneó a Caroline Bell.

–¿Es que no te voy a volver a ver?

–No.

–Te he llamado varias veces por teléfono.

–El mes pasado estuve en Portugal.

–Qué suerte tienes.

21

Las noches de invierno y los fines de semana Caroline Bell paseaba sola por la ciudad, por suburbios laberínticos del norte o del sur. De esas expediciones, en las que nunca faltaba la esperanza, algo insana, de toparse con Paul Ivory, regresaba a casa quizá mojada, siempre con frío. Y después de quitarse los zapatos se quedaba en la cocina tratando de calentarse junto al fogón.

La devolución del préstamo al banco había eliminado la posibilidad de tener calefacción en invierno. Comprendía que la gente hubiera quemado buenos muebles durante los inviernos de la guerra. Comprendía que los hombres le dijeran cosas en la calle. Comprendía muchos actos de destrucción y supervivencia antes incomprensibles.

Se quedó en la cocina y pensó: Qué país tan frío.

Se tumbaba en su cama gélida mirando la claraboya, que era una lámina de hielo coagulado. Allí estaba a oscuras o a la luz de la luna, recordando que, una noche del año anterior, al volver de trabajar, se había encontrado a Paul sentado a su mesa escribiendo, y que él se había levantado, la había abrazado y le había preguntado: «¿Qué te parece encontrar una luz encendida y a alguien esperándote?». Le había besado el pelo, diciendo: «Ojalá Tertia no existiera». Ahora era Caro a la que él deseaba hacer desaparecer, porque le convenía.

El amor no había sido algo inocente. Era extraño que el

sufrimiento lo pareciera.

Su cabeza vagaba de un lado a otro inútilmente, sobre el silencio, tan ansiosa de dar como de recibir. La sensación de estar perdiendo el tiempo le producía una tensión incrédula en los ojos, los pechos y el estómago. Su cabeza vagaba de un lado a otro sobre el silencio, como un barco por el disco oceánico que representa el globo.

De rodillas, Caro dijo: «Dios mío». Había pocas posibilidades de recibir misericordia. Dios era impotente, solo Paul podría mostrarse misericordioso. Dios solo podía proponer una cesión que equivaldría a la propia desintegración de Caro.

También estaba la posibilidad de la muerte, que no ocasionaba alboroto alguno, pero que de vez en cuando rompía el silencio con la reverberación del bronce.

A la niña Caro, Dora Bell le había inculcado la obligación moral de que el mundo le pareciera abominable y de hablar sin tapujos de quitarse de en medio en señal de protesta. Ahora la Caro adulta reconsideraba esta corrupción, viendo quizá en ella una versión barata de una verdad sagrada. Para Dora, la muerte había sido un ostentoso y recurrente recordatorio de la existencia. Para Caro, bastaría una muerte única, no anunciada.

La muerte, al igual que Paul, al que se parecía en otros sentidos, tenía su propia llave y aguardaba el regreso de Caro por la noche. Había que esquivar ese impresentable espectro cuando había visitas, cuyos intercambios aburridos, racionales, propios de los vivos, parecían manifestaciones de una normalidad grotescamente uniformada, tan penosa como el papel pintado de flores de un edificio vaciado o el piano intacto en una habitación bombardeada y sin techo.

Hubo un domingo, a primera hora de la tarde, cuando

Cartledge la telefoneó: «Qué suerte tienes».

Por supuesto, la insensibilidad era inconmensurable. La misma Caro había paseado con Paul por un cementerio, bromeando sobre el suicidio. Tumbada en su cama no consagrada se preguntaba: «¿He venido aquí a morir?».

Caroline Bell observó cómo menguaba el cuarto cuando comenzó a oscurecer. La claraboya era un tajo todavía más gris.

Soñé que estaba tumbada en una larga pendiente, y una gran piedra, más grande que las de Avebury, caía rodando hacia mí. La veía venir y no podía levantarme, pero no tenía miedo. Cuando se acercó, volví la cara hacia ella como si fuera una almohada, como para descansar por fin.

Algo tan trágico como una muerte ajena. Te complica la vida. Sin vida, murió sin haber dado lugar a otras vidas. En una ocasión, durante dos semanas, pensé que iba a tener un hijo de Paul, y temí decírselo. Como tal, la muerte no tiene existencia hipotética; o, más bien, dado que como hipótesis está en todo el mundo, para significar algo debe materializarse. En ese momento, nada tiene un significado más absoluto.

Un fenómeno conocido con el nombre de «lágrima negra».

Es absolutamente lógico. Hay condiciones de muerte, del mismo modo que hay condiciones de vida. Venus puede ocultar el sol.

No recuerdo haber salido al pasillo. Qué calor tan espantoso.

¿Entonces era imposible? Ya no es como una muerte ajena, ahora es como mi propia muerte. Ya no hay pensamientos, una sola cosa, una sola. Oscuridad, qué oscuridad, y ni siquiera...

Una noche, al regresar del trabajo, Caroline Bell encontró una carta del mayor Ingot. Se la llevó arriba, la puso en la mesa mientras encendía el gas para hacerse la cena y después se sentó para leerla. Como hacía frío se dejó el abrigo puesto.

El mayor solicitaba un acuerdo. De no ser así, tenía pocas posibilidades de sobrevivir. «Yo no tengo sus ventajas –escribía. Y–: Un día tras otro había broncas o lagrimones. O quizá las dos cosas. Lloraba como no se ha visto cosa igual. Es difícil de creer, no se lo puede ni imaginar. Un día se quería morir, al otro desaparecer, hasta que casi estuve a punto de cogerle la palabra, de verdad se lo digo.» En esa situación límite, las pretensiones sociales del mayor habían desaparecido o quizá creía que ese estilo tan directo podría tocarle la fibra a Caro. El mayor no podía saber el momento tan malo que había elegido.

Caro enseñó la carta a Christian, quien le dijo que no tardaría en poner en su sitio al mayor.

–Voy a dejarlo caer en la embajada. Después de todo, contar con acceso a canales oficiales tiene algunas ventajas –dijo.

Al llegar la primavera, Dora se embarcó en un crucero hacia Ciudad del Cabo con Meg Shentall, una nueva amiga a la que había conocido en el Algarve, en un salón de té llamado Lusitania.

En un parque sin parterres ni arroyos, Caro caminaba sola sobre las ondulantes hojas de noviembre. Las ramas agrietaban el cielo blanco, la corteza de los árboles añejos la recorrían cordones que parecían los tendones de un anciano robusto. Durante una tarde libre que le habían dado para compensar las horas extras que hacía al final de la jornada, Caro había ido allí sin proponérselo, sin apenas darse cuenta

de qué calles cruzaba en su mudo y privado delirio. Dentro del parque, la falta de intención se le cayó encima y se sintió físicamente mal, con las orejas doloridas por el frío y los pies escurriéndose en las hojas parduzcas. El olor a tierra era pútrido, eterno. Esos colores insulsos resultaban ofensivos, la monotonía se mostraba en todo su esplendor: la naturaleza sorprendida en pleno proceso de borrado.

Se quedó de pie en el sendero, quieta y vigilante, con los hombros encogidos y las manos levantadas para protegerse las orejas heladas. Y se la podría haber confundido con una mujer aterrorizada por algún espectáculo cruel. Pero la única persona que se le acercaba iba leyendo una carta y no la había visto.

Podría parecer que el hecho de que Paul y Caro se encontraran de esa forma, por casualidad, era una acto calculado por el destino, que se cebaba en vidas indefensas. Lo que al volver la vista atrás se antojaría razonable –puesto que cuando eran amantes ya se habían encontrado por casualidad, y el parque era un territorio conocido– en ese momento asombraba por su toque de predestinación. A este respecto los dos se mostraron tan ensimismados como avergonzados: se miraron mutuamente en la ceremoniosa avenida, con las hojas corriendo y deambulando por el suelo o cayendo inertes; la corteza senil, la demacrada luz blanca.

Los colores de Paul –el pelo, el abrigo ligero y las perneras de los pantalones– hacían juego con la palidez de la escena. Caro apartó las manos de la cabeza descubierta, pero él ya la había visto así y pensó que ese aparente gesto de terror tenía que ver con él. Paul venía de un largo almuerzo en un hotel que daba al parque. El documento que llevaba era un contrato, en el que ciertas fórmulas –«en adelante llamado el» o «se abonará en dólares estadounidenses»– garantizaban su

seguridad. Caro derribó esas defensas como lo habría hecho la claridad o la oscuridad, de manera elemental. En su rostro Paul apreció dos cosas distintas: primero, que después de haberlo invocado a él constantemente con la imaginación, Caro no podía estar segura de que fuera él y estuvo a punto de pensar que se había vuelto loca; segundo, que temía irritarlo con este encuentro del que ella no tenía culpa alguna, que quizá Paul pudiera decirle: ¿Es que nunca me voy a librar de ti? El propio silencio de Caro expresaba el terror mudo a desagradar. Del mismo modo que un hombre se imagina desnuda a una mujer vestida, en ese momento Paul vio a Caro casi sin carne, sus trémulas pulsiones tan descubiertas como el cráneo de un niño recién nacido. El miedo o el embeleso de Caro lo atravesaron con una vergüenza insólita, como si el encuentro revelara que había dicho una mentira monumental, como si la verdad la representara realmente este encuentro.

Al observarlos, se podría haber pensado que lo tenían planeado: su forma de quedarse cara a cara, el hombre con el papel enrollado en la mano, la mujer esperando. Sin duda se habría podido imaginar que era un encuentro, no la despedida de la que ambos intentaban ser dignos.

Podrían haberse sentado en un banco o en las hojas húmedas que, lanzadas aquí o allá, formaban túmulos funerarios. Sin embargo, si se hubieran sentado, se habrían tenido que tocar, y cierta reticencia –no se le podía llamar recato– disuadió a Paul de hacer tal cosa. Sujetó el contrato, lo apretó y en ese momento lo olvidó –aunque después, al soltarlo, podría volver a ser imperioso– e hizo un pequeño gesto. Y quizá habló y dijo: «Caro». Mientras, ella miraba desde la sobrecogedora altura de su desesperación. Convergían desde los extremos, dos comandantes enemigos

que se encuentran mientras sus tropas se masacran, no para hacer la paz, sino para trasmitirse una tristeza elevada, cómplice, egoísta, antes de reanudar la batalla: dos minutos de silencio fueron su breve armisticio.

A lo lejos, una mujer con gabardina se encorvó para soltar a un perro, un perro flaco y blanco con manchas negras, que no tardó en confraternizar con ellos y que se quedó jadeando, con las patas abiertas, esperando órdenes. Hasta este perro, para el que ese parque mortal era el paraíso, los miraba fijamente, percibiendo lo inusual. Aunque saltaba de un lado a otro, ellos no le hacían caso. Entonces ladró un poco, recriminando a todos aquellos que no se portan bien con los animales. Y la dueña lo llamó: «¡Split, Split!». Paul y Caro se movían lentamente por el sendero, mientras el perro correteaba en torno a su contención, rodeándola como si fuera una presa, antes de perder interés y cortar en diagonal para que lo ataran de nuevo.

Eran dos personas que saben cómo comportarse en medio de una situación escandalosa; que la sobrellevan.

Los árboles iban desfilando a su lado como en procesión. De pie junto a puertas de profusa decoración, pero abiertas, Caroline Bell llevaba las manos en los bolsillos del abrigo y, si quería estar en algún sitio, era en ese parque, que ahora se había convertido en el centro de la resistencia y en su terreno cercado. De pie, fue de nuevo consciente de que le dolían los oídos, aunque su cuerpo se hubiera disuelto en el movimiento ascendente y descendente que le producían la respiración y la circulación de la sangre. Lo más sencillo era quedarse de pie y no tener que dar explicaciones.

El perro había encontrado una rata muerta o un topo y estaba gimoteando.

Para abandonar el parque, Paul recorrió toda la longitud

que tenía The Mall, y después tomó un taxi para ir a casa. Al llegar, dejó el contrato en una mesa del pasillo, con sus arrugadas cláusulas de protección, y colgó el abrigo en un perchero. El salón estaba tan pálido como el cielo frío: las paredes, la moqueta y las sillas tenían esa tonalidad blanquecina que se denomina neutral. Dos pequeños Sisley, rematados por franjas de luz tan llamativas como etiquetas con su precio, estaban tan privados de color como si los hubieran dejado bajo la lluvia. En esta sala tan cenicienta, la esposa de Paul estaba en un asiento de la ventana, mirando hacia fuera con unos ojos, quizá o quizá no, vidriosos por las lágrimas.

—Tertia —dijo él, con un tono que habría sido cariñoso en cualquiera, no digamos en Paul.

22

En su cuarto Caroline Bell caía en largos ratos de ensoñación, recordando de manera irreflexiva vistas, episodios y sensaciones, o frases que había leído; como una anciana que vuelve sin cesar sobre lo pasado hace mucho, mucho tiempo. Estaba empezando a pensar que los hombres y las mujeres eran compañeros de supervivencia: expertos en disimular sus aflicciones que, sin apenas muestras de dolor, habían contenido, asimilado o aprovechado de algún modo su propia destrucción. Entre quienes habían soportado lo peor no todos se comportaban con nobleza o de manera coherente. Sin embargo, todos ellos, involuntariamente, entraban a formar parte de una profunda afirmación de la vida.

Aunque la desaparición del amor no creara héroes, el propio proceso exigía cierto heroísmo. Existía el riesgo de que la resistencia pudiera parecer un logro suficiente. Era un riesgo que ya había surgido con anterioridad.

(A los diecinueve años, Caro, de viaje por España como niñera, había pasado una semana en Granada con la joven y anticuada familia inglesa que la empleaba. Una amplia balconada recorría todo el frente de su hotel, cercano a la Alhambra, con vistas a Sierra Nevada. Justo por debajo de su terraza el terreno caía abruptamente hasta la ciudad, situada en el lecho del valle. Durante mañanas cristalinas y tardes propicias los huéspedes del hotel se tumbaban fuera, en

chaises-longues ante la blanca presencia de las montañas, y pedían que les trajeran mantas o tazas de té en bandejas. Pasaban las páginas de libros tomados de la biblioteca del hotel, donde títulos y autores, olvidados hacía tiempo en sus países de origen, se aferraban a la vida en el exilio. La proximidad de los monumentos y jardines árabes de rosas perfectas no evitaba el ambiente de sanatorio. Era como estar muerto y haber ido al cielo.

Durante las cenas en el comedor de estilo eduardiano –donde el empleador de Caro a veces anotaba en su puño almidonado, como un proyectil, las añadas de los vinos o el nombre de los platos, o quizá garabateaba el número de su suite en la botella de jerez abierta–, un trío tocaba dentro de una hornacina de forma tan discreta que hasta las piezas zíngaras resultaban recatadas. Todas las noches, entre el entrante y el pastel, este trío de piano, violín y cello tocaba en tono triste y suave *Adelaide, Caprice Viennois* y el *Arabeske* de Schumann; después, ya en el café, volvía con una selección de *El país de las sonrisas.* Y unos pocos huéspedes aplaudían de forma igualmente lastimera.

La silla de Caro estaba colocada de tal forma que tenía enfrente a la violonchelista, una mujer de unos treinta años de tez blanca que, en el contraste que se apreciaba a la altura de la garganta y las muñecas con el crepé negro, hacía pensar en la palidez del torso que habría por debajo de un vestido tan grueso como el de una monja. Esta mujer estaba pasando con calmosa renuncia de la juventud virginal a la dedicación de una solterona. Alguna que otra vez sus ojos oscuros se topaban melancólicamente con los de Caro, reconociendo la ternura, como para proclamar la existencia de un vínculo. Como para declarar: Tú y yo no formaremos parte de esta irritante y degradante pugna.

Todas las noches proyectaba su sombra la afable confianza de la violonchelista en la disposición de Caroline Bell a renunciar a sus pretensiones respecto al destino. Después, en su cuarto, la muchacha se miraba fijamente en el espejo, tratando de explicarse por qué la habían elegido como alma gemela. En ciertos estados de ánimo, una respuesta desalentadora suscitaba la posibilidad de que las décadas se sucedieran en medio de la soledad, la castidad y la inutilidad. En otras ocasiones, la imagen vital y colorista que veía en el espejo borraba la pálida aquiescencia de la violonchelista y la amenaza de ese cuerpo cerúleo en un sudario negro.)

Una mañana de primavera el teléfono sonó muy temprano en la mesilla de noche de Christian Thrale, y así se enteró de que su padre había sufrido un pequeño derrame. Sin perder la compostura, su madre se lo explicó, mientras Grace se incorporaba apoyándose en el codo y un niño desvelado llamaba desde el cuarto contiguo.

–Tomaré el tren de las ocho y veinte –dijo Christian.

Sefton Thrale estaba en una cama de hospital de Winchester: la firmeza de su expresión había desaparecido, su angulosa mandíbula era una quijada sin afeitar y el aliento un laborioso suspiro. A los pies de la cama, su esposa escuchaba de pie al médico: «Hay un ligero deterioro». Como si fuera un objeto dañado en una tienda, cuyo valor se hubiera reducido. Al borde de la cama había una barandilla, como un pequeño portillo. Veía el techo blanco, la colcha blanca; sobre una mesa, una mancha de rojo anémona.

Charmian se acercó y puso la mano sobre la de su marido.

–Te pondrás bien. –Él apretó un poco los ojos, como un niño atemorizado que intenta ser valiente. La bravuconería de la existencia se retiraba como una marea, y el enfermo podría

estar indicando que, en cualquier caso, todo había sido una impostura–. Christian no tardará en llegar –dijo Charmian–. Él sabía de quién se trataba, pero la elección del nombre le pareció rara. A todos los recordaba vagamente: se le mezclaban Christian, Grace, Tertia y muchos otros, de los que su propia esposa era la representante autorizada. En comparación con él en ese momento, todos ellos eran muy afortunados.

El rico en su castillo, el pobre a su puerta.*

Cuando volvió a despertarse, Christian estaba allí. Sefton Thrale recordó que se lo habían prometido y le reconfortó su propia capacidad para acordarse.

–Sabía... –dijo, y terminó con una larga exhalación– que venías.

Sin embargo, Christian entendió que su padre le decía: «Sabía que vendrías», y se emocionó.

Su esposa, que estaba junto a la cama, le acarició el borde de los pies y luego los cubrió con una manta.

En los días y las semanas siguientes, quien ahora se había convertido de manera concluyente en «el viejo» revivió de manera considerable, hizo progresos con la terapia y comenzó a diferenciar a las enfermeras: las que le gustaban y las que le tenían manía. Cuando venían los médicos hacía bromitas ingeniosas y manifestaba algunas quejas. Como una pelota atada a un gran peso, iba dando sus últimos botes, cada vez menos.

Para compensar su propia debilidad, o extenderla a otros, percibió en Christian indicios de envejecimiento como hombros cargados o un abultamiento incipiente en la barriga; además de un gesto que Christian había comenzado a hacer: se pasaba la mano por encima de la cara y la frente, como el que retira una tela de araña. Sefton Thrale no sabía por qué

tenían que agradarle esas cosas, pero se complacía apáticamente en ellas, sin esforzarse en pasarlas por alto o ver en ellas algo enternecedor. Los médicos habían dicho que cualquier cosa que le divirtiera le vendría bien.

Al llegar Pentecostés ya podía escribir alguna que otra nota para los amigos. Su letra, que siempre había sido minúscula, se agrandó con esta última floritura de la realidad. No reflexionaba sobre sus errores ni pensaba con tolerancia en sus enemigos: llegados a ese punto, admitir cualidades en sus adversarios habría sido reconocer el mal que les había hecho.

En verano se le permitió irse a casa y se contrató a una enfermera para que lo atendiera por la noche en Peverel. Fue ella la que se lo encontró muerto una mañana de septiembre, cuando parecía haber superado lo peor. Las necrológicas no fueron tan largas como podrían haber sido, pero el funeral sí tuvo su relevancia y hubo gente que acudió en tren desde Londres. El servicio religioso, como un buen enlace, aguardó la llegada del tren. Hubo música, hubo flores. Los congregados se pusieron de pie, se arrodillaron y cantaron. Y un diminuto y joven pastor suscitó cierta atención con un texto de los Gálatas, así como de los inevitables Corintios. Durante otros momentos del servicio se pudo apreciar que el arco del presbiterio era de estilo tardo-normando, uno de los primeros ejemplos de Inglaterra, y se comprobó que la etiqueta de una tintorería seguía grapada al traje de un acomodador de los invitados.

La madre de Tertia, viuda desde hacía años, se sentó en medio de un banco de delante: la torreta gris de tul de su sombrero parecía la linterna de alguna abadía o catedral solemne.

«Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo.»** En esta frase se

basó el ingenioso panegírico a un científico, en tanto que Grace Thrale recordaba como en sueños la esclavitud infantil a los incendios forestales, la sequía, las crecidas del río Murrumbidgee, el viento frío del Southerly sobre Sydney después de un día tórrido. Sujetaba la mano enguantada de su suegra, consciente de que Charmian Thrale se lo permitía por educación, para no parecer ingrata, pero el gesto podía parecer condescendiente, e incluso una forma de demostrar que las tornas habían cambiado por fin. Grace pensó con indulgencia en Sefton Thrale, que le había demostrado tanta amabilidad como podía mostrarle.

En los últimos tiempos había visto cómo su hijo pequeño –el segundo, Hugh– le agarraba el bastón al anciano mientras este reposaba su debilidad en una silla, y lo hacía girar como una peonza, bascular como un péndulo, o lo lanzaba al aire, burlándose inocentemente. Quizá si sentía pena era más por sí misma, por la humanidad, que por Sefton Thrale, que tan súbitamente se había ido.

Un momento está con su amada, al siguiente en la fría tumba.

Al final del banco, apretada contra un pilar agavillado, Caro se había puesto a recordar a Robert Browning:

> Hay un magnífico texto en Gálatas,
> encontrárselo conlleva
> veintinueve maldiciones distintas,
> una certera, por si otra falla.

Esas maldiciones se identificaban claramente: adulterio, fornicación, lascivia y cosas así, todas ellas en el haber de Caro. Era curioso, casi ocioso, pensar que fuera una pecadora tan grande. En comparación con el desgarro que producía el amor perdido, la perdición no pesaba nada. En comparación,

la muerte de un viejo no era más que una distracción. Apoyó la mejilla en la gélida arenisca, tal como en una ocasión, de niña, en su ensimismada desolación, se había apoyado en una placa de mayólica, sin saber que el cambio estaba próximo.

> Y hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales. Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria.***

Los congregados se pusieron de pie por última vez y, para Sefton Thrale, lo peor pasó definitivamente: su mortalidad lo mitigaba todo, al menos durante un rato. Pobre viejo. Ahora las críticas de Ted Tice parecían excesivas. Era tan fácil que la muerte dejara mal a los vivos, aunque tuvieran razón.

La espalda de Christian era la de un hombre que asume seriamente su responsabilidad. En su encomiable autocontrol, también se apreciaba un encomiable esfuerzo: en el porte y la respiración ya había dejado de ser un hijo.

El profesor Thrale dejó más patrimonio del que nadie imaginaba. Aunque su viuda recibió el usufructo de Peverel durante el resto de su vida y una renta suficiente, prácticamente todo fue a parar a Christian, que de este modo pasó a tener una posición bastante acomodada. Al explicarle el testamento a Grace le dijo: «Yo creo que debemos guardárnoslo para nosotros». Se refería al contenido del documento, pero la frase también se podría haber entendido de manera más explícita.

* Fragmento del himno anglicano «All Things Bright and Beautiful».

** Gálatas, 4, 1-3, Biblia en español, Reina Valera, 1960, www.biblegateway.com. *[Todas las citas de la Biblia proceden de esta edición.]*

*** 1 Corintios, 15, 40-41.

Tercera parte
El nuevo mundo

23

En todo Londres las chicas se estaban levantando. Con pijamas de rayas, camisones de viyela floreados, vestidos sueltos de algodón hechos por ellas mismas con dobladillos irregulares, o alguna sencilla prenda de nailon a la que se había añadido una rebeca para no pasar frío, las chicas retiraban las sábanas y las colchas y buscaban las zapatillas. Se ataban el cordón de la bata y se quitaban las horquillas del pelo, metían una moneda en la ranura del contador y ponían la tetera en el quemador de gas. Las que compartían piso se apartaban mutuamente a empujones y decían: «¡Y todavía es martes!». Las que vivían solas refunfuñaban y encendían la radio o la televisión. Algunas rezaban, otras cantaban.

Es difícil precisar si tenían menos pasado, presente o futuro. Es difícil precisar cómo o por qué soportaban la habitación fría, la humedad en el camino al autobús, la oficina en la que no había ni futuro profesional ni diversión. Los fines de semana se lavaban el pelo y la ropa interior, e iban con desánimo y de dos en dos al cine. Para algunas, que no podían hacer otra cosa, el destino era ese, decretado por mamá, papá y la falta de dinero o de iniciativa. Otras habían venido desde el fin del mundo para hacerlo: habían llegado de Auckland, Karachi o Johannesburgo, después de ahorrar durante años para hacer precisamente esto, después de arrancarles a padres llorosos el dinero suficiente o de

engatusarlos para conseguirlo. No todas eran muy jóvenes, pero todas, o casi todas, querían un vestido nuevo, un novio y, al final, un destino doméstico. Sin embargo, no había dos iguales: lo cual evidenciaba la victoria de la naturaleza sobre los condicionantes, la publicidad y las ciencias del comportamiento; no había aquí ningún triunfo, solo un éxito contra todo pronóstico.

Entre las mujeres que se despertaban ese Año Nuevo estaba Caroline Bell.

Caro había aprobado otro examen y se había trasladado a otro piso de techos altos y corrientes de aire que se colaban por largas ventanas. Al enterarse de la dirección, Christian había comentado: «No sabía que hubiera nada barato por ahí». «Está encima de una tienda», le había dicho Caro para tranquilizarlo.

Por primera vez tenía una mesa y dos sillas suyas y una alfombra dorada de la India.

Por la mañana estaba cerrando una de las ventanas, la había bajado y apoyaba las dos manos en los cierres. En el alféizar interior había polvo de hollín y copos de pintura blanca. En un jarrón de cristal, una rama con flores de membrillo que había traído Ted Tice la semana anterior. Caro estaba de pie junto a la ventana de su segunda planta con una bata verde, pensando en mujeres, en mujeres como ella, despiertas pero aletargadas, que se estaban levantando en todo Londres.

En la acera de enfrente un hombre la miraba desde el bordillo; levantó la vista con la misma celeridad y la misma atención que ella ponía en mirar hacia abajo. Parecía que había llegado a su destino y podría haber sido un personaje de novela de espías que vigila una casa condenada: un hombre robusto, alto e inmóvil con abrigo azul oscuro, que

llevaba un bastón negro y que se mantenía con los pies separados y su cabeza morena descubierta y levantada, seguro de que la casa, o el mundo, cederían al asedio.

Ella estaba apoyada, él miraba. No había una gran distancia entre la arqueada figura de ella y la inexorabilidad de la de él, y sus miradas se cruzaron como habrían podido cruzarse en una habitación. Después de un difícil instante de inmovilidad, Caro levantó las manos para demostrar normalidad y acabó con el hechizo.

El hombre saludó ligeramente con la cabeza, como si fuera de una nación elegante como Francia o Italia. Ambos recuperaron los movimientos interrumpidos, el cruce de calles o habitaciones. Los pies desnudos de Caro sobre la alfombra amarilla, sus finos dedos tirando de un vestido colgado de una percha; la mano ancha del hombre levantándose para parar un taxi.

Todas las chicas de Londres se estremecían esperando el autobús. Algunas se habían hecho feos gorros de punto marrones, con mitones a juego aún peores. Algunas llevaban en el guante un huevo duro, aún caliente, que les calentaba la mano y se podía comer frío en la hora del almuerzo en el cuarto de baño de señoras. A esa hora, todo Londres se estremecía esperando el autobús.

Ese día visitaba la oficina de Caro una delegación de Sudamérica. Cuatro exiliados habían acudido a presentar una solicitud en defensa de compañeros encarcelados: Que el gobierno envíe un mensaje, aunque solo sea un mensaje, aconsejando clemencia. Esta clase de solicitudes no era infrecuente cuando iban a tener lugar ejecuciones en otros países. Lo infrecuente habría sido enviar el mensaje.

En este caso estaban presentes los cuatro solicitantes o suplicantes y un estadounidense que defendía la causa. Solo

esos cinco y Caro acudieron con puntualidad a la sala de reuniones. El viento del norte recubría los rostros estivales de los cuatro exiliados como una cetrina enfermedad; así privados de sus rasgos, se veían todavía más sometidos a la gravedad del momento. Puede que posteriormente la elocuencia los diferenciara, pero, por el momento, eran una amalgama, un equipo. Sus prendas eran demasiado ligeras, de colores igualmente ligeros, y demasiado americanas, así que aquí no les servirían de mucho. Solo el hombre de Nueva York iba bien vestido, con un abrigo azul oscuro abierto sobre un buen traje de franela.

Era el mismo que estaba junto al bordillo en Mount Street.

Cruzó la sala para dejar su abrigo y su bastón en una silla vacía.

–Ojalá esto sea un buen augurio –le dijo a Caro. De nuevo lucía con facilidad su elegancia, aunque no fuera de una nación elegante.

Iban a ahorcar a ocho hombres. O a fusilar, no estaba claro. Dos funcionarios acababan de entrar en la sala con un aire de meticulosa humanidad que presagiaba una negativa. Si hemos de serles sinceros no pensamos que la intervención del gobierno de su majestad pueda ser útil. Y también debemos tener en cuenta la larga y estrechísima cooperación existente entre nuestros dos países.

El estadounidense dijo que precisamente por eso. Era el portavoz, un hombre conocido que había fundado algo, quizá una fundación, una orquesta, un museo, o todo eso junto. Durante un tiempo había vivido en el país latinoamericano en cuestión y recientemente se le había aconsejado, oficialmente, que no volviera por allí.

Aquí se le prestaba atención porque era rico y no procedía de un país de pacotilla como los demás solicitantes, o los

propios burócratas. Esto es lo que explicaba la consideración que se le mostraba, aunque se dejara claro que carecía de autoridad. Cuando describió ciertas torturas, a los dos funcionarios se los vio incómodos, abstraídos, fascinados, como si estuviera describiendo en público el acto sexual. A sus cuatro compañeros, después de recuperar el color por la impresión, ya era posible irlos diferenciando: eran viejas fotografías viradas a sepia cuyo antinatural sonrojo era de origen externo. Uno era cortado a machete y fornido. Otro parecía agotado y viejo, y hacía bascular el cuerpo hacia delante como si le doliera algo. El tercero tenía la tez sonrosada de los Andes y una deteriorada dentadura, en la que sobresalía un premolar de oro. El cuarto, alto y afable, era de cabello rojizo y crespo, y tenía la multitud de pecas que conlleva una pigmentación peculiar. Los demás compatriotas se volvían hacia este cuarto hombre, convirtiéndolo así en su líder.

Este pecoso tenía grandes propiedades: plantaciones, pastos. En su caso, la posibilidad de que actuara por egoísmo reconfortaba a los oyentes oficiales al introducir un elemento racional. En una ocasión Ted Tice había señalado que un acto de humanidad independiente es lo que menos puede permitirse la sociedad.

Lo que distinguía a estos hombres era que su ruego afectaba a otras personas. Era eso lo que les otorgaba una autoridad que las autoridades nunca tendrían. El encorvado llevaba un enorme alfiler de corbata, brillante, que se eternizaba sobre su dibujo de flores, y lo toqueteaba como si fuera un amuleto. En los labios llevaba un lápiz, como un cigarrillo sin encender; y en los ojos las legañas propias de las cataratas, como un perro viejo.

Caro sabía que no había nada que hacer. Lo había oído

decir el día anterior: Es impensable dejarnos meter en eso, no acabaríamos nunca, mejor no meterse en sus asuntos internos, sería peor el remedio que la enfermedad. También se había llamado a Washington, que había respondido: «Contraproducente».

–Cualquier pérdida de vidas humanas es siempre lamentable. Ojalá estuviéramos en situación de ayudar. No me importa confesarle que siento mucho, mucho la situación en la que se encuentran. Desde un punto de vista estrictamente personal. Sin embargo, tengo que señalar que en las circunstancias actuales evidentemente no se pueden verificar las acusaciones de maltrato físico.

–¿Aunque el resultado sea un hombre sin huevos?

–Señor Vail, no me va a convencer perdiendo los estribos.

El estadounidense se sentó cómodamente.

–Tiene usted razón al reprenderme. Y yo tengo razón al enfadarme.

Gracias a él no solo estaban presentes quien hablaba y quien escuchaba, sino algo que iba más allá de los hombres, puros y simples.

¿Y qué pasaría si las familias de los condenados hicieran una solicitud personal?

Por desgracia no pensamos que eso tuviera la más mínima... ¿Se rumoreaba que el papa?

Evidentemente, esa es una opción que su santidad podría decidir aprovechar. No hemos recibido indicación alguna a ese respecto. Sí que hemos tenido noticias de que el secretario general de las Naciones Unidas estaba pensando en interceder.

–Debe de estar usted bromeando.

Un silencio veraz y jurídico manifestó el pronunciamiento de la frase. Desde este tribunal será conducido al lugar de

ejecución. El latinoamericano inclinado se reclinó en su silla, como recuperándose de un desmayo o un ataque, y la impresión de que había sufrido una convulsión la reforzaba la presencia de un resto blanco y seco en las comisuras de los labios y el lápiz alojado entre sus dientes. El solicitante corpulento estaba debajo de la luz, bien visibles las marcas de viruela y los capilares. Los cuatro, inexpresivos en un silencio insoportable. Y así había pasado la mañana.

Los cuatro exiliados se marchaban a otra última y desesperada cita. La derrota acentuaba su realidad, los diferenciaba de manera concluyente de los dos funcionarios imaginarios que los habían recibido. Los agujeros de la viruela y los alfileres de corbata dorados conferían cierta grandeza, o por lo menos representaban una intemperie preferible.

Al acompañarlos a la salida, un funcionario confesaría en voz baja: «Personalmente, yo les diría que Dios quiera...» y todo eso. Y después, en el cuarto de baño de caballeros, se lavaría las manos y se las secaría con una toalla desechable.

Al hombre de Nueva York lo paró un alto funcionario.

–Espere, estoy seguro de que estaba prevista una comida.

–Debe de ser un malentendido.

En este caso, la consternación sí era auténtica. La comida era con un miembro del gobierno.

–Le ruego que espere mientras hago una llamada.

Los suplicantes no habían rogado por las vidas de sus mártires con tanto desenfreno. No, por desgracia llegaba tarde a otro compromiso, y se marchó.

Como había que guardar los papeles en una carpeta roja, Caro se quedó. También se daba por sentado que, por un instinto doméstico del que en realidad prácticamente carecía, dejaría en orden la sala. Se apoyó en la mesa de reuniones

con las manos húmedas y, de no haber sido por la huella indeleble de las hazañas de Dora, se habría puesto a llorar a lágrima viva. En ese lugar iba aumentando su sentimiento de culpa y de vergüenza, y también la sensación de ser una solterona; era como una frustración sexual estar siempre anhelando un espasmo de dignidad que, en un sitio así, nunca se produciría. Allí era un incumplimiento de contrato que los propios pensamientos prácticamente siguieran a cuatro hombres poco atractivos a una calle fría, como si en medio de una batalla un soldado pensara en los inofensivos afectos íntimos de quienes están en las líneas enemigas. Según las normas que establecía el combate, la victoria era de quienes podían salir de él sin remordimientos.

–Se me había olvidado esto.

El bastón.

El neoyorquino dejó que la puerta se cerrara sola a sus espaldas, y allí se encontraron con la actitud de primera hora de la mañana. Antes de darse cuenta de que le faltaba el bastón había recorrido cierta distancia, y al volverse llevaba consigo el aire frío. Aunque se iba tocando la cara con los dedos, Caro no estaba nada avergonzada, puesto que el episodio de la mañana ya había sido lo suficientemente penoso.

El hombre robusto se sentó en el borde de la mesa, mientras su ropa de calidad emanaba frío. Sus manos anchas aguardaban sobre los muslos.

–¿Podemos ir a algún sitio?

Iban cruzando la agitación y el griterío de una calle. El restaurante estaba en la planta de arriba, abajo había un pub. Era un lugar que siempre estaba lleno porque los turistas acudían a ver comer a los miembros del gobierno. Tiene suerte, señor, ha habido una cancelación. Puede que estuviera

acostumbrado a tener ese tipo de suerte. Se sentaron junto a la ventana bajo una fina película de sol y Caro pensó: Ahora me decepcionará. Ahora dirá: Bueno, yo también los entiendo.

–Son unos mierdas, ¿no? –Y le entregó el menú, que era un trozo de papel mecanografiado.

En el local no había más mujer que Caro.

–¿Cuándo van a morir? –Caro se refería a los prisioneros.

–Dentro de uno o dos meses.

–Casi lo peor –dijo ella– fue el pánico que les entró por lo de la comida.

–O lo mejor –dijo él sonriendo.

Su cara de sabueso tenía arrugas en los párpados y la boca, que ahora descansaban pero que se podrían activar. Su pelo negro, ya encaneciendo, le caía sobre la frente. Su cuerpo, demasiado pesado e indolente para la escueta sillita, era el de un hombre activo que había aprendido a esperar: una paciencia incongruente que podía inquietar a quienes se preguntaban qué podía estar sujetando.

–Los hombres –dijo– pasan por la vida diciéndose que llegará algún momento en el que tendrán que demostrar de qué están hechos. Y cuando llega el momento lo demuestran. Y luego se pasan el resto de sus días explicando que ni ese era el momento adecuado ni habían demostrado quiénes eran en realidad.

–Por lo menos podrían pensar lo poco que en la historia tardan esas cosas en salir por la culata. Mis colegas hoy, por ejemplo.

–El temperamento británico, en concreto, nunca ha sido muy dado a la especulación. En situaciones extremas, Arquímedes se guiaba por su teorema, pero Drake continuaba jugando a los bolos.

–Algunos hombres, o muchos –dijo ella– son a la vez Arquímedes y el soldado que lo mata.

El neoyorquino le cogió el menú. Debía de tener algo más de cuarenta años. Una abultada vena le recorría el dorso de la mano. Se le veía un reloj de pulsera, un puño de camisa a rayas, la manga de franela gris. La miró contemplar esos pormenores, que observaba con tanta atención como si recubrieran un brazo que sobresaliera de un muro caído: pistas sobre algo misterioso.

Se llamaba Adam Vail.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó–. Sé dónde vives –se apreció su acento estadounidense.

Como cabía esperar, habían entrado los dos funcionarios de la mañana, que estaban comiendo pequeños arenques.

–Te echarán la culpa a ti –dijo Vail– de lo de la comida.

Se podía apreciar que ya lo estaban haciendo sobre los montones de pescaditos. Como no querían creer que hubiera imperativos morales, les aliviaba achacar las acciones a razones lascivas. Desde la perspectiva de los pescaditos, los brazos de Vail rodeando el borde de la mesa parecían ofrecer un abrazo hacia el que Caro se inclinaba.

Estos dos hombres estarían diciendo que ella se acostaba con él y podrían escribir tal cosa en un expediente para desahogarse. Conscientes de la imaginaria intimidad que les atribuían, el hombre y la mujer se sonrieron ligeramente, y comenzaron a intimar.

En un hotel cuyos cañones de chimenea se veían desde la ventana de Caro, Adam Vail tenía dos oscuras habitaciones con espesas cortinas. En una mesa baja de la sala de estar había jacintos cortados en una gruesa vasija de cristal redonda, junto a un sofá que parecía un zepelín de brocado.

En un escritorio se habían amontonado unas cartas, junto a catálogos de pintura de colores satinados y una pila de paquetes sin abrir.

Entre las ventanas se veía un cuadro con un marco recargado.

–Un marchante espera que me acabe gustando. Eres la primera que le ha prestado atención, los demás creen que forma parte del mobiliario del hotel. No estoy seguro de que esto te vaya a reportar una buena nota.

Estaba de pie junto a una mesa con botellas y vasos colocados en una bandeja, y observaba a Caro moverse entre las ostentosas sombras de la habitación. Vio cómo la manga de la joven, de algún color rojo oscuro, ardía a la luz de la lámpara, y la cadenita que llevaba al cuello. En la ventana de su casa y en su oficina la había visto en dos ocasiones solitaria, habitual, pero no resignada. Con el pensamiento revivió el instante en que había alzado la vista hacia una ventana, porque le había llamado la atención una rama florecida en un jarrón.

En ella no había ninguna zona de sentimiento objetivo sin ocupar. Vail suponía que a los hombres les parecería irritante o imponente que Caro tuviera ese aire de estar esperando algún acontecimiento solemne que era imposible pensar que pudiera ser la llegada de esos mismos hombres.

–No tiene intriga –dijo él. En ese momento, al mirarla, pensaba en algunos grandes cuadros, en los que todas y cada una de las partículas de luz son habituales, cotidianas, y al mismo tiempo milagrosas: algo que no es más que la pura verdad. Dijo–: Algunas pinturas trasmiten la intriga de la propia vida. –Pensó que la mayoría de los hombres casi no se atreverían a tocarla, o que solo lo harían con enfado, porque ella no iba a fingir que nada fuera superficial. No resultaba

halagador que esa creencia pareciera inducirla a prescindir de ciertas cosas.

Vail sirvió licor en los vasos y habló del cuadro. Sus labios, abiertos al hablar, eran disparejos: el inferior, prominente y concluyente; el superior, fino, delicado y considerado hasta la debilidad. Lo cual sin duda era mejor que si hubiera sido al revés.

Caro Bell se sentó en un abultado damasco con un vaso de vodka en la mano, y ese hombre, Vail, se sentó a su lado. Los pies de ambos se estiraban hacia las flores y la mesa baja con zapatos de idéntico y buen cuero marrón. Y pensar que los dos podían tener zapatos de excelente calidad.

–¿De qué te ríes?

–De la democracia del calzado.

La lámpara encendía pliegues de terciopelo en la manga y el regazo de Caro. Por el umbral de una puerta, una luz baja mostraba unas pantuflas alineadas en una alfombrilla blanca. Por detrás habría una sábana perfectamente doblada, una buena bata lista sobre la colcha, libros nuevos junto a la cama: todo esto constituía una manifestación de la libertad, porque él así lo quería. Hasta cuando giraba el cuerpo para coger un pañuelo o sacar cigarrillos, lo hacía con un giro no inglés que evidenciaba energías, opiniones, vistas, afinidades, un paisaje renovado. Había en él algo que anunciaba una nueva época, que a un reloj mental le van a cambiar la hora. En ese momento, todo lo demás pertenecía al ayer.

No tardarían en bajar las escaleras para cenar, como huéspedes de una casa de campo. Vail dijo que el domingo podrían ir a dar una vuelta en coche, si ella estaba libre.

–Organizar una partida, supongo que se diría aquí. ¿Conseguir conducir por el otro lado en estas carreteras?

–Seguro. Y hace años que nadie dice «organizar una

partida». –Salvo, quizá, Sefton Thrale. A ella también le encantaría ver los Fens. Hacía mucho tiempo que Caro no estaba deseando hacer algo.

La base de cristal del florero se había colocado sobre un telegrama que estaba sobre la mesa. A través del agua en escuadra resaltaban las palabras, irregularmente ampliadas: «EJECUción INEVItable», como una lección de dicción.

–Las letras pequeñas aumentan cuando se ven a través de un recipiente lleno de agua. Lo dice Séneca. Fue uno de los primeros principios de la óptica –dijo Vail–. Séneca tiene un montón de cosas buenas.

Agarró el jarrón por el borde y lo desplazó, y las letras retomaron su insignificancia: insectos inútiles que debajo de un microscopio habían resultado aterradores.

En el escritorio que Vail tenía en su habitación de hotel había una fotografía de una adolescente: «Mi hija». Padre e hija se parecían, pero no se llevaban bien.

–Josie me echa la culpa de la muerte de su madre. En general, las culpas suelen cambiar de sitio con la edad, por lo menos eso espero. –En una cartera había una fotografía de una mujer delgada con jersey y pantalones–. Mi esposa se suicidó –dijo–. Mi esposa se quitó la vida –como si fuera un verso.

–¿Crees que fue culpa tuya?

–Decía con frecuencia que lo haría. Se había sometido a toda clase de tratamientos. Al final resulta difícil saber cómo llevarlo.

Como Dora: puedo morirme en cualquier momento, en cualquier momento.

–Las dos partes sufren –dijo Caro.

–¿Has tenido cerca a alguien así? –preguntó él.

En una ocasión él le dijo que quizá alguien estuviera informando de los encuentros que tenían.

–Pero ya me ocuparé yo de que no te pase nada.

–¿Y quién nos va a vigilar?

–Mis compatriotas y los tuyos. Porque hoy en día un hombre que no se guíe por intereses personales es un revolucionario.

–Solo los juzgas por los principios que proclaman.

–Eso es lo que significa la revolución actual.

–La primera mañana, en la calle, eras como un personaje de una historia de espías.

–Si pueden, lo convertirán todo en una historia de espías.

–¿Para qué necesitas un bastón? –preguntó ella.

–Tengo por costumbre llevarlo en sitios peligrosos.

Se lo pasó a ella y el peso era sorprendente, como una opinión atípica. Vail volvió a cogerlo y presionó sobre el cierre para mostrar el filo.

De manera que este hombre de paz iba armado con un estilete.

Había una fotografía de una casa encalada al sol: limoneros, viñedos. A lo lejos, un pueblo blanco, marcado por la pobreza y las inclemencias del tiempo.

–Las islas Lipari.

–Entonces, así es como se pronuncia.

–Cuando Josie era pequeña las llamaba islas *The Party*. –Dejó la foto–. Ya las verás. –Y preguntó–: ¿Hay alguien más que esté enamorado de ti?

–Tiene suerte, señor, ha habido una cancelación.

Nada podía ser más seductor o temerario que la receptividad y la generosidad intelectual de Vail: Ya me ocuparé yo de que no te pase nada, quizá hayas estado cerca de alguien así, ya verás las islas.

Fue una noche de un silencio extraordinario.

–¿Qué hora es? –Caro tenía un reloj junto a la cama.

–Casi las cuatro.

–Entonces ya los habrán matado.

Al día siguiente aparecería un breve párrafo en una página interior: SE PRODUCEN LAS EJECUCIONES.

Caro apoyó la cabeza en el hombro de Vail e inspiró para que su pecho pudiera llenarle a él la palma de la mano.

–¿En qué estabas pensando esa primera mañana en la calle? –le preguntó.

–En que todo estaba previsto, menos tú.

24

CHRISTIAN THRALE SE ATRIBUÍA UNA ESPECIAL SENSIBILIDAD para la pintura. En galerías donde el arte estaba sabiamente internado, caminaba y se detenía como los demás, pero creía que su mirada era más penetrante que la de la mayoría, y cuando los demás seguían caminando, él se quedaba parado, a todas luces más absorto de lo normal.

Es más, Christian creía que los ingleses tenían una forma propia de observar las obras de arte (y en eso no le faltaba razón). Esto no lo habría dicho, pero lo sentía. Para él, expresiones como «La venus de Rokeby», «La vasija de Portland» o «Los mármoles de Elgin» no solo hablaban de una propiedad pasajera. Explicaban verdaderamente el valor de la custodia y parecían proclamar los argumentos que la justificaban.

Las colecciones privadas no le interesaban mucho, a menos que su magnitud las hubiera convertido en algo impersonal. Aunque donde más feliz o seguro se sentía era en los grandes museos, de vez en cuando aceptaba, así lo expresaba él, ir a alguna exposición temporal de obras en préstamo, aunque esto no solía ocurrir. Cuando, rechazando el catálogo, llegó a entrar en las salas enmoquetadas de una galería privada en un sábado de frío espantoso, lo hizo en contra de sus costumbres, tal como había hecho en el Albert Hall ocho años antes, lo cual introdujo a Grace en su órbita y de paso alteró

varias vidas. Una vez más era porque estaban en fin de semana, había visto un cartel y estaba solo. Hoy, el cartel llevaba el título de «Retrospectiva». Una sombra de todo eso se le estaba pasando por la cabeza cuando vio a Caro, de manera que su repentina materialización le resultó tan asombrosa como inevitable.

Caro se había dejado puesto el abrigo rojo dentro de la galería y estaba con las manos frías metidas dentro de las mangas. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros con indecorosos mechones y bucles negros, y los labios pintados de escarlata. Apoyaba todo el peso en un pie, como en una posición de ballet, y detrás de ella había un hombretón que, por su estabilidad, podría haber sido su pareja. (Durante algún tiempo después, el recuerdo de Christian se centraría en la imagen de Caro allí de pie, con ese hombre, Vail, detrás, listo para levantarla en el aire.) En el cuadro que los dos tenían delante se veían las cabezas de dos mujeres en llamas, una frente a la otra, pero no al mismo nivel.

–Pues aquí está –decía Adam Vail en ese momento. Él había prestado el cuadro, que le pertenecía.

Christian los observaba desde la otra punta de la sala. Él mismo se había quedado paralizado, allí plantado por la inmovilidad de esos dos. Cuando se movieron, Christian quedó liberado y también se movió, hacia ellos.

Adam Vail se inclinó para observar el cuadro.

–Creo que han mellado el marco.

Se buscó las gafas en un bolsillo superior. Había yeso donde debía haber oro. Vail posó el índice e inmediatamente se acercó un vigilante.

–Si no le importa, señor. No se pueden tocar los cuadros. –Cuando Vail se retiró, el hombre continuó hablando–: Lo siento, pero así es como se producen accidentes.

Cuando Christian los vio de nuevo solos y sonriendo, se les acercó. Mientras lo hacía se sintió en situación de desventaja. Normalmente veía a Caro en su propia casa, donde –por no decirlo de forma demasiado sutil– él llevaba los pantalones. Ese día, antes de llegar a hablar, Christian ya tenía la sensación de estar entrometiéndose o de ser irrelevante. Se preguntaba si esto era algo que conllevaba el simple hecho de abordar a alguien, y no pensó en atribuírselo al poder de Caro en esa mañana de su belleza.

Esforzándose por recuperar la posición de dominio, dio un beso a Caro, algo no del todo necesario y cuya intención Christian pensó que Caro había comprendido.

El hecho de que el hombre que la acompañaba fuera estadounidense tampoco proporcionaba la consabida ventaja. Vail no hablaba a gritos, ni pontificaba, ni se refería todo el rato a sí mismo, ni tampoco hacía ademanes torpes, aunque lo provocaran. Esta compostura oral y gestual indicaba a Christian que no tenía que recurrir a las consabidas formas de recalcar su postura durante una conversación: la sinceridad de Vail debía suscitar transparencia, aunque al interlocutor le costara. En conjunto, surgió una necesidad de esforzarse que cruzó la ahora despierta visión retrospectiva de Christian con un recuerdo en el que Caro, hacía años, le instaba a estar a la altura de una de sus circunstancias: se trataba en realidad de una tarde de verano en la que Christian había llevado flores amarillas a Grace.

Llegados a ese punto, los tres estaban vueltos hacia el cuadro, y Christian no tardó en quedarse, como solía, mucho más absorto de lo normal. Caro estaba a punto de hablar cuando Christian dijo, y más le habría valido callarse:

–Por supuesto, nunca vas a conseguir que me guste esa serie. –Por supuesto, no habían intentado convencerlo.

Pasado un momento, continuó–: Este ejemplo sí que muestra una gran autoridad.

Sabía que decía «autoridad» porque el estadounidense le traía la palabra a la cabeza. En la galería había otros compatriotas, alzando su dogmática voz, describiendo círculos o haciendo cortes en el aire con manos inseguras, las facciones retorcidas por una imprudente vehemencia. Pero este, que ni siquiera llegaba a ver un adversario en Christian, no lo hacía. Ahora Christian recordaba que había leído el nombre de Adam Vail, y sintió una rápida e indigna angustia, como si Caro le hubiera ganado la partida. Se acordó de un artículo de revista en el que Vail, cuando le preguntaron si se consideraba un hombre misterioso, contestó: «No más que cualquier otro».

La introducción del catálogo de la exposición la había escrito un destacado –o importante, o brillante– crítico. Caro leyó en alto una frase.

–¿Qué quiere decir? –preguntó. Y Vail miró por encima del hombro de ella.

–Llegan a pensar que han tenido algo que ver con la realización de los cuadros.

Los tres deambularon por las salas, más o menos juntos. Christian no volvió a opinar, aunque sí probó a lanzar una serie de ampulosas reflexiones: Así es como se tantea el terreno, por donde sopla el viento. Había visto cómo Vail miraba por encima del hombro de Caro, sin llegarle a tocar el cuerpo: la lana gris separada de la roja por una vibración. Pasado un rato Christian dijo que tenía que irse y se marchó, después de darle a Caro otro brusco e inconmensurable beso.

Se fue caminando a casa con una sensación de perplejidad punzante pero pesada, parecida a la decepción. Es posible que Christian se hubiera imaginado que Caro estaba hecha para

un desenlace que justificara o compensara el cauteloso orden de la propia existencia de Christian, y que lo consumara mediante un remate, incluso trágico, que únicamente ella pareciera capacitada para representar. O quizá lo que a Christian le hubiera gustado, por el bien de la humanidad, fuera verla caer en la insulsez doméstica de cualquier otra mujer, caer en ella como caen por la noche las amas de casa exhaustas en sus sillones. Le horrorizaba pensar que ella y Vail eran amantes, pero menos por la carnalidad que se imaginaba que porque Vail era afable, resuelto y rico. Para Christian, la satisfacción de haberle negado la compasión a Caro había surgido directamente de la necesidad de la joven, de su pobreza. Ahora, dejar que se las arreglara alegremente como pudiera ya no concedía poder alguno. Y Christian se permitió, como un lujo, un pensamiento generoso: Podría haberla ayudado.

En casa, Christian se sentó en su sillón habitual. Y su hijo pequeño se le subió encima como si su padre fuera algún artilugio de un parque infantil.

Un día de mayo, Caroline Bell pidió y recibió una hora extra para el almuerzo. Al regresar a la oficina se enteró en el pasillo, por el señor Bostock, de que Valda se había negado a preparar el té y a ir a buscar sándwiches para el almuerzo o en ningún otro momento.

Cuando entró en la oficina del señor Leadbetter a Caro le pidieron que cerrara la puerta. Leadbetter dejó en la mesa el bolígrafo, para indicar que la conversación era privada. En realidad había cogido ese objeto de plástico para poder hacer el gesto de dejarlo a un lado. Juntó las palmas de las manos en el aire.

–Quizá usted pueda ilustrarme, señorita Bell. –Separó los

dedos entrelazados, luego los volvió a cerrar, como si estuviera haciendo figuritas con un cordel–. ¿Es que la señorita Fenchurch tiene algún motivo de queja?

–No le gusta servir comida. Es una imposición.

–¿Y eso no es algo absurdo, ya que suministrar… viandas es una parte de sus funciones ya aceptada?

–¿Aceptada por quién?

–Por todas las mujeres de la oficina excepto la señorita Fenchurch y, según compruebo ahora, usted. Si la sensación general hubiera sido que esta era una función indebida, el conjunto de las chicas lo habría manifestado.

–A la mayoría de la gente hay que señalarle lo que es indebido. Al principio, solo suele haber una persona que lo indique.

Tal como le diría esa noche a su esposa, el señor Leadbetter pocas veces se había alterado tanto.

–¿Y a usted no le parece que esta es una actitud mezquina y egoísta? Después de todo, los hombres de esta oficina están renunciando por completo a la hora del almuerzo, para quedarse en sus despachos y hacer horas extras. A las chicas lo único que se les pide, demanda, es que los ayuden a descargarse de onerosas tareas extra.

–Los hombres no hacen nada que mine su autoestima. Al contrario, quedarse en su despacho la incrementa.

–Veo que está usted muy a la defensiva. –Clive Leadbetter, que no se había educado con ese tipo de expresiones, había comenzado a utilizarlas en los últimos años. A veces decía «muy a la defensiva», otras «enormemente agresivo», que era prácticamente lo mismo. Del mismo modo, para acusar decía: «¿No está siendo usted demasiado positivo?» o «¿Más bien demasiado negativo?»: expresiones intercambiables y sin respuesta, que nunca dejaban de desconcertar al interlocutor.

No se podía imaginar a qué se refería la gente cuando decía que la lengua estaba en decadencia.

–Me reservo el análisis de su actitud, señor Leadbetter.

Los dedos sin entrelazar de Leadbetter cayeron al unísono y de golpe sobre el cartapacio.

–Señorita Bell, ¿de verdad que este incidente no le parece absolutamente grotesco?

–Entiendo que mi respeto a cierto principio se puede considerar grotesco y que incluso así se haga parecer. Por lo menos durante un tiempo.

–Usted lo llama principio. Una tormenta en una taza de té.

–El señor Bostock dice que es «en una tetera».

Leadbetter estaba ya al rojo vivo: a temperatura de fusión. (Esa noche a su mujer le diría: «NI siquiera me importa que me insulten, pero el maltrato verbal no lo tolero».)

–Señorita Bell, ya que a usted también le parecen tan insatisfactorias nuestras costumbres, quizá debiera pensar seriamente en volverse a... Nueva Zelanda.

Durante una larga pausa se vio obligado a comprobar que era ella quien más fuerza tenía y que durante años había renunciado, por caridad, a mostrarla.

–En realidad había venido a presentarle mi dimisión.

La boca de Leadbetter se abrió y cerró, como la de un caballo con problemas de masticación.

–¿Y puedo preguntarle por qué?

–Me voy a casar.

En ese momento la odió, por su libertad, su belleza y su felicidad, y por el comentario de la tetera. La ametralladora Gatling se atascó: las palabras apenas llegaban a farfullarse. Sin embargo, dado que ella solo podía liberarse gracias a la intervención masculina, al final Leadbetter sonrió y lanzó una última andanada.

–Ya me había imaginado algo así.

25

Grace Thrale estaba saliendo de Harrods por el departamento de alfombras, que tenía el espacio y la solemnidad de una catedral. Se habían concebido unos pasillos que discurrían por entre los separados puntales del edificio, y gruesos cilindros de alfombras enrolladas aparecían de pie o en el suelo como tambores de columnas caídos en un templo. Las Wilton estaban amontonadas sobre las Axminster, formando tribunas de flores. Y Grace sonreía, aunque no al verlas.

–Grace –Ted Tice la alcanzó en un transepto marroquí–. ¿Estabas presentando una reclamación?

–Ted –Grace se detuvo y dejó de sonreír.

–¿Cómo están tus hijos?

–Armando jaleo –volvió a sonreír. Caminaron y se detuvieron–. ¿Vas a pasar un tiempo en la ciudad?

–Solo hoy. Necesitaba unas cosas para mi nueva casa. Ya sabes que me las arreglo solo. –Llevaba el cuello de la camisa arrugado y la parte delantera mostraba la marca ojival de un planchado inexperto. Levantó un paquete–. Y acabo de comprar unos prismáticos.

–Así que a veces miras a la Tierra.

–Solo en salas de concierto. –Ted estaba contento: Le dirá a Caro que nos hemos visto–. He llamado a Caro, pero no contesta.

Grace nunca lo había visto tan seguro de sí mismo, tan

confiado. Quizá pensara que el tiempo estaba de su parte. Todo eso lo había pensado Grace en un momento, mientras hablaban de sus hijos, y sabía que tendría que decírselo.

–Ted, ¿tienes un momento? Vamos a sentarnos.

El temor paralizó de inmediato la expresión de Ted, por ese instinto para detectar malas noticias que se desarrolla desde la infancia. Grace se sentó en un tambor volcado de lana color rubí. A su lado, un vendedor extendía una parodia de alfombra persa color rojo rosa, aunque no para rezar.

–Ted. –Nunca había utilizado tanto su nombre–. Caro te iba a escribir hoy.

En ese mismo instante, en cierto modo Grace se parecía a Caro, como siempre que las cosas se ponían serias. Ted lo apreció en la forma de girar la cabeza y las manos entrelazadas. Si le ponía los dedos en la nuca encontraría allí un cordón tan prominente como el de Caro.

–Se va a casar –dijo él.

–Siéntate, por favor. –Una azafata que te recibe.

–Prefiero quedarme de pie. –Un héroe victoriano sobre la alfombra o las alfombras. Un vendedor tiró de una alfombra de tres por cuatro metros.

–Gracias, solo estamos mirando.

Mirándose fijamente, Grace y Ted creaban una tensión que las alfombras no podían absorber con facilidad.

Ted ni siquiera preguntó con quién.

–Se llama Adam Vail, es americano. –Grace ganó tiempo mientras lo describía, como si de ese modo esperara tranquilizar a Ted. Divagó–: Es amable e interesante. Y muy fuerte, quiero decir de carácter. –Esto le hizo un agujero a Ted, aunque en realidad Grace estaba estableciendo sin darse cuenta un contraste con su propio marido.

–Ya lo conozco –dijo Ted. Y pensó: Estoy reaccionando

bien, aunque en realidad todavía no he acusado el golpe.

–De unos cuarenta, muy agradable –balbuceó Grace–, vendrán a Inglaterra con mucha frecuencia.

El rostro de Ted Tice fue juvenil por última vez, como se dice que ocurre en el momento de la muerte.

–¿Cuándo será?

–Pues muy pronto, dentro de dos o tres semanas. Hay que preparar... tienen que preparar los papeles. Como no es británico, ya te imaginas. Hay que ir... irán a Caxton Hall. Donde se casan los extranjeros. Dora tiene que volver, está en Malta con su amiga Dot Cleaver. Luego está la hija, la hija de Adam, que viene de Nueva York, tiene catorce años. Quince. –Grace se estaba quedando sin cosas que contar y no tardaría en enfrentarse descarnadamente a la angustia de un hombre.

Un vendedor pasó rozándolos, con un cliente.

–La tenemos en color celadón o naranja kumquat. O puede pedirla en mandarina. –Esa pareja estaba absorta, feliz.

Caro habría sabido qué decir: no lo que debía, sino la verdad. Caro habría hablado o guardado silencio, siempre con sinceridad. Al aceptar que era la hermana dulce, domesticada y dócil, Grace no había tenido intención alguna de quitarse de en medio. Había disfrutado siendo dulce y sabiendo que eso era lo que pensaban de ella, pero creía que tenía guardado un tesoro desaprovechado, de una humanidad más difícil, que ahora no se podía apreciar. El sufrimiento de Ted no le era ajeno: en realidad, a veces su imaginación le presentaba asuntos como ese en algún imperio austro-húngaro emocional. Pero no podía recurrir a ningún instinto con el que compadecerse de él o consolarlo. Y de repente tuvo miedo de que la gente dulce pudiera tener poca imaginación.

Cualquier día del año, una pareja mayor o una madre joven reuniendo a su ruidosa prole podría haber sonreído a Grace

Thrale en la calle: es decir, la habrían saludado con respeto, viendo en ella a alguien afín. Caroline Bell nunca suscitaba esta deliciosa complicidad. Había momentos en los que Grace deseaba que el mundo no estuviera tan seguro de ella, tan convencido de que el aburrimiento la había conquistado. Sin embargo, en su vida cotidiana temía hasta la más mínima desviación de la costumbre, considerándola una interrupción que podría conducir al caos. Grace buscaba tanto la aventura como Dora la paz. Al contrario que algunas mujeres, Grace no se convencía a sí misma de que conservaba la capacidad para llevar una existencia totalmente distinta, regida por pasiones desatadas y perniciosas: Grace sabía perfectamente hasta qué punto el ensayado conformismo de sus días satisfacía sus propios deseos. Sin embargo, era posible aferrarse a la seguridad sin dejar de aburrirse con ella. Al principio, la seguridad proporcionaba una agitación casi parecida a la del romance; pero ese rescate, como cualquier otro, podía acabar agotándose.

Por las noches, al recoger la vajilla o la plata, esta Grace todavía radiante podía imaginarse con un suspiro cómo sería esa ama de casa rechoncha con joroba de viuda.

–Si quieres, podemos ir a la cafetería a tomar un té –propuso. En la planta de arriba había un lugar donde las mujeres se sentaban a charlar rodeadas por sus paquetes y donde les preguntaban: ¿Leche o limón?

–Querida Grace, cuando nos encontramos ibas corriendo. Déjame que te acompañe abajo.

Ted Tice veía, aunque esto no tenía que ver con su estado de ánimo, que Grace Thrale, que antes había sido su tímida aliada, había cambiado de bando y lo había dejado plantado para quedarse con Vail, el premio. Tenía que salir de esta solemnidad regida por alfombras sin costuras, kilims

sarcásticos y preguntas mecánicas de los dependientes. Grace se levantó y los dos pasaron por la sección de lámparas, en dirección a las escaleras. Por detrás de ellos, el dependiente dijo con desgana: «Siempre está la opción de la lana de cabra».

Ted tenía presente un traje de chaqueta de terciopelo azul; no, solo el cuello era de terciopelo, el resto era de lana moteada, un traje que encajaba perfectamente con la vida y las costumbres de Grace, como la gótica acusación que lanzaba la plancha en su propia camisa. Reconocía el cuerpo de Grace, dos veces sacudido por el parto y después reconstituido, torneado como un traje de chaqueta, heroicamente normal. Él también tendría que mantener el movimiento y el equilibrio, aunque fuera partido por la mitad, y con amabilidad le había dicho: «Querida Grace».

En la planta baja pasaron por delante de montones de rollos de tejidos que las mujeres ya no se ponen: *georgette,* crespón grueso, *pongee.* Se respiraba el olor grave y seco que despedía un material que hay que medir, cortar y coser. Con mano experta, un hombre de negro medía con los dedos sobre una mesa.

–¿Tres metros y medio, señora?

–¿Y dónde está el departamento de retales? –preguntó una voz aguda.

Grace iba por delante, y cruzó una serie de gruesas puertas de cristal. Los clientes que entraban y salían se iban sujetando las puertas unos a otros con los pautados movimientos de su danza: «Gracias», «Gracias». Fuera, la fría tarde solo evidenciaba la estación en su renuencia a oscurecer. Un corpulento portero con condecoraciones de guerra apuntaba escuetamente a los taxis; un trío de músicos callejeros con viejas prendas de sarga berreaba una canción sobre Tipperary

mientras un cuarto extendía una gorra color caqui cuyo único peso era una media corona en el centro.

–No soporto a estos cantantes –dijo Grace–. Vamos a caminar un poco. –Avanzaron al unísono junto a escaparates en los que maniquíes con vestidos estampados levantaban brazos color naranja sobre un fondo tropical, proporcionando un contraste vital, clamoroso, con las apagadas y céreas matronas que pasaban.

–Seguro que te estoy entreteniendo, Grace.

Grace no podía soportar los buenos modales de Ted ni pensar que, en medio de su crisis, este hombre la consintiera del mismo modo que un oficial moribundo podía bromear con un subordinado nervioso en el campo de batalla. Se apoyó en un retablo acristalado de ropa playera y le miró a la cara, tratando de compensar en un instante años y años de deliberada insipidez.

–Tal como han venido las cosas, ¿no es mejor para ti? Ahora ya no hay falsas esperanzas. Al principio será horrible, pero... –El bolso se le escurrió a Grace hasta el codo por la bandolera y se agarró las solapas de la chaqueta con la misma urgencia que podría haber mostrado para aferrarse a las de Ted. Por un momento se le apareció Dora. Por favor, no quiero hablar como Dora, estoy segura de que serás muy feliz–. Ahora eres libre –le dijo.

La cicatriz de la costura de los guantes de Grace se le quedó grabada a Ted en el cerebro. Los pendientes de perlas lo miraban fijamente, como los ojos blancos de un pescado. La franja de flores del pañuelo, inane, y el cuello azul del abrigo. La pena tenía ojos de pintor y, como Dios, atribuía significados de manera arbitraria, azarosa.

Ted pensó: En realidad estaba mejor dentro de la tienda. Allí me encontraba bastante embotado. Después de todo, el

claustrofóbico edificio le había proporcionado una especie de refugio, con avenidas de corte urbanístico, expositores y bandejas rebosantes de vida cotidiana, alrededores llamados sombrerería o mercería, en recuerdo de la infancia. En plena calle, Ted Tice se sentía agredido, y sentía esa ligereza corporal que va unida al peligro para la integridad física. Se impondría el deber de superar estos momentos y prepararse para la siguiente fase, la conciencia que se iba a apoderar de él y destrozarlo.

Al margen de lo que se hubiera podido pensar una hora antes cuando Ted compraba prismáticos, o hacía solo unos minutos, nadie que lo viera ahora habría dicho que era joven.

Cogió una de las manos enguantadas de Grace y la colocó sobre su propio abrigo, donde acabó por agarrarle tímidamente la solapa. Los pendientes martillearon, entre las margaritas de seda de su pañuelo cundió el pánico. Por detrás de ella, una palmera de plástico plateada tenía picos tan irregulares como los de un rayo que se bifurca al caer.

–Lo que he hecho ha sido porque esperaba conseguirla. Lo que haga ahora será porque me falta. –Soltó la mano de Grace y el bolso volvió a caerle hasta la muñeca–. ¿A eso le llamas ser libre?

–Puede que no siempre sea así. –Grace pensaba que una mujer no se habría predispuesto contra el futuro con una proclama así.

Regresaron a la esquina, donde los clientes de la tienda se iban pasando las puertas que se abrían y cerraban. Ahora los cantantes estaban con «Danny Boy», la solitaria media corona en la gorra, los peniques diestramente ocultos bajo el forro. Era Christian el que le había explicado ese truco a Grace.

Cruzaron la calle hasta la entrada del metro. La calle vibraba con la respiración subterránea que salía de la boca

del túnel. Una mujer de piel sonrosada vendía ramitos de brezo a quienes corrían escaleras arriba o abajo, pero no se acercó a estos dos que guardaban silencio. Grace pensó: Supongo que cuando no hay esperanza, uno se da cuenta.

En medio de la ráfaga de aire que salía del túnel se volvieron para mirarse fijamente. Era una mirada que se podían dirigir dos personas que hubieran llevado un enorme peso hasta detenerse desesperadas, y que ahora lo dejaban en el suelo mirándose a los ojos. Grace había llegado hasta donde había podido; Ted tendría que bajar solo.

La fotografía mostraba una mandíbula prominente y ojos de sabueso; el rostro era inexpresivo, como si la intrusión solo pusiera a prueba la resistencia o la aumentara. El párrafo contiguo mencionaba un matrimonio anterior y una hija. Un hombretón con un abrigo puesto a toda prisa, de pie en un lóbrego pórtico.

A su lado, Caro era una novata en la vida pública. No iba vestida de novia, pero nadie podía negar que acababa de casarse. La foto se cortaba por donde los contrayentes juntaban las palmas de las manos: la derecha de ella, la izquierda de él, sin entrelazarse, pero trasmitiendo su privado mensaje al mundo.

–Aquí también hay una. –Tertia sabía lo que Paul miraba con atención y levantó ligeramente su propia página para mostrar una foto poco clara. Había un titular y, debajo de la foto, un pie decía: «La pareja abandonando el edificio». En el periódico de Paul, Caro era una mecanógrafa australiana; en el de Tertia, una alta funcionaria. También se decía que la pareja se había conocido durante una iniciativa humanitaria del gobierno británico.

–Así que esa horrible hermana dejó bien colocadas a las

chicas. Dora o Flora, la vi una vez en casa de los Thrale. Hay que reconocérselo. Las trajo a Londres y las lanzó.

–Oye, que no son las hermanas Gunning. –Aunque durante un momento las vio como si lo fueran: bellezas dieciochescas en sedas color pastel con tocados altos y miradas traslúcidas, causando sensación en Londres, haciendo furor. En el periódico de Tertia Caro miraba hacia abajo, un borrón grisáceo que ni siquiera llevaba flores. El hombre era formidable, de fisonomía poco inglesa, cabeza grande, fornido, imperturbable. Ahora Caro tenía un aval, un valor: una obra desconocida recién atribuida a un maestro.

Tertia le cambió el periódico a Paul.

–La que lo consiguió fue Flora-Dora. –Quería ver hasta qué punto le importaba el asunto a Paul.

–Prefiero pensar en Caroline Bell con miles de millones.

–Nadie ha dicho que el tal Vail tenga miles de millones.

–¿Y de dónde sale el dinero?

–De comida para gatos.

–Aquí lo dice: bauxita. Que no sé lo que es. –Paul amplió la información–: Áticos empapelados de Picassos, yates, aviones privados, limusinas.

–Guardaespaldas –dijo Tertia–. Y amantes.

Paul dobló el periódico para poder leerlo como es debido, como un oficinista en un tren.

–En cualquier caso, no se la quedó el astrólogo.

–¿Qué quieres decir con «en cualquier caso»? –Tertia pasaba las páginas con su gesto brutal. Arriba, un niño lloraba, reía, hablaba y después farfullaba, pasando por todas las fases del ser humano.

–Nick Cartledge –dijo Tertia de repente–. El que se solía quedar en nuestra casa. –Puede que por fin se estuviera quejando.

–¿Qué le pasa?

–Se ha muerto.

–¿De qué?

–De un problema hepático.

–Bueno, la verdad es que se lo había buscado.

Tertia dejó el periódico. Nicholas Gerald Wakelin Cartledge. Para ella, era una muerte prematura.

–El viejo libertino –dijo, intentando quitarle importancia a la mortalidad, pero se quedó allí sentada, adoptando la expresión de una mujer que conocía al muerto.

–Libertinos –dijo Paul pasado un rato–, como a los que hace siglos se quebraba en la rueda.

–Como puedes ver –le dijo Dora a Dot Cleaver–, no es ningún Febo Apolo. –Dora hablaba de Febo Apolo, Palas Atenea o la Venus de Milo, distinguiendo a estos inmortales, por su nombre completo, de simples mortales como Glad o Trish–. La foto de los dos es horrible, horrorosa. Y las instantáneas son todavía peores. –Se las enseñó–. Me había dado un buen golpe con la puerta del coche, se me ve el dolor en la mirada. –Ese mismo día Dora se había mudado al piso vacío de Caro, que estaba lleno de flores–. Ya deben de estar en Italia.

–La primera vez que fui a Roma –dijo Dot Cleaver–, lo hice todo. Absolutamente todo. Cogí la guía de viajes y lo hice todo. Bueno, eso ya terminó, ahora solo me divierto. Así te empapas mejor de los sitios.

Dora soltó un suspiró que influyó en todo el cuarto. Pasado un rato, apuntó que hasta el río más indolente acaba serpenteando hasta el mar.

–¿Una taza de tu excelente té? –Dot Cleaver arqueó las cejas, el cuerpo y la muñeca, agarrando un asa de porcelana que era en sí misma un signo de interrogación–. Después se

van a Nueva York.

–Cómo no. Allí tienen todo lo que necesitan, todos sus intereses: libros, teatro, música. –Dot Cleaver había asistido hacía poco a un recital fascinante, pero no se acordaba del programa–. En cualquier caso, pronto volverán a visitarte.

–¿Y por qué se van a molestar? Yo lo entiendo perfectamente.

Ahora la ambición de Dora era sentirse abandonada. Ese sería el punto culminante de su largo proceso de alienación, la forma de confirmar su embriagadora fe en la enemistad, la ingratitud y toda una plétora de agravios. Ya le había dicho a Caro: «No te sientas obligada a venir a verme». Su forma de ponerlo todo a prueba, ya muy perfeccionada, nunca descansaba. La provocación se había convertido en la base de sus relaciones con el mundo.

Caro le había dicho a Grace: «Lo que Dora quiere averiguar es cuántas mejillas nos quedan todavía por poner».

Arrancó la página, la dobló y la volvió a rasgar por el pliegue. Después recortó con unas tijeras la foto y el párrafo. Esas metódicas acciones parecían conducir a algún sitio y cuando las terminó, Ted casi no se podía creer que se hubiera quedado con una fotografía de la boda de Caroline Bell. La leyenda que la acompañaba, aunque fuera de redacción convencional, no era del todo comprensible, como si estuviera escrita en unciales o cirílico.

Se quedó mirando esa fotografía pequeña y borrosa en busca de algo familiar que pudiera otorgarle algún derecho sobre Caro. Pero su ropa era nueva, no la típica de esas ocasiones. En la mano izquierda llevaba un objeto pequeño, desde luego no era un devocionario y lo más probable es que fuera un bolsito. La fotografía expulsaba a Ted por completo,

rechazando cualquier asociación; era una crueldad añadida, cuando las posesiones de Caro siempre lo habían embelesado: un cinturón de seda verde, una libreta forrada de tela azul, un plato blanco en el que ponía naranjas. En la fotografía miraba hacia otro lado, abandonando a todos los demás.

El recorte estaba sobre su escritorio, y ahora que no estaba rodeado por el papel superfluo que antes lo constreñía, parecía más grande. El cuarto entero no podía confinarlo ni contener la herida. Ted Tice lo cubrió con la mano derecha y dejó caer la cabeza, consciente, como un observador, de que esta inclinación pedía como pie de página una expresión anticuada: «Se fue a pique». Un hombre hecho y derecho que inclina la cabeza ofrece una estampa penosa, y no puede decirse que sea un hombre.

No tenía que justificarse ante nadie. La obligación era lo primero que la pena erradicaba.

Pensó en salir y en agotarse caminando. O en emborracharse, como un hombre decepcionado en un cuento. Pero, sin moverse, miró su jersey, su gorra y su bufanda de rayas: signos externos que para él ya no volverían a ser razonables.

26

De manera que Caroline Bell vivía en Nueva York y había tomado el apellido Vail. Desde lo alto de la casa, que formaba parte de una hilera de edificios de poca altura cubierta de piedra tirando a morada, se veía el cielo. Al sur, un surtido de rascacielos impedía ver la caída del sol, como sin duda la cordillera del Taigeto había traído las primeras sombras a Esparta. Las habitaciones no eran muchas pero sí relativamente grandes, porque aquí y allá se habían tirado las paredes que las dividían. En esta casa había nacido Adam Vail.

Había muchos objetos sobre los que Caroline Vail nunca querría tener jurisdicción o hacerla valer. Sillas, libros, cuadros, un biombo chino, una carpeta de cuero que se deshacía sobre un escritorio, un platillo de jade, una útil y fea lámpara junto a una cama: todo era habitual salvo la propia Caro. Su aportación habían sido cuatro cajas de libros, un plato de Palermo desportillado y un ángel pintado en una tabla andaluza. De vez en cuando, para creerse lo que estaba viviendo, miraba esos objetos conmemorativos o su ropa en armarios y cajones.

Una fotografía de esa época la habría mostrado más dubitativa que antes. El proceso de adquisición de la serenidad había traído consigo sus propias perturbaciones, y cierto sacrificio.

Caro había recibido cartas relativas a su matrimonio de varios hombres: «Qué suerte tiene el que te ha conseguido, Caro»; «Espero que sea consciente de su suerte». Se apreciaba cierto alivio al no haber sido ellos los que tuvieran que aceptar ese privilegio. La propia liberación que para Caro había supuesto dejar que una nación entera tuviera que apañárselas sin ella resultaba, si no digna de elogio, sí algo natural.

En sus calles rectas, la señora Vail intentaba rehacer la ciudad a imagen y semejanza de otras poblaciones, descubrir sus fuentes de continuidad y consuelo, sus sitios para el refugio y la gloria. Cuando comprendió que esto era imposible, observó las cosas más raras, las modas y las ocultas formas de resistencia, así como las flagrantes manifestaciones de autoafirmación y conformismo. En lo tocante a la moral, la moda se veía por doquier, otorgando el mismo peso al capricho que al convencimiento. El incesante trasiego de gente era antinatural, ridículo, tan decidido como la aceleración de una película antigua. Había anonimato y una soledad absoluta, pero apenas ensoñaciones y nada de paz. Los pisos eran camarotes de los grandes transatlánticos atracados en las calles.

La ciudad, como si fuera un examen, ponía sus condiciones: los que mostraban las energías adecuadas se convertían en iniciados; los demás debían suspender, marcharse o dilapidar una energía irrelevante.

En los modernos edificios que la residencia de los Vail tenía enfrente, todas las plantas bajas estaban ocupadas por consultas de médicos. A primera hora de la mañana, hombres y mujeres mayores llamaban a sus timbres en ayunas. Por lo demás, en esa manzana apenas había atisbos de humanidad, y pocos niños. Los signos de vida solían tener que ver con la

muerte o con situaciones límite: por la noche se escuchaban coches de bomberos y ambulancias en las avenidas colindantes, y la sirena giratoria de un coche de policía circundaba habitaciones privadas con una luz recelosa; caravanas de camiones avanzaban lentamente, con la misma determinación que habrían puesto en aprovisionar a un ejército que avanza. En invierno, los neumáticos de los coches chirriaban sobre la sucia nieve acumulada y los vagabundos se colaban por entre las gélidas hendiduras de inmensos edificios, en sucesión prácticamente continua.

El panorama era espléndido, sus pormenores, sórdidos. Esa lustrosa fachada creaba o facilitaba la ausencia de contacto. Al llegar el verano, los plátanos ocultaban las vistas que tenía Caro desde las ventanas y el aislamiento era total.

Durante las primeras semanas Caro se tumbaba en la cama o se estiraba en un sofá, para leer o quedarse allí inmóvil. La casa acusaba el silencio de su quietud, que no era languidez sino renovación. Entretanto, Adam Vail caminaba con rapidez por habitaciones y pasillos conocidos desde hacía tiempo, y subía y bajaba con presteza las escaleras de toda su vida. Las costumbres del hogar otorgaban a su cuerpo una agilidad que se tornaba pesada en el reposo o el amor.

En la casa se percibía un ligero olor a plantas y a betún, y a los aceites utilizados para conservar libros y muebles. Al principio Caroline Bell detectó ese olor, pero después ya no pudo redescubrirlo. En la habitación de su hijastra había un aroma a loción de calamina, había cremas para el cutis adolescente y calmantes para el dolor; había cómics, dos guitarras y grabaciones de ópera italiana. Había libros sobre animales de países lejanos como Etiopía o Kenia. Pertenecían a la taciturna Josie, que, cuando Caro llegó a la ciudad,

estaba en África de safari con la familia de Myra, una compañera del colegio.

–Myra es problemática –dijo Adam.

Prendidas en el marco del espejo de Josie había fotografías de la madre y la hija.

La hermana de Adam, Una, venía a comer. Una era atractiva, con aire de moderna incredulidad. Fumaba cigarrillos solo hasta la mitad y, al apagarlos, en la muñeca le sonaba una pulsera de oro como un sonajero. Su risa, que comenzaba como un trueno, también se extinguía abruptamente, incompleta. Observó a Caro con un interés patente que podría haber sido amable.

Una tenía un romance con un burócrata.

–Mi amigo es diplomático –le dijo a Caro. Y diplomático era un término como el de arquitecto, que todavía no conllevaba el oprobio que hoy conlleva.

Esa noche, cuando su amante le preguntó a Una: «¿Cómo es la novia?», ella se desplomó en una silla y cruzó las piernas.

–Bueno –y pasados unos segundos dijo–: No estamos ante la segunda señora de Winter. –Al final encendió un cigarrillo–. La novia no está mal. Pelo oscuro, ojos oscuros, la oscuridad de lo desconocido. Veintimuchos, quizá treinta. Desde luego, no es tonta. Habla, se ríe, enseña su dentadura británica. –Mientras Hansi seguía haciendo un crucigrama, Una apagó su cigarrillo recién encendido y añadió–: Intolerante.

–¿Intolerante con qué?

–Con gente como yo. –Rebuscando en su bolso, Una dijo–: Quiere a Adam. –Sacó una diminuta caja esmaltada. En la mesa que tenía al lado había otras parecidas, dispuestas en hileras.

Hansi preparó unos cócteles y le dio uno a su acompañante. Una se movió ligeramente hacia él con el vaso, mientras con

la otra mano levantaba la caja.

–Me trajo un regalo. –Se la entregó a Hansi–. Debió de decírselo Adam. –Bebió y después Hansi le devolvió la caja. La puso en la mesa junto a las otras y dijo–: Qué mona.

–Pregúntame algo –dijo Adam Vail. Por la noche se despertaban y hacían el amor–. Nunca me preguntas nada.

–Ahora tengo que aprender lo que no se averigua con preguntas.

Una tarde, cuando Caro estaba tumbada en un sofá leyendo, él se le acercó y la abrazó.

–No quiero verte decaída.

–Estoy ascendiendo.

Adam se levantó y caminó por la sala, toqueteando objetos ruidosamente, cerrando cajones de golpe, estrujando un periódico. Su esposa siguió leyendo, lamentando que un hombre tan considerado se pusiera de esa manera y ligeramente sorprendida del poco control de sí mismo que demostraba. Adam no tenía más que esperar y ella le haría totalmente feliz. Precisamente para eso estaba reuniendo energías, y para otros honrosos objetivos.

Una se iba al extranjero en verano. Una, que estaba divorciada, decía que por fin podría pasar un verano estupendo.

–Durante ocho años estuve clavada a la cruz de East Hampton. –Hacía sonar otro brazalete. Su hermoso rostro lucía una lujosa pátina, llevaba lo que los romanos de la antigüedad llamaban alhajas. Ella y Hansi no tardaron en enviar desde el Mediterráneo una postal de casitas rosas junto a una playa.

–Es un lugar para millonarios que han llegado al final del camino –dijo Adam.

–¿Por qué tienen que estar los millonarios siempre al final del camino?

–Porque son los únicos que se lo pueden permitir. –Adam le tocó la cara a su esposa–. Tú tienes muy buen aspecto.

–Estoy empezando el final de mi camino.

Caro agarró del brazo a Adam en la calle y se paró a mirar. En las personas se reproducía, con menos éxito que en la maquinaria y los edificios, la misma ostentación de profesionalidad: el control de la existencia se había entregado a expertos.

–En comparación con esto, nosotros –y lo dijo aludiendo a los no estadounidenses– siempre seremos aficionados.

–Nuestro principal miedo, el que sufrimos en secreto –dijo Adam–, es que Estados Unidos, en lugar de ser una civilización, se pueda convertir en un fenómeno. De ahí emana en parte la magnitud, la insistencia, la necesidad de demostrar que los grandes misterios son algo obsoleto o práctico. Queremos que nuestra ansia sea un objeto de amor, que se considere hermosa. Queremos recibir el homenaje que exige el amor. –Adam Vail entrelazó los dedos de su esposa con los suyos–. De ahí también que intentemos compulsivamente explicarnos. Como en este momento.

–Pero si los propios americanos decís estas cosas.

–Solo quiero que no te lo tragues todo sin más. –Vail se rió–. Oh, Caro, somos mucho peores, o quizá mejores, de lo que hasta ahora pensabas sin decirlo.

Adam llevaba a Caro a ver a un amigo que vivía en la Calle 149. Al regresar a casa, Caro se preguntó:

–¿Y por qué tiene alguien que soportar algo así?

Una, que ya había regresado de Cerdeña, le dijo:

–El negro americano está superadaptado a su problema.

–Pero no por mucho tiempo –añadió Adam.

Una noche de septiembre Caroline Vail estaba sentada junto a una ventana con un libro de poesía.

–¿Por qué no lees en alto lo que tienes entre manos? –pidió Adam.

Caro comenzó a leer unos versos con voz aguda, débil y desacostumbrada.

> Rocas primigenias forman el abrupto borde del camino;
> cuántas cosas han visto nacer y morir,
> restos efímeros en la larga trayectoria de la tierra;
>   pero lo que en color y piedra muestran
>   es el paso de nosotros dos.*

Dejó el libro sin marcar la página y miró hacia otro lado.

–Qué triste –dijo–. Por eso lloro.

Adam le acarició la cabeza, los hombros. Cuando la rodeó con los brazos, el cuerpo de su esposa apenas se veía.

–Quién sabe por qué llora. Quién sabe por qué llora realmente Caroline.

En otoño Grace le dijo por carta que Paul Ivory había tenido un gran éxito con una obra titulada *Una sola carne*. También le informó, más de pasada, de que Ted Tice se había casado con la hija de un científico. Poco después llegó una carta de Ted con la misma información y una nueva dirección. Ted esperaba que algún día Caro y Margaret pudieran conocerse. Escribía: «Aquí, entre los jóvenes, nos aferramos a nuestra propia época de una forma que parece sustituir el patriotismo: una señal de inmadurez. Para encontrar algo que podamos llamar conocimiento hay que buscar a gente que carezca de contemporáneos».

Cuando leyó que Ted escribía «los jóvenes», Caro dejó de creerse joven. Hablando de conocimiento, continuaba Ted, el

gran telescopio se había inaugurado en su ubicación del sur de Inglaterra, con una ceremonia a la que asistió la reina. Dada la absoluta falta de visibilidad, la realeza solo había podido disponer de un espectáculo neblinoso.

Dora escribió para decir que misteriosamente Gwen Morphew había empezado a tener dinero, y que había dejado plantada a Glad Pomfret. Lo mejor era esperar la ingratitud, así nada te sorprendía. Dora, a la que ahora Caro podía proporcionar una casa cercana a la de Dot Cleaver, hablaba en su carta de problemas domésticos. No quería perturbar la felicidad de Caro y al final todo se solucionaría. Si había algo que había aprendido, por las malas, era a no molestar a nadie.

–Casi es verdad –dijo Caro– que no perturba mi felicidad.

Caro llevó a su hijastra a una actuación de un gran guitarrista.

–No ha estado mal –dijo la muchacha cuando regresaban caminando a casa–. Hasta donde pude oír.

–La próxima semana tendremos mejores localidades.

Llevó a Josie al ballet y ella comentó: «Myra se ha ido a ver un partido doble», y con esto quería decir que Caro podía sentirse afortunada.

Si era así, no era por esa razón.

Adam Vail se fue de viaje a Chile y Perú.

–La próxima vez vendrás conmigo.

Una le dijo a Caro: «Adam está obsesionado. Ya te habrás dado cuenta. Le obsesionan los sufrimientos de los demás. Es algo a lo que tendrás que enfrentarte».

–Ya me he enfrentado a quienes no tienen ningún interés en ese sufrimiento. –No entendía por qué Una, que no podía dar lecciones, tenía que dárselas a ella.

Sin embargo, un día Una le dijo: «Eso me parece estupendo», mientras estrujaba un clínex.

Caro estaba en una cama de hospital después de sufrir un aborto y Adam Vail volvió en avión desde Lima. Cuando Caro cerró los ojos, la oscuridad la devolvió a la intimidad de su existencia. Alguien dijo: «Ahora te tengo que hacer daño». El dolor era una extensión de la experiencia, tan nueva y asombrosa que tenía interés intelectual. En medio de la oscuridad podía ser Paul inclinándose hacia ella: «Ahora te tengo que hacer daño». Como cualquier otro sufrimiento, la sensación de separación que conlleva el padecimiento físico podía ser o bien irreal o bien, por fin, una realidad plena. En una ocasión se había quedado sola en un tórrido pasillo y había visto su propia muerte.

En medio de la oscuridad sus pensamientos se redistribuyeron gracias al desplazamiento de la esperanza.

–Somos dos los que tenemos que sobrellevarlo –dijo Adam.

–No era esto lo que quería compartir contigo.

Cuando Caro se sintió mejor Josie le dijo: «De todas formas fui ambigua. Me sentía muy amenazada». La confianza en su propia sencillez podía inspirar una crueldad poco creíble. Solía estar enfadada y cuando se sentía contrariada bajaba la cabeza y lloraba. «Me están poniendo en una situación difícil.» Su debilidad, ese enorme elemento disuasorio que todo lo explicaba, era su arma principal. Se temía que Josie también pudiera ver en la muerte un instrumento letal. «Tengo mucho miedo», decía, metiéndoles a todos un temor sobrenatural en el cuerpo.

–Si no pusiera tanto empeño en clasificar sus emociones... –dijo Caro.

–¿Le estás pidiendo que renuncie a un derecho que le

corresponde solo por ser americana? –preguntó Adam–. Ya madurará, ya se hará mayor.

Caro recordaba las esperanzas infantiles, centradas en el momento en que Dora cumpliera setenta años.

–Antes de eso tenemos que recuperarla.

Solo Una repelía de vez en cuando los ataques de Josie, sin miedo a las lágrimas de la chica.

–Mira, niña –le decía–, cuando muerdes y muerdes una cosa, al final esa cosa te muerde a ti.

–Tú ya lo has comprendido –le decía a Caro–. Incluso los mensajes que ella no es consciente de estar trasmitiendo.

Josie tenía los ojos habituales de las jóvenes agitadas, unos ojos que miran de soslayo aunque miren de frente. Presentaba el letargo de quien está ensimismado. Como temía el fracaso, ya estaba levantando una maquinaria de culpabilización.

A Caro, Josie le decía algo que saltaba a la vista.

–Tú no eres mi madre. –Para asegurarse del daño que causaba, le habría gustado ver sangre.

–Para empezar, no tengo edad suficiente.

Caro le dijo a Una: «El hecho de que Josie crea en su inocencia es lo que le da permiso para hacer daño». «Como los Estados Unidos», contestó Una.

Cuando estaban solas, Myra y Josie se mofaban de Caroline Vail: de su voz, sus modales y sus opiniones, de su costumbre de tocarse el pelo.

–No puede tener hijos –le dijo Josie a Myra.

–Por eso intenta hacerse cargo de ti. Pues dile que se quite de en medio de una vez.

Caro percibía el deseo de que se quitara de en medio. Saltaba a la vista que Josie Vail pensaba en ella con resentimiento; del mismo modo que, incluso ahora, Caro podía sentir que Ted Tice pensaba en ella con amor.

–¿Es que no ves cómo te están utilizando? –le decía Myra a Josie. Si su amiga seguía pesando en su vida, Josie nunca se creería que podía suscitar el afecto de los demás.

Todo esto estaba tan claro como si la propia Josie lo hubiera explicado: lo dejaban patente la ensayada antipatía, la mirada directa y de soslayo, la duplicidad de las frases. Cuando Myra estaba presente, Josie tenía que reafirmarse.

–¿Cómo puedes decir esas idioteces, Caro?

En ausencia de Myra, los improperios de la chica mostraban la lealtad a su amiga, para luego tener algo que contarle.

Nada suscita más falsedad que el deseo de agradar.

Myra siempre miraba al suelo, con una lacia melena que le ocultaba las mejillas. Por el momento, Myra conservaba su fuerza, porque se nutría de una vida ajena. Caro se preguntaba cuál habría sido el Benbow que se había llevado a Myra al fondo.

–Confunde la sospecha y la perspicacia –decía Adam.

Caroline Vail se consideraba inapropiadamente inmune al juicio de Josie. Solo quería contener las peores arremetidas de la chica, consciente de que, cuando tratas mal a alguien con frecuencia, esa persona te resulta insoportable.

En su fuero interno, Caro le daba vueltas a la liberación que supondría no tener esa obligación emocional y notaba lo atractiva que podía llegar a ser la indiferencia. Lo que Josie consideraba una vulnerabilidad de Caro había sido un ofrecimiento de confianza por su parte: un examen que la chica había suspendido una y otra vez. La confianza se podía ofrecer repetidamente, pero no indefinidamente.

Adam tocó el brazo de su esposa.

–Quizá te importe más de lo que aparentas.

–Cuando comprendes que alguien trata de herirte, te hiere

menos.

—A menos que quieras a esa persona.

Adam esperaba que algún día Caro pudiera llegar casi a querer a Josie, como llegaría a querer la ciudad, por el roce y las experiencias compartidas. Pensaba que sería una pena que solo se quisiera a quienes por sus cualidades atraían el amor.

Quería decirle a Caro: «Es por su madre», después de ver cómo el interés de la niña en el universo se había convertido en envidia y desconfianza. Pero sentía que habría sido una falta de delicadeza, una inexactitud, acusar a su difunta esposa, a la que todavía recordaba a veces tal como la había conocido, con la fuerza irresistible de la juventud y la belleza.

De joven, Adam Vail había admirado la convincente capacidad que tenía su primera esposa para detectar los defectos humanos, viendo en ella inteligencia, no un presagio del desastre. Él, que por encima de todo deseaba ser racional, se había aliado con la sinrazón por su esposa. Una de las razones fue su propio orgullo, incapaz de admitir su indefensión; otra fue la capacidad de persuasión que tenían las antipatías de su esposa: pertinaz en el error, se libraba de las equivocaciones que conlleva la cordura. Poco a poco fue quedando claro que necesitaba otro enemigo más y que ya solo quedaba él para desempeñar ese papel. Parecía que era una situación premeditada, que mientras él se imaginaba que la consolaba o la recuperaba, ella estaba preparando la perdición de los dos. Fue entonces cuando comenzó a amenazar con suicidarse, a exigir la extraviada atención del mundo. Para quien amenaza con matarse, la amenaza es una adicción que exige una dosis cada vez mayor. Por otra parte, quienes la escuchan se van lentamente inmunizando.

—No hay mayor tiranía que un estado de desesperación constante —le dijo Adam a Caro.

Él, que se consideraba un hombre hecho y derecho, se había convertido, junto a su primera esposa, en alguien tan vulnerable como un niño intimidado. Ella actuaba sobre él como una enfermedad incapacitante: todos los vínculos saludables con la vida eran infidelidades que había que atajar. Adam iba perdiendo madurez día a día, y cayó en un sopor huraño del que solo lo despertaba esporádicamente el deseo físico. Atemorizado, sentía que su voluntad se contraía, que cada día era menor, hasta que se convirtió en una pasa endurecida y reseca dentro de su pecho. Había aspirado a grandes cosas, y ahora era una dura nadería metida en una concha.

En la pesadilla que era la enfermedad de esa mujer, ella era muy fuerte y él tremendamente débil.

Adam Vail comenzó a soñar que estaba estrangulando a su esposa enloquecida y por tanto inocente. También soñaba con su propia asfixia. La falta de espacio y de aire para respirar se convirtieron en una preocupación que lo despertaba: en las calles iba empujando a la gente, incapaz de extender al máximo ni su paso ni su propia personalidad.

Un día ella se subió a lo alto de las escaleras y lo llamó. Su mano estaba oscura.

–¡Charlotte, Charlotte! –contestó Adam.

–Me he hecho una herida –la sangre manaba de un corte profundo.

Lo que a Adam le horrorizó fue tanto la efusión, la exoneración que conllevaba, como el acto mismo.

Su esposa lo había salvado porque, al llevar las cosas hasta tal extremo, él ya no podía seguirla, a pesar de todas las cesiones que había hecho. Fue entonces cuando aprendió a tener esa paciencia que ahora saltaba a la vista, y penosamente renovó los vínculos con la vida. Su esposa, a la

que su demencia libraba de culpabilidad, tampoco era ya capaz de inocencia alguna.

En ocasiones la locura podía dar acceso a una especie de conocimiento. Pero no garantizaba nada.

Caro había dicho: «Tenemos que recuperar a Josie». Caro se había suavizado con su renovada juventud y estaba contenta. Si esto le podía ocurrir a ella, ¿por qué no a Josie? En una ocasión, Caro le había dicho a Paul Ivory que no todas las capacidades tienen por qué ser negativas.

Como una plegaria, el optimismo se vio justificado cuando trasladaron al padre de Myra, con toda su familia, a California.

Hansi, el amante de Una, tenía una suite en el Carlyle y un complemento para gastos de representación. De vez en cuando volaba a Nueva Delhi o Tokio para asistir a congresos que alegremente calificaba de inútiles. Solía tener un libro en la mano, cualquiera, para apoyar los crucigramas que también llevaba. Que se supiera, esos crucigramas eran su único esfuerzo mental. De sí mismo, Hansi decía: «El bueno de Hansi era más pobre que las ratas hasta que Dios en su infinita clemencia creó la conferencia internacional. Ojalá este chanchullo providencial, imprudente y especialmente injusto, concebido para mantener a los degenerados morales y mentales de nuestro mundo moderno, no deje de florecer».

Josie apenas podía contenerse, y no se contenía. Mientras Hansi se sentaba a descifrar anagramas, Josie lo fustigaba por su calzado, su equipaje, su abrigo de vicuña y su Mercedes gris, por su suite en el Carlyle y por un apaño ilegal relacionado con la provisión gratuita de alcohol. Hansi se reía, bostezaba y cavilaba sobre un palíndromo.

Solo rompió su silencio en una ocasión.

–A los veinte, un hombre que despotrica inactivamente contra la injusticia social es prometedor; a los treinta es un charlatán. A los veinticinco, yo, Hansi, me di cuenta de que se acercaba la era de la charlatanería, y cerré el pico. Aunque es cierto que al mismo tiempo me dispuse a aprovecharme de la industria internacional de la charlatanería organizada: esa idea cuyo momento ha llegado. Yo tengo mi propio tipo de inutilidad, pero no lo visto de moral. Me niego a unirme a todos esos que parlotean sobre reformas por las que nunca moverán un dedo. Estamos en la época de la boca abierta y el dedo inmóvil; la de quienes tienen que hablar rápido, antes de que el mundo los desenmascare. ¿No es acaso esa la base de toda la política moderna, por no hablar de los batallones de personas con conciencia social que tampoco entrarán nunca en acción? Cuando excaven en la nueva Pompeya, descubrirán a intelectuales acurrucados en el suelo, petrificados, con la boca bien abierta para denunciar el materialismo y los consabidos incrementos en función del coste de la vida igualmente petrificados en los bolsillos. Yo, que en su momento me moriré, no los saludo.

–Pero ¿a qué viene todo eso? –preguntó Josie.

–Hansi se teme –fue Adam quien le contestó– que la desorientación y la grandilocuencia van de la mano.

–Tengo que corregirte –dijo Hansi–. No lo temo, lo sé. En la actualidad no hay ningún proceso de reforma que se considere aceptable si supone perder una sola hora de sueño, la paga de un día o una sola oportunidad de soltar las bravatas de cada uno. Esto no es una proclama moral sino una mera constatación de hechos. La reforma, queridos míos, no radica ni en estandartes ni en bombas. La reforma es un trabajo no remunerado, es pobreza, es soledad, es redactar infinitas cartas hasta altas horas de la noche y tener que

pelearse sin cuento con una multicopista. La reforma supone dedicar años al dominio de temas desagradables o áridos. La reforma es renunciar a cenas, vacaciones y sexo para estudiarse documentos aburridísimos en un sótano. Consiste en quedarse aislado, arrumbado, en verse insultado y posiblemente atropellado por un camión del gobierno. La reforma es concentración y resistencia. La reforma, queridos míos, o cualquiera de sus más mínimas partículas, es algo que, por lo que cuesta, desean tanto los modernos altruistas como el bueno de Hansi. Mi intención, al igual que la suya, es arrancarle la mayor cantidad de dinero posible a mis jefes, poner bien alto el equipo de música, entregarme a todos mis apetitos y gustos, y dormir mucho y profundamente por las noches. Sin embargo, al contrario que ellos, mi intención la proclamo abiertamente. –Hansi desplegó su crucigrama doble–. Yo hablo en general y estaré encantado de aceptar cualquier excepción que pueda demostrarse.

Josie dijo que en su vida había oído tantas tonterías.

–Es lógico –le dijo Adam a su hija–. Los que no dejan de criticar los logros de los demás tienen que lograr algo por sí mismos para no parecer ridículos.

–De todas formas –añadió Caro–, puede que solo logren tener cierta personalidad.

Ella siempre pensando en sí misma, fue la reflexión de Josie. Le resultaba intolerable que alguien pudiera distinguirse, aunque fuera por su pensamiento.

–Desde luego –afirmó Hansi–. Pero la gente con personalidad suele guardarse sus consejos. Puedo confirmar, de manera concluyente, que nunca se les verá explayándose en el circuito de los charlatanes. Como ejemplo de esa personalidad –le dijo a Josie–, piensa en tu propio padre. Que nunca me ha reprochado nada. Me parece de lo más loable.

* Fragmento del poema *At Castle Boterel,* de Thomas Hardy.

27

A SU REGRESO DE SICILIA, donde habían pasado diez días, Ted y Margaret Tice se instalaron en una casa que tenía todo a mano. La ubicación permitía que Ted fuera y volviera del trabajo caminando, y que su esposa fuera a pintar a un estudio que alquilaba junto con otra joven, que era música. En esos días Margaret no tenía muchas ganas de pintar, ya que creía que, como tenía todo lo que quería, debía limitarse a ser feliz. Sin embargo, aunque ir al estudio siempre le suponía un esfuerzo, una vez allí se encontraba absolutamente en paz y se quedaba más tiempo del previsto, y solo se interrumpía cuando oía a la chelista subir las escaleras. Ella misma no entendía qué le veía a ese cuarto lóbrego sin calefacción y, aunque relacionaba la serenidad del lugar con su matrimonio, era incapaz de descubrir de dónde salía ese vínculo. Tardó años en comprender que lo que representaban las escaleras, el cuarto, el caballete, el lienzo y los tubos de cinc blanco era la seguridad.

En sus cuadros de esa época había formas sombrías que representaban fenómenos terrestres u oníricos.

Así montaron la casa, cada uno a un paseo de la seguridad. Los padres de Ted fueron a visitarlos y también los de Margaret. Las alcayatas se clavaron donde correspondía, las bombillas se hundieron en las pantallas de las lámparas y los bulbos en las jardineras, y un amigo derramó vino sobre un

Piranesi aún sin desenrollar que les habían regalado para la boda. Margaret hacía la compra y Ted recogía libros de la biblioteca al regresar a casa. «Nuestro Ted se toma el matrimonio en serio», le dijo la madre de Ted a Margaret, aunque lo que ocurría era que se dedicaba a él y lo hacía a conciencia. Ahora apenas le apetecía barnizar estantes o remachar cosas en casa, pero sí se le veía diligentemente ocupado con la brocha o la caja de herramientas. Él también estaba siempre a mano, como todo lo demás.

La autosuficiencia parecía completa, como una preparación para la supervivencia en una isla desierta.

La madre de Margaret decía: «Ted se ha metido de lleno en la vida doméstica. Se ha lanzado de cabeza». Como si fuera un abismo.

Las costumbres se consolidaron y, en uno o dos meses, parecían de toda la vida. Alguna que otra vez, Ted Tice cogía o dejaba el periódico con un gesto que no correspondía en absoluto a su edad.

Siguiendo las fases establecidas, Margaret Tice fue primero novia, a continuación joven ama de casa y después futura madre. Posteriormente, se limitaría a hablar de colegios, apuntarse en un club de tenis y a una comisión organizadora. Se escucharía a sí misma decir, como si fuera otra mujer: «Yo nunca utilizo harina de maíz» o «Nunca dejo que se acumule la suciedad». Sentía que todo esto le ocurría como si fueran síntomas de una afección leve, y no se resistía. Sin embargo, con la incomprensible nostalgia de una vida que nunca había tenido, sabía que todo habría sido sutil y profundamente distinto si su marido la hubiera querido mucho.

En su primer verano de casados, una noche fueron a cenar a casa de un colega de Ted. En esas ocasiones, las esposas de los científicos habían aprendido a ser discretas, salvo aquellas

que, al ser ellas mismas del oficio, podían meter la cuchara en el caldero de la conversación. Había otras que, como Margaret, podían buscarse alguna excusa simpática («Ella pinta»; «Le gusta la música»), aunque solo cabía esperar que no se les prestara atención.

Durante esas reuniones, Ted solía mostrarse taciturno, ausente. Aunque sus colegas lo respetaban, pocas veces caía bien. En sus tratos con los ayudantes administraba sin dudar una justicia impasible, allí donde quizá ellos habrían preferido una parcialidad más censurable y humana. Esa misma fuerza objetiva era todavía menos grata cuando anidaba en un cuarto de estar.

En su trabajo, Ted llevaba ya algún tiempo estudiando un débil objeto azul, quizá una estrella. Acababa de volver del observatorio de Palomar, donde se había desatado la polémica sobre el corrimiento al rojo. Se sabía que Ted tenía cosas que decir al respecto, pero que optaba por no decirlas. Esa actitud de tomarse su tiempo para elegir el momento justo era desconsiderada.

La cena se ofrecía en homenaje a un físico que había recibido un premio importante: un viejo monolito de cuerpo romo y rostro disecado, que presidía con desinterés las conferencias y asesoraba al gobierno en cuestiones relevantes. Su taciturna importancia era implacable. En su presencia, las mujeres que intentaban entablar conversación con él tenían la sensación de emitir chirridos: era como grabar el propio nombre en un monumento histórico. Hasta cuando se le veía sentado seguía recordando a un objeto enorme. Desplomado en un butacón color añil, con una raída chaqueta gris con coderas de cuero, ahora parecía un buque de guerra herrumbroso. Cuando Margaret Tice apareció a su lado, se levantó a medias entre las olas, dejando ver, como una línea

de carga, su cinturón caído. Ted observó a su esposa: era una pendiente verde en una silla recta, los ojos abiertos de par en par por educación, la mano apoyada suavemente en la rodilla. El viejo buque de guerra comenzó a dirigirse poco a poco a ella: pensaba que hablar equivalía a prestar atención. Al aceptar ese monólogo, Margaret recibía algo que no solía tener: el interés absoluto de un hombre.

Hacía muy buena noche, las ventanas daban a un jardín. Ted recordaba el resplandor nocturno de tantos veranos atrás: la mesa y la conversación juvenil; dos muchachas, las dos hermosas, una de ellas una gacela. Se despertó de la conversación sobre quarks y quásares como de un sueño, y escuchó hablar a su esposa sobre algún libro que el viejo había mencionado: «Sí, la primera vez fue en una época de infelicidad, y he vuelto a él con frecuencia. Todavía me parece...».

«En una época de infelicidad.» ¿Qué estaba evocando o exorcizando con esas palabras, allí sentada, con su vestido verde tranquilidad? Ted tenía celos de esa infelicidad y solo podía desear que él fuera la causa, porque ¿quién sino podía hacerse responsable de esa angustia? A su debido tiempo, Margaret se levantó y se fue a hablar con una amiga. El físico también se levantó, lanzando al aire su cráneo de bandera pirata.

–Déjeme que le diga, Tice, que su esposa me parece una mujer con mucho criterio.

Sin saber qué hacer, Ted se quedó mirando a su esposa cruzar la sala: una mujer con mucho criterio. Si ella supiera lo que suele albergar mi corazón, si supiera lo que sueño a veces. Quería convencerse de que quizá Margaret también tuviera secretos que le otorgaran recursos con los que poder salvarlos a los dos.

Alguien se acercó a la ventana abierta y arrojó con precisión una colilla, que cayó en un oscuro estanque del jardín. Titiló, chisporroteó y suscitó una pequeña protesta de insectos o de una rana.

El viejo físico se quedó junto a la ventana subiéndose el cinturón. Recordó una noche de la guerra en la que desde el techo del Savoy vigilaba el posible estallido de incendios. El río negro reflejaba el resplandor rojiblanco de las llamas y los reflectores; en la tierra se percibían las sacudidas y los temblores que producían tanto los impactos de proyectiles como el retroceso de las baterías antiaéreas. Y un avión en llamas describió círculos en el cielo mientras caía, lanzando despedido a un piloto envuelto en su propio fuego. El avión explotó haciéndose añicos antes de tocar tierra, pero el hombre en llamas cayó en picado en el río, que, como si el piloto fuera una colilla de cigarrillo, lo apagó para siempre en medio de un chisporroteo.

El viejo recordaba ahora que al final de esa noche no había regresado a casa, sino que se había ido al piso de su amante, una erudita mujer con una mata de pelo amarillento. Muerta hacía tiempo. Ella le había guardado una parte de su ración, pero el hombre no pudo comer. Se sentó en la cama con el rostro entre las manos y dijo: «Ese sonido. Todavía lo estoy oyendo». En realidad había tenido experiencias peores y, cuando era un joven oficial, lleno de piojos y en medio del fango, había atacado la línea Hindenburg. Pero al amanecer se sentó en la cama y lloró. «Lo veo.» El petardazo. «La oigo.» La carne empapada después de quemarse.

Por carta Ted Tice le dijo a Caroline Vail que pasaría por Nueva York de camino a Pasadena, donde iba a estar algunas semanas. Caro contestó: Cómo no, vente a comer. Y la

mañana que llegaba Ted salió a comprar flores.

Era un día de diciembre, frío y muy despejado. Ted se bajó del taxi en una esquina y recorrió a pie las últimas manzanas. En la calle de Caro, las primeras casas eran todas iguales, de una costosa uniformidad: números negros o dorados en las entradas, con paneles de cristal grabado a ambos lados de las puertas. También estas eran mayormente negras, con el brillo de la prosperidad; una o dos las habían pintado de rojo. La última hilera de casas era menos regular y cuando Ted llegó a la de Caro le pareció alegre y elegante, como una niña despierta entre unos padres aburridos. Era un hechizo que nunca podría descifrar: ¿la casa era realmente singular o su encanto incomparable solo se lo veía él?

Se quedó en el último escalón, más nervioso que años atrás, cuando esperaba bajo la lluvia en Peverel. Pensó: Ya nunca será más fácil, solo más desgarrador. A través de una franja de cristal vio un suelo reluciente, un espejo, una pared blanca; un pequeño cuadro con naipes y una garrafa de vino. En esta ocasión el periódico sobre la mesa era tan explícito como un bodegón. Un paragüero de cerámica azul y blanco era un monumento. Ir y venir eternamente por este umbral no solo era una felicidad que a él se le negaba, sino que era algo tan cargado de significado que parecía apenas permisible para cualquiera.

De no haber formado parte de la desesperada obsesión de un hombre, ese encantamiento habría sido algo infantil.

Llamó al timbre, tan expectante como a la espera de una decisión, aunque ya hacía tiempo que se habían tomado todas las decisiones.

Unos pasos apresurados en las escaleras y Caro, que hasta ese momento nunca había corrido para encontrarse con él, abrió la puerta sonriendo. Se la veía alta, sonrosada, fuerte y

hermosa. Su cara ancha se veía todavía más ancha y más dulce. Del vestíbulo salió una corriente de aire cálido. Ted se acercó y se abrazaron. Caro lo rodeó con los brazos, descansando su cuerpo en él, mostrándole una auténtica amistad.

–Ted, ¡tienes un aspecto estupendo!

Era cierto. El surco de la frente y la raya del ojo le estaban dando distinción; ahora el surco aparecía cortado por una arruga horizontal.

Ted entró y se quitó la bufanda.

–Tenía muchas ganas de que llegara este día.

La casa estaba llena de luz, hasta en los más apartados rincones. Durante el solsticio el sol no solo entraba por el frente, también indirectamente por una ventana trasera.

Una muchacha de pelo lacio salió de una habitación y se quedó mirando, igual que podría haber salido un animal doméstico a ver cómo es una visita. No era como la Caroline Bell que hacía tiempo se había quedado de pie en unas escaleras, dominando la vida de Ted.

Este comprobó la felicidad de Caro, la había conseguido y resplandecía. Por eso había ido corriendo a recibirlo: se podía mostrar tan generosa con él como con el resto del mundo.

–Discúlpame –dijo él, y se sonó la nariz. El cálido aire interior le producía destellos en los ojos.

Después, Adam Vail le dijo a Caro: «Me cae bien. Parece un autorretrato de Van Gogh, pero con tajos».

Al final de ese invierno, Adam y Caro volaron a Londres. Durante días enteros cayó aguanieve, la balanza de pagos presentaba un peligroso déficit y acababan de aparecer dos nuevos libros sobre Guy Burgess y Donald Maclean. Se levantaban altos edificios, ligeros pero todopoderosos.

Dora montó un número tras otro. Los había ido acumulando, como caprichos que uno se concede de una tacada. La parte buena que aún le quedaba quería que sus dos hermanas siguieran viviendo su vida. A la otra Dora, la que se imponía, le horrorizaba que hubieran escapado y esquivado la esperanza que ella tenía de que, algún día, las tres se lamentaran de su existencia diciendo: «¡Qué terrible!»

–Yo nunca le pido nada a Dios –les dijo–. Pero lo que sí digo es gracias. El otro día había un cuadripléjico en la tele y pensé: Pues sí que tengo que estar agradecida.

–Dora, hemos venido a verte.

–El año tiene cincuenta y dos semanas. Y solo venís dos.

En esos discursos facilones, en su inmediatez, su concisión, en la mirada fija que los acompañaba, bien retocada antes frente al espejo, había algo de ensayado que a Caro la llenaba de desesperación. Lo que de verdad quería era proporcionar a Dora la famosa y escurridiza paz.

–La paz no sirve de nada –le dijo Adam a Caro–. Esta mujer se aburre mortalmente.

–Pero es que se pasa el día montando dramas. Siempre discutiendo con Dot o Daph. –En su vida solo estaban ese punto y esa raya, era como un mensaje en morse.

–Es de esas personas –dijo Vail– para las que la muerte de Sardanápalo no sería ningún acontecimiento.

Caro se llevó a Dora a Kew.

–Te gustaban las camelias –le dijo Dora–. Antes.

Caro quería renegar de las camelias, como si hubieran sido una trampa. Avergonzada de ese deseo, le habría gustado explicarse: quería compartir su paz de espíritu, no ofrecerla en sacrificio.

Kew no sirvió de nada. Ahora Dora quería ir a Nueva Zelanda, donde tenía una amiga en Palmerston North.

–Trish Bootle me necesita. –Otra de las separaciones de Dora–. Allí me necesitan. –Adam dijo que conseguiría un pasaje en el mejor barco–. Cualquier cosa con tal de librarse de mí.

–Compraremos un billete de ida y vuelta.

«Así soluciona él las cosas, haciendo un cheque», le dijo Dora a Dot Cleaver.

Informado de la situación por Grace, esto es lo que dijo Christian: «Vail cometió una equivocación al meterse en eso». Sin embargo, en realidad a Christian le alegraba que Adam se enfrentara a Dora. Era algo que, como los préstamos a los aliados durante la Segunda Guerra Mundial o el Plan Marshall, un estadounidense tenía que hacer. «Yo ya he llevado esa carga demasiado tiempo», le dijo a Grace.

En esa época Christian pensaba en la edad y temía que le encasquetaran la decrepitud ajena. Dora iba camino de los cincuenta. Tenía las piernas algo arqueadas, y su figura y su belleza no eran las de antes. Cada pocas semanas le salía un mechón de canas. La propia madre de Christian se estaba convirtiendo en lo que él denominaba una preocupación, sola en su vieja casa con una asistenta y un gato pelirrojo llamado Hotspurr. Habría estado mucho mejor en una residencia. Así se lo dijo a Caro, quien le respondió: «Ya tiene una "residencia". Tú lo que quieres decir es un asilo».

Para conmemorar alguna ocasión remota en la que había mostrado sus preferencias, Christian se dijo que con Grace sí que había elegido bien. Había visto cómo la gente se daba batacazos por ceder a sus impulsos. En todo momento, su buen juicio había sido el responsable de que nada terrible hubiera llegado a pasarle.

28

NADA TERRIBLE, o, por lo menos, nada tremendamente lamentable, le ocurrió a Christian Thrale hasta un verano de la década de 1960. Fue mientras Grace estaba en Peverel con los niños, lo cual indicará qué clase de acontecimiento fue. Hacía tan poco tiempo que Grace se había marchado que no se la había podido echar realmente de menos, ni desde luego profundamente; y estaba claro que tampoco había pasado tiempo suficiente para que Christian, que era parco en este sentido, la telefoneara.

Era martes, a última hora de la tarde, y Christian estaba de pie delante de la ventana de su oficina observando cómo una flor de luz sedosa se extendía conciliadora sobre Londres: contemplaba cómo los bosques de hojas se extendían como manos abiertas, y también columnatas y pórticos blancos, y carreteras que brillaban como si fueran ríos. En el parque se podía ver una franja de césped, algo de agua, las inclinadas espigas azules de los delfinios. Después de muchos intentos fallidos, la noche podía presumir de la impresionante consumación de un gran éxito.

Christian no solo disfrutaba del éxtasis manejable de la puesta de sol sino de la novedad de que le complaciera tanto. Se había limitado a echar un vistazo, sin esperar nada más que la constatación de cómo estaba el tiempo. Se oía el ruido del tráfico, pero la luz nemotécnica tenía algo de silencio,

aunque no parecía un mero fenómeno natural, ya que era difícil imaginarse que pudiera existir tal luminosidad en ausencia de una ciudad a la que abarcar. Había una participación humana, como en esos momentos trascendentales en los que el ser humano saluda o se despide del mundo.

Además, Christian era consciente de quién estaba mirando: era él, un hombre de pelo rubio entreverado, de altura e inteligencia superiores a la media, que sin embargo nunca perdía de vista el escondrijo que proporcionaba la medianía; o más bien el patrón que podía servir para calibrar cualquier desvío o exceso.

A su espalda se abrió una puerta. Christian no se volvió, porque le gustaba que lo encontraran en esa pose de estudio y reflexión: un hombre de pelo rubio entreverado, de hombros estrechos, que conservaba la perspectiva. De niño, Christian se había considerado, al igual que muchos niños, sensible. Como muchos adultos, no había reevaluado su personalidad a la luz de apremios posteriores. Cuando se trataba del trabajo, con frecuencia advertía: «Si perdemos la humanidad estamos perdidos». Aunque en otras ocasiones había dicho: «En algún momento hay que decir basta» y «No soy yo quien tiene que decidirlo».

Había estallado una crisis y, qué suerte, Thrale, tú aún no te has ido. Se iba a convocar una reunión, ya que había que enviar telegramas esa misma noche. Qué suerte, Talbot-Sims acababa de coger el ascensor de bajada.

Christian no veía dónde estaba la suerte al pensar en Talbot-Sims acelerando camino de casa, para salvar el pellejo, cruzando Londres en libertad en un coche que se imaginaba descapotable, aunque todo el mundo sabía que Talbot-Sims solo se desplazaba en metro. Encorvado sobre los dibujos

chinescos de su cartapacio, Christian reunió papeles y adoptó a regañadientes la expresión servicial que normalmente lucía sin esfuerzo.

En esa época Christian Thrale estaba ascendiendo profesionalmente. Quienes se asomaban al horno de su carrera profesional anunciaban: «Christian está subiendo», como si fuera un bizcocho o una barra de pan. No decían: «Llegará lejos», lo cual habría indicado la presencia de un temperamento, pero de vez en cuando confirmaban sus paulatinos progresos: «Christian ha ascendido».

La sala de reuniones tenía vistas al parque. Pero solo la sala, porque los presentes únicamente se fijaban en la mesa, en los papeles, en los demás, en sí mismos. Miraban fijamente la repulida veta de la mesa como el que escudriña el interior de un depósito. Revividos por esa nueva bocanada de importancia, esos hombres hacían ruido con las hojas, murmuraban, encendían cerillas y sincronizaban relojes, porque se estaba produciendo un retraso. Como las taquígrafas de primer nivel se habían largado, después de colarse de alguna manera junto a Talbot-Sims por la escotilla de emergencia del ascensor de bajada –y dado que la decana, la señorita Ratchitt, estaba de baja en casa, con descomposición–, estaban esperando a que una chica se ocupara del acta de la reunión.

Un fastidio más cuando no tenían ni un segundo que perder.

Cuando llegó, era como los delfinios. Para atender esta emergencia la habían ido a llamar al cuarto de baño de señoras, donde se estaba preparando para irse a casa; quién sabe, quizá tuviera una cita. Durante esos preparativos se había soltado realmente la melena, que era rubia, como de

maíz maduro, y no le habían dado tiempo para recomponérsela. Peinada simplemente hacia atrás, le caía sobre los delgados hombros azules y contrastaba con el color de su espina dorsal. Y hasta al peor de los hombres allí presentes, y de esos había unos cuantos, los ojos se le iban detrás. A Christian no le sonaba haberla visto antes en las zonas comunes, el ascensor o el pasillo. Pero quizá con el pelo suelto fuera distinta.

Cuando llegó, era como los delfinios.

Se sentó en una silla pesada, que nadie, por decirlo suavemente, se dignó retirarle. Nunca lo habían hecho para Ratchitt, así que, en cualquier caso, el contraste los habría dejado en mal lugar. Detrás del paño de Arrás que era su expresión, Christian Thrale observaba extasiado. Los movimientos tímidos, concienzudos, que utilizaba para poner su cuaderno de rayas sobre la mesa, abrirlo y evitar que un lápiz de repuesto se fuera rodando. El codo apoyado en la mesa, el rostro, con largas pestañas, inclinado sobre la página, recordando a la colegiala que tan recientemente había sido.

En torno al depósito aumentaron los parpadeos antes de ir desvaneciéndose ceremoniosamente. Era un momento ritual, como cuando el solista echa hacia atrás los faldones del frac para sentarse ante el piano o coloca la almohadilla protectora entre el Stradivarius y la mandíbula. Caballeros, comencemos. No tengo que insistir en que esta reunión es absolutamente confidencial, confío en que este punto se le haya dejado claro a la señorita… me temo que no sé su…

Cordelia Ware.

Señorita Ware. Muy bien. El consejo terminará de deliberar en una hora y se nos informa de que…

La bandera de pelo le caía por delante. Un brazo se levantó

para echarla inútilmente por detrás del hombro. Una página que se pasa rápidamente. Una gacela en la sala. Un cacharrito de cerámica en una tienda de elefantes. Todo frágil y rubio, la mejilla, la oreja, la muñeca y la seria curva azul de la cintura al hombro.

En vista de los acontecimientos de la semana pasada, no es preciso recalcar la relevancia de una decisión de este calibre, sus profundas consecuencias.

–¿Puede poner esto en un epígrafe aparte, señorita...? Me temo que no recuerdo su... Caballeros, el tiempo va en contra de nosotros.

Ella estaba tomando apuntes para el acta. Los minutos volaban y la muchacha dejaba constancia. No se podía perder un minuto y el tiempo va en contra de nosotros.

Christian recordó el poema:

> ¿Cómo puedo yo, con esa muchacha delante,
> centrar mi atención
> en la política romana, en la rusa
> o la española?

El poema terminaba así: «Ojalá fuera joven de nuevo, para tenerla en mis brazos»*. También él recordaba lo mismo. Cuando aprendes de joven, nunca lo olvidas. Eres tan viejo como te sientes. Me siento viejo. Otro rápido paso de página, la muñeca arqueándose ansiosa. El mismo gesto de echarse el pelo hacia atrás. El tiempo estaba de parte de la joven. Llevaba un reloj redondo, barato, con una correa negra, de gorgorán, decían en los anuncios. Ella lo estaba hundiendo, Christian se escoraba como un buque. Madre mía, es la historia de Inchcape Rock. Esto es ridículo y muy injusto. Desde luego, años de matrimonio feliz no van a encallar en el escollo o arrecife que esto parece indicar. Este año España y

en el 63 un crucero por el río Swan. Es cierto que está la oficina. Pero no hasta donde insinúa la aparición de esta joven.

Así iba virando Christian, en zigzag sobre un rumbo de pelo rubio y flores azules. Sus compañeros de travesía bien podían estar atados al mástil, con los oídos taponados por la cera. Les hervía la sangre, peroraban. Manejaban las sogas. Conocían el percal. En cuanto al aspecto humanitario, se expresará una gran preocupación. Sin embargo, se hará confidencialmente para no agravar una situación de por sí delicada. Estaban en la fase de reclinado, de corbatas torcidas. Una precaución sensata, Bickerstaff. En eso tiene razón, Barger. La pertinacia recomendada en el colegio, con Christian, en este caso, fuera del grupo de los empollones.

Era imposible ir tras ella cuando por fin la mandaron a teclear en algún cuarto cuyas luces se encendieron y de donde habría que echar a las limpiadoras. El contenido de las papeleras habría que quemarlo. En las dunas y los cabos se apaga el fuego. Los capitanes se dispersaron, los jefazos se marcharon.

Deambulando por un pasillo gris, a Christian lo abordó un desteñido colega llamado Armand Elphinstone. A veces Christian le decía a Grace: «Elphinstone y yo no congeniamos –y añadía–: Me atrevería a decir que por culpa mía».

Elphinstone revolvía la calderilla en los bolsillos de unos pantalones sin planchar. Encogió unos hombros de falso tweed casposo y rayas formadas por cabellos caídos.

–¿Y puedo preguntar por qué siempre estamos desorganizados? No estábamos preparados. Esta reunión se podría haber convocado por lo menos una hora antes. Tengo que decir. Yo no sé cómo vamos a poder mirar a la cara a la comisión permanente. –En los bolsillos de Elphinstone

percutían invisibles monedas de seis peniques, con unas cuantas llaves formando la sección de metal. Apartó la vista–. Y además nos mandan a esa chica medio desnuda.

Así que él también. Hasta el desteñido Armand.

No tenía sentido andar por ahí. Elphinstone lo había echado todo a perder.

Al día siguiente pasó algo más. La propia secretaria de Christian se iba de vacaciones de verano.

–¿Y qué han pensado para mí? –Mientras se lo preguntaba, supo la respuesta.

–Te van a poner a una chica de las que tienen en la sección de mecanografía. Yo le enseñaré lo principal. Una tal señorita Waring. O Ware. Por supuesto, cuando vuelva me encontraré un caos.

El primer día llevaba un vestido de terciopelo marrón raído, el cabello bien recogido. Durante toda la mañana, Christian fue un hombre de pocas palabras, arrojando esto o aquello y pidiendo tres copias: esto es prioritario, de esto haz un borrador. Solo pudo continuar así hasta la hora del almuerzo. A primera hora de la tarde ya quería saber su opinión y necesitaba sus consejos. La joven se sentó para que le dictara, y él casi no se podía creer que la pobre estuviera allí a su merced: se sentía más tierno que dispuesto a conceder mercedes.

–Espero que la otra noche no la entretuvieran mucho –le dijo cuando ella cerró el cuaderno. La joven levantó la mirada, vacía. Christian tuvo la sensación de que se había puesto en evidencia–. La noche del anuncio del consejo.

–Perdí el tren. Vivimos en Dulwich. –Dubitativa, como si solo con responder estuviera yendo más allá de lo que él pedía–. Una de las chicas me dejó quedarme en su casa.

–Espero que no tuviera que cancelar nada.

–Era el cumpleaños de mi padre.

Qué vida les damos, pensó Christian, no sin satisfacción. Reconocía el placer que le reportaba haber desplazado al padre, con el que –uno era consciente de esas cosas– no podía haber sino rivalidad. La muchacha tenía unos ojos muy claros, levantados, casi redondos, tan limpios como un cristal gris. Notó que quería complacerlo: Espero satisfacerlo, señor. Su voz, al igual que su vestido, era como de napa, algo excelente en una mujer. A su hija el padre le había puesto de nombre Cordelia.

Cuando la oyó teclear en la máquina se buscó una excusa para quedarse un momento junto a su escritorio. En esa posición había algo casi sexual, como en la relación de un tenor con su acompañante: ella, sentada y subalterna; él, de pie y dominante. La joven desprendía un leve y embriagador olor a talco o champú. Y sus dedos, manchados por el papel carbón, e incómodos por la proximidad de su jefe, fueron produciendo seis copias en las que habría que frotar bien para eliminar un error. Un *Manual de estilo* –qué estilo podía haber en todo esto– estaba abierto por una página con instrucciones inanes e infinitamente tediosas. Señor, tengo el honor de ser la humilde y obediente sierva de su excelencia. Sobre el escritorio se veía polvillo de borrador desmenuzado sobre los arañazos y excrementos de una veintena de anteriores secretarias-pájaro ya desaparecidas.

Excelencia y honor. Con menos satisfacción, se preguntaba Christian, ¿por qué soportan todo esto?

Prácticamente le colocó la mano en el hombro de terciopelo marrón. Casi podía sentir la suave curva viva en la palma de la mano, y en ese momento, mientras ella estaba tan ansiosa, tan inocentemente inclinada sobre su estúpida

tarea, la habría dejado marchar, deseando que se librara de todo el mal que podía hacerle.

–Eso es de importancia primordial –le dijo–. Lo demás puede esperar.

Desde su despacho escuchaba cómo aporreaba las teclas de la máquina de escribir, la rasgadura del carro, arpegios de frases, el andante de un pasaje sangrado. Un suspiro de consternación por una nota mal tocada. Era curioso que una máquina pudiera reproducir la ansiedad de la persona que la utiliza. La curvatura imaginada de su hombro de velvetón continuaba, palpable, en la mano de Christian, que aún seguía reproduciendo ese contorno.

La caída de la tarde se levantó como el alba. La ciudad la inhaló como una bocanada de inmenso alivio. Una oleada de excitación lanzó a Christian desde el escritorio hasta la ventana, donde una vez más la metrópolis yacía indefensa y expectante bajo un anochecer tan imponente como un eclipse. Un hombre precavido lo habría mirado con gafas especiales o a través de un agujero practicado en un cartón. Sin protección alguna, Christian se quedó mirando. Era de los que aún podían ver el cielo. De los que conocían bien a Yeats. A Freud. No era una casualidad que los hubiera estudiado bien: su lección de Yeats, de Freud.

Tuvo la tentación de pedirle directamente que se fuera a cenar con él. Pero no, directamente no podía ser, y no la primera noche. Que pase un tiempo prudencial y ojalá se mantenga el buen tiempo. Esta actitud era imprudente, ya que tenían muy poco tiempo. Pensaba en la tercera persona del plural y no le parecía injustificado.

El día siguiente fue tórrido. La ciudad abrió todas las ventanas mientras Christian iba en coche a trabajar. Hacia las torres de Camelot. Como si tuvieran una cita secreta, ella

llevaba el vestido de aciano –¿era el mismo?– y el pelo suelto. Había oído decir que ese año las chicas se planchaban el pelo, para poder llevarlo largo y liso, pero no creía que eso se le aplicara a ella. No podrían hacerlo solas, quizá se lo plancharan sus madres. Intentó imaginarse la cocinita de Dulwich, limpia como la patena, su madre informe con un delantal de flores y ella con la cabeza sobre la tabla de planchar. Como en una ejecución.

Solo era cuestión de retenerla después del trabajo. No sería difícil inventarse una crisis –en ese lugar la mayoría eran inventadas– retrasando algún informe hasta bien entrada la tarde. Se lanzó cuando ella regresó a las dos de comerse a toda prisa un sándwich (que era un sándwich lo daba por hecho, la precipitación la percibía). A las seis ya estaban solos: él, leyendo atentamente; ella, repiqueteando. Christian se levantó y se fue al baño a acicalarse. Corrió el agua, corrió el peine por el pelo y él se recorrió ante el espejo con ojo crítico. Le sonrió a un cuadrado de azogue agrietado de parte a parte. Al regresar por las inertes arterias grises escuchó que la máquina seguía retumbando aceleradamente, como un corazón.

Había decidido mostrar su autoridad.

–La voy a llevar a casa. –Por supuesto, no esperaba que ella se mostrara tan atónita–. Seamos realistas –con esta muletilla Christian solía recriminar una tendencia generalizada al escaqueo–, como mínimo nos queda otra media hora aquí. Así que mejor –hechos consumados– tomamos algo por ahí, y después la llevo.

Le pareció detectar en la joven una ligera ambigüedad –no llegaría a calificarlo de recelo–, mezclada con el asombro. Sin embargo, debía de estar contenta, incluso emocionada. Una chica que se pasaba los días haciendo copias con papel carbón

no rechazaría ninguna diversión.

La humilde y obediente sierva de su excelencia.

–Es un detalle por su parte –dijo ella, sin suscitar en él reparo alguno.

Iba sentada a su lado en el coche. Cruzaban un río, el río, después de un Chablis y un lenguado. No estaba para nada oscuro. Por delante, los suaves perfiles del parque mostraban la inocencia de tardías pelotas de críquet, terrier sueltos y parejas mayores resguardadas en sus bancos. (Los sobeteos vendrían después, al caer la noche.) Pero estaban los árboles; nunca los había visto así, como nubes, cortinas, grandes ramos de flores. La responsable era ella: primero los acianos azules, ahora los árboles. La dríada de alas ligeras, verde haya; Rima, la muchacha-pájaro que correspondía al tipo de Cordelia Ware, la ninfa perenne, cómo se llamaba, Tess la de los... no, no, esa no: Tessa. Todo esto ya en Clapham.

Le habría gustado detener el coche, allí mismo, simplemente para ver los árboles, y la habría cogido en brazos casi por casualidad. Pero ese intervalo decoroso debía pasar. Ella había hablado poquísimo, siempre con corrección, nada insensato. Estaba bastante quieta y miraba la noche y los árboles, con la cabeza inclinada hacia el respaldo, pero sin recostarse. Continuaron avanzando, entre avenidas periféricas que a Christian le producían la compasión que suscita un amigo de infancia que no ha prosperado.

–Gire a la derecha al llegar al centro de formación profesional. –Giró–. Siga por aquí, a la derecha. Es esta.

Christian se esperaba una hilera de ásteres desmoralizados, una escalera exterior de tres peldaños, una galería de cristal esmerilado sobresaliendo tristona en el frente de ladrillo. Y la irritación no habría sido mayor si ella lo hubiera engañado a propósito. Es cierto que la casa –bonita, blanca pero

dieciochesca, con túmulos de fucsias sobre un pequeño semicírculo de gravilla bien rastrillada– no era espléndida. Pero sí era una casa, precisamente como la que él y Grace habían estado mirando y habían decidido que no se podían permitir.

En todas las ventanas se veía luz. Era como una casa en la que se celebran fiestas, de las que en una novela se diría que está «en llamas». (Christian más bien prefería apagar las luces cuando no eran necesarias.) O era más bien un barco, festivo y majestuoso, con todas las velas izadas y los gallardetes al viento. En la planta baja, una cortina de seda se inflaba en la cristalera abierta, como un espináquer.

Aparcó delante de la puerta. Bajo el resplandor de la casa, el coche desmerecía. Se acordó de que en el asiento trasero había juguetes de plástico.

–Entrará usted, ¿no? –En su propio territorio se mostraba casi sociable.

–Mejor me vuelvo ya. Es tarde. –Eso era una grosería, pero la casa suponía una amenaza. Sentía la mirada del padre, se veía a sí mismo parpadeando bajo las luces de la casa, tan comprometido como si estuviera en una comisaría. Le advierto que cualquier cosa que diga podrá… A pesar de todo, se oyó anunciar–: En otra ocasión –y se atrevió a inclinarse por encima del regazo de la joven para abrir la puerta, posándole la mano en la suya, ineficaz en sus intentos de abrir, como el que sella un contrato.

–Levante y empuje –dijo. Y después–: ¡Con un buen portazo!

Un terrier escocés se lanzó escaleras abajo para recibirla, un revoltijo formado por un hocico, unas patas y un rabillo. Le oyó decir: «Aquí, Hoots. Aquí, Hootsie», como extasiado.

Se retiró hacia la ciudad confuso. Estaba dispuesto a

representar su papel, jovial pero contenido, de dueño de la situación en la casa modesta de las begonias y la cocina como la patena; ayudando a la familia a sobrellevar su natural apocamiento. Incluso estaba listo para aguantar a un hermano socialista cuyas ariscas indirectas habría podido fácilmente ridiculizar. Pero desde luego no estaba preparado para la equiparación inmobiliaria de Lowestoft, el estilo Regencia, las ediciones en piel o una desvaída pero valiosa Samarcanda, quizá atribuida a Hoppner, que había sobre la antigua chimenea.

Además, le desagradaba la sensación de haberse librado por los pelos.

No podía evitar relacionar su impetuosidad actual con su primer encuentro con Grace. ¿Acaso no se reconoce la existencia del «complejo de Cophetua»? ¿O se lo había inventado él?

Al llegar a casa telefoneó a Grace. Esto tendría que haberle servido de ayuda, pero no fue así. Una vecina se había pasado por casa, era demasiado tarde para llamar a los chicos, espera un momento, tengo que apagar el fuego. Jeremy no se creía nada de la auténtica Mesa Redonda, que habían pagado para ver por la mañana, y Hugh se había enfurruñado.

–¿Algo que contar de la oficina?

–La trifulca en África nos tiene agitados. Siempre hay que contar con el secretario de Estado. Y como siempre nos falta personal. Me han puesto a una temporal.

–¿Entonces la señorita Mellish se ha ido de viaje?

–Cuando vuelva se encontrará un caos.

Colgó y se quitó los zapatos. Las persianas estaban bajadas para proteger el desvaído chintz. Sobre el piano cerrado estaban las partituras de Grace. Veía la casa de Ware con sus velas blancas hostigándolo. La joven agachada, la puerta de

entrada iluminada como un escenario. Su rostro y sus manos activados por el amor, estirándose para tocar al perro que curioseaba entre sus tobillos y rodillas. La oía hablar con su voz de cierva elocuente; hasta sentía los pelillos del tosco pelaje del animal. Casi no podía esperar a que llegara el nuevo día.

A la mañana siguiente Christian guardó los juguetes en el maletero del coche. El tiempo seguía acompañando, el intervalo decoroso iba pasando. Una sensación casi de desenfreno, muy de viernes, animaba el piso, como si le aguardara algo distinto a un fin de semana inglés. Hasta en África había ratos de calma chicha en los que los cocodrilos retozaban en aguas mansas entre inmóviles paredes de bambú.

La visión de Cordelia Ware con un estampado de flores rosas disipó la sensación de derrota de Dulwich, exorcizando el espectro del padre inspector de policía. Pero Elphinstone estaba resfriado. Por la noche se marchaba a una importante conferencia en Bruselas y le preocupaban las consecuencias que pudiera tener la presión de la cabina en los oídos.

Christian estaba junto al escritorio de Elphinstone.

–¿Todo listo?

Elphinstone tosió. Al principio sin flemas, como un motor que intenta una y otra vez encenderse hasta que lo consigue. Se sacó un pañuelo del bolsillo en medio de una ráfaga de pelusas.

Christian apartó la mirada y se fijó en dos fotografías enmarcadas que había en la pared junto al mapa: el abuelo de Elphinstone con atuendo de diplomático, y un grupo que en una ocasión había organizado Elphinstone en el cementerio inglés de Capri para arrancar malas hierbas.

El mapa era tan antiguo que la India aparecía en rosa.

Elphinstone contestó por fin.

–No tengo ningún problema. –Dijo la palabra «problema» con un énfasis sarcástico, para dejar claro que sabía que esta era una forma de hablar muy americana.

–Ya sabes que mañana trabajo. –Christian estaba de guardia el fin de semana–. Por si algo explota. – Elphinstone era todo simpatía.

–La verdad es que vaya verano que estás teniendo. Perder así el fin de semana... –Se llevó el espeso pañuelo a la cara y miró a Christian por encima de él, como un bandolero–. Y encima haciendo horas extras.

Christian apartó la vista de las paletas, las sonrisas y los dientes de león que esgrimían en el cementerio inglés, y miró desafiante a Elphinstone.

–No te preocupes.

Cuando Christian se fue, Elphinstone expectoró una vez más en su pañuelo y después lo puso a secar en el alféizar.

Ajena a todo eso, con total inocencia, Cordelia Ware levantó brevemente la vista de sus desordenados papeles cuando pasó Christian, y su mirada fue un refrescante contraste con la de Elphinstone. Christian se sentó ante su escritorio a firmar papeles, que después arrojaba con aire vengativo en unas cajas. Se sentía furioso y algo triunfal. Los ojos de Elphinstone por encima de su pañuelo de colores habían sido dignos de verse. Seamos realistas, es un incompetente, un estúpido intolerable que nos ha caído encima porque su abuelo negoció un desastroso tratado en 1908. Madre mía, si la gente supiera.

La tarde fue pasando, hasta que se agotó. Al ir soltando constantemente el lastre que suponían los que se marchaban pronto, toda la planta quedó más aireada, ganó en optimismo.

La señorita Ware –Cordelia– le trajo el correo. Continuaba la calma chicha, se extendía por los continentes, desinflando las velas de África. El auge oficial basculaba sin ton ni son en medio del letargo mundial. Había copias de carácter informativo y el texto de un discurso ministerial que ya no se pronunciaría porque las circunstancias habían cambiado. Había papeles con las siglas SSEP, Subsecretario de Estado Permanente, respecto a los que no se preveía ni exigía tomar medida alguna. Había una postal de los acantilados de Étretat de la señorita Mellish: Espero que todo vaya bien.

–Mellish está en los dominios de Monet.

–A mí también me ha enviado una. –Se la entregó a Christian. Los mismos acantilados: Se me olvidó decirte que lo que haya que archivar me lo dejes a mí.

Allí estaban, de pie, con sus postales en la mano, sus permisos penitenciarios, y el tiempo se agotaba.

No podía dejarse engañar por esta quietud. Sonó el teléfono.

Era el número equivalente al suyo en un departamento paralelo.

–Mira, Thrale. No entendemos qué pasa en la reunión de Bruselas.

–¿Y qué más quieres? Vamos a mandar a uno de los mejores representantes.

–No te estaba criticando, querido amigo. Es solo una cuestión de comunicación. –A la palabra «comunicación» se le dio el ostentoso énfasis que Elphinstone había concedido a «problema».

Haciéndole una mueca a la chica, Christian agitó el receptor con aire de desesperación. Nunca había hecho nada indebido con la señorita Mellish. Estaba febril y quería que terminara el día, o que empezara. La voz nasal continuó

hablando, viéndose inevitablemente arrastrada hacia la jerga, pero nada dispuesta a asumir su responsabilidad.

Con un impaciente bolígrafo, Christian marcó sobre el cartapacio el perfil de la postal de colores, su carné de baile.

–Si no tiene nada más… –dijo ella de repente agarrando su bolso.

Llevaba una rebeca escarlata colgada del brazo y decía lentamente: Adiós, señor Thrale. Nunca se le había ocurrido que, por propia iniciativa, decidiera irse pronto. Antes de que pudiera colgar el teléfono Cordelia se había marchado, y en el pasillo no se veía a nadie.

Perdió por completo la cabeza y a grandes zancadas se lanzó a detener el ascensor.

Solo Elphinstone estaba entre las puertas, listo para sumergirse. Sonrió a Christian mirándolo de reojo y levantó los dedos en señal de victoria. Como si fuera a saltar en paracaídas. Mientras desaparecía, se acercó la mano al corazón, en busca de la anilla de apertura.

De nuevo en su oficina, Christian se asomó a la ventana donde había empezado todo. No estaba seguro de cuál había sido su intención, pero desde luego no era estar dándole vueltas a por qué la tarde había salido tan mal. Después de los últimos estruendos de los archivadores de metal y los cajones de escritorio, la oficina se quedó en silencio. Por todo Londres había muchachas entrando y saliendo grácilmente de coches, y hombres más jóvenes que Christian se inclinaban hacia ellas para decirles: «Levanta y empuja». Había parejas que levantaban bandejas y se pedían: «Trae tú el hielo», y los muebles de jardín de Harrods estaban fuera por fin.

Solo Christian estaba desconsolado junto a la ventana batiente de su oficina.

De no haber sido por el jersey granate quizá no la hubiera

visto. Cruzaba lentamente la calle en dirección al parque. O puede que al metro, pero no se camina así hacia el tren, levantando la cabeza hacia el cielo y con una prenda de lana colgando informalmente del hombro. Tenía piernas delgadas y zapatitos planos, y su forma de caminar, como todos sus movimientos, era encantadora.

Christian abandonó la red, abandonó el telar. En tres pasos llegó a su escritorio cerrando cajones de golpe y agarrando la pluma y las gafas. Tuvo presencia de ánimo suficiente para agarrar un sobre con documentos para el fin de semana que le sirviera de apoyo.

Una vez fuera, con ella en su campo de visión, se quedó atrás, disfrutando para sus adentros de ese dulce espectáculo. Al acecharla, supo de una felicidad segura que pocas veces había sentido de adulto y que era incompatible con la infancia. De muchacho, Christian había estado enamorado, y posteriormente, de joven, cuando ya estaba a punto de tomar una esposa. Pero nada se parecía a este momento, absolutamente extemporáneo, que representaba solo a fuerzas ajenas a su control, y en el que observaba a Cordelia Ware con un frenesí de ternura en el que se confundían la veneración y la condescendencia.

La alcanzó cuando estaba entrando en el parque. Y se hizo amablemente el sorprendido. ¿No va a Dulwich? Ella se explicó: la tarde era preciosa y el parque... Cruzaron la verja juntos. Deambulaban junto a montículos de flores iridiscentes y cornejos floridos. Cruzaron un puente y se sentaron en un banco desocupado. El sobre de la oficina, cuya acolchada calidez había cobrado una viva repugnancia en la mano de Christian, se colocó a su lado exterior como un cómplice excesivamente entusiasta.

Qué gran reposo imperaba, abajo todo césped y arriba un

azul sumamente celestial; aunque las aves acuáticas se peleaban por las cortezas que les habían arrojado y alguien pasó con un titular de periódico atroz. Por encima de sus cabezas, Elphinstone volaba sano y salvo, tragando sin parar para protegerse los oídos y, para mayor seguridad, cogiendo otro caramelo de menta de la bandeja que le ofrecían.

Cordelia se sentó recta, no como lo haría en una clase de gimnasia, con los dedos entrelazados sobre la pierna cruzada. Y con el atardecer en el pelo y su tez pálida desbordaba luminosidad. Lo estaba mirando, seria y atenta. Como una musa: paciente pero solo accesible a quienes actúan de buena fe.

–¿Quiere cenar conmigo? –Era la frase más humilde que le había dicho hasta ahora.

En su pecho estampado se alzaron flores rosas.

–Si a usted le parece bien –contestó.

Christian no sabía qué hacer con esa apelación a su autoridad, y no contestó. Ahora todo parecía posible. Ante ellos se extendía, como el fin de semana, el mundo entero. No se le había olvidado que en una ocasión ella había pasado la noche en la ciudad con una amiga. Ya entonces había archivado esa información por si podía serle de utilidad en el futuro.

–¿No la esperarán en casa?

–Los llamaré.

No quería saber qué les iba a decir. Que se fuera al infierno el padre inspector. Se sentarían entre la hierba y el cielo mientras hubiera luz, y después se la llevaría a cenar a un sitio pequeño junto a Duke of York Street, reservado para las grandes ocasiones.

Esa misma mañana había cobrado un cheque.

La ilimitada expansión de la probabilidad cubría de

tolerancia cualquier aspecto mortal: los apagados cláxones del quehacer humano que les llegaban desde la carretera; los graznidos de un ave desaforada casi a sus pies; la pareja que estaba muy cerca, en la hierba, y cuyas ondulaciones debajo de una gabardina extendida eran como un guiño lascivo lanzado hacia ellos; los duques de hierro y los almirantes de piedra sujetos encima de pedestales y columnas. Todos encajaban con esta tierra, hasta los guardias con su chaquetas cuello Mao color bermellón y su gorro afro, y la retícula lejana de un rascacielos en construcción, contra cuya erección Christian había firmado hacía poco.

Cualquier pequeñez le era ajena, como solo puede ocurrir gracias a una felicidad o un dolor inconmensurable. Su obsesión con la importancia lo había incapacitado para la grandeza: solo era un hombre de importancia vicaria, pero en esos momentos comprendía el gran corazón de los héroes.

Con este estado de ánimo pasó la noche. Christian agarró a Cordelia del brazo en el primer semáforo en verde y no se lo soltó hasta que llegaron al restaurante. Durante la cena le habló de España, donde ella nunca había estado –«Seamos realistas, Madrid es El Prado»– y de las Hébridas, donde sí había estado. Christian descubrió que la casa de Dulwich había pertenecido al abuelo de Cordelia, y que tenía tres hermanos y un tío sordo por la cantidad de quinina que había tomado durante una década en Bengala. Además del terrier tenía un gato con flequillo llamado Ruffles.

Todo esto –los Grecos, las montañas Cuillin, el tío y el gato despelujado– desfilaba lanzando destellos por una estrecha sala.

Regresaron al coche por calles anchas y amplias plazas trazadas en épocas más estrictas. Apenas pasaban vehículos. Ni un alma subía los escalones de clubes respetables o salía

de los pequeños pórticos con petunias de las grandes empresas. A lo largo de ese paseo noble y sobrenatural, se podía escuchar el impacto de cualquier paso o cualquier carcajada.

Christian le abrió la puerta del coche y se quedó sujetándosela, pero impidiéndole la entrada.

–Tengo que verte.

–Ya lo sé –contestó ella.

Christian soltó la puerta, que se movió lentamente sin llegar a cerrarse, como el postigo de una casa desvencijada. Al asiento trasero, del que esa mañana había retirado objetos infantiles, arrojó el sobre de papeles de pega. Y Cordelia Ware cayó en sus brazos.

A ellos –sí, a ellos– les quedaban casi tres semanas antes de que regresara la señorita Mellish. La suerte quiso que continuaran teniendo suerte. Y también buen tiempo. África continuaba inactiva, los padres de Cordelia se fueron a Dordoña y Grace pensó que quince días más les vendrían estupendamente a los chicos.

Hasta Elphinstone, que había regresado de Bruselas, se estaba haciendo unos cuantos arreglos en la boca.

Christian Thrale agarraba a Cordelia Ware de su perfecto y pequeño codo en las calles vacías a última hora de la tarde y la atraía hacia sí en los bancos de los parques. Le apoyaba la mejilla en su suave pelo recogido y le soltaba los cabellos –no había palabra mejor para denominarlos– entre sus manos incrédulas. Por su parte, ella deslizaba los brazos por el cuello de él o le levantaba la palma de la mano hasta que le tocaba el rostro y se la besaba. En el Hillman Minx de Christian cruzaron y volvieron a cruzar el Rubicón por Battersea Bridge. *Iacta alea est.* Se sentaban, tal como él había soñado,

bajo los árboles elegíacos.

Para Christian, estos deliciosos momentos dejaban realmente algo que desear. Aunque al principio lo hubiera atraído el aspecto virginal de esta muchacha, el tiempo, caballeros, iba en contra de nosotros: Grace ya estaba consultando horarios y la señorita Mellish empujaba su barca desde la cabeza de puente de Normandía.

–Para ser feliz me basta con estar contigo –decía ella, y su mano discurría por el brazo de Christian en uno de sus gestos precisos y frágiles–. Sería una descortesía que te quejaras de eso.

–Entonces –Christian se rió–, me quejaré con descortesía.

Habría sido insólito que ella hubiera sido... en estos tiempos las chicas no eran así. Por lo menos no cuando llegabas a quedar con ellas.

Es difícil precisar cuál de las posiciones de Cordelia le encantaba más: la curvatura deliberada o la delgada rectitud. O cuál de sus movimientos, castos y extravagantes como los de una bailarina de ballet. Tenía una forma de mirar que no se habría dicho exactamente «confiada» sino «crédula». Reclamaba el juicio ajeno. Hacía preguntas sencillas con verdadera curiosidad, como si deseara descubrir cómo giraba el mundo. La mirada, las peticiones, las preguntas servían para atribuir responsabilidades. Christian disfrutaba de su papel de artífice de constituciones, de administrador de una justicia inalterable.

«Tu método socrático», le dijo, cogiendo entre las manos el rostro levantando de ella y sonriéndole desde la altura que ella le concedía. Cordelia no le preguntó qué era eso, pero no desvió un ápice su insondable franqueza. Era difícil comprender cómo una mirada podía estar, a la vez, al mismo

nivel y elevada.

Ella no utilizaba en ningún momento su nombre de pila, Christian. Cuando él se lo comentó se produjo un pequeño malentendido.

–Yo pensaba –dijo ella– que en la oficina no te gustaría.

Christian ni siquiera se había planteado que pudiera llegar a usarlo allí. Había cosas que caían por su propio peso.

–¿Te molesta estar engañando? –le preguntó un día Cordelia.

–Para mi sorpresa, no –contestó él. No podía quedarse ahí, de manera que continuó–: Pero no quiero herir a nadie.

No se refería a ella.

Hasta el final de la última semana Christian no consiguió, como se decía antes, llevársela al huerto. Los Thrale vivían en una hilera de edificios victorianos que en su momento habían sido color marfil, robustos, ligeramente irregulares, como una dentadura maciza, pero que ahora se habían dividido, taladrado, remodelado y uniformado. Fue ahí donde, después de correr cerrojos y echar cortinas, Christian se acostó por fin en su cama conyugal con Cordelia Ware.

En realidad, el problema de las camas no se podía resolver airosamente. En la de los niños o en la suya. A este respecto, ella hizo una de sus preguntas:

–¿Te importa?

–En absoluto –afirmó él–. De todas formas, este es mi lado.

Era curioso cómo la insensatez engendraba precaución. Fue esa misma noche cuando él comenzó a expresarse con claridad.

–Nunca olvidaré esto. De ninguna manera. –Seguramente, utilizando la expresión que él había utilizado, habría sido una descortesía que a ella le molestara tal cosa. Le dijo–: Tendré unos celos horribles de quien se case contigo. Ya lo estoy

odiando.

Ella estaba tumbada mirando al techo, con los ojos de par en par, como si no pudiera cerrarlos.

–¿Y ahora qué hacemos? –le preguntó poco después.

–Querida, la verdad es que no lo sé. –Después de todo, no era un oráculo. Ella miraba hacia arriba, escudriñando los cielos–. Lo iremos viendo sobre la marcha. –Esta frase, que sonó americana, la dijo con una entonación propia de Elphinstone.

Al día siguiente telefoneó a Peverel. Grace había ido a Winchester y había visitado la tumba de Jane Austen.

–Ojalá hubieras estado aquí, Chris.

–La única que me gusta es *Orgullo y prejuicio*.

–Me refiero a este verano. Nunca volverá a estar igual de bonito.

Le apenaban los días y noches de separación, sus diferentes placeres. Grace hablaba de la catedral de Winchester, de las rosas, del laberinto de arroyos y los prados que había más allá del colegio. Decía que, desde Peverel, las vistas sobre el valle esa mañana habían sido, en una palabra, espléndidas.

–No me puedo quedar al teléfono eternamente –la interrumpió–. Esto nos va a costar un riñón.

Durante tres semanas Christian se había sentido como un explorador en su ciudad natal. No porque hubiera llevado a Cordelia Ware a muchos sitios, a menos que se contara una excursión a Chiswick, otra a Greenwich y la visita a la Colección Wallace, donde ni siquiera subieron a la planta de arriba. Sino porque su visibilidad había aumentado, como la de un piloto antes rodeado de contaminación, descubriéndole azoteas, agujas de iglesias y jardines, y la congestión del tráfico en carreteras situadas a una excitante y peligrosa

cercanía; mostrándole pájaros en pleno vuelo y gatos caminando por encima de muros. Las curvas de la tierra y el agua se habían convertido en hitos que no había que pasar por alto. Lo principal era que en la forma humana había encontrado la gloriosa sensación de los olmos y los robles de Battersea: para él los hombres eran árboles en marcha.

Ahora, en un lunes lleno de normalidad, una mañana de esposas llamando al carnicero o revisando bolsillos de pantalones antes de enviarlos a la tintorería, Christian viajaba una vez más en metro.

Y la señorita Mellish llegó pronto, ordenó el trabajo atrasado y murmuraba.

–No sé si estoy segura.

–Nos las hemos apañado –un toque de lealtad–. Y no muy mal, dadas las circunstancias.

La señorita Mellish, que no había tenido suerte con los *fruits de mer* y cuya espalda se había resentido en el castillo de Gaillard, se mostraba tolerante.

–Es dispuesta. Lo cual ya es mucho decir en estos tiempos.

–Por supuesto, no es como usted –confirmó Christian.

–Eso es por la experiencia, señor Thrale. De joven, yo estaba igual de verde al principio. Exactamente igual. Todos hemos sido principiantes alguna vez.

A Christian le dolió tanto el comentario que podría haberse puesto a llorar.

Después le trajeron un impreso sobre el desempeño de Cordelia Ware que tenía que firmar. Escribió que era dispuesta, que podía asumir responsabilidades y que dejaba las páginas impolutas.

Grace volvió a casa con una pesada maleta y una vasija de miel de lavanda. Los dos chicos iban de vacío. Jeremy puso jazz; Hugh hizo el vándalo por la casa.

–¿Dónde está Bimbo? No encuentro a Bimbo.

–Está en el maletero del coche.

Todo salía a la luz, volvía a su ser. Salvo Cordelia Ware. Un espacio cuya extensión ilimitada producía vértigo iba menguando hasta recobrar una extensión aceptable. Un lugar para todo y todo en su lugar.

Cordelia Ware estaba de nuevo en la sección de mecanografía.

De repente la situación de Christian se había vuelto problemática. Para apiadarse de su aislamiento, había que comprender que Cordelia Ware había sido el único episodio imprevisto de la existencia de Christian desde Grace Bell. Cualquier otro acto precipitado había sido sancionado y exigido por el orden social y, aunque se hubiera hecho en solitario, se había realizado gracias a una poderosa coordinación. En el caso de Cordelia Ware se había atrevido a lanzarse solo. Una mutación como la del pez que sale a tierra. Y Christian, dando bocanadas sobre inhóspitos guijarros, sabía que era una criatura del océano, de bancos de peces.

Era ese momento en el que, en un libro viejo, el protagonista podría despertarse y descubrir que todo era un sueño.

En su soledad se decía: «Todo es culpa mía». Una acusación que pocas veces suena del todo certera. Si Christian pensaba en otras culpas, curiosamente las situaba en la literatura. Echaba la culpa –aunque esta no fuera la palabra– a la insistencia y el colorido de la lengua, que le había puesto ciertas cosas delante y sentimientos en su interior. Se sentía importunado por ecos de expresiones anteriores, traicionado por metáforas y muestras de júbilo que, una vez adquiridas de niño, ya no podían erradicarse.

La literatura era un buen sirviente pero un mal señor.

En la sección de mecanografía, Cordelia Ware se sentaba recta ante su Underwood de carro largo. Preparaba cifras de un presupuesto: las máquinas se precipitaban violentamente de un tabulador a otro como la lanzadera de un telar. Ya no se encorvaba atentamente sobre la página y, liberada de esa obsesión, había ganado en competencia.

–Fíjate –le decía la supervisora–. La experiencia te ha venido bien.

La supervisora, a la que los frenos le habían jugado una mala pasada en un cruce, llevaba un collarín de espuma. «Traumatismo cervical», explicó.

No había ventanas. Cordelia miraba a la pared donde podría haber habido una.

En cierto modo, sin quererlo, Christian conocía casi todas estas circunstancias. Su tiempo no era suyo. África se estaba poniendo a punto: de los tejados de chapa e incluso de centros sociales de plexiglás, donde se esperaba que el aire acondicionado favoreciera las cesiones, surgían sonidos poco prometedores.

Durante la segunda semana, Christian maquinó para poder encontrarse con Cordelia Ware durante el almuerzo, en un pub bastante alejado de la oficina. Aunque él llegó pronto, ella ya estaba allí cuando apareció, y si hubiera tenido la intuición con la que había nacido no se habría mostrado tan avergonzada. El tiempo había cambiado. Ahora hasta las mañanas eran crepusculares. Por doquier se apreciaban indicios otoñales, incluso invernales: tardes oscuras, espirales de pétalos y hojas llevadas por el viento, y los mineros amenazando con ponerse en huelga.

Christian se metió el periódico en la gabardina y se sentó junto a Cordelia.

–El mundo entero –le advirtió– está ardiendo. –A ver si esto

inducía a la joven a relativizar su situación. A ver si el polvorín que era el mundo eclipsaba, minimizaba o incluso volvía irrelevante el propio dilema de Christian–. El invierno va a ser muy duro –anunció, y ella lo miró y siguió mirándolo–. Si los mineros se echan a la calle. –No podía decir si esa mirada era firme o implacable, y ninguna de las dos cosas era totalmente deseable–. Por supuesto, nadie puede negar que la vida del minero es intolerable. Si perdemos la humanidad.

–La gente está de su parte –dijo ella–. Eso está claro. –En el mostrador les pusieron unas *shandys* tibias y Christian pagó–. Es decir, son héroes. Con el peligro que corren en el túnel. Todos sabemos que es horrible. En una oficina todo es distinto.

A Christian esto no le gustó.

–¿No estás dramatizando?

Se apoyó en el acolchado de aire eduardiano de polipiel, reclinando abiertamente la cabeza. En la barra un joven le miraba el cuello blanco a la joven. Christian le puso la mano en la rodilla, por debajo de la mesa. Perdóname, Cordelia, tienes parte de razón. Sus miradas se cruzaron de inmediato: ninguna razón. Él no entendía su propia falta de decisión: ahora quería una cosa, luego otra. Y todavía comprendía menos que en ese momento la vacilación pudiera ser su única virtud.

En los libros y las películas la chica era la que llevaba las cosas al punto crítico. No debemos volver a vernos, hasta aquí hemos llegado, señor Christian. Como ocurre con la mayoría de las banalidades, ahora se veía que la fórmula se basaba en cuestiones esenciales. Era evidente que Cordelia Ware no se iba a aprovechar de su insoportable y loable prerrogativa.

Cogió un sándwich reseco cuyas esquinas levantadas

dejaban ver una sardina desescamada. Dejó la corteza dura junto al medio pepinillo que tenía en el plato. Cuando salieron del local, el hombre de la barra la miró descaradamente, con ternura, sin hacer caso a Christian o viéndole las intenciones.

–Ahí dentro tenías un admirador –le dijo Christian en la calle. Y no se refería a sí mismo.

–Sí.

Después de llamarle la atención sobre ese hombre, le desagradó descubrir que ella lo había visto. Estaba claro que no tardaría nada en enrollarse con otro. Os plancháis el pelo, apodos ponéis a las criaturas de Dios, seguid pues vuestro camino**.

En el taxi ella se sentó con la espalda recta en una esquina y los dedos entrelazados sobre una rodilla. Cuántos dedos: debía de ser la cantidad correcta, pero parecían un verdadero entramado de dedos y dedos. Junto a ella, en la ventana se veían las marcas de una lluvia repentina. El interior del taxi se oscureció. Desde la esquina, estaba casi frente a él, y lo único que allí brillaba eran su melena y sus ojos del color de la lluvia.

La ventana se nubló como un espejo echado a perder. «Madre mía, ¡qué bochorno!», exclamó Christian. Se preguntaba cómo se las iba a arreglar para salir él solo del taxi bajo ese súbito aguacero, o diluvio. Se preguntaba si, después de todo, no amaba a esta chica incomparable.

Cuando Cordelia regresó a la sección de mecanografía la supervisora estaba diciendo: «No tenemos suficientes carros largos». Como si se estuvieran preparando para algún desfile. Se distribuyeron rollos de papel de rayas como si fueran proclamas. «Si los enrollan al revés se quedan planos.»

Cordelia Ware se sentó ante su Underwood de carro largo

con la cabeza inclinada, como en acción de gracias.

Christian, saliendo de un ascensor discretamente posterior, miró a su alrededor levantando la cabeza, como un sabueso que ha perdido el rastro. Desde la sección de mecanografía llegaba el tecleo moderadamente desesperado de las máquinas de escribir: los últimos mensajes desde el puente. Recordó el discurso lleno de amargura que Cordelia le había soltado sobre el peligro en el túnel.

–Otra vez en galeras. –Era Elphinstone, que también llegaba tarde, por una endodoncia. Remolonearon un poco. Las noticias eran terribles. Y no podían haber llegado en peor momento, con Barger en Miconos y Talbot-Sims a base de acromicina. Elphinstone tenía las últimas noticias sobre el secretario de Estado–. Metió la pata y perdió la cabeza. ¡El mismísimo emperador Augusto! –Al llegar al final del pasillo, se giraron y volvieron lentamente sobre sus pasos, como el soldado de guardia en un palacio–. Ya sabes que tuve la oportunidad de observarlo de cerca. –En una ocasión, Elphinstone había estado brevemente sentado en el asiento delantero de un coche en cuya parte posterior viajaban miembros del gobierno–. Francamente, no tienen criterio. Ninguno en absoluto. –Habían llegado a la puerta del despacho de Christian. Pero Elphinstone retenía, Elphinstone condenaba–. Te lo digo yo, Thrale. No se puede decir que haya tenido mucho éxito en la vida. Pero lo que he logrado ha sido gracias a respetar las normas. Toda pre… –iba a decir «precaución» pero acabó diciendo–: Todo escrúpulo es poco.

No estaba claro si esas palabras iban dirigidas a Christian. Y esa duda se le metió en la cabeza durante toda la tarde. La culpabilidad que no sentía respecto a Grace o Cordelia sí estaba muy agitada en lo tocante a la oficina. ¿Y qué iba a pasar con el bizcocho de Christian Thrale, que no dejaba de

subir? Quizá Armand tuviera buena intención y, al ser un viejo amigo, había hablado a tiempo. ¿O acaso lo peor estaba por venir?: Christian convocado a una sala impregnada del silencio de la autoridad, la puerta se cierra, un jefe dice: «Por supuesto, su vida privada, Thrale, es asunto suyo», con lo que se viene a decir que, por supuesto, no lo es.

> Y se persignaron atemorizados
> los caballeros todos de Camelot.***

Pero se estaba dejando llevar por la imaginación. De una forma más bien desenfrenada.

Su delito había sido demasiado breve para suscitar ese temido castigo. En realidad, era absurdo que no se pudiera tener un poquito de amor verdadero sin sufrir las consecuencias durante toda la vida.

Especulaciones razonables iban y venían alocadamente, rechazadas en las fronteras de lo verosímil. El más inocuo encuentro se convertía en una citación ante la condena social y profesional. Acabó las tareas del día con la atención atribulada y escindida. Colgando como un peso muerto de la agarradera del metro, pensó: Esto no puede seguir así. Me estoy comportando como... como Raskólnikov.

El peligro en el túnel. Aunque no lo demostró, esa noche estuvo angustiado durante una función benéfica para la que Grace había comprado entradas muy caras con meses de antelación.

A la mañana siguiente se produjo algo horrible. Cordelia Ware se presentó en su oficina. Se quedó en el umbral; más tarde le dio por pensar que se había apoyado en el quicio, pero este grotesco aderezo solo reflejaba el horror que le había producido el asunto.

Tuvo la inmensa suerte de que la señorita Mellish no estuviera por allí. Christian se levantó de su escritorio: parecía que ese año siempre se estaba hundiendo o alzándose de esa mesa, como en algún fondeadero o lugar de oración.

–Cordelia –dijo, acercándose para impedir que se acercara–. Aquí es imposible. No es lugar para... Lo último que cualquiera de los dos puede desear... –Fue espantoso. A juzgar por la expresión de ella, podría haber hecho cualquier cosa: llorar, gemir, hacer trizas su borrador de informe. La agarró del codo (con una sensación que era casi impersonalmente aséptica, como si fuera una paciente en un hospital) y la condujo a la salida. La propia sumisión que mostraba Cordelia resultaba alarmante. Él hablaba y hablaba–. No debemos perder... Dejar que las cosas se salgan de... Esto es absolutamente... Por favor, Cordelia, sé... –Ella no había dicho ni una palabra.

Se marchó. El espanto se transformó, con respiraciones entrecortadas, en algo enormemente lamentable. Todo tiene su momento y su lugar. Ella no sabe cuál es su lugar. El puesto ya no estaba vacante.

Estaba claro que la mujer era una neurótica. Desde el principio había tenido un obsesión no resuelta con el padre. Bien mirado, tenía que alegrarse de haber podido escapar por los pelos. Nunca se sabía qué podía ella hacer o dejar de hacer. Sería horrible que... pero eso era totalmente impensable. Solo en las obras de teatro. Ofelia. Ahora le parecía que esa aparición espantosa en el umbral apuntaba a una escena de locura.

Todo en desorden. Los árboles desmenuzados, los arbustos alborotados por la lluvia. Las velas de Dulwich plegadas y el viento silbando en las burdas. Había llegado el momento de ponerle fin a este asunto, sin más dilación. Con cierta

dificultad, Christian organizó un encuentro con Cordelia después del trabajo. Telefoneó a Grace, echándole la culpa a África. Al levantarse a las seis de la plataforma de lanzamiento de su escritorio solo podía recordarse, como un niño, que mañana a esta misma hora todo habría acabado.

Para abreviar –y así es como Christian se lo explicaría a sí mismo años después, en el resumen del recuerdo–, habló con total claridad, de una vez por todas. Ya solo se podía cortar por lo sano. Tal como le dijo a ella, era lo más difícil que había hecho en su vida. Es culpa mía. Si te he hecho daño, Cordelia. SI, dijo ella, y con esa vocecita. Si, como ya he dicho, te he hecho daño. Christian nunca había visto llorar a nadie en un restaurante, ni siquiera en otra mesa. Qué raro era ahora pensar que al principio lo que le había atraído de ella era su retraimiento.

–Creo que ya he aprendido la lección –le dijo a la joven.

Ella apoyó un codo en la mesa y la frente en una mano. Mechones de pelo pegados a la mejilla y retirados por detrás de la oreja. En el fondo del corazón, como antes se llamaba al inconsciente, Christian sabía que él mismo se había buscado el problema. Pero eso no impedía que todo esto fuera un suplicio.

Ya no podía soportarlo más. Tratando de hablar de manera racional, le mencionó el concierto de la noche anterior y lo mucho que le habían molestado las interrupciones de los aplausos inoportunos, y quienes chistaban para acallarlos. Esta moción de censura lo reactivó: una vez más, el mundo había demostrado que era indigno de Christian Thrale.

Christian no hizo alusión a la música.

Parecía que ella no había asimilado esas observaciones. Quizá fueran un anzuelo en el que no había picado.

Durante un momento le pareció que la muchacha pensaba,

por un instante, que era mezquino y penoso. Vio que comprendía la magnitud de sus bravatas. También que ahora se daba cuenta de que esa conciencia había llegado demasiado tarde, cuando ya había caído en la trampa.

Christian dio gracias a Dios por no tener el coche, y la acompañó hasta el tren. Como no podía ser de otra manera, se les había escapado uno. La gente los miraba y luego apartaba la mirada.

–Vete, por favor. Vete –le pidió ella. Pero Christian aguantó hasta el final. Después de todo, él también había sido joven.

El verano siguiente, Grace Thrale dio a luz a su último hijo, el tercer varón, al que se dio el nombre de Rupert.

* Fragmento del poema *Politics,* de William Butler Yeats.

** William Shakespeare, *Hamlet,* acto III, escena i.

*** Fragmento del poema *The Lady of Shalott,* de Alfred Tennyson.

Cuarta parte
La culminación

29

En los Estados Unidos, un hombre blanco había muerto tiroteado en un coche, y uno negro en un porche. En Rusia, un novelista había salido del infierno para anunciar que la belleza salvaría al mundo. Los tanques rusos retumbaban en las calles de Praga mientras los Estados Unidos libraban una guerra en Asia. En Grecia estaban prohibidas las obras de Aristófanes, en China los textos de Confucio.

En la luna, el alma de crespón del hombre moderno dejaba su huella en el Mare Tranquillitatis.

En el Viejo Mundo, la historia se extendía como una parálisis. En Francia morían los generales. En Italia un pueblo abandonaba para siempre los campos, para fabricar coches o rebecas en las fábricas, y los economistas lo consideraban un milagro.

Manifestantes provistos de latas de aerosol habían pintado Stonehenge de rojo oscuro. En Londres hacía un tiempo espantoso y la balanza de pagos iba mal o estaba a punto de ir todavía peor. Habían aparecido dos libros nuevos, además de un musical, sobre Burgess y Maclean: Inglaterra era un viejo chocho, que repite una y otra vez su batallita.

Paul Ivory tenía otra obra en cartel, *Dios lo quiso,* sobre un sacerdote católico inglés.

Josie Vail había tirado por una ventana del campus universitario los archivos de un profesor adjunto. Había

seguido a un gurú a la India y había vivido dos años en una comuna de Arizona. Ahora preparaba una tesis doctoral sobre técnicas de mercadotecnia, vivía en Massachusetts con un chico más joven que ella, que no había terminado la carrera de Sociología y que la llamaba emperatriz Josefina. Se llamaba Burt. Los dos hablaban de las tendencias castradoras de Josie y de cuánto las necesitaba él.

–Supongo –dijo Una– que lo que la hizo tan convencional fue la muerte de su madre.

Burt y Josie llamaban a sus contemporáneos «los niños». Para no pasar a la acción se refugiaban en su juventud, como si fuera una discapacidad. Josie explicaba que Burt estaba abierto a cualquier posibilidad, sin darse cuenta de que las posibilidades tienen una fecha de caducidad.

–Se han agotado –decía Una– de proclamar su propia superioridad moral.

Una continuaba brillando. Día y noche había basculado con el péndulo de los tiempos, cociéndose a fuego lento con sus abalorios y lentejuelas, cuando no con vaqueros raídos. Su nombre aparecía en el membrete de muchas organizaciones no gubernamentales, tenía una casa en Martha's Vineyard y otra en Puerto Vallarta. La atención que, cosméticos mediantes, deparaba a su rostro y su figura, así como a sus vigorosas manos, se había convertido en un rito que podría ser peligroso interrumpir. Una tenía entonces cierto aire solitario, y una vitalidad desatendida o enterrada: en medio de los destellos de la riqueza y del atractivo en desuso, era como una mina abandonada.

Adam Vail se había vuelto más enjuto. Había tenido una enfermedad, nunca diagnosticada. La mayoría de los hombres se volvían indecisos con la edad, pero Vail se estaba fortaleciendo. Su paciencia y sus energías eran inagotables.

En los sitios abarrotados atraía una serena atención, como la que Ted Tice podría haber atraído. Sin embargo, no se paraba a mirar a nadie, eran los demás los que lo miraban a él.

Josie era más amable con su padre, al que trataba con condescendencia, pero sin recordar que antes le desagradaba. Cuando iba a Nueva York tenía su propio cuarto, donde veía una televisión en color con las piernas cruzadas.

–Papá no la ve. No me extraña, a su edad no hay tiempo. Yo soy joven, me interesa todo, ¿verdad? –Tan autocomplaciente como una cincuentona.

Caroline Vail apuntó que para algunos el conocimiento radicaba en dominar un abanico de temas y que, para otros, tenía que ver con la profundidad de la percepción. Su propia mentira, y la televisión naranja, le produjeron un bostezo. Josie ya no era una niña, y tenía miedo de llegar a los treinta; miedo de dedicarse a su tesis, por si llegaba a terminarla. Le daba miedo llamar a las cosas por su simple nombre humano, no fuera a ser que las cosas respondieran también de manera humana. No sabía qué tenía que aceptar a cambio de su adolescencia.

Ahora que ya no tenía importancia, Caro casi la quería.

Caro dijo que Adam y ella estarían fuera unos meses, en un país sudamericano.

Josie cambió de canal.

–¿Es necesario?

–Por ahora no es realmente peligroso.

–Ya me imagino. –De haber podido, Josie habría reconocido que la valentía puede ser necesaria aun en ausencia de riesgos.

De haber podido, habría tocado a su madrastra. Pero a lo largo de los años se había asentado la costumbre de que casi nunca se abrazaban.

De pie en un porche blanco, un hombre miraba a los Andes. De unos cincuenta años, pelo cano y delgado, caminaba encorvado, de una forma que apuntaba a algún problema físico, que en realidad procedía de las palizas recibidas en la cárcel. Por otra parte, su aspecto era ligeramente particular: labios rosados, juveniles, y ojos claros, de pestañas ligeras: una impresión, casi albina, que acentuaba su traje blanco.

Eran tantas las mujeres a las que al principio les había repugnado su aspecto, pero que finalmente se habían sentido atraídas por el poeta Ramón Tregeár, que ahora el desagrado se podía considerar un preludio necesario. Encarcelado en represalia por ciertos escritos y liberado por un cambio de gobierno, Tregeár vivía en el campo desde hacía dos años. Su personalidad urbana ofrecía las educadas excusas del exilio. Siempre iba de punta en blanco, algo que lo distinguía. Además, con sus acciones se había apartado del conjunto de los hombres, algo que había contribuido a su atractivo. Había mujeres que lo amaban tanto por las sevicias que había sufrido como por haberlas soportado.

Arriesgar la vida por unos principios y sobrevivir otorgaba tanta fuerza como una gran renuncia.

Si caía el gobierno actual, y eso era lo más probable, Tregeár muy probablemente moriría: por decreto o en algún inevitable accidente.

En la veranda estaba sentada una mujer, sola en una mesa. Cerca hablaban dos hombres. Ella, sin importarle esa exclusión, miraba hacia las montañas, al valle. Con un libro en el regazo. No era joven, pero sí parecía flexible, esbelta, con una mata de pelo recogida por detrás de la cabeza. Quizá la juventud nunca hubiera sido su fuerte. A Tregeár lo atrajo como podría haberlo atraído, en una antigua fotografía de personas famosas, una «amiga» no identificada que apartara

la mirada de la cámara o que se agachara para acariciar a un perro. Además, tampoco había muchas visitas femeninas.

Le preguntó si podía sentarse a su lado. Ella levantó un periódico de una silla para que él pudiera dejar su sombrero de paja. Al alzarse hacia el recién llegado, su frente y sus ojos aparecían seguros y hermosos.

El valle, que formaba un único y extenso estampado de cachemira al verse desde el aire, a la altura de los ojos descubría promontorios y pendientes verdes. Había prados, viñedos y huertas de todos los tonos y texturas, los troncos de los árboles parpadeaban como costuras súbitamente expuestas, los cursos de agua serpenteaban. La exuberante oleada rompía contra la falda de los Andes formando un penacho de verdor.

Era octubre y, por tanto, primavera.

Sentada en la veranda, Caroline Vail volvió a decir: No, no era como Australia. Pensaba: Cuántos sitios que se atisban al pasar. No recordaba quién le había dicho en una ocasión: «Eso no es viaje, es dislocación». Puede que fuera Adam o Ted Tice.

Cerca se acumulaban bauhinias y jacarandás. Por debajo de ellos, en un bancal con flores y arbustos, un jardinero llevaba trabajando toda la mañana. En la misma veranda, a cierta distancia, estaba sentado el señor de la casa, con traje de lino, hablando con Adam Vail. El bastón de Vail, una pincelada negra, estaba apoyado en una silla blanca. Entre los dos hombres había hojas de papel sobre una mesa de mimbre y, de vez en cuando, uno u otro cogía alguna página y leía atentamente, antes de reanudar la conversación. Hablaban en español y el hombre del traje de lino era el pecoso solicitante que Caro había visto junto a Adam hacía años en una mañana de invierno en Whitehall.

En la casa vivían tres mujeres: la esposa del propietario y la hermana de esta, además de una hija adolescente. No se sentaban en el porche con los hombres, aunque no cuestionaban el derecho que tenía Caro a hacerlo: como a ella le interesaba la justicia, era como los hombres. Las tres eran de pelo moreno, rubicundas, esculturales; tres mujeres latinas de mejillas sonrosadas y cuello y hombros pálidos que protegían del sol, cuerpos para tardes con los postigos cerrados y noches frescas, cuerpos tan mullidos como las camas en las que se acostaban. Físicamente no eran como los sirvientes, que eran indígenas andinos.

En su propio entorno, a la señora Vail la consideraban morena. Así eran las ilusiones del contexto. Puede que hubiera sitios –Etiopía, Bali– en los que las mujeres latinas pudieran parecer más blancas.

Como había pocas visitas, Tregeár se sentó junto a ella.

–Nunca pensé –dijo– que mi vida fuera a girar en torno a estos asuntos –y se refería a la conversación que tenía lugar en la otra mesa–. Supongo que usted tampoco.

–Bueno –dijo ella–, no me sorprende. –Tiró el periódico al suelo–. Pero no pienso que todo lo demás, lo que pasaba antes y sigue pasando, haya carecido de importancia.

–Al contrario. Lo demás es la realidad que tiene derecho a ocurrir. Cualquier verdadera lucha contra la injusticia no es más que un acceso a una confusión más normal. A mí nada me gustaría más que volver a pelearme por cosas corrientes.

En cualquier caso, resultaba difícil de aceptar que un hombre así pudiera tener que morir para que Dora o Clive Leadbetter pudieran perder el tiempo del mundo.

Caro le preguntó si no podría abandonar el país antes de que cayera el gobierno. No respondió, pero después de un rato dijo:

–Vicente se ha comprometido por mí.

La mujer miró al hacendado pecoso de la mesa de mimbre para observar su virtud.

–Está en el bando que le corresponde.

–Mejor aún, no tiene bando. Hasta el bando que corresponde te impone silencios injustos, exige falsedades. Como dicen los tímidos: la cantidad proporciona fuerza o seguridad; pero la solidaridad es una extensión del poder, es decir, el comienzo de la mentira. La única auténtica solidaridad es la que va unida a la verdad, si es que se puede descubrir. –Tregeár continuaba sonriendo. Era la sonrisa de alguien primitivo, que poco tenía que ver con lo que decía–. En todos los grupos hay líderes y seguidores. Ni siquiera en el bando que corresponde les gustan los hombres que van por libre. –Hacía tiempo, Valda había dicho: «El que exaspera a todos es el hombre singular»–. Vicente también es valiente porque yo no soy famoso. A la mayoría de la gente le resulta más fácil apoyar a alguien eminente que merece su castigo que a alguien oscuro que ha sido víctima de una injusticia.

Caro estaba sentada junto a este hombre oscuro que se había arriesgado y había vivido para contar su historia de manera intempestiva.

–También los hay –añadió ella– que se hacen amigos de los débiles porque no se sienten dignos de los fuertes. Porque no consiguen reconocer habilidades que ellos no tienen. –Pero ¿quiénes son los débiles?, se preguntaba. ¿Quiénes son los fuertes? Este hombre había mostrado verdaderamente un heroísmo que la mayoría de la gente encerraba en sus fantasías. Nada quedaba en su naturaleza a lo que uno pudiera resistirse o desenmascarar. Gracias a él se podía contemplar esa vega verde y pensar que en ella había por lo menos un hombre que se había ganado el derecho a ser él

mismo–. También hay muchos –continuó– a los que no les importa sufrir injusticias.

–Uno de nuestros poetas dijo: «El desorden también tiene su encanto». Al decirlo otorgaba inmortalidad, del mismo modo que la cámara lenta embellece cualquier acción humana al darle una apariencia de control. Sí, el desorden también tiene su encanto*. –Retiró su sombrero de paja de la silla y sonrió–: ¿Quiere usted ver el jardín?

El sol ya estaba alto. El hombre y la mujer se adentraron en el jardín. Caro se volvió para mirar a Adam, que levantó la mano y observó cómo esa forma azul claro se metía entre las flores con el repulsivo y encorvado héroe. A través del vestido de algodón se transparentaban sus piernas moviéndose, como las extremidades de un nadador.

En un trozo de sombra estaba tumbado un perro viejo, atado, con la lengua fuera, meneando la cola: un viejo bote lamido por el mar, desvencijado y amarrado en un puerto tranquilo.

Había un muro al que se habían sujetado diversos jazmines, uno o dos ya en flor. Tregeár extendió el brazo para agarrar unas cuantas flores, mientras el jardinero se paraba a mirarlos. Unos pétalos cayeron como del cielo azul.

–A los jardineros y a los bibliotecarios no les gusta nada que aquello que cuidan sea de utilidad. –Ramón Tregeár mostró el jazmín español, el jazmín de la India, el jazmín de las Azores. Había una planta enorme en una maceta de terracota–. Esta es una especie florentina: *il gelsomino del Granduca.* Uno de los Médici, el gran duque Cosimo, la trajo a Italia desde Goa, adonde enviaba expediciones en busca de plantas tropicales. Si uno se retrotrae lo suficiente, descubre que todas vienen de la India o de Persia.

En una mañana como esa, uno se podía enamorar del

blanco florecer de la tierra como si uno mismo, o la tierra, estuviera a punto de morir. De haber estado sola, Caroline Vail podría haber corrido por los campos o los jardines.

Un niño se les acercó por entre los cipreses con una raqueta de tenis delante de la cara. Entrecerraba los ojos al mirarlos a través de la malla. Otro más pequeño caminaba inseguro por detrás, gritando: «¡Andrés!». Por debajo de los árboles, el jardín terminaba en una pequeña barranca. El hombre y la mujer dieron la espalda al paisaje y siguieron con la vista a los niños, que subían por el sendero y por las escaleras. El niño sostenía su máscara como un esgrimista. El perro seguía tumbado de lado, ahora parecía una piedra gris, amarillenta por el tiempo o el liquen. En el cabello y los hombros de la mujer se habían prendido pétalos como restos de pintura caídos de un techo en mal estado.

Por la noche, en su mullida y extraña cama, la señora Vail soñó que sobrevolaba las montañas y que llegaba por fin, no a ese valle fértil, sino a una llanura larga, a un interior árido, sin límites. Más allá se veían rectángulos y cuadrados difíciles de cultivar, tan inclinados como cuadros torcidos en una pared lisa. Pequeñas depresiones evidenciaban la neuritis en su barro agrietado.

Se despertó con el alivio de no haber hecho nada malo, por lo menos en el sueño.

Por la mañana escribió a Ted Tice:

> Tu carta me llegó cuando nos estábamos marchando. Qué pena no haberte visto esta vez. Después de algunas aventuras, más carnales que espirituales, estamos entre amigos en un sitio precioso donde la tierra conserva su plenitud. Aquí hay un poeta que ha estado encarcelado y ha sido torturado por escribir la verdad. Lo liberaron hace dos años. Cuando caiga el nuevo

> gobierno volverá a estar en una situación delicada. A los cincuenta ya es viejo, de tez cenicienta y huesos torcidos. Camina como un atleta que hubiera tenido un accidente, quizá un equilibrista que cayó de la cuerda floja al vacío. Tiene una voz preciosa. Sus poemas son excelentes. Voy a intentar traducir parte de su obra.

Podría haber terminado la carta, pero mantuvo el bolígrafo en la mano y al final escribió:

> Querido Ted, estoy contenta. Pero hasta en este lugar callado se escucha un rugido ominoso. Como si un avión sobrevolara el paraíso.

Adam Vail se acercó adonde su esposa estaba escribiendo y le puso la mano en el cuello, por debajo del pelo. Cuando ella se apoyó en él, Adam le rodeó el cuello con la mano, metiéndola por debajo del vestido.

–Podrías cansarte de esta vida y abandonarme –le dijo.

–No doy crédito a lo que estoy oyendo.

* Fragmento del poema *Versos sueltos,* del poeta chileno Nicanor Parra.

30

–ESTE ECLECTICISMO ME GUSTA, porque el eclecticismo suele ser demasiado oscuro.

–Me alegro. –Ted estaba tumbado con los ojos cerrados y, cuando ella le preguntó «¿De qué es ese cuadro?», contestó sin abrirlos–: Es un conjunto de girasoles obligatorio. No se conceden licencias a los hoteles que no cuelgan uno en todas las habitaciones. Es como poner los precios por detrás de la puerta.

–Me estás tomando el pelo. Pero me gusta este hotel, es el mejor. Y además en el lago.

No le iba a estropear la sensación de prestigio diciéndole que, más que un cuarto, esto era espacio, una plasmación geométrica en un plano. En uno de los lados, dos ventanas mostraban el lago, congelado y gris como una ventana sucia. Manchones de lago derretido parecían enjabonados por placas de hielo desprendidas. Día y noche el viento se colaba dentro del edificio, azotando esa costra de ventanales como el que sacude una alfombra.

–Casi todas, es decir, las chicas, trabajamos en el centro. Es decir, sin ventanas. Que me tocara el congreso fue como sacar la cabeza del agua o algo así.

Habría sido una muestra de educación preguntarle por ella, por su vida, por sus padres. La obligación social le pesaba a Ted mientras estaba allí tumbado con un brazo rodeándole

los hombros desnudos a la joven, porque no quería activarle la nostalgia ni que se preguntara qué hacía allí, ni tampoco cargarse él la conciencia con pormenores de una vida más. Hasta que ella comenzara a hablar de esas cosas, sería una muchacha típica, fruto de una muestra aleatoria; una vez que las mencionara, sin dejar de ser típica, pasaría a ser singular. Pero él comenzó la frase fatídica: «¿Cómo se llega a una situación en la que...?», abrió los ojos y vio, en una habitación a oscuras, solo un techo con una lámpara apagada colgando, y la pared con el cuadro de bordes irregulares y el respaldo verde guisante de la silla en la que había puesto su ropa.

El suplicio en ese lugar había sido típico, fruto de una muestra aleatoria. Sobre la ciudad pesaba la maldición de una sórdida inevitabilidad: los pensamientos más sombríos se convertían en algo seleccionado y el placer venía especialmente preparado para saciar con rapidez. Se había llevado una chica al hotel porque eso es lo que la ciudad esperaba de él: la soledad estaba industrializada. Sin embargo, en la propia fornicación había algo muy solitario. Al pensar aquí en su esposa, sus hijos y las habitaciones de su hogar, le parecían saludables, y no podía decir que eso fuera banal. Y cuando invocó la presencia de Caro fue para lanzar la fuerza de esa mujer contra la ciudad, contra el mundo.

–... y después de lo que ocurrió comprendí que... estaba envuelto en cosas negativas que eran como necesidades. Es decir –el brazo de la chica giró en la oscuridad, con la palma hacia fuera–, ¿me había involucrado demasiado, sabes? –Su melena extendida, la rodilla levantada y el perfil de la frente y el pecho eran encantadores: casi conseguían que el cuarto cobrara vida y se despegara del plano. Qué suerte tiene, pensó Ted, al haber salido indemne. Con rasgos así podría haber sido una persona sensible. De haber pertenecido a la

generación anterior, este episodio habría significado algo para ella. Habría tenido incluso que fingir que significaba algo para mí. Ese engaño es lo único que nos hemos ahorrado.

–Todos tenemos nuestros traumas. ¿Tú estás casado, no?

–Sí –esta pregunta, que ella tenía todo el derecho del mundo a hacerle, exigía algo más que un sí glacial, pero no soportaría una mayor provisión de información–. Los ingleses no llevan anillos de boda.

–Eso he oído. –La muchacha le agarró la mano y le tocó los dedos, después, súbitamente, se la llevó a los labios–. Eres simpático, ¿lo sabes?

–No creo que tengas muchas pruebas de eso.

–Sí, sí que lo eres. –Y mecánicamente–: Estupendo. –Colocó la mano de él en su pecho joven y hermoso, y al rato dijo–: Felizmente casado, ¿verdad?

–Sí –contestó Ted, sintiendo lo absurda que era la respuesta dadas las circunstancias, pero deseando una vez más que lo dejaran en paz–. Esto está muy bien, pero yo no suelo hacerlo. –Todo lo que decía era manido, sentencioso. Ted le hablaba desde las grandes alturas de su virtud prácticamente ininterrumpida.

–Aparte de tu esposa, ¿has estado enamorado alguna vez?

–Hace mucho. Antes de casarme. –Caro ya estaba muy atrás. Era una leyenda.

–Oh, eso no cuenta.

–Sí que cuenta.

–¿De verdad?

–Sí cuenta. –Qué inane. Cómo se muestran las propias debilidades, yo soy como esa gente; más bien, no soy como, soy uno de ellos, de los que tienen que hablar de lo que los obsesiona, de su amante, su hijo, su gato, su perro, su enemigo, su jefe, su criado, su oficina, aun siendo conscientes

de que aburren a los demás y de que se ponen en evidencia. Es una necesidad compulsiva, casi erótica–. Quizá sea lo único que cuente.

–Vaya.

Es posible que ella sintiera que su papel estaba demasiado delimitado, porque no tardó en levantarse y en llevarse parte de su ropa. El agua brotó a borbotones con un ímpetu de tubería, se oyó el cierre de un armario de metal y dos soplidos de desodorante. Cuando la joven salió del cuarto de baño, las manos en el cabello dorado, Ted estaba a medio vestir y pensando que no había nada más melancólico que cerrar una cremallera a la una de la mañana.

Sabía que ella iba a seguir hablando de Caro. Era lo único interesante que les había pasado a los dos.

–Escucha –dijo ella–. Conectamos. Nos comunicamos. ¿No te parece que nos comunicamos?

Así que también nosotros formamos parte del plano: dos habitaciones comunicadas por una puerta de lujuria o soledad. Ted se sentó al borde de la cama.

–Ven aquí –le dijo.

Se quedó de pie apoyando las palmas de las manos en los hombros de Ted, mirándole a los ojos en la penumbra. Un perro simpático que te pone las patas encima y te mira pensando en quién sabe qué, si es que piensa algo.

–¿La sigues viendo? –le preguntó sin embargo, bajando la voz en tono racional, crucial, como si esa forma de expresarse, que había utilizado en el propio acto sexual, fuera para ella también un amaneramiento que había que dejar a un lado para quedarse con lo auténtico.

–Unas dos veces al año.

–¿Te sigues acostando con ella?

–Nunca me he acostado con ella. –Lo proclamó con un

orgullo grotesco, que daba la medida de su devoción.

–Fantástico –dijo la chica, que parecía realmente sobrecogida, aunque también pensara: Este tío está un poco chiflado–. Debe de tener tu edad, ¿no?

–Unos pocos años menos.

Llegados a este punto, lo que la chica quería decir era que tres o cuatro años tampoco importaban mucho.

–Deberías...

–¿Debería qué?

–Pues que... madre mía... solo se vive una vez.

La chica estaba dando por sentado que Caro lo quería. Ted la apartó y se levantó.

–Te voy a pedir un taxi –dijo, antes de que ella pudiera caer en la cuenta de la verdad.

31

Adam y Caro regresaron a Nueva York desde Sudamérica durante una ola de calor. Había una manifestación contra la guerra. Al final de su calle una especie de puente de caballetes gris era vigilado por dos policías a lomos de caballos morcillos y por otro agente a pie. Olía a alquitrán quemado y a sudor de caballo y de hombre. El asfalto estaba agrietado y sus bordes descuidados. Los árboles tenían tajos o estaban enfermos. La puerta de los Vail, que ahora disponía de una complicada cerradura, se podía cerrar desde dentro y, además, se le podía echar una cadena y un pestillo. Todo esto llevaba tiempo. Cuando dejaron las maletas en el vestíbulo, Vail encendió la radio, donde decían: «Los metales no ferrosos han perdido valor y el precio del algodón a futuro cerró al alza». Se escuchaba a la policía montada hablar por medio de un aparato y, al otro lado de la barrera, el ulular neutral de una ambulancia. En la casa bajo llave, el hombre y la mujer se abrazaron, porque en casi cualquier circunstancia se puede tener cierta sensación de seguridad.

Las cartas se apilaban en una mesa. Un periódico doblado prácticamente desvelaba un escándalo presidencial: «Es una vergüenza», decía un profesor de Harvard que pedía no ser identificado. Dora escribía desde Palmerston North para decir que, mientras viviera, nunca en su vida perdonaría a Trish Bootle, y que estaba pensando seriamente en trasladarse a

Irlanda.

–A su edad –comentó Caro–, irse donde nada es familiar.

–Séneca decía de Aníbal –dijo Adam–, quien de mayor ofreció sus servicios a cualquier rey que estuviera en guerra con Roma, que podría vivir sin patria pero no sin enemigo.

Caro se imaginó claramente el epitafio en una lápida inclinada, rodeada de hierba irlandesa.

Por las mañanas Caro se ponía a traducir la obra de Ramón Tregeár. Poemas que había concebido en prisión. Cuando el poeta le dijo por carta: «Pero entonces solo los tenía en la cabeza», pensó en Rex Ivory cavando tumbas en Malasia treinta años antes. Del mismo modo que en el campo de exterminio Rex Ivory había rendido homenaje a Derbyshire, en el infierno carcelario Tregeár había recordado el amor de las mujeres.

Tregeár le dijo que, si las cosas iban bien, pronto le enviaría las demás páginas. Y ella se preguntó si llegaría a verlas. El volumen se iba a titular *Luz a medianoche.*

Pasados unos meses, un editor le devolvió las páginas de muestra recibidas acompañadas de explicaciones sobre el mercado. Captando el tono miltoniano del título, hacía una broma literaria sobre el nombre de la traductora: «C. Bell». Otro editor, que había publicado un estudio académico sobre literatura disidente, le devolvió el manuscrito haciendo un comentario sobre el título de aire koestleriano, y añadía: «La verdad es que creemos que este año ya hemos hecho suficiente labor de servicio público».

Adam Vail hablaba por teléfono en español. Se fue a la otra punta de la ciudad para una entrevista televisiva y le presentaron al jefe de informativos de la cadena, que le dijo: «Adam, creemos que tenemos bastantes agallas al emitir esta

entrevista».

A Caro, que acompañó a Adam al estudio, la condujeron a un cuarto oscuro en el que, según le dijeron, se vería bien la imagen en una gran pantalla. Se sentó a esperar en un asiento de terciopelo y luego aparecieron tres hombres que se sentaron delante de ella. Los había visto en el pasillo, iban muy bien vestidos, con el pelo oscuro teñido y lentes de contacto tintadas. Ajenos a la presencia de Caro, comentaron que los altruistas nunca solían salir a cuenta.

–Basta con fijarse en Stevenson.

–Stevenson. En sus últimos años perdió los papeles. Un día se comprometía, al otro no. Quizá creyera de verdad que había una propuesta de paz, así que se aferró a eso.

–Yo creo que se tragó que la había. Se debió de morir convencido de que si se hubiera podido llevar a Bundy y Rusk a una dacha en las afueras de Rangún, Hanoi habría cumplido lo prometido.

–Pero no consiguió trasmitírselo a la Casa Blanca. Rusk se lo impidió.

–Pero, por Dios, ¿qué le iba a impedir levantar el teléfono y marcar el número de la Casa Blanca? ¿Durante cuánto tiempo pensó tal cosa?

–Durante el otoño del 64.

–No, yo creo que fue en junio del 65. Y en julio ya estaba muerto. Fue solo un mes.

–En el 64. ¿Quién iba a saber algo en el 64? Nuestra cadena no, desde luego.

–Nunca se me olvidará que hicimos un programa sobre Stevenson cuando murió. Qué vergüenza daría volver a emitirlo ahora, aunque tampoco hay ningún peligro, ¡cómo lo vamos a volver a emitir! Fue una nadería: unas tomas, la primera convención, la segunda campaña. Discursos, juegos

de palabras, Stevenson reconociendo cosas. Dios mío, reconoció a base de bien. Una auténtica nadería. Ni una palabra sobre Kennedy ni sobre Vietnam.

–¿Y sobre bahía de Cochinos?

–Pues eso es lo que te digo. Nada de nada. Bueno, lo emití. Hice el sacrificio. Pero no demostramos nada. Al terminar el programa vino alguien a decir que llamaban de Washington, que a la Casa Blanca le había gustado mucho. ¡Cómo no les iba a gustar! Bien pensado, ¡cuántos suspiros de alivio debieron de soltar! Ni una palabra sobre Kennedy, ni sobre Vietnam, nada de nada.

–De Kennedy, de eso estábamos hablando: de Vietnam, de los dieciséis mil asesores militares. De bahía de Cochinos. No hay que andarse con rodeos. Bahía de Cochinos. ¿Alguien sabe si este chalado de Vail va a sacar lo de bahía de Cochinos?

–¿Os acordáis de los chalados que le pedían dinero a Ed? ¿Os acordáis de que se pasaban por su oficina diciéndole: Ed, tengo esta pieza; Ed, préstame diez pavos? Pues había un pequeñajo que Ed dijo que quizá tenía algo que decir. Y Sam, bájate a Florida con él. Al volver Sam dijo: Madre mía, Ed, qué pirado. Este tío se cree que Kennedy va a invadir Cuba. Esta vez sí que te lo has tragado, Ed. Por Dios, qué pirado.

–¿No se lo creyó?

–Pues el caso es que pensó: ¿y si fuera verdad? Así que no se lo creyó. Después...

–Pero de todas maneras no habríamos podido emitir eso, habría sido alta traición.

–Aun así, yo me sigo preguntando por qué la prensa no lo hizo. Tenían la historia, lo sabían todo de bahía de Cochinos.

–Los habrían crucificado, era imposible publicarlo.

–Pero ya sabes lo que Kennedy les dijo después: Si lo

hubierais publicado…

–Claro, si lo hubierais publicado podríais habérmelo impedido.

–Haberme salvado. Podríais haberme salvado. Eso dijo: si lo hubierais publicado podríais haberme salvado.

–De Kennedy, de eso estamos hablando. De Vietnam, de los dieciséis mil asesores.

–Y de más cosas. De los nombramientos. De Dean Rusk, Mac Bundy, McNamara.

–De Lyndon Johnson.

–Johnson pensaba que estaba en Corea.

–Johnson pensaba que estaba en el Álamo.

–De Múnich, no dejaba de hablar de los acuerdos de Múnich. ¡Pero en qué cabeza cabe!

–Vamos a darles una buena lección a esos hombrecillos morenos. Eso es lo que decían y por eso era imposible llevarlos a la dacha de las afueras de Rangún. Mac Bundy en esa dacha, ¡no me hagas reír!

–Entonces, ¿a quién vamos a acusar? ¿Quiénes son? ¿El Pentágono? ¿Quién sería? ¿Westmoreland, Abrams, Walt?

–Por Dios, Walt. Él fue quien me dijo: Se puede usted encontrar con un tiro en la espalda. Era en los tiempos de Cam Ne, ni siquiera en los de My Lai, era cuando Cam Ne y yo le pregunté dónde está la gente, desapareció un pueblo entero, dónde está todo el mundo. Los han trasladado, me dijo mirando a su vaso de leche, están en campos de refugiados, se han dispersado. Al final se supo que el ejército estadounidense ni siquiera había entrado allí, que se lo habían encargado a los survietnamitas, tenían el lugar en su lista junto a otras aldeas que no habían pagado lo que debían, qué horror. Liquídalos, así se decía entonces, liquídalos. Así que ¿a quién vas a acusar? Al final tendrías a Rusk y Johnson.

¿Cómo no iban a ser ellos? ¿No sería lógico sentarlos en el banquillo? Imagínate.

–Al final Rusk se mantenía a base de aspirinas y alcohol.

–Lo de las aspirinas no lo sabía.

–Camboya y Laos hacen que Vietnam parezca un trabajo académico. Seamos realistas. Vietnam del Sur tiene una costa suroriental, por eso les interesa. Una vez que esté rodeada, una vez que estén en Camboya y Laos, qué más les va a dar. Sobre Laos no se puede publicar nada. Bueno, sí, hay un montón de cosas, pero es como hablar de mitología. ¿Quién va a jugarse el tipo? No se puede pedir a los corresponsales que se jueguen el tipo, ¿qué americanos van a ir a morir allí que no sean el montón de pilotos de los que no podemos hablar? Además, salvo uno o dos, los corresponsales que hay en Laos y Camboya son suplentes. Falta información, todo el mundo lo sabe, no se puede saber qué está pasando.

–A ver, que nos estamos yendo por las ramas. ¿Estamos hablando de que no encontramos información o de que no tenemos agallas para informar?

–Mira, yo puedo colocar con más facilidad treinta y tres piezas sobre una huelga de correos en Italia o sobre la princesa Margarita Jones que publicar una sobre Camboya y Laos. Y luego está el riesgo... el riesgo... es tu palabra contra la suya, Washington reacciona violentamente y dice que no ha pasado nada. Y si dicen que no ha pasado, ¿tú qué haces?

–Claro, mira lo que pasó en San José. Nixon dijo que eran los peores actos de violencia que había visto en su vida, con agujeros en su coche, piedras, gente que tiraba piedras, es lo que dijo Agnew, todos dijeron lo mismo. Que fue peor que una guerra. Pero el lunes ya estaban diciendo que sobre todo había sido violencia verbal. Y después de las elecciones, quizá ya no fuera ni siquiera violencia. No se presentaron cargos,

nada de nada. Pues supongamos que publico una pieza esa misma noche, supongamos que hubiera dicho que era un truco electoral. Supongamos que hubiera dicho que el presidente miente, que está MINTIENDO… ¿te imaginas lo que me habría pasado? Nadie se quiere arriesgar tanto.

–Quizá eso es lo que esté mal. Quizá por eso la televisión…

–Pero no es solo el gobierno, ni siquiera es el gobierno. ¿Te imaginas las llamadas? ¿Te imaginas? Y ni siquiera serían los espectadores. Las llamadas de los dueños, de los jefazos.

–Lo que quiero decir es que quizá…

–Pero si todo el mundo lo publicara. Déjame terminar. Si tuviéramos a todos los presentadores, a todo el mundo. A lo mejor…

–Pero ¿de qué serviría? ¿Una semana después, qué más da? Mintió, pues ya está. Teddy mintió, Henry mintió, Laird mintió, Helms mintió, Nixon mintió lo que no está escrito, George Washington juró que no había cortado el maldito cerezo… ¿Pero a quién demonios le importa una semana después?

–En un año electoral sí importa, y mucho.

–Pero no con la guerra. La guerra no es un asunto electoral. No les pudimos dar más oportunidades, dirá Nixon, se han reducido las tropas, nos estamos retirando, no es culpa nuestra. La paz está al alcance de la mano, ¿vale? Fíjate en los jóvenes, todo el jaleo se acabó cuando se eliminó el reclutamiento obligatorio, cuando ya no vieron en peligro su propio pellejo. La economía, el dólar, la pasta. De eso van los años electorales, de la pasta.

–Es una cuestión de honor. Si puedo terminar. El honor de los Estados Unidos. No me entendéis, lo digo en serio. El honor es una estratagema tan buena como cualquier otra. Eso es lo que Nixon podría hacer. Lanzarle al electorado que

defiende unos principios, que va a parar la guerra. Que se retira, ya mismo. Mostrárselo al mundo, ¿vosotros defendéis a esos chinos, verdad? Pues apañáoslas con la dacha en las afueras de Rangún...

–Eso no lo puede proponer nadie. Nadie tiene tanta influencia.

–El presidente. Nadie tiene tanta influencia.

–¿Y la influencia que hay en esta sala, qué? ¿La influencia colectiva?

–Ahora viene la pausa para el anuncio de desodorante.

–Lo digo en serio. Hablo de la influencia colectiva.

–Bueno, da igual, aquí lo tenemos. Los altruistas siempre tienen algún interés personal. Que no se os olvide que no tenemos por qué emitir la entrevista entera.

A la mañana siguiente un importante periódico publicó el siguiente editorial:

> En su entrevista televisiva de anoche, el señor Adam Vail fue inteligente al describir la «grave agresión» que cometen las grandes empresas estadounidenses en América Latina, con la connivencia, según dijo, y el apoyo encubierto del Gobierno de los Estados Unidos. Recibirá el aplauso entusiasta, aunque automático, de elementos irresponsables de nuestra dividida sociedad. Puede que en ocasiones Washington haya actuado con torpeza en América Latina, pero el señor Vail utilizó un trazo demasiado grueso al insinuar que las iniciativas clandestinas del Gobierno de los Estados Unidos conseguirían, según dijo, que por lo menos un líder latinoamericano electo «no supere los seis meses próximos, que son cruciales». Incurrió en su peor distorsión al afirmar que, en algunos lugares, la intimidación de los votantes se había realizado con fondos oficiales de los Estados Unidos. Las afirmaciones del señor Vail tenían algo de peligrosa deformación, de la que su audiencia televisiva debería ser

consciente.

Adam dejó el periódico y dijo:

–Nunca me ha gustado que «gobierno» se escriba con mayúsculas.

Antes de su detención, Ramón Tregeár entregó la parte de manuscrito que faltaba a un amigo que abandonaba el país. Cuando Caroline Vail recibió esas páginas encontró una nota adjunta, dirigida a ella: «Si mi muerte es espectacular podrás publicarlas. La gente suele precipitarse a contemplar la escena de un crimen o un accidente». Un joven que trajo el sobre les dijo que Tregeár había sido encarcelado en una isla de la costa sudamericana, en condiciones que no favorecían la supervivencia. Al final del año se supo que lo habían trasladado al continente con mala salud y que había muerto en una cárcel de la capital. Fue el pecoso Vicente el que les comunicó la noticia por carta desde México, añadiendo: «Se llevó cautiva a la cautividad».

–Y ascendió a las alturas* –dijo Adam–. Después de descender a las profundidades de la tierra.

Cuando se tuvo conocimiento de cómo había muerto Tregeár se supo que había sido de forma atroz. Y, tal como él mismo había pronosticado, generó una favorable acogida de su obra fuera de su patria, y su distribución clandestina en su ciudad natal, donde, en los años anteriores, pocos lectores había tenido.

* Las dos últimas frases aluden a la Carta a los Efesios, 4, 7-9.

32

–¿TE ALEGRAS DE HABER VUELTO A CASA?

Hasta entonces, Margaret nunca había hecho esa pregunta. Estaba de pie delante de una maleta abierta, separando lo que había que colgar de lo que había que lavar, retirando camisas y hormas. Arrojó una bata en una cama. Entretanto, Ted Tice extendía también calcetines y corbatas a su alrededor como si fueran prendas de gala.

–No es un regreso, es una resurrección –dijo.

–Esta vez, ni siquiera estoy segura de a qué países has ido.

–En este momento, yo tampoco.

De no haber sido por la etiqueta que conllevaba deshacer las maletas, un proceso compuesto por una serie de fases, Ted le habría hecho el amor allí mismo. Si hubiera sido su amante, la habría tumbado en la cama. El matrimonio impone ciertas formalidades.

Ted Tice había cruzado Londres a primera hora de la mañana en la parte superior de un autobús del aeropuerto, casi rozando árboles y chimeneas y describiendo arcos inestables en las esquinas de los pubs. Como si fuera Dios, había curioseado en los patios traseros con espinos y cuerdas para la ropa, y a través de la ventana de una buhardilla había atisbado una cama deshecha. En la entrada abierta de una casa había visto el primer sol de la mañana sobre el parqué y la alta y absorta figura de una mujer mayor leyendo cartas.

Un gato negro caminaba sigiloso entre cortinas de encaje para instalarse, con forma de barra de pan, en un alféizar. Un hombre con la gorra en la coronilla y un reloj de oro en la muñeca regaba un sendero en Fulham Road. Todo esto se podía considerar la normalidad, a menos que lo que había dejado atrás, la monotonía de los aeropuertos y los palacios de congresos, fuera ahora la normalidad, en tanto que estas escenas del ser humano racional hubieran caído en el anacronismo.

El último tramo de su viaje fue el mejor: nunca había disfrutado tanto de un trayecto en tren, deleitándose conscientemente en cosas irritantes pero familiares como la mugre y el retraso. Su propia fatiga le proporcionaba bienestar, porque se adormecía y se despertaba una y otra vez disfrutando del lujo de la tranquilidad. El saludo que ahora ofrecía a su patria era excesivo, porque antes la había subestimado. También había cierto tono de disculpa en el elogio que esa mañana dirigió a todo su entorno doméstico.

–Escucha, antes de que se me olvide.

–Estas cosas son para los niños, ¿puedes ponerlas por ahí?

–Sí, claro. Qué detalle. Tienes las cartas en el escritorio. Ya he revisado las facturas.

–¿Hay algo interesante?

–Tendrás que verlo tú. He abierto un telegrama, pero no era importante. Hay unos pocos recortes de prensa sobre la circunvalación. ¿Has visto el periódico de ayer, que ha muerto ese hombre que conocías en los Estados Unidos?

–Era Vendler, ¿no? Parecía que estaba a punto de morir.

–Sí, creo que se llamaba así. Podemos tomar el té en el jardín.

–¿Llevo todo eso abajo?

–No, gracias, ya lo llevo yo.

Ted fue a abrir el grifo de la bañera, después cruzó el cuarto de baño y entró en su despacho. La acogedora sensación de la penumbra con las cortinas echadas, de la mesa, la silla y los lápices a la espera; el escritorio como un altar en el que aparecían dispuestas ofrendas de papel aguardando que él regresara sano y salvo. Era un momento arqueológico, se podía apreciar cómo estaba la estancia sin él: el momento en que un ser vivo entra en una tumba.

Se le había pegado un fragmento de música ambiental del avión y comenzó a tararearla mientras revisaba las cartas, con la corbata aflojada colgando por delante. El correo estaba dividido en profesional y privado, también había un montón con circulares, recortes, solicitudes y una revista doblada con una marca roja. La muerte de Vendler, esperada desde hacía tiempo, no dejaba de ser un golpe. Imposible saber quién ganaría la lamentable y pequeña pugna que ahora tendría lugar por su puesto, o cómo se sacaría adelante el trabajo entretanto.

Ted recordaba que, como hombre, Vendler le caía bien, y fue consciente de que ese pensamiento fue algo sobrevenido. Escribiría a su viuda con especial amabilidad, para despejar cualquier asomo o sospecha de falta de compasión.

No era Vendler el que había muerto.

Muere en los Estados Unidos. Repentinamente en su casa después de una activa carrera profesional caracterizada por y rematada por… se le consideraba distante… aunque fiel a amigos como… hace poco le concedieron… viajó, residió, fundó, recogió… Dos matrimonios: el primero… y después con la ex… Una hija de su primera unión.

Había tenido un ataque. Muerto en el acto, de un ataque certero. En paz. Adam Vail, tendido en paz en una cama, mientras su bastón con estilete descansaba o quedaba

impotente en un armario.

El científico Vendler estaba vivo, indultado; todavía útil y afable. Era a Caroline Vail a la que Edmund Tice escribiría con especial amabilidad.

Y la antigua Caroline Bell, ¿dónde estaba ahora? ¿Adónde había que escribir para manifestarle la conmoción y el pésame? La conmoción era grande, desde luego, y Ted apenas podía concentrarse en palabras u objetos. Un pisapapeles de cristal subía y bajaba, haciendo retumbar la penumbra de la habitación y al ser ensombrecido que se reflejaba en la puerta abierta del cuarto de baño. Ted Tice no se había desmayado en su vida, pero ahora tuvo que sujetarse con las palmas de las manos en el escritorio.

La bañera estaba llena y había comenzado a rebosar por una rendija de cromo que había debajo de los grifos. Fue a cerrarlos y, al solucionar esa pequeña emergencia, también sintió cierto alivio. Cuando cesaron los remolinos y los chorros, también se atenuaron el flujo y el reflujo de la conciencia. El espejo se limitaba a mostrar una capa vidriosa de sentimientos, no todos vergonzosos ni descarados: nunca había encontrado un espejo, ni palabras en su cabeza, que pudieran reflejar el poder o el dolor de su obsesión.

Regresó al despacho y dejó el recorte donde estaba. Se darían cuenta de que ya no era el mismo: era imposible recuperar el estado de ánimo de la mañana, que los demás ya no volverían a ver. Nadie debía saber que entre medias había tocado la mesa. Durante la mañana se había producido un estado de júbilo prematuro, unas horas en las que se había olvidado de Caro y había sido libre.

Tenía un horrible temblor de manos. Con frecuencia había pensado que quizá su amor fuera locura.

Después de bañarse y vestirse bajó las escaleras y salió al

jardín. La bandeja de té estaba en una mesa, a la sombra. Su esposa salió de la casa con un gato anaranjado en brazos y se quedó de pie al sol, esperando que le dieran pie a acercarse. La hierba estaba un poco crecida, los colores de las flores se confundían tan delicadamente que se podría haber pensado que se las había dejado asilvestrarse. Era el tipo de jardín que a Margaret le encantaba; respondía totalmente a su plan. Ted lo alababa con frecuencia, salvo un muro, en el que ella había plantado pequeños arbustos, todos diferentes. «Está demasiado estudiado –le dijo Ted en una ocasión–. «Parece que le falta pasión.» A ella le pareció una crítica extraña, viniendo de un hombre como él.

Margaret tenía un porte magnífico, que la hacía parecer más alta. Era muy estable, siempre tranquila, distinguida; inocente, salvo por los cambios que le había ocasionado el sufrimiento. Su cabello era muy fino y sus pequeños rizos brillaban al sol. Tenía los ojos grandes y azules, no incondicionales. Al avanzar acercó la cara al pelaje del gato, que ofrecía la caricia que su marido podría rechazar.

Se cambió el gato de lado, porque parecía que el animal esperaba algo más. Ted seguía a la sombra, junto a la mesa. Guardaron silencio, frente a frente: sin unión, sin oposición.

–Si supieras lo guapa que eres –dijo él.

Hasta el gato escuchó.

–Si lo supiera, ¿qué pasaría? –preguntó ella.

–Pondrías al mundo entero a bailar.

Los dos sabían a qué se refería: Encontrarías a un hombre que de verdad te quisiera.

33

CUANDO RUPERT THRALE LLEGÓ A LOS TRECE AÑOS y tuvo problemas de espalda, su madre lo llevó a un nuevo hospital que había al otro lado del río. Una vez examinadas las radiografías, fue de nuevo Grace Thrale la que se sentó a su lado en una sala de espera mientras él pasaba páginas de un libro sobre marsupiales y con la punta de la bota del colegio movía una baldosa de goma verde que había suelta. Después de levantarse al unísono al oír el apellido Thrale y de que les indicaran que pasaran a una consulta vacía, caminaron rozándose los brazos. Y cuando estaban allí solos, sentados junto a un escritorio, Grace, por nerviosismo, se echó hacia delante y besó al niño, y en ese momento se abrió la puerta.

El hombre que entró vio a la madre en esa postura, con el brazo extendido sobre el respaldo de una silla, el cuello arqueado con impotente solicitud, los labios sobre el pelo de su hijo, que en su claridad se mezclaban con el suyo. Un momento después, ella se volvió y lo miró. Y Rupert, poniéndose de pie, rechazó el arrumaco.

Lo que Grace Thrale vio en la puerta abierta fue a un hombre compacto de unos treinta años vestido con colores nórdicos, sonrosado, de ojos azules, cabello brillante e indumentaria blanca.

El retablo se vio brevemente, pero hasta el niño lo recordaba.

Los tres se sentaron ante el escritorio y el joven médico dijo: «No se preocupen». Colocó una hilera de imágenes en una rejilla de metal y las iluminó: los tramos dentados, los arcos costales, la estructura de articulaciones grises de una existencia al desnudo con su cadavérico augurio. «Esto es lo que llamamos vértebras dorsales», señaló con un lápiz. Y Grace Thrale contempló la mortalidad de su hijo: los tejidos vitales arrasados, lo que podía moverse o dormir, lo que podía molestarse o disfrutar. Era como si estuviera mirando a un resto osificado en la tumba de un niño.

Había que realizar una operación correctiva, delicada, infrecuente, para colocar una placa de acero inoxidable. No afectaba al crecimiento. «Te quedarás como nuevo, te lo prometo.» Así se dirigió el médico al chico, sin efusividad, en voz baja y clara, y un ligero acento escocés, incluyendo a la madre con una brizna de experiencia casi tierna. Puede que en otra época su rostro, de un color y una amabilidad reveladores, hubiera sido hermoso. Su cabello, tan dorado que parecía rojo, destellaba.

Cuando se marchaban, le dijo a Grace que debía pedir cita para ir con su marido. «Tenemos que hablar con el cirujano.»

Christian Thrale se estaba ocupando de los asuntos de su país, en unas conversaciones en Dar es-Salam. El jueves Grace acudiría sola a la consulta.

En la puerta resaltaba un cartel: Angus Dance, médico.

El jueves iluminó las imágenes y apuntó con el lápiz. Dijo que era difícil pero que saldría bien. Para hacerlo contaban con el mejor cirujano de Londres. Grace Thrale estaba sentada al lado de Angus Dance para mirar las placas y, al coger una de ellas, dejó una trémula impresión de dedos húmedos. Al llegar el cirujano, Dance se levantó y se quedó al sol, junto a la ventana, donde se le veía banco y dorado, un serafín, una

llama.

Grace le dijo que su marido regresaba a casa para estar presente durante la operación.

–Tratará usted con un colega. Yo estaré de permiso esa semana. –Vio que ella se quedó inquieta–. Solo serán unos días. –Cuando se marchó el cirujano, Dance se sentó a rellenar la parte que le correspondía de un impreso. Le dijo que se iba a casa de sus padres, cerca de Inverness.

–¿Cómo está Inverness en esta época?

–Pues como en todas partes, lleno de japoneses. –Al leer el impreso, dijo–: Somos vecinos. Veo que está en el Crescent. Yo vivo a la vuelta de la esquina, en la casa pintada de azul.

A ninguno de los dos les gustaba ese tono. Grace dijo que pasaba con frecuencia delante del edificio, para atajar por el pasaje de ladrillo, que, aunque originalmente era solo para peatones, ahora utilizaban algunos vehículos. Grace sabía que le decía cosas cotidianas para tranquilizarla, y le tranquilizó la humanidad que mostraba esa intención.

–Algún día –dijo el médico–, Rupert me atropellará con la bici en el pasaje y me dejará encamado. –Le devolvió a Grace el impreso y le tocó la manga–. Se pondrá usted nerviosa. Pero no hay por qué.

La operación salió tan bien que Christian Thrale volvió en pocos días a Dar es-Salam. El niño estaría ingresado alrededor de un mes. Grace iba a verlo todas las mañanas y todas las tardes, le llevaba cómics, un rompecabezas, pijamas limpios. Había una cafetería en la que almorzaba.

–¿Qué tal en Inverness?

–La puerta de Oriente –el doctor Dance llevaba una bandeja–. Me alegro de que Rupert se esté recuperando tan bien. –Su cuerpo erguido daba una impresión de amplitud tan contundente como grave. Tenía brazos cortos y musculosos,

con un vello que debía de ser pelirrojo.

Se sentaron juntos y Grace le trasmitió el agradecimiento que Christian enviaba desde Tanzania, y le traía hasta una carta. El alivio manaba a borbotones de Grace a través de fórmulas de agradecimiento: las enfermeras eran amabilísimas, el cirujano, el fisioterapeuta de Karachi. La hermana Hubbard era una santa y entre todos estaban mimando muchísimo a Rupert.

–Bueno, no creo que tenga usted que escuchar estas cosas en su tiempo libre –le dijo de repente. El cabello fino de Grace aparecía esculpido desde la raya en medio y le caía formando capas por encima de las orejas. De vez en cuando se lo tocaba, una alianza le destellaba en la mano levantada. Sus uñas tenían la longitud apropiada para una ama de casa, sin pintar–. ¿Qué tal fue su viaje?

Contestó que siempre iba en tren. Sus padres vivían aislados, pero ahora tenían una tele. En la casa, que estaba en Black Isle, siempre hacía frío, no solo por la falta de calefacción, sino por la austeridad.

–Les gusta sin decoración. Como cabía esperar, a mi hermana y a mí nos gusta acumular de todo. –Solo había un cuadro en la casa–: Una fotografía enmarcada del Tirpitz, que se hundió el día que yo nací. O por lo menos esa fue la mañana en que se supo que se había hundido. –Su hermana también era médica y vivía en Edimburgo.

Grace se imaginó a esos viejos campesinos escoceses en la inhóspita casa comunicándose casi en monosílabos con un fuerte acento: sí, así, este; a la hermana soltera, una pediatra rubicunda y campestre, que muy probablemente se llamara Jean.

–Los deben de echar de menos a los dos.

–Mi padre sigue haciendo trabajos de asesor. Es ingeniero.

Además, yo subo con bastante frecuencia. Y Colette va a visitarlos en Pascua. A ella le cuesta mucho, porque está casada, tiene familia.

Esa noche, durante una cena Grace preguntó a los asistentes:

–¿Alguien se acuerda de en qué año hundimos el Tirpitz?

El caso es que Grace Thrale y el doctor Dance hablaban todos los días. Había que iluminar y ver las radiografías, todas ellas teñidas con el florecimiento de la liberación; había que acompañar a Rupert en la habitación, había que recorrer los pasillos y la cafetería. En una ocasión se quedaron diez minutos hablando en una escalera. No tardaron en prescindir de los asuntos de vecindad –el pasaje de ladrillo al que se daba un mal uso, el nuevo y espantoso hotel cercano que aceptaba grupos– y Grace descubrió que Angus Dance estaba divorciado de un matrimonio de época estudiantil, que votaba a los liberales, que había pasado un año en Colombia en un programa de intercambio y que tenía un pequeño velero en Burnham-on-Crouch. Había visitado a enfermos en la cárcel de Wormwood Scrubs, pero ya no tenía tiempo. Un día vio en su escritorio un libro sobre las hermanas Brontë.

Hablando de su matrimonio, dijo: «Ahora los jóvenes ya no se casan así». Aunque era más joven que ella, ya se consideraba mayor.

Grace le contó que sus padres habían muerto en el naufragio de un ferri en Australia cuando ella era niña. A continuación –eso es lo que pareció, tal como se lo contó– llegó Christian. Al narrar estas cosas, tuvo la sensación de que su historia estaba sin desarrollar, que no había nada destacable. Faltaban años, como por una amnesia, y los únicos actos con repercusiones de su vida habían sido los partos, que tenían un nexo común. El accidente que hundió a

sus padres había seguido pesando más que cualquier hazaña consciente propia y seguía siendo la única forma que tenía de causar cierta agitación.

Puede que este vacío hubiera afectado al crecimiento. En comparación con lo variada que había sido la vida de él, ella estaba fija, atada a la tierra; él estaba en medio del mar, ella no tenía ni costa.

Estos diálogos con el doctor Dance eran las primeras conversaciones de Grace Thrale. Con Caro había habido una unión sin palabras: el silencio infantil en una playa de Sydney. Con Christian estaban la oficina, los tres chicos, las pautas y crisis de la vida doméstica. No era frecuente que dijera cosas como «Creo» o «Siento», ni tampoco las había echado en falta. Ahora lo que creía y sentía empezó a parecerle un placer, que además se multiplicaba. Entre una y otra visita al hospital, ensayaba esos parlamentos. Mantenía conversaciones imaginarias con Angus Dance, intercambios fantasmales en los que a Grace no le daba vergüenza destacar. Tenía una compulsiva necesidad de divulgar, de explicarse, de decir simplemente la verdad. Los momentos en los que realmente estaba sentada junto a él y miraba las radiografías generaban un flujo de amabilidad mutua que demostraba patentemente la perfectibilidad humana. Después de todas esas ocasiones era consciente del esfuerzo, de una agradable tensión, como la que el cuerpo puede sentir con una acción saludable, desacostumbrada.

Un día, al pasarse unos papeles, sus dedos se rozaron; pero eso fue todo.

–Supongo –dijo Grace Thrale– que Angus siempre ha sido un nombre escocés.

–Es una variante de Eneas.

No se acordaba de qué había hecho Eneas y pensó que sería

mejor no preguntar.

Él la estaba cambiando. Lo que más ansiaba era estar a su distinto nivel de bondad: al nivel de su sensibilidad, que era tan precisa como un instrumento, aunque tuviera una precisión innata; de su buen humor, que era una forma de generosidad; de su ligera y contenida melancolía. Lo que más deseaba de él era la virtud, como si fuera un honor que él pudiera dispensar. Angus podía convertirla en una mujer honrada.

De haberse enumerado los elementos que componían el amor de Grace Thrale habrían podido parecer consabidos, penosos y, para algunos, hasta cómicos. Ella misma era consciente de esa situación. Lo que no se podía explicar era la dulzura.

Como ese rasgo le parecía innato, hurgó en su propia experiencia en busca de precedentes. Se puso a pensar en un hombre que había conocido hacía tiempo en Londres, antes de casarse: un maestro taciturno que solía faltar a las citas o llegar tarde, y por el que había sufrido durante un frío verano. Justo el año pasado se había enterado de que era director de un colegio de Dorset y había buscado su nombre en la guía telefónica. No servía de prólogo para Angus Dance. Por otra parte, al contrario que el maestro, Christian le había parecido un modelo de consideración, un amante responsable cuya puntualidad había prefigurado desde el principio el matrimonio. Angus Dance no tenía antecedentes.

Grace se puso la punta de un boli entre los labios.

–¿Por qué miras así? –preguntó Hugh, su hijo mediano.

–Estoy pensando en qué le voy a decir a papá.

Por la noche, tumbada en la soledad de su cama con un brazo a medias rodeándole el cuerpo, se quedaba a solas con Angus Dance. Pensaba que Christian no tardaría en regresar

de Dar es-Salam. La seguridad de que nada más regresar le haría el amor despertó en ella pura y simple resignación.

A la semana siguiente de que a Rupert le dieran el alta del hospital, la señora Thrale se topó con el doctor Dance en la calle. Fue junto a unas obras y el ruido de una taladradora eléctrica impedía prácticamente que se oyeran. Grace le miró fijamente la piel clara y agitada, su cabeza leonada y sus colores de mediodía, mientras estallaban partículas de asfalto y la acera temblaba. La conciencia también producía sacudidas, según cierta escala de Richter interna.

–Vámonos de aquí –pareció que Dance iba a agarrarla del codo, pero al final no lo hizo. Se dirigían a una pastelería y los dos pensaban que la dependienta era gruñona, pero los cruasanes buenos.

–Todos lo echamos de menos –le dijo Grace al cruzar por la esquina. Escuchó cómo la frase se volvía mojigata por el nerviosismo y empezó a sentir un pequeño tic en la mejilla.

–No será para tanto –dijo él sonriendo, pero añadió–: Yo también les echo a todos de menos. –Ese «todos» abría una posibilidad, al tiempo que le quitaba importancia: era un pacto escrupulosamente respetado.

En el establecimiento Grace tuvo que esperar su bizcocho de semillas de alcaravea. Angus Dance le estrechó la mano.

–Los médicos siempre llegan tarde a algún sitio. Espero que nos volvamos a ver.

–Así que es médico –dijo cuando él se fue la deprimente mujer que estaba detrás del mostrador–. Pues es guapo.

Cuando Christian elogió el bizcocho, Grace dijo:

–Se lo he comprado a esa mujer tan simpática de la esquina.

En primavera los Thrale siempre organizaban una reunión

con bebidas y aperitivos. A este respetable acontecimiento lo llamaban: «nuestra campanada». En silencio, Grace le daba vueltas a cómo plantearlo: Me gustaría invitar al joven médico. Podríamos invitar al médico de Rupert, que vive casi al lado. ¿Qué te parece si invitamos al doctor Dance, que fue estupendo con Rupert?

La respuesta que dio Christian a la pregunta, tal como al final se formuló, fue: «Buena idea». Él había pensado invitar a alguien muy importante de su departamento y supuso que un médico daría juego en la reunión.

Grace telefoneó al hospital. Dance reconoció su voz: «Hola». No dijo señora Thrale, y nunca lo había dicho. Apuntó la fecha de la reunión, de seis a ocho.

–¿Es una ocasión especial?

–Es mi cumpleaños. Aunque no se lo decimos a nadie.

Llevaba un vestido nuevo que le resaltaba el pecho.

–¿No es un poquito escueto? –comentó Christian, recorriendo con los dedos el perfil de seda negra sobre su piel–. Feliz cumpleaños, cariño.

Aunque tenían a una pareja jamaicana para preparar las bebidas, fue Grace la que le abrió la puerta a Angus Dance. Antes de entrar, este se agachó y la besó en la mejilla, murmurando: «... cumpleaños». Le entregó un paquetito, que después se supo que contenía agua de lavanda. Grace se estremeció con ese beso inesperado y, al retirarse, sintió el indeleble sello masculino de su chaqueta en sus femeninos brazos de seda. Cuando Christian se acercó desde las escaleras, dejando a un lado la cara festiva para adoptar la expresión seria que requería la salud de Rupert, ella se retiró hacia la parte curva del piano, donde Dance no tardó en presentarse.

–¿Quién toca?

–Yo. –Por una vez no añadió: «Es mi única habilidad». Dance se apoyó para mirar en el montón de partituras. Grace había puesto una de Chopin encima para impresionar. Lo vio pasar las páginas con sus manos grandes y decididas; observaba su rostro casi espiritual. En este entorno aficionado había perdido autoridad y su juventud era como un golpe, una decepción. En realidad, era ella la que había recibido esa autoridad. Como una señora, era la presidenta del hogar, de sus colaboradores, sus encantadores hijos: dominaba la situación.

Ahora que estaba desacralizado, no sabía cómo dirigirse a él. En el hospital las enfermeras lo llamaban doctor, del mismo modo que las mujeres con hijos llaman a sus propios maridos «tu padre» o «papá».

Hablaron del centro social del barrio y Grace le dijo que la exposición se inauguraría el domingo.

–Puede que vaya a echar un vistazo –dijo Dance.

Rupert apareció con el whisky del médico y hubo otras presentaciones. En un espejo oval que habían comprado en Bath Grace vio la sala, con la mansedumbre de la belleza floral y, como Inglaterra, toda enmoquetada de verde. Y en medio de ese campo de flores estaba ella, prácticamente indistinguible de los cojines y las cortinas, y de adornos que, al carecer de temperamento, no producían ninguna inquietud. En el espejo, más que escuchar a su marido, lo veía diciendo: «Seamos realistas», y observaba que Jeremy, su hijo mayor, rubio y querido, se portaba estupendamente. Grace veía los anillos que llevaba en los dedos y un brazalete que tenía asegurado. Pero, por mucho que mirara, no podía ver a Angus Dance en ese espejo (se lo habían llevado al comedor para tomar una loncha de jamón) y comprendió que nunca lo vería.

El jefe del departamento de Christian tenía cara de Mercado Común.

–La verdad es que no la conozco lo suficiente para contarle este chiste –dijo mientras dejaba su copa sobre Chopin.

Grace observó cómo la sala se mecía en aguas color mirra: un movimiento lento, colores pastel y, de nuevo, allí estaba ella, tapizada, decorada, asegurada y, por primera vez, completamente sola. Una mujer grandona, de color violeta, se apoyaba sobre la repisa de la chimenea, tiñendo de morado la vista.

–Ahora viene la parte verde –dijo el jefe de Christian. Grace escuchó distraída el final del chiste. Al ver que no sonreía, sir Manfred se quedó contrariado, y le miró la piel blanca como diciendo: Fue usted la que lo pidió. Agarró su copa y se fue para la estantería–: Soy un lector voraz –había dejado una mancha circular sobre un nocturno.

Grace vio a Angus Dance regresar a la sala, o supo que había vuelto. Después de asegurarse de que había buñuelos de queso, descubrió que estaba cerca de ella, hablando con una joven de pelo negro y ojos azules que había venido con los Dalrymple.

¿Y por qué no? Era imposible que un hombre así llevara una vida monacal, de abstinencia, por las fantasías emocionales de ella.

–Grace, tengo la información que querías sobre el Tirpitz. –Era su más viejo amigo, al que en ese mismo momento deseó la muerte–. Nunca podrás decir que te he fallado. Una promesa es una promesa. Fue el 12 de noviembre de 1944. –Grace juntó las manos por delante. Hundida–. Volcó en el atracadero. El año anterior lo habíamos inhabilitado con minisubmarinos, pero la RAF le dio el tiro de gracia en el 44. Por ahí en el Círculo Polar Ártico, en los fiordos noruegos, no

me pidas que te diga el nombre, es una de esas palabras con puntos por encima.

Angus Dance estaba justo dándoles la espalda, seguro que los oía perfectamente.

–Los idiotas de los alemanes nos lo colocaron justo a tiro. Nunca defraudan esos memos. No tienen dos dedos de frente. Bueno, ¿se han acabado todas tus dudas?

–Cuánto te lo agradezco, Ernie.

Ernie no sabía una palabra de alemán, pero en las reuniones imitaba bien los acentos.

–*¡Siemprej* a su *sejvicio!* –Chocó marcialmente los talones.

Angus Dance le estaba acercando un cenicero a la chica de los Dalrymple. Le había dicho: «Hundieron». Para Grace y Ernie fue: «Hundimos»; hasta la colegiala Grace había atacado al enorme acorazado con toda la fuerza de sus tirabuzones. Angus Dance, libre de culpa o de gloria, no se sentía aludido. Por él, como si Ernie y Grace se hubieran amotinado en el sitio de Mafeking.

Grace daba vueltas a un vaso con hielo con las palmas de las manos. Ernie recorría la negra cintura del piano como si fuera suyo, del mismo modo que Christian había recorrido el borde del vestido de su esposa.

–Se llevó al fondo a mil hombres.

Sir Manfred se estaba librando de un interrogador.

–Así de pronto no recuerdo las cifras. ¿Por qué no llama a mi secretaria? –Trajeron un lápiz y un papel–. Señorita Ware. No, Waring no. Cordelia Ware. Es una especie de sargento, pero se sabe todos los datos por arriba y por abajo. –Sir Manfred añadió un número de teléfono, y avanzó pesadamente hacia Grace–: Lo siento muchísimo, pero tengo mucha prisa.

La gente la iba besando, uno tras otro: «Me ha encantado,

me ha encantado. De verdad que me ha encantado». Angus Dance se marchó en medio de una oleada de salidas, dando la mano aquí y allá.

Terminada la reunión, sacaron la cerámica de Spode de un sitio seguro. Alguien había roto una copa de cristal tallado.

–Ya decíais que era vuestra «campanada» –comentó Jeremy.

A dos gatos tricolor se les permitió salir maullando de un cuarto de baño de la planta superior, pero no acercarse a las sobras. Jeremy y Hugh volvieron a colocar el arcón entre las ventanas. Rupert, al que no se permitía levantar peso, ayudó a Christian a contar botellas vacías.

–El que mejor me ha caído es el doctor Dance.

A mí también.

Christian volvió a medias la cabeza hacia donde estaba Grace y guiñó el ojo ligeramente.

–¿Así que estamos locos por el doctor Dance, no? –Había reunido las botellas en una caja–. A mí también me ha caído bien.

Más tarde, dando cuerda al reloj de su mesilla, Christian preguntó:

–¿Y por qué demonios estaba Ernie parloteando sobre el Tirpitz? ¿O era el Scharnhorst?

Grace se estaba sacando el vestido negro por encima de la cabeza.

–Creo que era el Scharnhorst.

Dance podría haber llamado al día siguiente para dar las gracias por la reunión, pero no lo hizo, aunque el teléfono no dejó de sonar durante toda la mañana y el jefe de Christian mandó unas flores.

–Entonces fue un éxito –anunció Jeremy, que se estaba

volviendo mundano.

Grace revisaba el correo.

–Creo que no había visto nunca un ramo de margaritas tan bonito –dijo Christian.

Grace Thrale ya había comenzado a transitar las conocidas fases del amor: la primera de ellas una sencilla pero infinita melancolía. En una sola mañana, podía ver a una docena de Dances en la calle. Después, alterada por un imposible sonido de teléfono, cuya eléctrica barrena le rebotaba en el alma, levantaba mitos y leyendas a partir del beso en el umbral. Esa era la segunda fase. La tercera consistía en creer que todo lo importante emanaba de sus propias y desquiciadas maquinaciones y que cualquier muestra de reciprocidad por parte de Angus Dance era una fantasía. Ya no tenía más revelaciones para él. Hasta la había visto con su mejor vestido.

Si Dance lo supiera, haría alguna broma sobre el momento vital de Grace. Hasta el hombre más amable se reiría a carcajada limpia de ese asunto.

El problema era que sus sentimientos eran tan abundantes que parecían bastar para los dos. Además, tanto cariño, tanta amabilidad también le daban a esa abundancia una apariencia de moralidad.

Las frases se mezclaban y alternaban. Si Angus acudía el domingo a la exposición, ella sabría a qué atenerse.

En la cama no lograba conciliar el sueño, luego dormía intranquila.

–Últimamente te despiertas muy pronto –le decía Christian.

–Es el perro de al lado, que ladra cuando amanece.

–Como un gallo –dijo riéndose Rupert.

–Si sigue así –añadió Christian–, tendré que hablar seriamente con el dueño.

–Fue ese ladrido fatal y pérfido –dijo Rupert. Y el desayuno se le derramó entre risas.

Llegados a ese punto, en su fuero interno la señora Thrale ya había sido muchas veces adúltera.

El domingo, Christian se llevó a los chicos a una exhibición ecuestre. Christian sabía bastante de caballos: dimensiones, manchas, aspectos del apareamiento o agilidad. Los chicos también podían utilizar con precisión palabras como ruano, pío y capón.

–Volveremos a eso de las seis.

–Quizá me pase por la exposición –dijo Grace.

Cuando se marcharon, se maquilló con cuidado. Se puso un grueso abrigo azul, antiguo pero que le quedaba bien. Era un día desapacible, casi sin luz; unas nubes espesas auguraban nieve. En un escaparate se vio sujetándose la bufanda: apresurada, radiante.

En la puerta una mujer le cobró 10 peniques. El suelo de sucios tablones de madera era irregular y crujió cuando lo pisó. Estaba prácticamente sola en el recinto, pero no se atrevía a mirar a su alrededor en busca de Angus Dance. Un gordo con gabardina dio un paso atrás para coger perspectiva y se chocaron. «Perdón.» Había dos o tres parejas mayores que no tenían nada mejor que hacer y una chica abatida que quizá fuera uno de los expositores. En muchos casos la pintura era verde y roja, y formaba espirales; o se había aplicado poca cantidad, formando ángulos grises. Grace sabía que él no vendría.

Cuando se marchó del lugar estaba oscureciendo y caía aguanieve. No quería irse a casa; era como si su humillación tuviera que desvelarse allí. Rehuía volver a casa como el que rehúye un castigo suplementario: como un niño, vapuleado por sus compañeros de juego, podría temer la regañina de sus

padres por algún desgarrón en la ropa. Sin embargo, fue avanzando a trompicones, porque no había alternativa. Un dolor le subía desde el tórax y le penetraba por los ojos como el aguanieve. Era casi increíble que no hubiera nadie que pudiera consolarla.

Pensó: Qué bochorno. Y por primera vez la palabra le sonó a sofoco, a muerte.

Sola en casa, se fue al cuarto de baño y apoyó las manos en el lavabo, reflexionando. Debía centrar esta angustia en un objeto que no fuera Angus Dance. Una pasión así no podía tener mucho que ver con él –con el pelirrojo doctor Dance de carne y hueso al que conocía desde hacía tres meses–, sino que tenía que deberse a una visión. Sin embargo, este espejo mostraba sus intenciones, desenmascaradas, con una ruidosa respiración. Nunca se había visto tan real, tan en crudo.

Acababa de quitarse el abrigo cuando volvieron de la exhibición ecuestre, hablando de manera ensayada de alazanes y zainos. A Christian le habían dado un empujón en el metro.

–Quizá no esté hecho para la sociedad de masas.

–Quizá nosotros seamos la sociedad de masas –añadió ella.

El lunes era el día que la señora Thrale iba a la peluquería.

–Mario –le dijo–, tengo unas canas. –Y se llevó la mano a la frente–: Aquí.

El peluquero le cogió la cabeza entre las manos, debajo de una luz, como si fuera una calavera *norma frontalis*. Pobre Grace.

–No es momento de teñir –dijo él pasado un rato. La soltó–. No estás para que te tiñan.

–No.

–La verdad es que puedes esperar un poco. –Grace se sentó

en una silla de plástico y él dijo–: Para las morenas es peor.

Una vez debajo del secador con *Vogue* y *Archipiélago Gulag* cayó en la cuenta del patetismo inmemorial del lugar. Apenas había mujeres jóvenes, salvo la chica que ponía el champú y cuyos vaqueros de hombre y prominente arco pectoral convertían la carne blanda de Grace Thrale en algo histórico. Grace bajó la vista hacia sus brazos redondeados, los miró fijamente como el que observa un retrato de un pintor antiguo. Pensó en su cuerpo, que nunca había sido realmente delgado, que mostraba el entramado de marcas blancas que habían dejado los embarazos, y que ahora debía aguardar sin hacer nada a la decadencia y la mutilación. Sus manos, entrelazadas sobre la fotografía que había en una revista de un hombre bronceado en la playa, adoptaron instintivamente una actitud resignada. Leyó: «El Aga Khan en un infrecuente momento de relax». Pero en ese momento se sintió como entrando en una enorme incertidumbre, sola y universal.

Esa noche Grace soñó que se moría.

A la mañana siguiente puso una excusa para telefonear al hospital.

–Hace días que el doctor Dance está de baja por un fuerte resfriado.

Dijo que no era importante y colgó. Ese fuerte resfriado le produjo desdén y dijo en alto: «Yo habría ido»; se refería a la exposición y tenía toda la razón. Subió al piso de arriba, hizo las camas y pensó con escarnio: los escoceses no suelen ser *latin lovers.*

El equilibrio no duraba. Al bajar las escaleras sintió el mismo dolor torácico, un sufrimiento colosal, grandioso, de una magnitud y una distinción a las que ella, Grace Thrale, de Londres W8 7EF, sentía que apenas tenía derecho. Se sentó en la cocina y pensó: Estoy alterada y quizá loca. Dios mío,

tengo que romper con esto.

Romper, romper, romper. Dijiste campanada. Locos por él.

En su aislamiento, se le ocurrió que los libros podrían haberla ayudado. Era la primera vez que caía en la cuenta de que no leía, de que ni ella ni Christian leían, y este era el verdadero descubrimiento, porque ella había esperado que fuera él quien creara un hogar literario. Tenían decenas de libros, en estanterías que ocupaban media pared; eso por no hablar de los volúmenes de Penguin. E iban con regularidad a la biblioteca a buscar lo último. En casa tenían obras de Iris Murdoch y también de Solzhenitsyn. Lectores voraces. Sin embargo, no había ninguna receptividad que pudiera trasmitir los tormentos ajenos a su alma, que le sirviera para definir y celebrar su propia obsesión amorosa; no, de eso no había nada de nada. Con seguridad, Christian se presentaba como un hombre culto: «Este invierno voy a releer a Conrad». Pero *Entre mareas* estaba en su mesilla desde diciembre.

Al volver a casa Christian la besó.

–He hablado con esa gente sobre el perro chillón.

–No me lo creo.

–Claro que sí. No puedes seguir sin dormir. Han dicho que dejarán dentro al animal. –A Grace le habría gustado que no dijera «el animal». Con un golpe, Christian dejó el maletín en la mesa del vestíbulo–. Y además he utilizado la palabra «chillón».

En el sueño de Grace, Christian lloraba.

Grace se levantó de noche y se fue a la planta de abajo. Sacó *Cumbres Borrascosas* de un estante y se quedó junto a las ventanas a la luz de la luna, vigía de su pasión incesante. No tenía derecho a pronunciar el nombre de Angus Dance ni a mostrarle su cariño, ni siquiera con el pensamiento: eran cosas que no había hecho en su vida. Tenía tan poco sentido

como apelar a Heathcliff o a Eneas. El libro, una edición antigua, le pesaba en la mano. Sabía que no se lo leería, pero se preguntaba si al abrirlo por una página cualquiera encontraría alguna verdad, como en la Biblia. Con la otra mano se recorrió el cuerpo, hacia abajo, y, al verse los pies pequeños por debajo de la bata, pensó que eran preciosos, irresistibles.

–Quizá necesitemos un colchón nuevo –dijo Christian por la mañana.

Cuando las margaritas comenzaron a marchitarse, Grace las tiró a la basura. La tarjeta que todavía llevaban decía: «Con mis respetos» y una raya de tinta recorría el apellido. El agua formó un remolino en el jarrón.

–No me reí de su chiste subido de tono –recordó.

–Desde luego, no tienes que soportar ofensas para ayudarme en mi carrera profesional –dijo Christian, aunque estaba preocupado. Adelantándose a lo que pudiera pensar Grace, pasado un momento le preguntó–: ¿Y cuál era el chiste?

–No lo entendí en absoluto –los dos se echaron a reír. Ninguna otra respuesta habría podido complacer más a Christian. La perfecta y protegida Grace. En una ocasión, durante unas vacaciones en Córcega, le había apartado la cara a su mujer de la vista del espectáculo, así lo llamó, de una pelea a puñetazos.

Ese mismo día Grace se encontró a Angus Dance en la calle. Había comprado narcisos para sustituir las margaritas y se quedó con ellos colgando de la mano. No se le ocurría nada que pudiera estar a la altura del mágico y silencioso discurso de sus ensoñaciones.

–¿Se encuentra bien? –preguntó él.

–No estoy durmiendo como es debido. –Podría haberle

dicho: Te quiero–. Salvo con pastillas.

–¿Qué está tomando? –Durante un momento, Dance recuperó la autoridad.

Luego hablaron de su fuerte resfriado. Y de que Grace llevaría a Rupert a revisión a finales de mes. A pesar del insomnio, su piel brillaba tanto como la de él.

–¿Tiene tiempo de tomar un café? –preguntó el doctor.

Así es como Grace Thrale se sentó a una mesa de formica y Angus Dance colgó su chaqueta de franela en un perchero. Llevaba un chaleco de lana clara que le había hecho su madre. Su pelo bastaba para llamar la atención: la aurora boreal, el resplandor del sol de medianoche. Apenas hablaban, aunque una delicada disposición los inclinó hacia delante hasta que llegó la camarera para tomar nota. Su acento y una extraña forma de aspirar la «r» parecían más acusados. Grace, que pensaba que su propio acento era inexistente, hizo un esfuerzo por hablar claro.

–Me preguntaba cómo estaba usted. –Bien mirada, era la frase más atrevida que había dicho en su vida.

Le sorprendió la firmeza de su propia voz, con cuánta seguridad se puso azúcar, cuando toda la creación, la propia textura del firmamento, tenía la estructura, la receptividad, el color crema de la prenda de Dance.

El doctor dijo que tenía que ir a Burnham-on-Crouch a echar un vistazo a su barco, que estaba en dique seco para rasparle el casco y darle minio. También necesitaba que lo volvieran a calafatear.

–No sé por qué, pero no me veo con ganas.

Los tópicos, las cosas que no se dicen, también eran muy elocuentes. Las fragantes flores estaban entre los dos en un vaso con agua, atadas con un cordel verde.

–¿Cómo se llama el barco? –preguntó Grace.

–Se llama Elissa. –Dance hizo sitio para la leche–. No es que yo sea muy marinero: los verdaderos marineros son fanáticos. Me aficioné después de una mala experiencia. Supongo que era una forma de moverme cuando todo lo demás estaba quieto.

–¿Fue cuando se acabó su matrimonio?

–No. Fue por un rechazo posterior. –Sonrió–. Pero no creo que todo esto tenga mucho interés. Son las penas habituales.

–Para mí no son habituales. –No se podía imaginar a Christian, para quien la aceptación era algo obligatorio, contando sus desengaños o reconociendo «mis penas». Incluso en el embeleso de la cafetería sintió la amenaza de que en esto Christian era el más frágil, el más indefenso, y que a Angus Dance lo habían fortalecido los reveses y la negativa a disimular. Grace recordaba cómo se había comprometido, sin más, con Rupert, cómo había dicho: «Te lo prometo». A Christian no se le podía pedir esa ausencia de miedo.

Cuando comparaba con Christian no solo se encontraba su propia deslealtad, sino que Christian siempre parecía ganar.

El doctor Dance le ofreció panecillos.

–Me lo pasé estupendamente en su reunión. Tendría que haber llamado para decírselo.

Grace pensó en el hundimiento del Tirpitz y en las flores conmemorativas del jefe, una corona empapada en medio de un remolino. Para que no se nos olvide.

–Parece que fue hace mucho.

–No la he visto desde entonces. –La mezcla de lo importante y lo trivial era lo que no podía malinterpretarse. Continuó–: Pero estamos muy cerca.

Grace se quedó callada, se reclinó en los colores y las sombras de la sala: no porque estuviera satisfecha, eso era imposible, sino porque sentía una calma voluptuosa, se sentía

en paz. Tenía la mano extendida sobre la mesa, la manga remangada. Era la primera vez que él le veía la cara interna del brazo. Grace sabía que quizá no volviera a repetirse nunca más una situación como esta. Si por fin iba a sufrir las penas habituales, también tendría esta perfección nunca vista.

Grace estaba al piano. Pasó la página de una partitura, pero no tocó. Apareció Rupert y se quedó junto a ella.

–¿Qué tienes?

–Es Scarlatti.

Él quería decir: ¿Qué te pasa?

Como un amante, se quedó lo suficientemente cerca para sugerir que lo abrazara. Con el brazo derecho Grace lo acercó hasta su costado. La mano izquierda descansaba en las teclas. Apoyó la cabeza en la parte superior del brazo de su hijo. Era como una fotografía de la época eduardiana.

–Cuánto te quiero, Rupey –le dijo. Era el último hijo al que aún le podía decir algo así, y solo porque su enfermedad les había concedido una prórroga para pasar por alto muchas cosas. Los dos lo sabían. Emulando el estado de ánimo de Grace, el muchacho se quedó meditabundo, lánguido, pero sin dejar de mantener su omnipotencia–. De verdad –insistió ella, para que él le dijera lo mismo. Pensó: Cómo han cambiado las tornas, ahora soy yo la que intenta sacar fuerzas de ellos. Pensó que la palabra «adúltera», tan arcaica como la lapidación, era una palabra prejuiciosa (como fulana, perra, rabanera o incluso poetisa), pero precisa.

Su mano izquierda tocaba notas graves: sombrías, separadas, dirigidas. La sala las acogía sin emocionarse. Su anillo producía un clic al chocar con la tecla. Meció un poco al niño con el brazo y sintió la escayola que blindaba sus radiografiadas costillas. Retiró la mano del piano y rodeó al

chico con los dos brazos, entrecruzando los dedos en su costado, con el pecho y la frente girados hacia él. Una imagen menos fotográfica.

–Mamá, ¿qué te pasa? –preguntó el chico. Retirando su brazo aprisionado, puso la mano en las teclas de agudos y pulsó una serie de teclas disonantes, acentuando y repitiendo notas muy agudas. Grace lo soltó, pero él produjo unos últimos sonidos, perplejos, nerviosos. Y se quedó de pie, sin dejar de tocarla, basculando entre la infancia y la sensualidad.

Christian entró con papeles en la mano.

–¿Qué es esto? ¿Un dúo? –El muchacho se fue como si tal cosa y encendió la tele. Las noticias iban saltando brevemente de devastación en devastación: de Beirut a Belfast, del Bronx a Bombay. Christian dijo–: Grace, tengo que hablar contigo.

–¡Es un programa sobre Pompeya! –gritó Rupert.

Grace se sentó con Christian en un sofá que no se solía utilizar para no estropear el terciopelo.

–Ha ocurrido algo trascendental –dijo su marido. En su interior, Grace Thrale se sintió desvanecer–. Me han encargado África. –Podría haber sido Alejandro Magno o Marco Antonio. O Escipión el Africano. Grace lo miraba pálida y él añadió–: Al sur del Sáhara.

Grace miraba a través de lágrimas que nunca manarían por Angus Dance, que no necesitaría ni suscitaría pena por su falta de percepción o por exponerse en exceso. Lloraba por Christian, aislado en el material no conductor que era su vanagloria, y se lo podría haber contado todo, por pura y simple fidelidad al significado de las cosas.

–Cariño –le dijo.

–No es para ponerse a llorar. –Christian le tocó la cara, complacido–. Te lo aseguro. –La perfecta Grace. Desenrolló el

organigrama del departamento que llevaba en la mano. En la parte superior de la página una cajita se conectaba con otras inferiores, engendrando innumerables recintos de autoestima. Señaló: aquí y aquí–. Talbot-Sims solo tendrá un cargo temporal. Pero yo sí que me voy a quedar con él. –Al apoyarse para mostrar su pedigrí, en la parte superior de la cabeza rubia entreverada se vio un espacio ralo, que encanecía. Dijo–: Mi juventud me perjudicaba. –Retiró una mota de la página impoluta–. Pero al final dejaron a un lado la veteranía. –Las esquinas del organigrama comenzaban a arrugarse, tratando de enrollarse de nuevo–. En la pensión la diferencia será enorme.

Grace se preguntaba si en algún momento él había apreciado tan tajantemente la separación entre los pensamientos y objetivos de uno y de otro; si en algún momento ella misma la había pasado por alto de manera tan absoluta. Se preguntaba si durante las separaciones estivales, o cuando ella se iba a Guernsey, quizá él había amado o se había acostado –ambas cosas no tenían por qué ser excluyentes– con otra. Era difícil imaginárselo con determinación suficiente para hacer tal cosa, ahora que no tenía independencia suficiente para leer un libro. Si hubiera querido a otra mujer, precisamente Grace lo entendería. La magnanimidad conformaba una triste e inmensa perspectiva. O quizá fuera simplemente que estaba pidiendo indulgencia con su propia situación.

Christian la rodeó con el brazo, agachándose desde las alturas donde los funcionarios dejaban a un lado la veteranía.

–Me temo que tendremos que cancelar lo de la Costa Brava. Pero cuando tenga las cosas controladas te llevaré a algún lugar tranquilo. –Como las noticias, la cabeza de Christian deambulaba por naciones devastadas, en busca de

posibilidades. Todo era un caos: Portugal, Palestina, el Tíbet, una cancelación detrás de otra. La euforia le producía extraños balbuceos en la garganta, como los de un sollozo, pero imprudentemente retomó el hilo–: Así que me ha traído suerte que no le rieras la gracia al vejestorio.

Angus Dance entró en el pasaje de ladrillo cuando comenzó a llover. Se puso a correr, y en ese mismo momento Grace Thrale, que entraba por el otro lado, corrió también bajo la lluvia.

De haber sido posible observar su encuentro desde arriba o desde un lado, como si fuera la secuencia de una película, se les habría visto precipitarse, con las cabezas agachadas para protegerse de las inclemencias del tiempo, luego aminorar la marcha al verse y, por último, detenerse. La propia parada era como el punto culminante de un impulso, una consumación. Entonces se miraron, como a un metro de distancia, la lluvia caía sobre el pelo de Dance y, como una gasa, sobre el abrigo azul calamina de Grace. El aguacero, al que no se hacía caso, era como un testimonio cósmico, más concluyente que un abrazo.

Cualquiera que los hubiera visto habría dicho que eran amantes.

La lluvia volvía de plata los párpados de Dance. Al agarrarse la solapa del abrigo se había sujetado. La expresión se le descolocó, con la pureza de una crisis.

–A esto me refería cuando dije que estábamos cerca.

–Sí.

–¿Nos ponemos a cubierto? –Como si no lo estuvieran ya.

Chapoteando en el estrecho túnel, él la agarró por fin del brazo. Como no se habían abrazado, podían permitirse ese lujo. Después se pusieron debajo del toldo de un

supermercado, y él dijo, demostrando que ella había tenido más razón que nunca en su vida:

–Sabes que te quiero. –Era la respuesta que ella no había podido arrancarle a su propio hijo.

Grace ni siquiera se retiraba el agua del pelo o del abrigo, y quizá ya no volviera a tener que pensar en su aspecto.

–Eso me hace feliz –dijo Grace pasados unos momentos en los que continuó la lluvia y se vieron empujados por bolsas de la compra. Pensaba que, ahora que era indomable, se limitaría a decir la verdad. Enfrente estaba el nuevo hotel que aceptaba grupos.

–Podríamos hablar allí –dijo Dance.

–Podemos cruzar cuando amaine. –Su serenidad, como en el salón de té, era sorprendente.

–Sí –dijo dubitativo, pero se decidió–: Tendré que llamar para posponer las citas. –Grace no le instó a mantenerlas. Y él tampoco le preguntó si tenía que volver al Crescent. Cuando el cielo se despejó, cruzaron.

Al entrar ellos en el hotel el hombre de la recepción colgó el teléfono, diciendo: «¡Por Dios!». Un montón de equipajes –maletas, bolsas de golf, bolsas de viaje de nylon con cuadros escoceses– se acumulaba al pie de las escaleras. En el salón, que estaba un piso más arriba, ya podían sentirse como en un aeropuerto, a la espera de su vuelo. Los pilares del edificio estaban cubiertos por una fina capa de plástico imitación madera, rodeados de pequeñas repisas para colocar ceniceros y bebidas. Los sofás eran duros y brillantes, pero nada alegres. Las descuidadas cortinas, sujetas con cordones metálicos, eran de mal gusto y en una de las paredes había un mosaico que representaba una cornucopia derramando verdor.

Cuando entraron, un grupo de mujeres con trajes de chaqueta se levantó para marcharse. Un viejo, casi llorando, con una bolsa de una compañía aérea en la mano, dijo: «Pero solo la tenían en beis».

Grace Thrale se sentó junto a una ventana y Angus Dance fue a llamar por teléfono. De no ser por la presencia del médico, qué bien habría encajado ella en este ambiente. El recinto, casi vacío, instaba a la sumisión; junto con la inexpresividad de la cólera, el desconcierto y la fe conmovedora que esta solía conllevar. Ya no servía de nada tratar de imponérsela a Grace, que prácticamente no veía y no estaba dispuesta a transigir. Con un desapego que era otra de las caras de la pasión, se preguntaba en qué circunstancias abandonaría este lugar y si volvería en algún momento a casa. Al abandonarla ella, la vivienda del Crescent era peor que una ruina, más bien se había quedado sin vida: el asado iba tomando la temperatura ambiente sobre la encimera de la cocina, una nota inacabada para Caro anunciándole el ascenso de Christian, un disco de rock que iba a ser una sorpresa para Hugh y un ejemplar de *Entre mareas,* sin estrenar, en la mesilla del dormitorio. Todo suspendido, callado, enigmático; cosas sin importancia que podrían haber vestido los camarotes del Marie Celeste o haber adornado un programa sobre Pompeya: naderías convertidas en algo portentoso por el rechazo.

Grace se levantó y extendió los dos abrigos húmedos en un asiento cercano para evitar que se sentara nadie. Se quedó junto a una jamba de cemento mirando la lluvia y se dio cuenta de que él había vuelto.

Dance se sentó junto a ella en una dura superficie de plástico.

–No hay nada que temer –dijo. Le tocó los dedos, como una

vez en el hospital–. Me marcho –se podía ver que el color se iba retirando de las partes claras, iluminadas, de su piel–. Me han ofrecido un puesto en Leeds. –Grace estaba sentada con aire de supremacía, con el porte triunfante adoptado para otro resultado. Como no hablaba, él continuó–: No pienses que yo podría en algún momento complicarte la vida. –Su vida, a la que estaba dispuesta a renunciar, y cuyos emblemas había estado fríamente dispersando, igual que podría haber recogido cabezuelas de flores secas–. Que hubiera querido herirte –añadió.

Como si ella no hubiera subido con él a una habitación de ese lugar para hacer el amor, si él lo hubiera querido.

La estaba convirtiendo en una mujer honrada. Grace no se merecía que sus deudos, a los que ya había tirado por la borda, se lo reconocieran. Para ellos, para él, ese amor quedaría tan oculto como su falta de mérito. Al haber codiciado los principios de Dance, Grace había cometido la ingenuidad de creerlos compatibles con su propia pasión. Otra cosa que había aprendido de sí misma: que podía creer que la virtud se obtenía tan rápidamente, que bastaba el amor para acceder a ella. En todo esto, resultaba difícil distinguir dónde terminaba la inocencia y dónde comenzaba la culpabilidad.

Al escrutar el rostro exhausto de Angus Dance, sus ojos hundidos y una boca que no terminaba de controlar, Grace Thrale era un navegante que busca la tierra en un horizonte en el que la bruma lo engaña.

–¿Es un ascenso? –le preguntó por fin, repitiendo la larga lección que había aprendido.

–Sí, una mejora. –Todos esos conquistadores, con su botín, sus ciudades y continentes: Leeds, África. Avanzaban, progresaban, todos en marcha: una forma de moverse. Solo

Grace estaba detenida, inmóvil–. En ese sentido, también es necesario. No puedo quedarme eternamente en el puesto actual.

Solo Grace podía quedarse así eternamente. Podría buscar Leeds, como Dorset, en la guía telefónica. En su alma, la conciencia de la situación avanzaba como un profundo y prolongado lamento fúnebre. Había llegado por fin su propio naufragio, con repercusiones más duraderas que el hundimiento del ferri de sus padres. Podría haberse puesto a soltar alaridos, pero más bien dijo lo que había oído en obras de teatro.

–Por supuesto, esto no tenía ningún futuro.

El color volvió a las mejillas de Dance como la sangre a una contusión. Se levantó rápidamente y, como si estuvieran en una habitación privada, se quedó junto a la ventana de cemento. Después se apoyó en una columna, mirándola, con los brazos extendidos en el saliente reservado a los ceniceros, y un cuerpo duradero de mejor factura arquitectónica, un telamón.

–Un hombre debe tener pasado, presente y también futuro. –Movió la mano enfáticamente y un plato de cacahuetes cayó en silencio. Era un gesto arrasador, como el que habría podido desintegrar un trozo de la columna–. ¿No crees que no veo constantemente a gente que agoniza sin haber vivido? Lo importante es lo que somos, no lo que vamos a ser. O más bien, las dos cosas son lo mismo.

–Ya lo sé. –Hasta sus propios hijos estaban atados al futuro: a sus aptitudes para la ciencia o los idiomas, a lo que querían ser, llegar a ser; nunca se les había preguntado verdaderamente qué querían ser ahora–. Hasta los que han vivido con intensidad morirán –dijo Grace–. No está muy claro qué es más irónico. –Esos descubrimientos se los debía a

él. En ese momento dio la talla ante él, pero sin duda no tardaría en hundirse en la indiferencia.

–Tengo casi treinta y cuatro años –dijo él– y mi vida está llena de vacíos. –La rectitud de Dance ella la veía en un espacio despejado, como el de la diáfana casa de los padres del médico–. No te puedes imaginar –le dijo–, bueno, no te lo tomes a mal. Pero tú, tan completa, con tu amor, tus hijos, tu belleza, tus legiones de amigos, ¿cómo vas a comprender algo tan amorfo como mi vida? ¿Cómo vas a conocer la soledad o la desesperación?

Ellos dos eran materias que Grace había atisbado en un espejo. Sintió que la concepción que Dance tenía de ella le iba cayendo encima como una prenda recargada, debilitante, que la encerraba como una trampa. Grace se recostó en el rígido sofá y él se quedó de pie, mirándola. Era un contraste alegórico entre el amor sagrado y el profano: el arrobo de ella se ofrecía como una irreverencia.

–Sin embargo, en mi vida no ha habido nada más hermoso –dijo Grace para hacerse valer o para salvar la situación– que las veces en que hemos estado juntos en el hospital viendo placas.

Dance regresó al sofá y volvió a poner la mano encima de las de Grace, un contacto tan esencial y externo como la huella de los dedos en las radiografías.

–Fue como Paolo y Francesca. –Grace tendría que buscar esa referencia al volver a casa. Pero se quedó mirando su mano sobre las suyas y pensó, sin sarcasmo: no son *latin lovers*–. Es cierto que no habríamos podido soportar las mentiras –añadió el médico. La primera se había producido cuando Grace se quitaba el vestido, con la cabeza amortajada de negro mientras su voz apagada decía: Scharnhorst.

–Durante toda mi vida de casada no había dado ni un beso

impuro, hasta el que te di en mi cumpleaños. –Dance sonrió. La perfecta, protegida Grace.

–En los amores ilícitos hay pocas risas. Se rían de lo que se rían, siempre existirá la sensación de que se ríen de alguien. –La última vez que Grace se había reído con Christian había sido por el chiste de sir Manfred.

–Lo digo en serio –dijo ella. Ni el beso, ni la mentira, ni la risa: vistas así las cosas, nada volvería a ser serio–. Lo digo en serio –repitió y él sonrió desde su mayor experiencia y menor comprensión; desde el contraste de su virtud, ya que ella sí que estaba dispuesta a hacer daño. La miró a la cara con una preocupación indebida. A Grace no la llamarían a testificar. Ahora recordaba cómo en la turbulenta Córcega le habían girado la cabeza para que no viera–. En otro lugar –especuló ella–, lo superarás.

–Todavía sigo soñando con una chica a la que conocí cuando tenía dieciocho años. –No iba a responder a las trivialidades de Grace, no iba a percibir la verdad de su interlocutora. En Leeds soñaría con ella–. Los recuerdos se enfrían –le dijo– a temperaturas diferentes y distintas velocidades. –Miró a su alrededor, a la alfombra con dibujos y las cortinas con brillos, a la columna dividida por los cacahuetes, a la insulsa cornucopia–: Qué lugar tan horrible. –Y esta crítica fue el preludio del adiós.

–Así es el mundo –dijo Grace Thrale.

–He pensado decirte muchas cosas, pero nunca tan desesperadas como estas. Tampoco las decía en un mundo material. –A continuación, Dance se corrigió–: Por supuesto, también ha habido deseo. –Al decirlo rechazaba esa extravagancia. Su acento se interpuso, dándole tiempo para recuperar el habla y controlar el lenguaje como se controlan las lágrimas–. Quiero decir que, cuando uno piensa, siempre

le queda algo de esperanza. Con la imaginación no puede uno despedirse. Es algo que solo se puede hacer en la realidad, en carne y hueso. Hasta el deseo tiene menos que ver con la carne que el adiós.

El rostro de Dance nunca había tenido un aspecto menos contemporáneo. Era una de esas fotografías antiguas, singulares por el sufrimiento y la conciencia que expresan.

–Así que voy a perderte. –Grace podría haberse estado despidiendo de un invitado: «Me ha encantado, me ha encantado. De verdad que me ha encantado».

–No puedo seguir así –dijo él, y retiró su refractaria caricia, pasándose la mano por el pelo radiante, como en una manida muestra de desconcierto. Se levantó de nuevo, retiró su abrigo de la silla y se quedó de pie junto a ella. Todas estas acciones, ejecutadas con rapidez, recordaban lo bien que se le daba lidiar con el dolor–. Voy a tomar un taxi. Te dejo en algún sitio. –Su regreso a las frases cotidianas fue mortal. Era la prueba definitiva de que los hombres son fuertes, o débiles.

Estaban de pie, cara a cara, como enfrentados. Y los espectadores sentirían el alivio de verlos normales.

–Me voy a quedar aquí unos minutos.

No podía imaginarse en un taxi en el que él decidiría no abrazarla. Entrelazó las manos por delante con ese gesto sereno con el que a veces envolvía la desesperación. Al levantar la cabeza ante su marcha, era una niña que saluda a un coche que acelera al borde de un camino rural.

Cuando Grace bajó a la calle, había dejado de llover y había oscurecido. Hombres y mujeres volvían del trabajo, exhaustos o jubilosos, todos pálidos. Y en el pavimento mojado destellaban los faros, más brillantes que el despejado y estrellado cielo negro. Motores, voces, pasos y un transistor o

dos creaban el temblor geofísico de un mundo en movimiento. Este alarde de reanudación la lanzó, de manera infundada, hacia los vencedores: hacia Jeremy, cuyos ojos había que lavar con ácido bórico; hacia la facilidad de Hugh con las matemáticas; hacia el inesperado interés de Rupert en Yeats, y hacia Christian, que diría: «Este es el mejor cordero que he comido en muchos años». Como no tardaría en comprobar, todo eso debía mostrarle ruidosamente su propia derrota. Ellos reirían los últimos con la risa inocente y atroz de su legítimo derecho y su amor lícito.

Con esas perspectivas e impresiones, Grace Marian Thrale, de cuarenta y tres años, se detuvo en silencio en el umbral de un hotel con su gastado abrigo azul y observó los coches y las estrellas, con el estruendo de la existencia en los oídos. Y al igual que cualquier gran poeta o trágico soberano de la antigüedad, apeló a su creador y se preguntó cuánto tiempo debía permanecer en esta tierra.

34

PAUL IVORY ESTABA ESCRIBIENDO A SU MADRE:

Mi querida Monica:

Sería realmente una pena que vendieras la casa de las Barbados sin tener claro dónde vas a vivir después. Puede que sea aburrido, no lo dudo, pero en este momento el mundo entero es un desastre, regido por leyes fiscales que lo ponen todo carísimo. Francamente, no te imagino en Irlanda, ni tampoco creo que te divirtiera la enésima repetición de la batalla del Boyne.

Mi obra continúa con buen pie, aunque solo recibió malas críticas. Debe de ser que el país me toma en serio. Quizá sea este abrazo del oso lo que me impide escribir cosas nuevas. Ahora estoy perdiendo mucho el tiempo, e incluso he visitado el zoo, aunque en realidad fue porque Felix espera poder rodar allí una película, y quiere que yo se la financie. Supongo que lo haré; los hijos de todo el mundo están haciendo películas, ¿por qué no el mío?

Aparte de eso, de los últimos tiempos solo recuerdo una fiesta en la nueva casa de Manfred Mills. Victoria Square siempre fue una placita antipática, y ahora tiene una elipse de cemento en medio, una especie de túmulo prehistórico o una monstruosidad inamovible que alguien hubiera querido cubrir con cemento para que no se viera. Tertia no quiso ir, así que me llevé a Felix. El hijo de Manfred –que tiene la edad de Felix pero que es terriblemente serio y ha conseguido una medalla universitaria de corredor a campo traviesa– nos recibió en las escaleras y dijo con decisión: «Tenéis que divertiros». Siempre me imagino que el

reino de los cielos es de ese tipo de personas. Arriba había una mezcla rara: demasiados residentes en la periferia hablando de trenes y una manada de funcionarios que revoloteaban en torno a Manfred, tan serviles y expectantes como una reata de aprovechados en torno a una viuda vieja pero rica. Haciendo suyas todas sus opiniones. Dicho de otro modo, un grupito totalmente convencional, salvo por un pianista que era tan tímido que solo se le podían presentar famosos, un cura católico que en realidad se había descasado y un bailarín soviético que todavía no se había pasado al Oeste.

Para la ocasión, Manfred se había rizado las patillas y colgado varias cadenas. Prudentemente, Madeline había cogido una neumonía y no apareció.

Entre esos funcionarios lameculos estaba Christian Thrale, que ya es una caricatura de burócrata. Con él, todo es como leerse un boletín de palacio. Cuando le pregunté por su esposa, que era bastante agradable, me contestó con forzada delicadeza: «Grace no se encontraba bien hoy». Qué indescriptible pedantería. Había ido con su cuñada, una mujer a la que en su día conocía bien, viuda desde hace unos años, y a la que no veía desde hacía siglos. Había venido de Nueva York y pasaba unos pocos días con los Thrale. Seguía estando guapa –por lo menos en comparación con esa caterva de usuarios de trenes de cercanías y de inspectores de hacienda–, aunque está a punto de caer en la distinción, un riesgo sobre el que nunca se prevendrá lo suficiente a las mujeres. De joven ya mostraba esa peligrosa tendencia.

El encuentro me llevó a escribir una o dos páginas hoy. Me gustaría hacer algo con él, aunque no una fiesta como las de Proust, en las que todos acaban apareciendo. No solo es algo que se ha repetido hasta la saciedad, sino que todavía no me siento lo suficientemente venerable para llegar al último volumen de Proust. Aunque, por supuesto, Proust tampoco. No era mucho más viejo que yo cuando describió esa fiesta. Hizo un apaño. Lo que se le daba bien era el futuro y también el pasado.

Creo que haces bien en aceptar la invitación de Washington, porque puede que pronto tengamos un nuevo gobierno y familiares de otra gente instalados en la embajada. Si, tal como está previsto, vas a los EE.UU. podrías enviarme las críticas que veas sobre la película *Dios lo quiso,* que se estrenará en esa época. Mi agente las retiene hasta que llegan todas y los amigos solo me las mandan cuando son enormemente desfavorables.

Felix me pide que te dé las gracias por el cheque que enviaste por su cumpleaños. Tienes que perdonarle que no te escriba él mismo y consentirle como sueles.

TU HIJO QUE TE QUIERE

–Paul Ivory acudió a una fiesta a la que fui esta semana –dijo Caro. Estaba almorzando con Ted Tice.

–A Paul ya se le deben de notar los años.

–Es asombroso, pero está igual que siempre.

–Seguro que tiene un retrato de sí mismo pudriéndose en un armario.

Caro pensaba en cómo Paul se había mantenido terso, con una sonrisa ahora más infrecuente y menos intensa. Se cuidaba, como un bailarín que envejece, y de vez en cuando se reservaba el derecho a aburrirse.

–Estaba con su hijo –dijo Caro–. Muy alto y delgado. –Un caballero escuálido: pelo largo y mustio, nariz y frente elegantes, una complexión refinada. Ojos todavía más vacíos que los de Tertia. Quizá sencillo, pero con egoísmo; aunque la buena cuna puede dar una engañosa sensación de inteligencia. Con una blusa de batista blanca, bordada con flores de colores, y puños de volantes; por fuera de unos vaqueros ceñidos como si fuera un saltimbanqui. Los pies desnudos. Se podría haber dicho: Qué guapo. Pero Caro se limitó a presentarse. Los monosílabos se iban colocando como si fueran bolardos, cerrando todas las avenidas. No es que el

muchacho se hubiera olvidado de lo que tenía que decir, es que había elegido un papel sin texto. Estaba tranquilo y su única agitación estaba en el encaje de las muñecas. Le hablaban como si fuera un niño: «¿Cómo te llamas, dónde estudias?». Se llamaba Felix y en otoño empezaría los estudios, sin duda en Oxford o seguramente en Cambridge. En cuanto apareció alguien él se esfumó, después de haber aguantado no se sabía cómo hasta ese momento. Una mujer dijo: «Yo solo sé que será cirujano, tiene esos dedos preciosos de punta un poco curva».

Caro no se había dado cuenta de que el chico tenía las manos de Paul. Cuando este se acercó a ella le miró las yemas de los dedos, la prueba del amor.

–Vámonos lejos del cura –dijo Paul– y de su sonrisita ecuménica.

En el restaurante, Ted Tice miraba a Caro, que había bajado los párpados: la tragedia no es que el amor no dure. La tragedia es precisamente que haya amores que duren.

Trajeron un plato de pescado empanado y se lo dividieron entre los dos. Caroline Vail no había previsto que pudiera llegar a ver a Paul Ivory sin sentir emoción alguna. En lugar de agitación se había encontrado con los azares de la vida y con que Paul ocuparía un lugar en su memoria hasta la muerte.

–Cuidado con las espinas –dijo Ted Tice. Le preguntó–: ¿Cómo está Josie? –Cuando estaba con Caro, a veces le gustaba hacer preguntas privadas para dar a entender que formaba parte de la familia. Y le había costado toda una vida alcanzar esa mínima intimidad.

Josie, que había viajado a Suecia para asistir a un congreso sobre aranceles y se había quedado allí, estaba embarazada.

–Iré a visitarla en septiembre –dijo Caro–, cuando haya

dado a luz. Me habría gustado... –y se detuvo por una razón evidente. Le habría gustado mucho, sí... aunque no podía imaginarse a Adam con su nieto.

Llevaba la pérdida con toda la serenidad que el mundo podía considerar razonable, o no razonable, esperar de ella. Pero en privado seguía haciendo torpes llamamientos, a Dios o a los muertos, y desfiguraba la evocación con lágrimas saladas; en tanto que en sus pensamientos Adam siempre aparecía en calma.

–La memoria –le dijo a Ted Tice– siempre te da más de lo que pides. Es decir, si las cosas siguen así, con este pasado omnipresente que puede convertir en pena hasta los recuerdos más dichosos.

El aspecto de Caro y la impetuosa manera de decir «pasado omnipresente» chocaban tanto con las palabras tristes que Ted estuvo a punto de sonreír.

–Caro, no somos tan viejos como para lamentarnos así.

–El otro día Paul me dijo que yo estaba a punto de entrar en una vejez distinguida.

–Seguro que le reventó verte tan guapa.

Ted observó cómo Caro se sacaba una espina de la boca. En la muñeca llevaba un reloj grande y pesado que debía de haber sido de Adam Vail. Levantaba la muñeca y allí estaba su marido, tomándole el pulso y contando las horas.

No tengo recuerdos muy felices de ella, pero las horas que hemos pasado juntos han sido las mejores.

–Además –añadió Caro– uno distorsiona el recuerdo como le conviene, por vanidad o por remordimiento. Por lo menos, yo lo hago. Tú no, tú naciste fiel a la verdad y también te has formado para seguir así. –Seguía teniendo una idea difusa del trabajo de Ted, al que se imaginaba envuelto en un gran silencio y una enorme precisión.

–Aunque sea a través de un telescopio, hay gente que solo ve lo que quiere ver. Como si no lo estuvieran utilizando –señaló–. Nada aporta más verdad que el deseo de verla. –Apartó la mirada como si le diera vergüenza. No podría decir que le he sido fiel; ella nunca me ha pedido esa clase de verdad.

Caro se secaba los dedos y pensaba que quizá lo que la llevara al pasado fuera el hecho de no haber tenido hijos. Por otra parte, era difícil imaginarse el futuro en el hijo de Paul Ivory.

–¿Tienes alguna foto de tus hijos? –le preguntó a Ted Tice.

Ted sacó su cartera. Le enseñó una fotografía de dos chicas adolescentes y un niño pequeño, de pie con su madre. Ellas, rubias y un tanto serias; el chico, moreno y partiéndose de risa.

–Nosotros nunca fuimos así de jóvenes –dijo Caro al ver la foto. La agarraba con cuidado por los bordes–. Tu esposa es encantadora.

–Es absolutamente adorable. –Hacía tiempo que habían dejado de maravillarse, con educación, de que Caro y Margaret no hubieran llegado a conocerse. Cuando Caro le devolvió la foto, Ted la miró durante unos momentos–: Mi hijo es el vivo retrato de mi hermano a la misma edad.

Caro se había olvidado del hermano de Ted Tice, que solo existía en el corte que Ted tenía en el ojo.

–¿A qué se dedica tu hermano?

–Quería ser granjero y consiguió entrar en una escuela de agricultura. Ya hace unos años que trabaja en una especie de cooperativa de Yorkshire. Trabaja muchísimo, pero también escribe para revistas del ramo y es autor de un reconocido tratado sobre ratones de campo. Tiene una esposa taciturna, que trabaja tanto como él, y una hija muy guapa.

(En la fiesta, Paul Ivory le había dicho a Caro: «Mi hermano se ha largado con una dependientilla». Y Caro le había contestado: «Yo también he sido dependienta. Y no somos necesariamente diminutas».

Paul siempre suscitaba cierto sarcasmo. Por su parte, las afirmaciones de Ted eran francas, sanas.)

–Así que los dos habéis hecho lo que queríais.

–En cierto sentido. –Ted miraba la fotografía, en la que su hijo sujetaba a un perro desgarbado–. El perrillo se llama Fobos. Hijo de Marte. –Se guardó la foto, sacó otra arrugada, en blanco y negro, y se la enseñó a Caro. Tenía curiosidad por ver cómo iba a despachar esta.

Sobre el fondo de una parte del jardín de Peverel estaba la imagen de una muchacha de perfil, con el pelo negro suelto y una mano levantada. Caroline Vail se puso la foto en la palma de la mano. Puede que la ligera sacudida que se le pudo apreciar en el rostro revelara su impresión o quizá que estaba conteniendo las lágrimas.

–No recuerdo ese vestido –dijo.

Le devolvió la fotografía. Así que sí había sido esa persona. En el conjunto de la sala, la fantasía de la existencia se trasladó a todo: a los tenedores y las patas de las mesas, al cuello a rayas de una camisa y al pelillo suave del banco de felpa que tocaba las pantorrillas de Caro.

A pesar del empeño que había puesto en conseguirlo, Ted habría lamentado hacerla llorar.

–Cuando pases por aquí en septiembre –dijo– ¿me avisarás?

–Te lo prometo.

–¿No cambiarás de idea? –Como un niño.

–Por supuesto que no. Me encanta verte.

Un corto tramo de escaleras conducía a la calle. Ted contempló cómo se le balanceaba a Caro el abrigo escarlata a

la altura de las rodillas cuando subió las escaleras. También vio sus zapatos, brillantes como cristal negro, y pensó que nunca le había visto los pies desnudos.

La tarde ya estaba muy avanzada. Caro iba a tomar el metro. Ted la acompañó hasta la taquilla. «Adiós.» Se besaron. Vio cómo su abrigo rojo cruzaba la barrera, se movía al ritmo de la escalera mecánica; planeaba, se perdía, bajaba: una Eurídice en hora punta. En el último momento Caro miró hacia atrás, sabiendo que él estaría allí.

35

En una tórrida mañana de ese verano prematuro, la señora Vail estaba sentada en la consulta de un médico que había enfrente de su casa. Leía en alto lo que veía en un cuadro. Sus ojos oscuros estaban todavía más oscuros y dilatados.

–Le haré una receta –dijo el médico.

–¿Para un colirio?

–Para unas gafas –ella se le quedó mirando. El médico tenía el pelo blanco y mal aliento–. El tiempo no perdona. Seguro que era usted siempre la que podía leer el nombre del barco o el anuncio de las vallas, ¿verdad? La que descifraba la letra pequeña. Bueno, el tiempo no perdona. La naturaleza no hace excepciones.

–Aquí no solo estamos para mitigar los efectos de la naturaleza.

–La naturaleza se desquita con las excepciones. Y además de repente. Los que somos corrientes podemos saber más o menos lo que nos puede pasar.

El médico le dio un papel y apartó su cuadernillo de recetas. Tres meses después moriría en un accidente de avión, camino a un congreso de oftalmólogos en Roma.

De nuevo en la calle tórrida, a Caro le escocían los ojos. Buscó un pañuelo en un bolso digno de Dora. Al mirar el bordillo de la acera se le nubló la vista. Y un hombre que salía de una consulta de al lado dijo su nombre.

–Pero ¡qué casualidad!

Era propio de Paul sorprenderse, en otro continente, de que Caro estuviera precisamente en la calle en la que vivía.

–¿Eres Paul? –lo dijo como si estuviera realmente ciega.

La miró mientras ella se enjugaba las lágrimas de unos ojos más grandes y oscuros de lo que él recordaba.

–Mi hijo tiene leucemia –dijo Paul. De sus ojos manaron lágrimas, sin nada que las provocara.

Caro se quedó con un dedo en la mejilla, los ojos cerrados. La conmoción la dejó sin energía.

–Qué pesadilla.

–Pero es muy real. Aunque llevo un mes pensando que cuando me despierte desaparecerá.

Se quedaron allí, sin prestar atención ni a la calle ni al tiempo. Como siempre había ocurrido, la gente pasaba y los miraba. A su alrededor, la ciudad se movía con dificultad, sucia y agotada.

Paul le contó cómo habían descubierto la enfermedad. Había traído a Felix a Nueva York porque había un médico, un hospital, un nuevo tratamiento. Tertia llegaría después del 4 de julio.

Caro se puso la mano en el pelo recalentado.

–¿Quieres venir a casa? Vivo aquí enfrente. –Ahora era Caro la que tenía la llave. Al girarla en su complicada cerradura, dijo–: No hay nadie. Me he quedado en la ciudad durante las vacaciones, para trabajar.

La entrada estaba fresca. Las superficies, despejadas. En una mesa había una lista escrita a mano: «Periódico, lavandería, Gristede». En el cuarto de estar las cortinas se hinchaban y deshinchaban por el aire acondicionado. Había una silla, un sofá y una mesa de cristal no cubierta por fundas.

–¿Puedo beber algo? –preguntó Paul.

Nunca le habían interesado los pormenores de la vida de Caro, así que podía reanudar la conversación como si se hubieran visto el día anterior, sin necesidad de contarse lo que había ocurrido entremedias.

Ella sintió lo mismo: una reanudación. O una culminación.

Paul se quitó la chaqueta y la dejó en una silla. Caminó por la sala envuelta en sudarios mientras Caro traía una botella y unos vasos. Tenía la visión tan distorsionada que casi no podía servir la bebida. Paul se tiró en el sofá y se cubrió los ojos con la mano, la palma mirando al techo, el brazo con la camisa blanca suspendido en el aire. Por primera vez estaba descolocado, con una pierna por arriba, una rodilla ladeada, como un mecanismo moderno fracturado que sería más fácil sustituir que arreglar.

Cuando se retiró la mano del rostro, Caro le dio el vaso frío.

–El tratamiento es drástico –dijo Paul–. Ahora lo que más le hace sufrir es eso.

–Recuerdo lo guapo que es.

–Con estos fármacos nuevos hay cierta esperanza.

–Donde hay esperanza hay incertidumbre –dijo Caro después de sentarse en su silla.

–El tiempo –dijo Paul–, el tiempo que no pasa. –Dejó el vaso en el suelo, junto al sofá, donde la condensación formó un círculo. Su mano colgaba por un lado–. Todo esto puede durar mucho tiempo. Y tengo que esperar que sea así.

Después de morir Adam Vail, Caro no dejaba de preguntar qué hora era, y descubría que casi no había pasado tiempo.

–¿Él lo sabe?

–Sí, y ahora mismo siente más amargura que miedo. En ciertos sentidos, Felix es como Tertia.

Caro comenzó a ver a Paul con más claridad: la piel irritada por la falta de sueño, enrojecida pero gris; los ojos azules con vetas rojas y los párpados color cobalto; el cuello de la camisa y la corbata ligeramente descolocados. Era extraño que un hombre con su preocupación se afeitara, vistiera y caminara por la calle según marcaban las convenciones, y que eso fuera lo que la humanidad esperara de él. Cogió el vaso de Paul y se lo rellenó.

–Traeré algo de comer.

–No, no lo traigas. –Como si estuviera en su propia casa, no en la de ella. Se acercó a la muñeca de Caro, no para tocarla sino para agitar el vaso que ella tenía en la mano. Fue un gesto sin contacto, solo el deseo de retenerla.

–Si no nos hubiéramos encontrado, habría pasado el día sin más. Lo que te descompone, lo que te derrumba, es poder hablar.

–¿Puedo hacer algo?

–Nada. Seguir aquí. Dentro de un rato tengo que ir al norte de la ciudad a casa de alguien que conoce Felix y que está poniendo fotos en orden, diapositivas de un viaje que hicieron juntos. Pensamos que quizá le guste verlas, porque para leer no se concentra.

–¿Es su novia?

–Felix es homosexual. –Caro se sentó, con Paul extendido ante su escrutinio. Algo que nunca había hecho cuando yacían juntos–. Es como si, hasta ahora, uno no hubiera tenido ningún problema. –Había llegado a los cincuenta pero no había salido indemne.

–Al volver la vista atrás ves esa terrible ignorancia. No sabías lo que te esperaba –dijo Caro.

–Y la rabia, contra el destino, contra Dios. No es solo que uno se sienta impotente, sino que está en poder de alguien, de

algo. De médicos y enfermeras con autoridad para decirte lo peor, o para mentirte. Con autoridad para cometer errores. Siempre me ha parecido odioso que alguien tuviera poder sobre mí. –Se enderezó, encendió un cigarrillo y dejó que se le consumiera entre los dedos. Un observador podría haberse preguntado si Paul recordaba quién era Caro–. ¿Podría venir mañana?

–Voy a estar aquí todo el fin de semana, trabajando.

–¿Trabajando?

–En una traducción del español.

–Ah, sí, ya lo había visto.

El hecho de que no le hubiera preguntado por ella, por su vida, por la pérdida de su marido, prestaba realidad a una atmósfera casi onírica. Servía para constatar la presencia de Paul, con la materialidad que podrían haber tenido unas cifras o hablar de dinero.

–¿Esto es un cenicero? –y apagó su cigarrillo–. Pues hasta mañana.

Caro lo acompañó. Cerró la puerta ante ese día sofocante y se preguntó si Paul volvería. Llevó el plato de colores a la cocina y lo enjuagó en el fregadero, percibiendo el olor a nicotina mojada.

Por la noche, bajó de su dormitorio y miró los cojines arrugados y el hielo derretido en un vaso. Fue a la cocina y vio el plato de Palermo. Años antes había buscado pruebas de su propia presencia en la casa. Ahora lo que había que demostrar era que Paul existía. Cuando salió el sol, Caroline Vail miró desde lo alto de la casa a un cielo ferroso.

El correo trajo un grueso periódico, una nota de Una y una carta de Irlanda.

Al abrir la puerta Caro se topó con una ráfaga de calor.

–Creías que no iba a venir.

Tan puntual como un actor, parecía reproducir la escena ensayada el día anterior. Se quitó la chaqueta y se sentó en el sofá. Tenía la camisa húmeda a la altura del pecho y entre los omóplatos, lo cual le estilizaba el cuerpo, lo hacía más visible.

–¿Dónde te alojas? –Un hotel podría dar fe de la existencia de Paul Ivory.

–En el St. Regis. –Caro trajo sándwiches en un plato y un vaso de whisky. Paul no fomentaba la amabilidad: tenía que pedirle un gran favor. Dijo que Felix había dormido bien y que no tenía dolores. Tertia había telefoneado desde Londres–. La piel, los dientes, el cabello –dijo–. El cabello se le cae a puñados, como si fuera paja. –Sujetaba el vaso con las dos manos–. Ese cabello tan bonito. –Guardó silencio durante unos momentos y añadió–: Quizá te sorprenda que me preocupe tanto de alguien.

En él la novedad no era el amor, sino la responsabilidad.

Las palabras embellecían un estado caracterizado por la espera. Bajo la luz amarillenta, el rostro de Paul era una delicadísima y suavísima máscara de cuero o de seda color limón: el agotamiento de las facciones era más fruto de la interpretación que hacía para el exterior que de los sentimientos del interior. Las apariciones públicas y las innumerables fotografías habían consumido la reserva de verosimilitud, y ya solo quedaba esto. Los actos de explotación habían ido drenándolo poco a poco, hasta dejarle únicamente una fina capa de expresividad.

–Lo más terrible no es la culpa –dijo–, que prácticamente no siento, ni siquiera ahora. Sino la sensación de que esto es un castigo.

Caro pensó que se refería a un castigo por cómo se había portado con ella. Paul la miraba en una penumbra que solo mostraba una silla, una forma. Podría haber sido una vieja

bruja o Helena de Troya.

–Eso es algo que podría sentir mucha gente. Es inherente a la propia pregunta ¿por qué a mí? La sensación de que te han elegido para sufrir ese castigo.

–Ya sabes que no se trata de algo tan corriente. –Paul aún podía crear complicidad–. Pero nunca he estado seguro de cuánto sabías. –Dejó el vaso y esperó.

–¿Qué has venido a decirme? –preguntó por fin Caro.

Paul se sentó en el sofá, con las manos ligeramente entrelazadas entre las rodillas. Ahora hablaría con la voz natural y casi hermosa que reservaba para decir la verdad.

–Dejé morir a un hombre –dijo con esa voz. No quitaba la vista del rostro de Caroline Vail. La mirada de ella fue la que cayó en las tinieblas–. Tenía veinticinco años. Fue justo antes de que nos conociéramos, ese verano en Peverel. –Parecía que hablaba de algo intrascendente–. Digo que lo dejé morir, pero en realidad lo maté. Pensaba que quizá lo supieras. –Era esto lo que había venido a decirle.

–Vi… sabía que había algo –Caro podría haber añadido «de ese tipo», pero el asesinato no tiene congéneres.

–Por cosas que decías, por figuras retóricas, a veces por tu mirada, suponía que lo sabías. Aunque era imposible que lo supieras todo. –Los ojos de Paul habían cobrado vida en su máscara de piel de cabritilla con una prominencia renovada, desprotegida, como si las pestañas y las cejas se le hubieran quemado por la intensidad de la mirada. La mujer lo miraba con un esfuerzo moral–. Quizá recuerdes. –Las frases convencionales parecían absurdas: debería haber otra forma de hablar del caos–. En Peverel había una pareja mayor que ayudaba con las comidas, que servía, recogía y esas cosas.

–Los contrataron para la boda de Grace –dijo Caro–. Y estaban allí esa noche, la noche que los Thrale celebraron tu

compromiso con Tertia.

–Los Mullion, se llamaban. Venían al castillo para trabajar los fines de semana que había fiestas. Tenían un nieto que a veces también echaba una mano, para acercar los coches o llevar gente a la estación, de chico de los recados. Así conocí yo al nieto, en el castillo, un par de años antes de conocerte a ti. Salí al jardín después de cenar y él andaba por allí. –Paul hizo el gesto, olvidado durante muchos años, de apretar los párpados–. Más bien debería decir que lo había visto en el jardín y que por eso salí. Se llamaba Victor.

Te veo de noche, miro por la ventana y te veo solo en el jardín.

–Se llamaba Victor Locker. La hija de los Mullion se había casado en la misma zona sórdida de Londres de la que sus padres llevaban toda la vida renegando. Se había casado con un animal llamado Godfrey Locker, de cabezón aplanado, ojillos diminutos y dientes afilados, como una ballena de perfil, y ella tenía un temperamento, o lo había desarrollado, acorde con el del marido. La verdad es que no sé a qué se dedicaba ese tipo: era uno de esos que van tirando con chapuzas, pero que siempre esconden algo turbio. Había trabajado en los muelles y en Smithfield, y durante un tiempo hizo portes con una furgoneta. Tenían cuatro hijos y todos vivían un infierno. Como ya he dicho, el padre se llamaba Godfrey, pero no le llamaban papá, le llamaban God*. Esa es la verdad.

–¿Ese fue el punto de partida de *Amigo de César?*

–Sí. Después de trabar amistad con Victor me pasaba por allí, iba a su casa. Vivían en Kennington, en un panorama desolador. Victor decía que la profesión de su padre era devastador de interiores. A los hijos les daba terror el padre, sus manos, sus botas y su sonrisita salvaje. La madre era una

bruja, una arpía y una borracha. Victor era el mayor –cuando lo conocí tenía dieciséis años–, aunque había habido una chica todavía mayor con cabeza suficiente para escaparse y desaparecer. Y ahí es donde yo pasaba el tiempo libre después de hacerme amigo de Victor, con los Locker en Kennington. Es decir, Victor era mi amante.

–Sí.

–El padre no se metía conmigo. Tenía sus planes y no quería que saliera corriendo. Me observaba con su sonrisita de sierra, como diciéndome: Ya tendrás tu merecido. Los abuelos, los Mullion, tampoco eran para echar cohetes, pero eran bastante mejores que Godfrey Locker. Querían hacer algo por el chico, por Victor. Lo único que se les ocurría era buscarle trabajillos en casas de campo, lo que por lo menos lo sacaba de vez en cuando de Kennington, pero iba generando otros problemas, porque el chaval comenzó a llevarse cosas y a pensar en dar algún golpe con una pandilla de chicos como él. Luego estaban las oportunidades que surgían conmigo y gente como yo. –Paul bebió y se secó la boca toscamente, recordando a Godfrey Locker–. ¿Tú no te diste cuenta de cómo era yo, verdad?

–Sí.

–Mi padre fue el primero en verlo. El primero, con eso que dijo en su lecho de muerte. ¿Podemos apagar ese trasto un rato? –Caro se levantó y apagó el aire acondicionado. Apartando la cortina, abrió la ventana. La calle estaba vacía, la suciedad pegada a la superficie como si fuera eterna; los árboles eran seres vivos que percibían una tormenta inminente–. Con el paso del tiempo uno se delata, y con frecuencia aposta. Por ejemplo, normalmente se nos identifica por cómo nos burlamos de los homosexuales. –Paul casi sonrió. Observó cómo ella regresaba a la silla y se sentaba–.

Te lo estás tomando con mucha tranquilidad.

–¿Y qué quieres que haga?

–Con eso me estás diciendo que ya has consumido toda la emoción que tenías para mí. –Paul lo dijo sin lamentarlo en absoluto y el reconocimiento condujo inmediatamente a la suficiencia–. Es terrible que incluso al contarte esto, al hablar de este modo, apenas pueda dejar de pensar en Felix. Estas cosas ya no importan mucho. –Movió la cabeza como un animal perplejo–. Mientras nos veíamos los fines de semana en el castillo, Victor consiguió un trabajo, si es que podemos llamarlo así, de chófer y haciendo recados, para un soltero con una casa de campo cerca de Marlborough. Entre Marlborough y Avebury. Era escenógrafo, algo con mucho gancho entonces. Se llamaba Howard. Ya te harás una idea. Tenía un piso en Londres y pasaba los fines de semana en el campo. Y, durante el breve período en el que Victor me pareció esencial, yo también me iba para allá los fines de semana, y me alojaba en un hotelucho cercano, esperando sin hacer nada a que Victor tuviera tiempo libre. Nunca me enteré de si el jefe de Victor sabía que lo estábamos compartiendo. No se podía uno fiar de lo que Victor te decía, ni sobre eso ni sobre nada.

–Te alojabas en la fonda. Adonde fuimos nosotros.

En circunstancias muy distintas, te lo aseguro.

–Sí.

Paul había tenido la satisfacción de engañar a Tertia en la época del compromiso matrimonial. Entonces Caro estaba en el ajo. Ahora desconocía cuál era el gran engaño, el engaño íntimo: Paul la había poseído en el mismo lugar –la misma habitación, la misma cama– que a su otro amante. Desconocía cuál era su placer más profundo.

Siempre me ha gustado el teatro dentro del teatro.

–Tampoco llegué a saber si Godfrey Locker y su hijo chantajeaban al decorador. Conmigo empezaron por pequeñas presiones. Por supuesto, yo ya le estaba dando dinero a Victor, así que me pareció que solo estaba yendo un poco más allá. Una historia bastante vista, y se podría decir que el único indicio de mi inocencia juvenil fue que caí en la trampa. O quizá fuera exceso de confianza en mí mismo: estaba acostumbrado a ganar y a pensar que era yo el que los utilizaba a ellos. Cuando fueron aumentando las cantidades yo aún podía asumirlo, pero ya veía en qué dirección íbamos. Victor había encontrado una revista en el piso de su empleador y se enteró de que yo estaba a las puertas de un éxito: había una entrevista sobre los preparativos de la primera obra y una foto mía con Tertia. Por una parte estaba todo eso y, por otra, el accidente, los Locker, el chantaje, el escándalo y la posibilidad de una pena de cárcel. Cuantas más cosas le arrancaba yo al mundo, más poder tenían los Locker. Desde entonces no había vuelto a pasar horas y días tan angustiosos.

Caro había estado en una cocina heladora, queriendo morirse.

–Parecía increíble que no pudiera imponerme a ellos con las armas que tenía –más inteligencia, buenos contactos–. Victor tenía... no era inteligente, pero sí rápido. Los hijos de animales desarrollan pronto esa rapidez para intentar adelantarse al horror. Por ejemplo, con mi obra sí era listo: cuando yo necesitaba ayuda con diálogos o respuestas, comprendía exactamente lo que hacía falta. No tenía ideas, solo esa perspicacia. Pero le atribuía un valor desmedido a su inteligencia, por venir de dónde venía. Los vástagos de los animales tienen eso en común con los hijos de los ricos: carecen de contexto para valorar sus limitaciones.

»Entonces ocurrió algo que me favorecía. Durante un tiempo Godfrey Locker volvió a conducir un camión y tuvo un accidente en la Great North Road. Se rompió un brazo y una cadera, y durante casi una semana estuvo en coma por una lesión en la cabeza. Hacía uno o dos fines de semana que no me pasaba por Marlborough –por Avebury–, pero ese viernes sí fui, pensando que quizá pudiera conseguir que Victor aceptara cierta suma mientras su padre estaba fuera de juego. Por la noche, en su tiempo libre para cenar, se pasó por el pub como de costumbre, pero nos vimos en la carretera. Yo ya estaba nervioso por los métodos de los Locker y pensé que podrían estar fabricando pruebas con el dueño del hotel, que por su aspecto podría haber formado parte de su misma dinastía. Nos sentamos dentro del coche y Victor, como se suele decir, se rió en mi cara cuando le pedí que me dejara en paz. "Estás en mi futuro", me espetó, "me lo dijo una pitonisa". Le encantaban las pitonisas. "Eres mi plan de pensiones", me dijo, y se recostó en el asiento con una sonrisita. Lo que me había atraído de él era su físico y ahora solo me recordaba a su padre.

–¿Cómo era su físico?

–Rubio, ojos claros. Eso me venía bien, porque si no abría la boca la gente se creía que éramos hermanos. El caso es que esa noche a mí me pareció que era como su padre. Se recostó y se rió: «Tengo una buena racha –dijo–, ahora que God está averiado». Era tal el entusiasmo –el éxtasis– que le producía el accidente del viejo que estaba casi histérico, y era comprensible que toda la familia se alegrara, pero la alegría era incompleta.

»Nos citamos a la mañana siguiente a la orilla del río, en un sitio al que a veces íbamos si Victor tenía que estar despierto toda la noche. Cuando llegaba tarde de trabajar en alguna

fiesta, dejaba el coche oculto y se iba andando a verme, sin dormir, después del amanecer. Cruzaba un puente que había río abajo y lo desandaba para verme. El río hacía un codo al que solíamos ir, justo por debajo de una carretera, con árboles que colgaban por encima. En ese tramo el río era muy estrecho, casi un arroyo, y desde la carretera ni se veía, ni desde luego se apreciaba que bajo los sauces había un repecho terminado en banco. Hasta a Victor le gustaba –dijo Paul con su mirada penetrante–. Digo que hasta a él le gustaba porque le daba miedo el agua y allí se sentía seguro porque casi no había río, solo un reguero sobre unas piedras y juncos vencidos aquí y allá. Le daba miedo porque, como la mayoría de los pobres de su generación, no sabía nadar, pero por vergüenza decía que en una feria una pitonisa le había dicho que moriría ahogado.

»Que tenía miedo al agua lo descubrí porque en una ocasión me lo llevé a la Riviera durante unos días, pensando que le gustaría. Sin embargo, me encontré ese terror al mar y la humillación de tener que admitir que no sabía nadar.

El calor, la arena, el mar. Limoneros, viñedos, paredes encaladas.

–Después de verlo esa noche me volví a la fonda. No me dormí hasta el amanecer, y cuando me desperté ya se había pasado la hora de la cita en el río. Al llegar dejé el coche en una curva de la carretera, como siempre, y recorrí a pie el último tramo. Bajé por el repecho y me encontré a Victor debajo de los árboles, dormido. Había estado despierto toda la noche y siempre dormía como un tronco. En ese momento me volvió a parecer hermoso y le deseé la muerte.

»Me quedé un rato junto a él, deseando que no volviera a despertarse. No pensé en causarle ningún mal, solo quería que dejara de existir mientras seguía siendo hermoso y antes de

que lo acabaran capturando. Mientras estaba allí pasó un hombre por la otra orilla, a unos pocos metros. Nadie había pasado antes por allí, no había acceso ni sendero, solo un estrecho tramo de hierba junto al lecho del río. Se detuvo bajo los árboles y nos miró, me miró. Ya he dicho que entonces no había pensado en hacer daño a Victor, pero este hombre vio lo suficiente en mi rostro como para detenerse.

Paul esperó que Caro hablara. Como se quedó en silencio, continuó.

–Nos miramos el uno al otro, con esos metros, esas piedras y el agua en medio, le hice un gesto con la cabeza y sonreí. Estaba acostumbrado a que mi aspecto convenciera a la gente y lo odié por no dejarse embaucar. En cualquier caso, ese hombre vio que Victor solo estaba durmiendo –está claro que se quedó mirando para comprobarlo–, y pasado un minuto continuó caminando río arriba. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pero a mí me alteró su paso y comencé a temer que Victor se despertara y se volviera a parecer a su padre. Había algo horrible en esa mañana reluciente y en el hecho de que yo, en situación de alerta, continuara mirándolo mientras dormía. Pasado un rato, me superó el miedo a que se despertara y a su transformación, y me marché, dejándolo allí dormido como un muerto.

Otro movimiento de la cabeza de Paul: esa forma de apartar la mirada con la que un paciente podría llegar a soportar que le hurgaran en una herida.

–Cuando me acerqué a lo alto del repecho había un policía uniformado a punto de bajar. En medio de la confusión, durante un instante pensé que el hombre que había pasado había avisado a la policía y yo ya estaba dispuesto a negar todo lo que, en cualquier caso, no había hecho. Parecía un policía de pega: edad indefinida, buen hombre, responsable.

Antes de que yo pudiera articular palabra comenzó a decirme que estaban evacuando a la gente de ese tramo del río para poder inundarlo. Una gran tormenta avanzaba por el oeste y temían que, río arriba, a menos de medio kilómetro de donde estábamos, pudiera romperse un dique. El año anterior un granjero había retenido el agua de un pequeño afluente para hacerse un depósito, y ahora no aguantaba. Habían traído a un par de ingenieros para que lo abrieran de forma controlada antes de que se produjera el diluvio, para que la riada no anegara el pueblo que había más abajo. Como donde estábamos el río se estrechaba mucho, era el único lugar en el que pensaban que el desbordamiento podría ser importante. «Aquí va a rebosar –dijo el policía–, lo demás será coser y cantar.» Había un compañero suyo vigilando más arriba, y estaban poniendo barreras en la carretera. «Por ahí abajo no hay nadie, ¿verdad?», preguntó. Ni siquiera tuve que contestar que no. Echó una buena ojeada desde el borde, mirando hacia el curso alto y el curso bajo del río, y por supuesto lo único que no vio fue a Victor.

»“Tenemos orden de despejar este tramo –dijo–. Pero si sube usted un poco por la carretera podrá ver el espectáculo”. Mientras subía por la carretera pensaba: ¿Y si se despierta? Solo pensaba en lo que podrían llamarse cuestiones prácticas, no era consciente de nada más, no tenía dudas. Después pensé: Siempre podré decir que no había bajado hasta la orilla. Si Victor grita, si aparece, no podrá saber que estuve allí. Era como si me hubiera olvidado del caminante. Así que me puse a hablar con el agente y a él por lo menos sí lo engatusé. Cuando llegamos a la elevación donde yo había dejado el coche, los policías se intercambiaron señales y uno de sus coches bajó lentamente por la carretera para comprobar que estaba despejada. Pasados unos minutos se

oyó una pequeña explosión, se vio algo de humo entre los árboles y poco después se oyó el agua. Pasó con rapidez, en un momento: primero subió el caudal, luego llegó a borbotones y, después, tal como habían dicho, se alzó una cresta en la estrecha garganta del río, donde se perdió de vista. La cresta llegó hasta la copa de los sauces y a continuación las ramas cayeron sobre la corriente como pelo mojado, permitiendo ver todo lo que había por debajo, hasta el pequeño saliente donde había dormido Victor. Y donde ahora no se veía nada.

En la ventana el visillo se hinchaba y elevaba, oscilando con libertad, de forma natural. Un fuerte viento soplaba antes de la tormenta. Con ello solo se pretendía dar al relato la ambientación debida. Paul continuó hablando. Cada vez que hacía una pausa se oía el ventarrón y, a lo lejos, el prolongado retumbar de los truenos.

–Las palabras y las acciones fluyeron con una facilidad sobrenatural. Me veía y me escuchaba a mí mismo contemplar la situación como si no fuera conmigo. Mientras Victor moría en el Kennet. Tuvimos que esperar a que regresara el otro agente con el coche. La espera me pareció larga, quizá fueran veinte minutos, pero cuando apareció el vehículo no se informó de ninguna novedad y los dos policías se pusieron a hablar despreocupadamente en la carretera, a la espera de que los ingenieros indicaran que había pasado el peligro. Al final se oyó un silbato, alguien avanzó hacia nosotros con una bandera verde y pasaron uno o dos coches. Yo ya había decidido regresar a la fonda y, por si acaso, hacer como que esperaba durante una hora o así. Por si acaso. Por si... Mi agente iba en esa dirección, así que lo llevé en el coche. No podía estar más contento. Cuando llegamos a la altura del dique que habían volado nos detuvimos para que el

policía pudiera hablar con los hombres que estaban allí. Y alguien dijo: «Hay un hombre que tuvo que quedarse aquí hasta que pasara la emergencia y que necesita que lo lleven a la estación». Y era el caminante del río. Ya debía de haber pasado casi una hora –dijo Paul.

»El hombre se acercó al coche y me reconoció. No sabía nada de lo que había pasado. Pero me vio y lo comprendió todo. Se quedó junto al coche y me caló. Sentí cómo me miraba y todavía lo siento. –Se puso la mano delante de los ojos–. Ese fue el único momento en el que los policías, los dos, dudaron. Durante un instante tuvieron la sensación de que había algo raro, y por supuesto sospecharon de él, no de mí. Lo miraron de soslayo, grabándose en la cabeza sus rasgos. Después pasó el trago, el hombre se sentó en el asiento trasero, continuamos el viaje, y mi agente no paró de hablar. Se dice que un chiste necesita de tres personas: el que lo cuenta, el que lo entiende y el que no lo pilla. Quizá con muchas otras cosas sea igual. Esa fue la situación en el coche: él y yo, y el policía sin enterarse de nada.

»La reacción estaba comenzando a alterarme, tuve que hacer un esfuerzo colosal para poder conducir. Las manos. Uno se dice que debe hacerlo, como si fuera una obligación, un acto heroico. El hombre que iba en el coche estaba haciendo un recorrido a pie por el oeste del país. Ese mismo día volvía a trabajar. El muy imbécil había hecho una parada para ver el círculo de Avebury y ahora tenía que tomar un tren. Había dejado el equipaje en la estación. Todo esto lo supe porque el policía lo interrogó un poco, al percibir cierta incomodidad en el coche y no saber a qué se debía. Yo me volví a la fonda –añadió Paul y bebió. En el vaso que Paul tenía en la mano, la temperatura del barómetro no cambiaba.

Después de tantos años, Caro volvió a ver el mostrador

sucio, las botellas turbias, al dueño. El cuarto. La cama. La sangre dos veces derramada.

–Cuando estaba en la fonda estalló la tormenta. Esa misma tarde regresé a Londres, conduciendo bajo una lluvia de una intensidad que nunca volvería a ver. Hasta la noche no se supo nada de Victor. La corriente debió de arrastrar su cuerpo por debajo del puente, río abajo, donde se quedó enredado. La tormenta se llevó el puente por delante y el cuerpo lo encontraron entre sus escombros. Así que nunca se relacionó con la crecida que se había originado río arriba. Su empleador, el tal Howard, no se despertó hasta que empezó la tormenta y no tenía ni idea de a qué hora se había marchado Victor. Solo estaban ellos dos en casa y Howard había estado durmiendo la mona. Se dio por hecho que Victor estaba en el puente cuando se derrumbó por la tormenta: lo cruzaba con frecuencia, para ir a comprar al pueblo o para ir a un taller de reparación de automóviles. En la fonda podrían haberlo relacionado conmigo, pero lo último que hubiera querido el dueño era que la policía se metiera en sus asuntos. Godfrey Locker seguía en el hospital con una grave conmoción cerebral: estuvo ingresado durante semanas y cuando por fin le dieron el alta le acusaron de homicidio involuntario. Nunca llegó a recuperarse del todo del accidente y a los dos años ya había muerto. De eso me enteré después, poco a poco, por los Mullion.

»Si Dios lo hubiera planeado –dijo Paul– no habría salido mejor. –Dejó el vaso en el suelo–. Pero estaba ese hombre. Que lo vería en el periódico, aunque no pudiera estar seguro de nada. –Se levantó, se acercó a la mesa y se puso otra copa–. Pero él estaba seguro. –Examinó a Caro, sopesando su reacción, como si sopesara el cuerpo de su interlocutora–. Mucha gente, quizá la mayoría, ha hecho algo turbio, incluso

criminal, pero sigue viviendo verdaderamente dentro de la sociedad. Yo te estoy hablando de otro nivel, después del cual la propia vida dentro de la sociedad es una impostura. –Paul volvió a sentarse, con el vaso en la mano–. Y, para mí, eso fue fascinante, casi apasionante.

A veces las cortinas se abrían, mostrando un cielo oscuro y cambiante. La sala casi se había quedado sin luz.

–Por supuesto, estaba aterrado, incluso horrorizado. Pero también sentía euforia, la sensación de estar engañando, y por tanto controlando a toda la humanidad, vulnerando las leyes naturales. Me había hecho más fuerte, omnipotente, y, de una forma absurda, mis sentimientos se podían comparar a lo que debían de sentir los héroes que arriesgan su vida para desafiar al Estado y que sobreviven. Todos los misterios se habían puesto de mi parte. Me sobraba energía: comencé a remodelar mi obra y, con esa realidad dentro de mí, me salió mucho mejor. También fue entonces cuando decidí casarme con Tertia. No fingimos que nos amábamos. Ella sabía que yo tenía el gusto escindido. Los dos teníamos algo que el otro deseaba: ella quería conservar sus ventajas sociales, pero escapar de un mausoleo para acceder a algo más divertido o extraño, o quizá para entrar en un nuevo mundo que le permitiera entregarse de pleno a su capacidad para el aburrimiento. Y yo no solo quería acceder a la fortaleza de la élite, sino buscarme un sitio seguro dentro. Como puedes ver, en cierto modo los dos lo queríamos todo.

–¿Se lo has dicho...? ¿Lo sabe Tertia?

–No. Pero, para mí, una de las ventajas de Tertia era precisamente esa, que si se lo hubiera dicho no la habría sorprendido. Habría sido más o menos lo que se esperaba. –Paul se recostó, dando golpecitos sin cesar en un cojín con la punta de los dedos–. A veces casi no podía estar seguro de no

habérselo dicho, porque ella estaba absolutamente convencida de que yo albergaba lo peor.

Quizá los dos sepan lo peor del otro: eso puede unir mucho.

–Después de la muerte de Victor, puse más empeño que nunca en afianzar mi posición en el castillo. Era una salvaguarda, el último lugar en el que buscarían a un sospechoso. En el castillo, créeme, cada uno va a lo suyo. Me bastaba con haber visto cómo se habían fijado los policías en quien no debían esa mañana en mi coche: cómo clavaron la mirada en quien parecía y hablaba como un sospechoso, en quien solo podía ampararse en su inocencia. –Paul dejó de dar golpecitos y miró fijamente a Caro–. Pero por él sabrás algo de esto, aunque sea poco.

–¿Por él?

–Por Tice.

La lluvia golpeaba, caía a cántaros sobre las ventanas.

–¡Dios mío! –gritó Caro. Se oyó a sí misma lanzar un grito que se oyó más que la tormenta–: ¡Por Dios, por Dios!

–El que estaba en la orilla era Ted. Por supuesto que era Tice. Tú ya lo sabías. –Una acusación.

–No, no.

–Tendría que habértelo dicho. Tenía todos los incentivos para decírtelo. –Puede que Paul sospechara que había gato encerrado.

–No –dijo Caro juntando las palmas de las manos.

Sentía que se agitaba en la habitación como ese fuerte viento, como un estandarte. Era una mujer quieta, pero era como si se estuviera retorciendo.

–Esa fue la primera vez que no me sonrió la suerte. La única, entonces. Cuando semanas después, ese día, llegué en coche a Paverel; ya todo era agua pasada, y me encontré allí a Tice. Fue el primer indicio de que Dios también podía acabar

riéndose de mí. Tice junto al coche, fulminándome con ese ojo cortado, y la escena que se volvía a producir. Sabía que, para poder darle el pego, tenía que aludir inmediatamente a nuestro encuentro en el río. Pero no pude. Él esperaba y, como no pude mencionarlo, se quedó todavía más convencido. Por Dios, qué horrible fue estar en la misma casa que él, dormir bajo el mismo techo. Compartir cuarto de baño con mi némesis. Todo lo demás había salido bien, menos esto; lo cual demostraba que había factores que yo no podía controlar. –Paul miró las manos presionadas de Caro–. Luego apareciste tú.

Paul se levantó y cerró la ventana para que no entrara la lluvia. Al levantarse y caminar el escenario cambió. ¿Qué delito podía cometer a continuación?

Caroline Vail sintió que una barrera casi física le impedía reconocer el papel de Ted Tice en esa trama. Ella, que había hablado con Paul de la ignorancia, debía evaluar la ignorancia en la que habían transcurrido apasionados años de vida. Todo el orgullo y el atrevimiento, la exaltación de sus propias creencias, el deseo de comportarse con humanidad, la lucha por hacer el bien, se reducían a esto: una mujer madura retorciéndose las manos y apelando a Dios.

Había anhelado el conocimiento, pero no saber esto. El conocimiento se había convertido en una corriente temible en la que un hombre podía ahogarse.

Paul Ivory estaba ocupándose de la cortina, estirando el brazo hacia esa ventana ajena.

A Caro le repugnó la presencia de Paul en casa de Adam Vail.

–¿Y bien? –preguntó Paul volviendo a cruzar la sala.

–Estoy pensando en cuánto le habría horrorizado esto a Adam.

–Tengo entendido que se dedicaba a los pecadores. ¿O eran solo los que huían de la ley? –Ni siquiera en estas circunstancias podía evitar Paul ese coletazo de cinismo.

–Condenaba cualquier forma de violencia.

Un relamido epitafio para un clérigo difunto, cuando en realidad los sentimientos que ahora tenía ella eran animales: esas sillas y mesas se apartaban de Paul como los enseres que amueblaban la memoria de esta mujer. Paul se había convertido en todo lo que es mezquino, ruinoso; en una cometa rasgada que no se puede desenredar del cielo. Sería capaz de reducirlo todo, todo, hasta que no quedara nada más que el mobiliario de una fonda de mala muerte.

Y pensar que, para ella, las posesiones de este hombre habían llegado a ser radiantes.

Paul se sentó. Tamborileó con unos dedos que parecían pencas o tallos: pruebas del amor. Hacía pocos meses, en Victoria Square, los ojos de Caro se habían detenido en esas manos. Esa noche había jugado a ser una anciana, cómplice, complaciente, reconciliada. Ahora toda su caritativa vanidad se había quedado en esto.

–¿Entonces la relación conmigo fue para vengarte de Ted?

–Naturalmente, había parte de eso. Que viera cómo me quedaba contigo mientras él observaba una vez más impotente. En cualquier caso, los celos son una manifestación de impotencia y los suyos se veían agravados por la otra frustración. También estaba el deseo de vengarme porque hubiera aparecido de nuevo de esa forma tan fatídica. Y también quería devolverle la pelota a Tertia, que se estaba dedicando a pasarme sus amantes por las narices. Precisamente entonces había un miembro de la Brigada de Guardias que pasaba los fines de semana en el castillo, ya murió, hace mucho. Las dos cosas, enfurecer a Tice y

enfrentarme a Tertia, tenían su riesgo. Y a mí me gustaba el riesgo.

–Sí.

–Lo recordarás. La experiencia era insípida sin algún riesgo o engaño. Eso cambió contigo. Porque nunca esperé llegar a alcanzar ese nivel de apego, ni con un hombre ni con una mujer. Que tú pudieras despertarlo te otorgaba influencia y, esa tarde que Tertia nos encontró en la cama, cuando comprendí que todo mi andamiaje se desmoronaba, me proporcionó una razón más para abandonarte.

Era difícil imaginarse que Godfrey Locker pudiera haber sido más brutal.

–Esa tarde, cuando nos marchamos, cuando te dejé en la ventana, Tertia me obligó a parar el coche en la carretera. Nos adentramos en los campos y me obligó a poseerla allí mismo, en el suelo. Me puso su sello.

Así que los dos habían cambiado de pareja aquel día. Un miembro de la Brigada de Guardias que ya murió, hace mucho.

–Después de eso recuperé el control. Me dediqué a mi obra y salió bien. Tenía los sentidos tan alerta que cada día descubría que podía solucionar nuevos problemas: nunca volví a trabajar ni así de rápido, ni así de bien. –Paul no perdía el interés en sí mismo–. Tienen razón al repetir sin cesar que es mi mejor obra, nunca volví a tener tantos sentimientos que verter en nada. Quería que al mundo se le quedaran grabados los Locker. Ya sé que suena atroz, pero quería que la obra fuera un homenaje a... –Estaba a punto de decir «Felix». Borró rápidamente con un gesto–. Un monumento a Victor. En esa época no lo había amado, ni a él ni a nadie, pero sí comencé a comprenderlo: era un pobre diablo que nunca tuvo oportunidad de llegar a nada. Su

recuerdo no me perseguía y la propia experiencia fue quedándose atrás, al igual que el ojo arañado de Ted Tice. Victor había muerto sin sufrir, sin despertarse, tal como yo deseaba. Todo eso si no te preguntas cómo llegó la corriente, cómo rugió, y el terror que debió de atenazarlo. Lo único que me perseguía, de vez en cuando, era la imagen de Godfrey Locker. Nunca le perdí el miedo, ni siquiera cuando los Mullion me dijeron que había muerto. Todavía hay veces que casi me creo que sigue vivo, y tengo que pensar que tendría noventa años. Es uno de esos que no mueren nunca. Como Hitler.

»Así que todo salió bien. Yo sabía que la obra era buena, y tenía éxito, dinero y el castillo. Cuando apareciste de nuevo me quedé asombrado al comprobar lo mucho que te deseaba, porque no había sentido tu falta en absoluto. Pensé que pronto se me pasaría, pero fue al revés. A veces no podía soportar estar lejos de ti, todo lo demás era insuficiente. Pasado el primer año comencé a pensar en divorciarme de Tertia y vivir contigo. Eso trajo su propia reacción, porque yo sabía lo lejos que estabas de la parte más baja de mi naturaleza. En ese sentido tu amor me invalidaba, como si me estuvieras obligando a avergonzarme. Cuando sentía alguna otra fuerza, por el trabajo o por una racha de suerte, quería usarla contra ti, para demostrarte que podía retirarme, porque, si no lo hacía, veía que acabaría contándotelo todo. Te contaría cómo murió Victor, poniendo en tus manos no solo mi seguridad, sino mi propia naturaleza.

Un relámpago azotó la habitación como una sonrisa enloquecida, el trueno fue una sacudida que se sintió en toda la tierra.

–Una vez más, pasó algo. Una noche me hablaste del delito de Tice y eso lo borró de mi vida de un plumazo, porque

ahora yo sabía que nunca podría revelar lo de Victor sin desenmascararse él. Si se conocía su secreto, ¿quién volvería a darle trabajo en su campo? Yo no era tan tonto como para creer que guardaría silencio sobre mí por miedo. Si algo tiene el mal es que te da olfato –y vista y oído– para detectar la virtud. ¿Cómo podría yo haber trabajado si solo hubiera podido contar con mi propio carácter? El hecho de que para Tice todo esto fuera un complejo asunto moral garantizaba todavía más mi seguridad. –Paul hizo una pausa, para retomar el relato del que se había apartado. Dijo–: Entonces me querías tanto que habrías aceptado cualquier cosa que hubiera hecho, hasta el asesinato.

–Sí.

–Pero yo sabía que, del mismo modo que habías contado la historia de Tice, también acabarías contando la mía. Si te hablaba de Victor, algún día te enamorarías tanto de alguien que se lo confesarías.

–Así que el castigo para mí tuvo que ser doble. –De no haber sido por la innegable existencia de Adam Vail, Caro podría haber visualizado allí mismo la espantosa descomposición de su propia vida.

–Era una actitud absolutamente femenina. Una oportuna advertencia. Para entonces Tertia se había percatado de tu presencia permanente en mi vida, algo que le desagradaba muy especialmente. No cabe duda de que la duración de la relación también le indicaba que podría llegar a abandonarla. Ella quería tener ese hijo para ponerme su sello una vez más. En cierto modo, a mí me vino bien resolverlo así, porque yo sabía que no podía pasar por ese proceso de enamoramiento, revelación y metamorfosis. –Esta última palabra la dijo en tono sarcástico, pero en serio–. También había empezado a ver, con desgana, a un muchacho, para irme apartando de ti.

Se llamaba Valentino: a su madre le gustaba el cine mudo. Me lo pasó un actor que actuó en mis dos primeras obras. Así es como lo conocí: un muchachito con cara de zorro llamado Valentino.

–Me acuerdo de él. –Un radiador gorgoteando y el muchacho comiendo uvas.

–¡Quién sabe adónde habrá ido a parar!

A mí me vino bien resolverlo así. Quién sabe adónde habrá ido a parar. Las piernas de Caro, desnudas y cruzadas, se escurrían por el sudor, la crema hidratante y la humedad que había traído la tormenta. El sudor corría, la respiración subía y bajaba. Con un vestido de algodón, la agitación animal de un corazón.

–Ahora resulta tentador achacarlo a la edad. Pero no me voy a justificar. Y ni siquiera en esa época pensaba que con el paso del tiempo podría prescindir de la exaltación que conllevaba esa experiencia.

Había quienes, como Paul, Dora o Charlotte Vail, recababan el apoyo de la muerte, que la consideraban un estímulo o un instrumento.

–El deseo compulsivo de hablar fue algo bastante arbitrario, ajeno, que me sobrevino con el problema de Felix. Es imposible prever que un estado de ánimo llegue a superarte tanto como un acontecimiento. El deseo de confesar tiene una urgencia que no guarda necesariamente relación con el arrepentimiento: puede ser el deseo de involucrar a otros. Supongo que lo ideal es que te confieses a tu peor enemigo, ya que solo él puede otorgarte la absolución total. En este caso, ese enemigo sería Tice –dijo Paul–. Sin esa absolución, tienes la sensación de que te debilitas. Del mismo modo que la muerte de Victor me dio sensación de poder, hacerte partícipe ahora de la historia supone una pérdida de

fuerza, tan indecente como el propio crimen. –El ego de Paul era tan desmesurado que hasta sus propios pecados le resultaban impresionantes. En ese momento no sentía nada por Caro, que había recibido esa necesaria admisión de culpa como en su día había recibido su amor, sin aprovechar la autoridad que le otorgaba. Paul dijo–: Lo que no me puedo creer es que Tice nunca te hablara de esto. Al ver que te quedabas conmigo y que tenía esa arma en la mano. Es inconcebible. Cualquier otro lo habría dicho.

–Sí, pero no –dijo Caro. Adam Vail tampoco lo habría dicho.

–Así las cosas, el silencio le otorga la primacía. Bueno, el silencio suele hacer esas cosas, y este es un caso extremo. Una nobleza anticuada –Paul aún podía sorprender con la precisión de una palabra– que puedes leer que existe, pero que no te puedes creer. Ya se me había olvidado que podía existir.

Tice había estado en esa orilla, por supuesto que era Tice. Caro no podía asimilar el papel de Ted ni el terror que le producía. Una circunstancia espantosa, aún sin resolver, que la cabeza casi no se atrevería a visitar. Sin embargo, ¿qué podía herir a Edmund Tice, ahora que él tenía la primacía?

Aunque quizá temiera por sí misma. El conocimiento aún no la había alcanzado del todo.

–Es casi increíble –dijo Paul– ese autocontrol.

–Que genera un poder soberano.

Paul la miró con cierta curiosidad.

–Su autoridad ha llegado con veinte años de retraso. –Se levantó y cogió su chaqueta de la silla–. Llegados a este punto, su propia infracción es muy parecida a la virtud. Si esperas lo suficiente, es lo que le ocurre a cualquier acción humanitaria. Por su parte, mis transgresiones no hacen más

que agravarse con el tiempo y la ocultación. –Hablar sobre él largo y tendido había revitalizado la convicción que Paul tenía de su propia importancia, a la que Ted Tice no debía quitarle méritos. Al agotar el tema él mismo, renovó sus energías.

Hasta ese día podrían haberse imaginado que, si se quedaban solos en una habitación, acabarían abrazándose para darle al relato de su vida una fatídica continuidad, como ocurre en una obra de teatro, o que podrían haber actuado según alguna otra convención dramática. Pero ahora esas imitaciones eran impensables y las palabras no podrían revelar ninguna verdad que pudiera competir con lo ya dicho. Privados de posibilidades no discursivas –llorar, hacer el amor–, ninguno sabía cómo poner fin al encuentro.

Al tirar de su chaqueta, Paul parecía sugerir que debían retomar sus propias personalidades sociales.

–¿Irás a Inglaterra en septiembre? –Su tono ya estaba dispuesto a renegar de lo ocurrido. Su mirada disolvería a la mujer que lo escuchaba sentada en la silla.

–De camino a Suecia.

–A partir de ahora –dijo Paul– ya no puedo prever nada. –No estaba seguro de querer volver a ver a Caro en su vida–. ¿Te quedarás con tu hermana? –Era asombroso cómo, incluso en un momento así, podía recuperarse, ponerse la chaqueta, y con ella la normalidad.

Caro lo acompañó a la puerta. Después de la tormenta el calor era pegajoso; un sol húmedo perlaba con una película de gasolina la calle hirviente. El agua de lluvia se colaba indolente por los sumideros, volviendo a depositar la basura. Como habría cabido esperar en un día en el que ninguno podría buscar purificación o refresco alguno, y en un lugar que en sí mismo parecía constituir un huraño desafío a los

elementos.

–Adiós, Caro.

Paul tomó el metro en la Calle 77. El tren transportaba una cantidad considerable de aire cálido, un hedor tangible. Las paredes, con vetas y pintadas, se continuaban en suelos sintéticos intermitentemente maltratados. Asientos curvos de plástico desfigurado, duros como piedras, viajaban frente a frente en largas hileras penitenciarias. Por el suelo, colillas de cigarrillo, envoltorios manchados, la página de deportes arrugada en el mismo rictus de un adinerado atleta. Una lata de cerveza basculaba rodando de un lado a otro, el tren se escoraba, chirriaba, veloz y escandaloso. Incapaz de alcanzar una correa, Paul se apoyó en los flancos de tela vaquera de tres chicas nada sonrientes. A la altura de sus ojos discurrían los imperativos coloreados de los anuncios: «Venga donde está el sabor», «Su donación irá al centro universitario que usted elija».

Todos piensan: aquí hay cierto peligro. Uno de esos hombres huraños que van de pie podría lanzar sus propios imperativos: deme el bolso, la cartera, el reloj. Todos tienen mal cutis, acné, una erupción, o la piel deteriorada, poco tersa, como si llevaran demasiado tiempo aquí abajo. Bolsas de aire viciado por debajo de los ojos. En este lugar, como en cualquier infierno, nadie tiene ventajas: los maletines no otorgan ni pena ni inmunidad; unas joyas ornamentales atraen peligrosamente la atención.

En la Calle 86, una mujer mustia con un vestido de flores rojas entró en el vagón empujando con una fuerza sorprendente. Las puertas se cerraron pero el tren no se movió: una prueba de resistencia durante la cual no se oyó ni un suspiro. Un chico y una chica, puertorriqueños, se

agarraron a una barra sucia y desplazaron el chicle para besarse. En medio del aire fétido un altavoz emitió un sonido que pareció un chaparrón de chispas incandescentes procedente de una antorcha. Cuando el tren arrancó no hubo murmullo alguno de sorpresa o alivio. Los viajeros podrían haber sido los fundadores de una nueva raza que desdeñara la expresividad y que fuera indiferente a la crueldad o la compasión, o a su propia enfermedad. Si Paul se hubiera caído muerto sobre el suelo sucio entre esa gente, no habría sido más que un obstáculo para llegar a la salida. Del mismo modo, tampoco se le atribuía valor alguno a que siguiera allí de pie, aunque fuera asqueado.

Un chaval de pelo crespo, como un arbolillo, se levantó de su asiento: su brazo era una rama que, entre miembros intercalados, se extendía hacia Paul para darle en el hombro.

–Siéntese, señor.

El chaval, con su mortalidad a cuestas, iba echando sonrisitas a su alrededor. No podía evitar su buena o mala intención. Y no había dejado de chascar un pulgar excesivamente flexible.

Paul ocupó el asiento. Consciente de estarse beneficiando de una excepción inexplicable, pero incapaz de agradecerla.

En su casa, Caroline Vail estaba abriendo la carta de Irlanda, escrita con tinta morada por una mano desconocida.

«No quisiera perturbar su pacífica existencia, pero imagino que querrá conocer los problemas o la lamentable situación de Dora…»

* God, abreviatura de *Godfrey,* y también *God,* ‘Dios’ en inglés.

36

–PIERDE LA NOCIÓN DEL TIEMPO –dijo Grace. Ella y Caro iban en el utilitario de la primera a visitar a Charmian Thrale. Christian se había impuesto y su madre estaba en una residencia para gente mayor con algún nombre evocador como Oak Dene, Forest Manor o Park View–. Algunas veces se acuerda del cumpleaños de los chicos, de todo. Un momento después se imagina que Chris y yo acabamos de casarnos. –El coche giró para cruzar una entrada flanqueada por columnas de ladrillo–. Dicen que es un problema circulatorio.

La hierba, en un terreno cuarteado, agonizaba en ese septiembre excepcionalmente seco.

La encargada de la institución era muy eficiente. Alta, gris y reservada, se mantenía a una distancia prudencial y rechazaba de plano la afinidad que trasmitía Caroline Vail, incluso con la mirada. Si entrabas en ese juego, ya no se le podía poner fin. Caro volvió a ser hermana caminando junto a Grace por un pasillo alicatado: dos mujeres que hacían cosas propias de mujeres. De vez en cuando era un alivio parecer convencional, intachable, incluso ante la mirada impasible de una directora gris, en este caso de una escuela terminal.

Terminadas las clases, estas dos habían paseado junto al mar muerto. Ahora era la mortalidad la que se expandía, como una inmensidad, a su lado.

–Tiene que haber alguna forma de disimular el olor a

desinfectante –dijo Grace.

Charmian Thrale estaba en una zona reservada a residentes con movilidad. La jefa de la planta, crispada y encorsetada, era un bajel de madera encerrado en un casco de hierro. Declaró que tener visitas era esencial. Las condujeron a un diminuto dormitorio donde encontraron a Charmian sentada en un sillón de chintz, con las manos extendidas sobre los reposabrazos. Tenía el pelo blanco y ralo, los enormes ojos de un azul desvaído; el cuerpo, una simple percha para mangas y hombros de algodón, estaba escurrido, y el cuello no era más que un gancho de alambre en el que sujetar la cabeza, con aspecto de diente de león.

La ventana daba a una zona vegetal atendida por los internos todavía activos. En el alféizar interior se veía una maceta con una planta dura y fea. La puerta con espejo de un armario, abierta. En la mesilla, una fotografía de boda de Grace y Christian. Además de frascos de pastillas había un bastoncillo terminado en algodón sucio, de los que se usan para limpiar los oídos. En la cama, un par de gafas de montura dorada junto a un libro.

–Aquí está Caro –dijo Grace después de besar a su suegra. Allí se tenía la tentación de levantar la voz–. Caro va de camino a Suecia, a ver a su hijastra.

–Yo quise mucho a mi madrastra –dijo Charmian Thrale–. Es cruel que se estigmatice a las madrastras.

–Lo mismo se puede decir de las suegras –añadió Grace. Y la anciana le tocó la mejilla con una mano moteada.

–Nos hemos puesto guapas –gritó la supervisora.

Charmian la miró con divertida cortesía o con terrible cinismo. Su encorvada espalda de algodón tocaba la silla. De haber podido, nunca habría elegido un vestido de colores que no casaran. Alguien le había empolvado el rostro, y hasta le

había puesto colorete. En el espejo del armario se reflejaban Caro y Grace, sonriendo, aún bienaventuradas. Vete a la estancia de tu señora y dile que, por más que se embadurne, acabará con esta cara. Hazla reír con esto.*

–Tiene que ver un programa de la tele a las once, está muy empeñada –dijo la supervisora con una amplia sonrisa. Charmian Thrale era una niña incorregible que por fin daba muestras de enmendarse.

–Es un programa sobre Rex Ivory, un poeta al que vi varias veces –dijo la anciana–, y Sefton lo conocía bien.

–Fíjate. –La supervisora no se acordaba de quién era el poeta laureado ahora que John Masefield había fallecido.

–Cuando eres vieja –dijo Charmian Thrale una vez que se marchó la supervisora– piensan que eres sabia o imbécil. Entre medias no se permite nada más.

–La vida es un poco así –dijo Caro.

Charmian Thrale, a quien ayudaron a incorporarse, era una estructura frágil que podía abollarse, unas brasas titilantes que era preciso vigilar para que no acabaran consumiéndolo todo. Grace y Caro la ayudaron a llegar al pasillo.

Por una puerta abierta se escuchaba gritar a una voz vieja, aguda: «No, por favor, oh no». En una silla de ruedas, un hombre que parecía ir flotando a la deriva juntó las puntas de los dedos y cantó con voz atiplada:

> Dos oficiales franceses cruzaron el Rin, *parlé vu,*
> Para besar a las mujeres y beber vino, *parlé vu.*

En un cuarto interior, donde unas sillas vacías dictaban sentencia, a un televisor le había dado un ataque. Caro giró diestramente el mando. Había barras de colores que se movían en horizontal, voces que hablaban y se cortaban bruscamente. Un locutor con tupé sonrió y dio la hora. Unos

puntos de colorines correteaban. Sobre música de Delius, se reveló una encantadora panorámica campestre con tonos tropicales; una voz en off dijo con aire reverencial: «Derbyshire».

Un joven que al hablar sofocaba abruptamente las consonantes oclusivas decía que el programa que estaban a punto de emitir tenía especial importancia dado el renovado interés que suscitaba Rex Ivory. Una ensayada solemnidad, unida a unas gafas de carey, sugería que había aprendido a presentar programas culturales en cursos especiales. En la pantalla aparecían fotos –un niño de morado, un escolar, un joven con uniforme militar, un espectro de mediana edad con una rebeca y, en primer plano, la portada de un libro–. Los televidentes recordarían que un ejemplar de este delgado volumen con fecha de 1915 y firma del autor se había vendido por una elevada suma en una subasta.

Con absoluta serenidad, Charmian Thrale se echó a reír.

En la pantalla, presentaron a un gordito con patillas blancas del que dijeron que era el artífice del boom Rex Ivory. Durante un sabático, el profesor Wadding, que daba clase en los Estados Unidos, disfrutaba del merecido éxito de su magnífica biografía crítica, *La abnegación como declaración: símbolo y sacramento en el éxito de Rex Ivory,* de la cual se mostraba al público un ejemplar en ese momento. Un auténtico clásico contemporáneo. El doctor Wadding había interrumpido su innovador trabajo sobre los poetas de los Lagos para que Rex Ivory pudiera gozar de un mayor esclarecimiento crítico.

El profesor Wadding explicaba que en modo alguno había dejado a un lado a Wordsworth: «No hay por qué temer que eso ocurra». Pero recordaba que, durante su visita al Reino Unido en 1946, había conocido y entrevistado a Rex Ivory.

Había tenido el impulso de escribir al poeta y había recibido una respuesta de lo más cordial, en la que se le invitaba a acudir a Derbyshire. «Y pensar –decía– que en ese momento dudé.»

«¿Se le quedaron los pies fríos de miedo, doctor Wadding?» El profesor Wadding explicó que la expresión inglesa «tener los pies fríos» procedía del episodio, ocurrido en Canossa en 1077, en el que el emperador Enrique IV tuvo que esperar en medio de la nieve a que lo recibiera el papa Gregorio VII. En el caso de Wadding, la vacilación más bien se había debido a las dudas que le producía mezclar la relación personal con el diálogo crítico-creativo. «¿Y su evaluación crítica nunca ha flaqueado, doctor Wadding?»

–Siguen llamándole doctor –dijo Grace.

–Como a Goebbels –añadió Charmian Thrale.

El profesor Wadding sostenía que Rex Ivory había dado significado cognitivo a la ética de la renuncia. Calificaba a Rex Ivory de aristocrático, patricio, prestigioso y posiblemente el principal poeta de su generación.

–No puede ser que su traje tenga de verdad ese color –comentó Caro.

Las gafas redondeadas de Wadding lanzaron destellos. «Mi labor es, en mi opinión, bosquejar las fuentes de su entelequia.»

Presentaron a un editor y señalaron que el momento más doloroso de toda su carrera profesional se había producido en la posguerra, un domingo por la mañana, cuando su editorial había descubierto que faltaba papel para la edición prevista de *El campo a medio cosechar*. «No es una exageración señalar que, como empresa, nos quedamos desolados.» Por fortuna, ahora había tenido el privilegio de publicar el magnífico trabajo del doctor Wadding.

Un joven con una cinta ceñida a la frente relató el ascenso de Rex Ivory como poeta del movimiento antibelicista. Pensaba que su mensaje para los jóvenes podía resumirse en la expresión «No te desanimes, chaval».

Esa frase, según explicó el profesor Wadding, era una invocación al Niño Dios. Sería interesante saber, afirmaba, qué papel se atribuiría en la época actual a un poeta como Wordsworth.

El joven se encogió de hombros: «Para mí, es un nombre que aparece en una camiseta. –Y añadió–: Rex trasmite sensación de despreocupación. Es un tío muy despreocupado. Y eso me gusta».

Los entrevistados miraban al público que no veían para calibrar los efectos de sus cálculos.

–Es como si ellos nos estuvieran mirando a nosotros –dijo Grace– y no al revés.

Volvieron a emitir la entrevista que la BBC había hecho en la posguerra en la zona de los Dukeries: Sealyham terriers, arriates de flores, una lóbrega biblioteca y el delgado rostro de Rex Ivory, su poco pelo y sus pálidas pestañas. Con las puntas de los dedos levantadas, presionando tabaco en una pipa, y los ojos parpadeando con cada golpecito, era como un juguete mecánico. Después de los irreales colores de la introducción, el blanco y negro trasmitía sensación de verosimilitud.

–Con color sepia sería todavía mejor.

La película antigua titilaba, pestañeando como el propio poeta. Ivory tenía una voz ligera y exacta, de otro siglo. Aunque respondía con cortesía, no ofrecía información alguna. La primera influencia que recordaba era un ejemplar encuadernado en piel de *Sohrab y Rustum,* que le había regalado una tía muy querida cuando cumplió siete años:

«Todavía puedo recitar la obra entera, de memoria, como se suele decir».

El presentador se precipitó a apostillar: «Entonces, de no haber sido por esa generosidad casual de su tía...».

«La generosidad nunca es casual.»

El entrevistador sonrió, pero confió en poder resarcirse. «Nuestro crítico más eminente ha señalado que solo perdurará la literatura que transforme la sociedad. Tengo entendido que usted rechaza esa opinión, ¿no es cierto?»

«Lo que vaya a perdurar –contestó Rex Ivory–, no lo sabe nadie.»

«Por supuesto. Pero el crítico en cuestión ha sostenido que nuestro siglo es especialmente receptivo a la capacidad de persuasión moral de la literatura. Y le acusa a usted de no haber logrado, tal como él lo expresa, percibir que eso es una obligación.»

Las pálidas pestañas de Ivory desfallecieron. Se podría haber pensado que estaba dormido o pasando un mal rato. Al final dijo: «Mire usted, yo estuve en las trincheras, y él no».

El color volvió a extenderse, como la violencia. El doctor Wad-ding intervino: «Creo que puedo aclarar este punto».

–Seguro que van a sacar a Paul –dijo Grace después de quitar el volumen a la tele.

–El hijo de Paul Ivory ha estado muy enfermo –comentó la señora Thrale–. Christian ha oído decir que es increíble lo que está aguantando.

En ese momento presentaron a Paul. Grace recuperó el volumen. El aspecto físico de Paul estaba comenzando a descomponerse, como una sustancia insana. Los ojos, la boca y la expresión ya no se complementaban mutuamente: era el retrato de un sospechoso o un fugitivo hecho de retazos de otros. Más delgado, más envejecido, no menos atractivo, estas

comparecencias públicas las manejaba con gran facilidad.

«Mi padre era un espíritu puro, un inocente. Tenía virtudes anticuadas: abnegación, modestia, caridad, urbanidad. Fidelidad a ideales pasados de moda. Yo no soy así, pero él y su obra me merecían, y me merecen, un enorme respeto.»

También se podría haber pensado que Caro estaba dormida. Con el bote de Marmite en la mesa. Aquí también tenemos bastante hambre.

«A los grandes misterios les darán alguna utilidad», había dicho Adam Vail.

Paul desvió elegantemente una alusión a su propia obra: «Después de todo, estamos aquí para rendir homenaje a mi padre». Cuando le invitaron a evaluar el peso literario de Rex Ivory se mostró tan franco como sensato: «Quizá no fuera un gran poeta. Pero sí un poeta verdadero».

Charmian Thrale miraba a la pantalla con una cortesía extrema. Cuando reapareció el profesor Wadding pidió que la apagaran.

Después de que la ayudaran a llegar a su cuarto, se sentó en el butacón de flores.

–Rex era el único que seguía con vida. Los demás parecían muertos –y cerró los ojos.

Christian estaba de pie en la entrada cuando Grace y Caro regresaron. Le sorprendió pensar que una de estas mujeres, las dos hermosas, fuera su esposa.

–Tenéis cara de necesitar un té –les dijo.

Grace se fue a la cocina y se la pudo oír llenando el hervidor eléctrico. Caro se quedó en el recibidor. Llevaba un luminoso pañuelo en la cabeza, con colores de pavo real, y levantó la mano para quitárselo. Por debajo del brazo levantado, se le pegaba el vestido, y Christian, pensando en el

costado elástico de un gato, se imaginó que le ponía allí la mano.

–Caro, tú sí que mantienes la figura. –Así que ya he llegado a esa fase en la que te dicen que mantienes la figura. Se estaba aflojando el pañuelo de seda–. ¿De qué color dirías que es ese vestido?

–Siena tostado.

–Eso no lo había oído desde que era un chiquillo con una caja de acuarelas. –Christian, como su padre antes que él, atesoraba ciertas expresiones.

Caro terminó de retirarse el pañuelo. La espesa cabellera se le esparció por los hombros. Apenas tenía canas. Christian se preguntó: ¿Se tiñe? Había una novela, ya se acordaría del título, en la que un amor de juventud al que se volvía a ver muchos años después mostraba su pelo cano. La idea de que ahora el cabello de Caro pudiera estar teñido también conmocionó a Christian. Se la quedó mirando.

–Es su color natural, por ahora –dijo Caro.

Se fue al cuarto de estar y, al llegar a la chimenea vacía, apoyó un codo sobre la repisa. Un espejo oval que Grace había comprado en Bath reprodujo su cansancio. Hazla reír con esto.

El hervidor eléctrico ululó en la cocina y alguien lo silenció. En esos días, la gente no dejaba de encender o de apagar cosas.

Christian se desplomó en un butacón, que emitió un suspiro tapizado. Grace entró con el té en una bandeja. Había pequeños sándwiches, un bizcocho. Los tres se sentaron: Caro y Christian frente a frente y Grace entre ellos. Por la ventana entraba una luz cálida que alumbraba el bronce del vestido de Caro.

–Qué bien se está aquí. –Christian aprobaba esa escena

doméstica por ser un buen sucedáneo de la felicidad. Las mujeres hablaron sobre su madre, diciendo lo que él quería oír, y respondió–: El sitio es de primera categoría. De primerísima categoría.

–Tu madre tiene mucha entereza –dijo Caro, y esa frase lapidaria enviaba a Charmian Thrale al hoyo: Después de una larga vida sobrellevada con entereza.

–Dios mío, Rex Ivory –exclamó Christian cuando Grace describió el programa de televisión–. Cuando cumplí diez años me regaló *Las mejores poesías de la lengua inglesa.* Ahora es un monumento nacional, ¿verdad? ¿Me pasas un sándwich? Con estas cosas sí que te sientes viejo. –Grace le pasó un plato.

–¿Qué llevan?

–Berro.

–Me temo que eso tiene demasiada fibra para mí.

–Los demás son de pasta de pescado.

–La pasta de pescado nunca falla. –Christian se sirvió. Retiró unas migas–. Todavía tengo por ahí *Las mejores poesías.* –Cuando Grace se levantó para traer agua hirviendo, dijo–: La segunda taza me la tomaré en el despacho.

Se fue al cuarto contiguo, en cuyo escritorio había tareas de fin de semana. Siempre había algo nuevo de África. Por la puerta doble abierta las dos mujeres lo vieron o lo observaron abrir un periódico y estirarse en una butaca.

Desde el sofá Caro continuó mirando a Grace llevarle el té a Christian. La barbilla de su hermana ya no estaba bien perfilada, tampoco la cintura. Por debajo del cierre del collar, se le veía la nuca un tanto abombada. Caro la observaba con más cariño que nunca: parecía que la cercanía de la infancia siempre había quedado suspendida, como a la espera de reanudarse. En sus recuerdos infantiles, Grace siempre era

amable. Caro pensó que era raro que una niña fuera amable.

Quizá el contraste entre ellas significara algo más: apenas se habían influido mutuamente a lo largo de la vida y apenas se habían hecho confidencias. Hoy como ayer, ni siquiera estaba claro que Grace estuviera contenta con la tela de chintz y la porcelana; con Christian diciéndole: «demasiada fibra» o con que por la noche se tirara de la cintura del pantalón y anunciara que: «Tengo que dormir mis ocho horas». No era del todo seguro que Grace hubiera sido siempre una espectadora. Quienes la habían visto como alter ego de Caro quizá no hubieran entendido del todo la situación.

Es probable que Grace hubiera tenido una experiencia que solo podía haber sido amorosa, o que hubiera experimentado alguna revelación íntima. Como decía Paul Ivory: «Un estado de ánimo puede llegar a superarte tanto como un acontecimiento».

En la vida y el pensamiento de la propia Caroline Vail Ted Tice ya tenía la primacía. La conciencia de Ted Tice era el acontecimiento que impregnaba su vida, en la vigilia y en el sueño. La principal fortaleza de Ted había sido su secreto: su propia verdad encerraba su misterio.

Caro llevaba tiempo buceando en su memoria y en posibilidades tan remotas como los recuerdos. Por primera vez soñaba que Ted y ella eran amantes, en una tierra de tintes vívidos, desconocida. En la cama, despierta, pensaba en las pocas cosas, incluso en la poca amabilidad, que ella le había ofrecido a lo largo de su vida; recordaba palabras ligeras, categóricas, insensibles, dignas de Paul Ivory. Ted le había devuelto su propia imagen y ella le había dicho: «No recuerdo ese vestido».

Pensó en que podría ir a verlo, aunque no lo fuera a hacer.

Se imaginó su propia llegada y la felicidad de Ted. Su ojo rayado, su júbilo.

Se imaginaba a Margaret Tice en su dorada belleza. Caro se miraba en su espejo, vestida o desnuda, consciente de cierto patetismo. Consciente de las mujeres que, antes que ella, habían hecho eso mismo. Su cuerpo era un vestido, que ya llevaba años sin ponerse, sin mostrar; un vestido desconocido.

Caro sabía que la ilusión de Ted podría deshacerse. Pero era terrible que pudiera ir a verlo y que no fuera a hacerlo.

Caro había caminado por las calles pensando en Ted Tice. Se había puesto a trabajar con el temor de morirse sin haberlo vuelto a ver. Un día había escrito en la página que estaba traduciendo: «Si se presentara ahora, yo haría lo que me pidiera».

Si Ted se muriera, el mundo sería una habitación en la que nadie la miraría.

Estas eran fantasías sobre las que tenía tan poco control como sobre las transformaciones físicas de la adolescencia. Intentó comprender cómo había llegado a esto y solo percibió que había estado buscando una experiencia excepcional. Esa experiencia podía ser la fuerza, pura y terrible, de la patente fuerza de voluntad de un hombre. Era como si Ted Tice hubiera creado en ella esta situación gracias al poder cósmico del amor.

Caro era incapaz de cambiar, pero no de actuar.

–Estoy pensando en viajar a Australia –le dijo a Grace.

–¿Por alguna razón en particular?

–Últimamente me estoy acordando más. Puede que esa sea una razón para irme allí. –Y le preguntó–: ¿Te vendrías conmigo?

–¿Serían unas pocas semanas? –preguntó Grace.

Hablaban en voz baja. Si Christian las oía, daría por hecho

que se contaban achaques y se quedaría tranquilo al constatar el sometimiento de esas dos mujeres.

–Me gustaría ver lo que entonces no podía ver –dijo Caro. De todo aquello para lo que no había tenido ojos, al menos eso sí lo podría recuperar.

Grace revivió, en un instante, ciertas noches de verano: cómo recorría una casa a oscuras, con todas las puertas y ventanas abiertas para favorecer la ventilación. Toda una ciudad vuelta hacia el mar, expectante. Dijo:

–Ver de nuevo el Pacífico.

–¿Te acuerdas de cuando éramos niñas y al anochecer mamá se sentaba en una silla de mimbre en el césped mientras jugábamos? –Caro se acariciaba, como de forma maternal, la manga de su propio vestido color bronce–. Había un enrejado con rosas trepadoras, una hilera de malvarrosas, un limonero y un columpio. En las noches de verano, mamá se sentaba fuera en una silla de jardín y nos observaba. –Nos vigilaba, quería decir.

–Esa era Dora –dijo su hermana, que se levantó y fue al cuarto contiguo. Le preguntó a Christian–: ¿Me has llamado?

–Solo estaba bostezando. Te puedes llevar el periódico –le dijo su marido cuando ella se iba a marchar–, no tiene nada.

En varias ocasiones, por las mañanas o por las noches, Grace había interrumpido lo que estaba haciendo y se había vuelto hacia su marido. Había dejado los platos en el fregadero y había subido las escaleras para verlo. En una ocasión tenía encendida la afeitadora eléctrica y no la oyó; en otra, el cepillo eléctrico.

Christian se alegró de librarse del periódico, en el que había una carta al director sobre tratados, firmada simplemente por «Elphinstone». Por Elphinstone, que ahora escribía con frecuencia sobre asuntos públicos, y al que un

primer ministro había incluido en su lista honorífica al dejar el cargo, ascendiéndole a la nobleza. Cuando lo nombraron lord, Christian se había tragado su orgullo y le había telefoneado para darle la enhorabuena. Después de que la señora E., o lady E., lo saludara amablemente, escuchó que una voz decía al fondo: «Por lo que más quieras, ¡no me pases la llamada!».

–No me puede emocionar que Elphinstone se haya acostado con alguien en Downing Street –le dijo a Grace.

Grace regresó al salón con el periódico. Se sentó en el sofá junto a Caro.

–Quería enseñarte esto.

Había una fotografía de científicos abandonando una conferencia gubernamental. Flanqueado por políticos, Ted Tice miraba directamente al frente. Tenía la cara reservada, educada, que se ve en un intérprete situado entre dos jefes de Estado haciendo muecas.

–Ya ves que vais a estar a la vez en Suecia. –Grace leyó en alto que el profesor Tice presentaría una ponencia sobre un tema polémico. En este sentido, Grace tenía cierta ventaja, porque por sus hijos sabía de la existencia de agujeros negros, el desplazamiento al rojo, el Big Bang–. Me parece que ya lo sabías.

–Esta vez no he llamado a Ted.

Grace miraba a Caro juguetear con la borla de un cojín.

–En tu vida ocurren tantas cosas –le dijo.

–Pero me ocurren a mí sola. Tu vida significa algo para los demás. –Caro nunca había visto a Grace encogerse de hombros. Continuó–: ¿Cómo puede una vida carecer de sentido si otros dependen de ella?

–La abnegación como declaración –dijo Grace sonriendo. Ninguna de las dos se había olvidado de la residencia de

ancianos, de la pantalla de televisión, de cómo Charmian Thrale había dicho: «Ya están muertos» de aquellos que no eran conscientes de lo absurdos que eran. De repente, Grace le preguntó a Caro–: ¿Estuviste enamorada de Paul Ivory?

–Sí.

–Supongo que terminó mal.

–Sí.

–Has tenido que sufrir mucho.

–Me quedé muerta y Adam me resucitó. –Tratando de decirlo con ligereza, Caro cayó en una fatídica seriedad. Estaban echando toda precaución por la borda, como si solo así pudieran trasmitir sentimientos apasionados.

–En una ocasión os vi a los dos en la calle. Os manteníais a distancia, para que no os vieran tocaros –dijo Grace–. Ojalá lo hubiera sabido. O te hubiera ayudado. Pero tú no dependías, no podías depender de mí para alcanzar estabilidad.

–Tampoco yo te ayudé mucho a ti, ¿verdad?

–Bueno, para entonces se daba por sentado que yo me había estabilizado. –La misma sonrisa, ni amarga ni satisfecha.

–Y ahora, ¿te puedo ayudar?

–No. –Estaban sentadas, cada una inclinándose hacia la otra, intercambiando cierto dolor por una tragedia que no era exclusivamente suya. Grace se levantó y se fue al piano, como en busca de un refugio. Después se volvió y miró a Caro–: Al principio esperas algo de la vida. Después, es la vida la que espera algo de ti. Cuando te das cuenta de que no hay diferencia entre las dos cosas, puede que sea tarde para tener expectativas. –Lo que somos, no lo que vamos a ser. Son lo mismo.

–Yo no sé si esa incertidumbre se acaba. –La incertidumbre de la propia vida, después la expectativa de la muerte. En una

ocasión, Valda había dicho: «Además está la espera». Por incertidumbre, las mujeres entendían el deseo de amor, de ser amadas: grandes esperanzas–. Hasta las pequeñas esperanzas forman parten de una inseguridad aún mayor: esperar que llegue alguien, una llamada de teléfono, una carta.

–Las cartas son lo peor –dijo Grace. Se quedó junto al piano, frente a Caro. Si se hubiera dado la vuelta, su hermana se habría levantado para abrazarla, le habría dicho: «Cariño», como se dice a un amante. Sin embargo, así las cosas, se quedaron donde estaban, mirándose–. ¿Ahora mismo estás enamorada de alguien? –preguntó Grace. Como Caro no respondió, continuó–: Porque ahora me parece que estás más guapa que nunca.

–Antes me estaba acordando –dijo Caro– de que incluso de niña eras generosa. –Y eso no es algo que ocurra por casualidad. Grace se quedó junto al piano, escuchando. Caro dijo–: Si llama Ted… –Las comisuras de los labios no eran del todo civilizadas. Parecía que no iba a poder volver a hablar. La intensidad emocional era ultrasónica, audible–. Si llama Ted por teléfono, no quiero que sepa que voy a estar en Suecia. Ni verlo allí.

Grace nunca habría pensado que su hermana pudiera mostrar un rictus como ese. Pero pensaba en la carta –instantánea, plena, en nada perjudicada por el retraso– que ahora nunca podría llegar. O en la carta abonada por un sufrimiento íntimo –una lenta hemorragia interna de esperanza y humillación– que tampoco podría llegar a existir.

Al final, cuando ya no lo esperara, podría llegar algún mensaje ambiguo, que tocara fugazmente la herida. Entretanto, había aprendido a encogerse de hombros.

Grace había descubierto que los hombres prefieren no llegar al fondo de las cosas. Cuando ocurre lo contrario, es

histórico. Algo que siempre se recuerda.

–Las mujeres tienen que llegar al fondo –dijo–. Con un parto, por ejemplo, o con un amor sin futuro. Los hombres pueden evadirse eternamente.

Había excepciones: Ted Tice o su propio hijo. Sería horrible que Rupert llegara a renunciar a su vida como había hecho Ted. Horrible y no improbable.

La luz entraba por los ventanales, llegaba el aroma de los alhelíes que había en un jarrón. Dos mujeres estaban en silencio, una sentada, la otra de pie. Mientras un hombre dormía, como un niño, en un cuarto contiguo.

* William Shakespeare, *Hamlet,* acto V, escena i, en *Tragedias,* traducción de Ángel-Luis Pujante, Círculo de Lectores, 2002, p. 158.

37

PREGUNTÓ EN LA RECEPCIÓN. Ella había salido. El vestíbulo del hotel estaba recalentado al mediodía de un verano interminable, y aquí y allá ardía en vitrinas iluminadas que mostraban joyas de plata y objetos curvos de cristal o madera. Ted se sentó en una butaca de cuero, mirando una revista, pero sin leerla: como un detective que puede ver a todos los que se acercan. Parejas de camino a los ascensores miraban de refilón a este hombre anguloso y vigilante, le miraban la frente despejada y el ojo marcado.

Un voluminoso turista, vestido con un conjunto de sirsaca típicamente americano, se tropezó, a causa de la miopía, con los pies de Ted Tice. Una mujer salió sonriente de una cabina telefónica. Un chico delgaducho pasó por delante con dos caniches tirando de él.

Ted volvió a la recepción, escribió un mensaje y el nombre de ella. El portero comentó el tiempo tan estupendo que hacía, lamentándose de la sequía.

–En Londres esta mañana estaba lloviendo –dijo Ted.

El portero había visto en un periódico la cara enjuta de este hombre, que tenía que ver con una ceremonia universitaria. La alusión a la sequía fue su homenaje cortés, cifrado. Esa misma semana le diría a su familia: «Estuvo en el hotel el martes. Lleno de vida».

Edmund Tice estaba a punto de alcanzar la cumbre de su

carrera.

Ted salió al muelle y miró el puerto: barcos pequeños, el buque que iba a Finlandia, una hilera de embarcaciones que ofrecían excursiones a lagos o canales. Un cielo inmenso, claridad. Después de tanto recordarlo, no se acordaba bien de qué aspecto tenía Caro. Se quedó al borde del agua, pasando los últimos momentos de un período de treinta años.

Ayer Grace le había dicho por teléfono: «Queda muy poco tiempo para decir la verdad».

Se quedó bajo el sol, decolorándose como todo el norte de Europa.

La tierra sueca se dispersaba como arena fina: como un mundo que se trasmite por el viento, que se filtra, se pulveriza. En el campo, los abedules se vencían sobre el suelo, agonizando en un terreno sin nutrientes. Solo el sol se mantenía escéptico, de un azul ártico: el mismo olor a sal y a alquitrán, las gaviotas buscando comida entre la basura.

Se decía que la sequía cambiaría la topografía para siempre. No era cierto: dentro de un año la tierra volvería a proclamar su dominio.

Cuando Ted regresó al hotel, Caro estaba en la recepción pidiendo su llave. Extendía el brazo para recibir su mensaje.

Ted se quedó a poca distancia, observando a esta morena desconocida. Cuando se diera la vuelta, él podría reconocerla totalmente.

Ted la ayudaba a entrar en el barco, descubierto, con filas de asientos de madera, como un pequeño autobús. Todo el interior barnizado y el barniz pegajoso por la sal y el sol. Apenas una docena de pasajeros, pero el doble de salvavidas circulares con el nombre del barco escrito, la diéresis resaltando en rojo.

–Aunque en un canal no se ahoga uno –dijo Caro.

–En realidad es el mar. Un canal marino.

Había un cartel en tres idiomas: el ferri hacía un recorrido por los canales dos veces al día, mientras el tiempo lo permitiera.

–Vamos a salir –le había dicho ella. Había salido al muelle, donde no había ni muros alrededor, ni puertas, ni cortinas, ni camas. Sin protección ante el sol, le había dicho–: Podemos tomar el barco.

Se subieron a una embarcación que no regresaría cuando ellos quisieran. Estas fueron las últimas decisiones de Caro. Al poner ese barco en marcha, Caro se volvió pasiva.

Se sentó en un banco de tablillas de madera y se anudó un pañuelo en el pelo, el mismo pañuelo luminoso que Christian había admirado una semana antes. A su lado, Ted Tice observaba sus movimientos, que hasta a ella le parecía que tenían una precisión y un significado especiales, como los gestos de un sueño. Era ella la que llenaba la mirada de Ted, no el mar.

Un hombre de uniforme tiró un cigarrillo al océano y escupió. Con esta señal, los motores se encendieron. El agua batió formando una espuma blanca y un muchacho descalzo soltó la soga que antes los amarraba. En el último momento, un par de turistas llegaron corriendo al barco con un niño y los subieron a bordo con cierto ajetreo: gritos, saltos, jadeos y algunos ruidos metálicos. Era una familia inglesa, el hombre afeminado, la mujer como un hombre, el niño un querubín: eligieron sitios al sol, estaban sonrosados, cohibidos, pero riéndose por el adecuado resultado de ese momento de urgencia y rescate. Para empezar, un final feliz.

El barco avanzaba, dejando atrás un palacio, una ópera, un museo, una fortaleza; puentes, torretas, cárceles, agujas. Una

ciudad totalmente equipada. La actividad dejaba de ser una interrupción y entraba a formar parte de un flujo. Se movían iluminados por un mundo pasado o por otro mundo. La experiencia, en sus dimensiones humanas, se vivía descolorida, defectuosa, carente de lustre moderno. O quizá fueran ellos los que carecían de la retina moderna que otorga precisión a las escenas antiguas y las crea, como las reproducciones en color de grandes pinturas, de tonalidades más vivas, brillantes y menos deslumbrantes que los originales.

El ferri se balanceó en la estela de un pequeño barco de vapor. El niño, que ya sabía que todos los peligros se superan, lanzó un chillido de placer ante esta nueva emergencia. A Ted y Caro el movimiento los lanzó uno contra otro, y no se separaron.

–Antes de que vinieras –dijo él–, estaba pensando que casi no sabía qué aspecto físico tenías. Había perdido tu imagen de tanto imaginarla. –Se había quedado en el vestíbulo del hotel y ella se había vuelto hacia él, con una mirada que iba más allá del reconocimiento.

–Nunca me había alegrado tanto de ver una cara humana –dijo Caro. Y se quedó mirando con gran curiosidad los surcos y las sombras del rostro de Ted, como una conciencia podría buscar a otra un instante antes de morir o de entrar en combate, cuando la crisis de la existencia se comparte estrechamente, indivisible. El yo se impone, pero está impotente.

La embarcación viraba lentamente para entrar en un brazo de mar tranquilo y estrecho, donde la hiedra cubría un talud bajo con árboles escalonados en dirección al agua. Deslizándose, veían las suaves superficies de césped entre los árboles y casas blancas y cuadradas. Hombres y mujeres

rubios caminaban por jardines secos y miraban al barco, protegiéndose los ojos del sol con la mano. Un joven estaba en una silla de mimbre, con un libro abierto. Caro se quitó el reloj, su reloj, un reloj de pulsera de mujer con una pequeña cadena de oro. Se lo dejó en el regazo y con los dedos alcanzó el agua. Ted cogió el reloj. Era una forma de cogerla a ella por medio de ese pequeño aro, con el calor de lo que está vivo.

Cuando Caro sacó la mano del mar, Ted se la secó y la mantuvo agarrada a la suya.

–Hasta ahora nunca te había tocado.

–No.

–¿Me vas a decir que me quieres? –preguntó Ted.

–Con toda mi alma.

El hombre miraba los árboles que colgaban sobre al agua blanca. Llevaba esos árboles, como vetas, en sus ojos llorosos.

–Resulta difícil imaginarse algo que de un plumazo pudiera arrebatarme esto.

–Cariño mío –dijo ella.

–Cariño mío. –Ted repetía la expresión cariñosa de Caro, ese acto de amor–. Nunca había estado en el mar contigo. –Los elementos debían dar fe de lo que ocurría.

Le puso la mano en el cabello y el pañuelo se le escurrió hacia atrás. Cuando esos colores le cayeron de la cabeza pareció como si cierta capacidad de resistencia hubiera abandonado a Caro. Después de haberse mostrado serena, obediente, se fue volviendo solemne y oscura. Ted la veía cavilar, en un solo momento, sobre las horas y los años venideros, cerrados ante ella, incognoscibles. Después de haberse preparado durante toda la vida, solo él podía conocerlos. Ted llevaba tanto tiempo creando este momento que no podía ser nuevo para ninguno de los dos.

A bordo de la embarcación que se deslizaba, Ted veía cómo se desvanecía la claridad.

–Confía en mí –le dijo. Le ofrecía su amor como si fuera sabiduría, genio incluso. Como si él supiera algo que ella no supiera.

Los pasajeros, tal como deseaban, vieron el Canal Real, pero también a esos dos que representaban el amor. Una mujer pálida con el cabello oscuro al viento. El cariñoso brazo de un hombre que recorría el respaldo del asiento, mientras con la otra mano agarraba las de ella. Era esa ternura que todos anhelaban día y noche. Por hacer algo se podría imaginar alguna tragedia: una muerte o una enfermedad. La mujer tenía la luminosidad de quienes están a punto de morir.

Pasaban cerca de un lugar en el que un viejo buque estaba en dique seco, un navío de madera que, después de varios siglos, se había sacado del fondo del océano: el mascarón de proa, la cubierta, el castillo de popa. Hecho a base de roble y pino, con nombre de rey; lo había llevado al fondo el peso excesivo de los cañones de bronce; trabajosamente devueltos a la superficie para jugar con ellos. El niño se puso de pie en un asiento para ver mejor, y le hablaron de troncos para hacer barcos, de arcones, platos de metal y monedas de oro y plata marcadas con una corona. Y de nuevo se quedó convencido de que sobreviviría.

La embarcación navegó por un canal más amplio. Caro le contó la historia de Paul Ivory. Ya se lo había dicho Paul: Algún día te enamorarás de otro y le contarás mi historia. Años atrás, sentada en un muro, ella misma le había asegurado a un joven inexperto: La vida es imprevisible.

–¿Has vuelto a ver al alemán al que ayudaste durante la guerra? –le preguntó Caro. Era la primera vez que aludía al asunto.

–Muchas veces.

–¿Y nunca te has identificado?

–No. Y por supuesto él tampoco me ha reconocido, ni siquiera por mi ojo –contestó Ted–. Es alguien muy seguro de sí mismo, despierto, enérgico, y yo lo observo sabiendo que compartimos un secreto que nadie conoce. Como Dios. Proporciona una autoridad a la que no voy a renunciar. A pesar de su vigilia permanente, duerme, y yo lo vigilo.

–¿Entonces es eso lo que sentías por mí cuando estaba con Paul?

–Nunca tuve poder sobre ti, ni lo quise. Por supuesto, no es así. Quería tener el mayor poder de todos. Pero no ventaja, ni autoridad.

–En las últimas semanas he estado pensando en el verano que nos conocimos. Recuerdo días enteros, conversaciones enteras. O quizá me esté inventando todo eso.

–Sefton Thrale, el telescopio. –Ese pasado que durante toda una vida Ted Tice había habitado solo. Estaban intentando descubrir cómo habían llegado hasta aquí, pero no lo conseguirían. Tenían la breve inocencia de cualquier pareja de enamorados–. Ahora se habla de telescopios de muchos metros y de plataformas espaciales.

–Quizá se estén desentendiendo de la Tierra, por despecho.

–¿Porque no conseguimos que funcionara, quieres decir?

–Porque era demasiado bueno y grande para nosotros.

El ferri estaba comenzando a virar, para llevarlos al puerto. Iba describiendo poco a poco un gran arco y una estela que se abría como un abanico de lentas aguas. Habían tardado en salir, pero regresarían con rapidez. Terminada la curva, llegó un cambio nervioso, con los motores que ganaban potencia y hacían más ruido. Los pasajeros también se habían cansado de los cariños y la amabilidad, y además estaban sofocados.

El niño corría como loco de un lado a otro del barco, como si fuera a volcarlo, y con su precisa vocecita lanzaba a gritos insistentes preguntas sobre el fondo del mar.

–Josie me espera en el hotel. –Era como si Caro estuviera cruzando de nuevo un umbral y subiéndose a un barco. Preguntó–: ¿A qué distancia está?

–A unos ochenta kilómetros. Envían un coche para recogerme. –Esa noche y al día siguiente una universidad iba a rendir homenaje a Ted Tice–. Tengo que pronunciar una conferencia mañana por la tarde. Después toda esa gente se va a Roma y Sicilia, donde tiene lugar un congreso. –Y añadió–: Haré lo que tú quieras e iré donde tú vayas.

Caro miró al pequeño. El niño de Josie, que ese mismo día había tenido en brazos, corretearía en ese momento por una cubierta y haría preguntas que nadie podría responder. No miraba a Ted sino al niño, y también al mundo al que estaban regresando.

–Se las arreglarían sin mí –dijo Ted–, si me muriera. –No se refería al congreso, sino al mundo–. ¿Por qué no se las van a arreglar si sigo viviendo? –Caro no sabía si la fortaleza radicaba en aceptar o en rechazar la propuesta. Ted dijo–: Me da miedo dejarte, perderte. –Recorrió con la mirada el perfil de Caro, como había hecho hacía tiempo en un autobús rural. La misma línea de pelo recio, los ojos oscuros ahora más hundidos. En un vestido de verano, sus pechos eran la materialización del deseo–. No te escaparás. Cuando te llame por la mañana seguirás allí. –No te mueras, no desaparezcas.

–Sí.

–De todos modos, yo te encontraría.

Las ventanas de su cuarto daban al mar. Al filtrase por las cortinas de lino basto, las primeras luces se teñían de rosa,

como la membrana que une los dedos o la carne que rodea las orejas.

Por última vez, Caroline Vail yacía sola en una cama.

–¿Has dormido?

Recostada en las almohadas sujetaba el teléfono.

–No dejaba de despertarme para pensar en esto. Para pensar en ti.

–Para mí es nuevo imaginarme algo así.

En esa conversación ya estaban unidos.

–Yo no he dormido nada –dijo Ted. La cortina tenía un estampado de zarcillos trabados y de flores que parecían estrellas. Desde el muelle de abajo llegaba el ruido del tubo de escape de un autobús temprano, el silbato de un barco, los graznidos que entre revoloteos y golpes emitían las aves marinas. Una luz tenue iluminaba a una mujer en la cama–. Soy más feliz que nunca –añadió.

Caro se veía en un espejo, vuelta sobre un costado. Una leve hendidura entre los pechos, el pelo suelto sobre una almohada. Seda pálida, hombros blancos, todo lo que el corazón pudiera desear.

Se amaba y deseaba a sí misma, como si fuera Edmund Tice. Como si este fuera un ser del que también tuviera que separarse definitivamente.

–Soy más feliz que nunca –dijo él.

–Eso podría ser suficiente. Es la plenitud. –Se vio reflejada en el espejo de una puerta de armario abierta. Dijo–: Una parte de esto perdurará.

–Si me dejaras, te encontraría. Y si existe esa posibilidad, ¿viviré el resto de mis días como los demás, preguntándome cómo habrían sido las cosas, marchitándome y contando muertos? ¿Felicitándome por haber escapado por poco de la vida? Pronto estaré contigo –le dijo.

Cuando se levantó, Caro apartó la cortina y miró a la calle y al puerto. Pensó en su infancia junto al mar y que después, de adulta, había vivido en habitaciones de techos altos, como las de los sueños, y jardines laberínticos. Pensó en continentes y ciudades, en hombres y mujeres, en palabras, en seres queridos. En el hijo de Josie. Como si enumerara todos los momentos dignos de su vida para ofrecerlos como atenuante.

–Te dije que te encontraría.

En el aeropuerto, la mañana, el clima y la sustancia estaban totalmente ausentes. La luz era blanca, el aire estaba enrarecido y en un cartel ponía «Salidas».

–De no ser por la huelga, ya no estaría aquí. –Caro estaba apoyada en el mostrador de facturación. Puso su mano sobre la de Ted–: Hay una huelga en la ciudad de destino.

–Gracias a Dios y al movimiento sindical.

–Así es el amor moderno.

Por delante de ellos un hombre decía: «Estoy en la lista VIP». Una chica de uniforme recorría una hilera de nombres con un lápiz. «¿Está en la lista VIP de primera, segunda o tercera categoría?» «Ya verá usted que no soy una persona sin importancia.»

Caro era la siguiente en la cola. Ted Tice impidió que un mozo se llevara su maleta.

–Apártate y vamos a hablar. –Se sentaron en sillas de plástico. En un cartel ponía: «Pasajeros en tránsito». Ted le tocó la cara–. Dentro de una hora hay un vuelo a Roma. –Hablaba con sencillez, con palabras cortas–. Si lo coges, nos veremos allí esta misma noche. –Se sentía alerta, relajado, indestructible–. Yo me quedaré para pronunciar mi conferencia de la tarde. Con el chárter llegaré a Roma esta noche.

–Ted –comenzó a llorar como una niña–. Ted, ¿qué puede cambiar para nosotros?

–Algo ha cambiado. –Como una niña, Caro dejó de llorar por curiosidad o por terror–. He telefoneado a Margaret. Ya se lo he dicho.

Era como cuando en el barco la claridad se le había caído del cabello.

–Qué sufrimiento –dijo ella y se apoyó en el hombro de Ted. Se soltó sollozando, por respeto a otras lágrimas ajenas. Como si le hubieran hablado de una batalla lejana en la que muchos fueran a morir.

Ted estaba derrochando amabilidad: en esta situación había que ayudar a Caro. A su pesar, Ted sentía que su fuerza resplandecía como el regocijo. Era difícil creer que llevara aparejada tanta desgracia. La rodeaba con el brazo y su mano descansaba en su pecho. Pensó que Caro había sido orgullosa y decidida, y que volvería a serlo. Y que estaba aquí apoyada en él, sollozando, y que lo quería más que a nadie.

Eran naturales y sobrenaturales, en ese lugar yermo, como apasionadas figuras mitológicas.

–Amor mío –dijo Caro después de erguirse en el asiento y de secarse las lágrimas. Se retiró el pelo.

–Voy a comprar el billete –dijo él, y su propia boca tembló con esas palabras tan prosaicas. Sacó papel y lápiz y escribió el nombre de un hotel de Roma. Al compartir ese nombre ya se veían en el sur.

Pasada la puerta de embarque había una estructura parecida al marco de una puerta donde se registraba a los pasajeros, quizá en busca de oro, o de armas. Los bolsos se depositaban en una cinta y se deslizaban por una pequeña rampa.

Caro recordó la barrera donde se había despedido de

Edmund Tice por última vez. Estaba junto a muchas otras personas en una escalera que se tambaleaba y levantó la mano mientras la veía partir. Antes había habido otra despedida, cuando él le dijo: «Aceptaré las condiciones que sean» y ella se había mantenido distante, sin saber que era un ensayo.

Los pasajeros fueron cruzando uno a uno ese umbral inmaterial. Una mujer con vestido de seda rosa preguntó: «¿Este trasto estropea las perlas?». Otros empezaron a pensar qué otras cosas podría estropear: «¿Afectará a mi marcapasos?». «¿Y qué pasa con la radiación?» Un hombre con traje de tweed se lanzó a la pequeña rampa para rescatar una caja que iba dando tumbos.

–¿Es que lleva ahí las joyas de la Corona?

–Más bien un precioso juego de té.

Reclamaban, agarraban, ocultaban: es lo que producían las puertas de embarque. Había un hombre corpulento, pálido, que le sonaba, con un traje de sirsaca americano, que utilizaba una bolsa de cuero como si fuera un ariete. No saludó a Caro, puede que fuera miope. Era el doctor que en Nueva York le había propuesto que se pusiera gafas.

Ese mismo día, Paul la abordó en la calle tórrida: «¿Caro?». Paul en la puerta de su propia casa, diciéndole: «Adiós, Caro».

Recordaba despedidas en transatlánticos. El almuerzo a bordo, que a Dora no le gustaba. Serpentinas, pañuelos, el mundo antes de una guerra. Esa enorme mole entre los Cabos, navegando sin prisa hacia el paraíso.

–Su vuelo –dijeron. No dejaba de mirar hacia atrás, por si Ted seguía allí–. Su vuelo está embarcando.

En el avión la condujeron a un asiento de ventanilla. Más allá de las pistas se veía una arboleda de falsos abetos, oscuros, solitarios, auténticos. En el aeródromo los técnicos

hacían señales con manos y banderas. La estela de aire que creaban los aparatos les azotaba el cabello rubio y las ropas azules. Llevaban artefactos para protegerse los oídos del estruendo.

El estruendo era visible, retumbaba en los monos azules, lanzándose contra los falsos abetos. Dentro de la cabina no se oía nada. Únicamente, cuando la nave se alzó del suelo, un prolongado siseo, como el que emite la humanidad al contener el aliento mientras ve cómo se evapora en un instante una obra inmortal o cómo lanza el gran jadeo el casco de un barco al hundirse en el océano.

ALBA • **CONTEMPORÁNEA**
Colección dirigida por María Tena

TÍTULO ORIGINAL: *The Transit of Venus*

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www.albaeditorial.es

DISEÑO: Pepe Moll de Alba

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2022

ISBN 978-84-9065-851-2

Conversión a formato digital: Libresque

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo XX), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña&Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es